
AFTER
PLACE
KRIS BUENDIA

CONTENIDO

ADVERTENCIA:
Kris Buendia
Prólogo
Después de eso…
Y luego cuando al fin era mía…
Y después mi infierno comenzó…
En el presente
1
2
Un año atrás
3
4
5
6
7
8
9
10
En el presente
11
1

Pero antes en ARTE Y PLACER
Capítulo final de
1
2
3
4
5
En la ciudad de Cambridge,
6
Tiempo atrás
En el presente
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
Epílogo

Copyright © 2026 Kris Buendia.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición, Junio 2017.
Título Original:
Arte y Placer
Diseño y Portada: lord.esing
Maquetación y Corrección: Kaos Studio


KRIS
BUENDIA

ADVERTENCIA:

*Aquí encontrarás contenido **adulto explícito**.*
***Escenas violentas** de carácter sexual y **lenguaje vulgar**.*
Recomendado para mayores de 18 años o quien pueda soportarlo.

ARTE & PLACER

El lado oscuro del amor
y la obsesión...





KRIS BUENDIA

Hades es un lugar donde después de la muerte, son torturadas las almas de los pecadores.



Miller Preston es un artista brillante que heredó mucho más que una poderosa compañía: también heredó enemigos dispuestos a destruirlo.

Cuando paga una noche con la mujer más codiciada del catálogo de su peor enemigo, no espera encontrarse con Eva Kerr, la única mujer que ya había marcado su vida años atrás... aunque ella no lo recuerde.

Y Miller hará lo imposible para que siga siendo así.

Decidida a convertirse en una reconocida pintora al óleo, Eva ingresa en una prestigiosa escuela de arte donde Miller no solo será su tutor, sino la tentación que amenaza con derribar todas sus defensas. La atracción entre ellos es inmediata, intensa y peligrosa. Tanto como los secretos que Miller oculta.

Porque detrás del artista admirado por todos se esconde un hombre perseguido por su pasado.

Y cuando el enemigo de Miller reclama a Eva como suya, él deberá elegir entre protegerla o desatar la oscuridad que lleva años intentando controlar.

Porque hay guerras que solo pueden ganarse destruyéndolo todo.

«Aniquilaría por ti... dejaré de luchar contra mis demonios para vencer los tuyos, mi ángel.»

PRÓLOGO



Miller

DE NIÑO LA VI JUGAR CON UNA RIDÍCULA MUÑECA de cabello castaño. Era la versión diminuta de ella. Como si había otra más bella que ella misma.

Llevaba coletas, dos. Con una cinta ridícula color rosa. Su piel era la mezcla de un perfecto helado de vainilla y chocolate, y su atuendo era perfectamente colorido y hacía que se viera como una niña rica. Lo cual no lo era en absoluto. Al menos no tanto como pensé en ese entonces.

Su madre la dejaba todos los días en el colegio. Siempre sonreía y le daba un beso en su mejilla. La primera vez la vi llorar y se enjugó las lágrimas sin que nadie la mirase.

Pero yo la vi.

En cambio yo, caminaba solo al colegio. Con ocho años. Pocas veces mi padre tenía tiempo de llevarme al colegio y la excusa era que estaba a dos calles después de casa. Y mi madre, ella brillaba por su ausencia siempre y mi hermana había sido dada en adopción.

Los odié por ello.

Se supone que es trabajo de tus padres no hacer mierdas como esas. Pero al menos estaba tranquilo de que la niña más

hermosa que había visto nunca tenía unos padres más responsables que los míos.

Su nombre era Vianka.

Vianka, Vianka, Vianka.

Creo que me repetí ese nombre mil veces en los próximos segundos, horas, días y años. En mi cabeza lo sabía y la jodida vida lo sabía también.

Ella sería mi esposa.

Y lo fue.

Lo *era*. Y lo seguiría siendo hasta que yo dejase de respirar, hasta que la luz abandonara mis ojos.

—¿Cómo te llamas?

El chico nuevo estaba queriendo hablar con ella. Era un rubio mimado. Lo sabía, se le notaba hasta en la ropa. No tenía que hablarle. No quería que le hablara.

— Vianka.

Ella respondió sin prestarle atención. Su atención la tenía en su muñeca.

—Es una hermosa muñeca. Como tú.

Ella hizo un gesto en su cara, con su nariz como si le disgustara. Aprendí a reconocer eso con los años. Cuando algo le molestaba y no quería decirlo por no ser grosera, te lo decía su nariz.

—Ella no quiere hablar contigo.

Me acerqué a ellos. Era la primera vez que ella me sonreía. Se sonrojó y parecía tímida, pero me di cuenta que me tenía miedo. Dolía en mi pecho que ella me tuviese miedo, todos los demás lo hacían.

—Contigo tampoco hablará. Das miedo con esa camisa de calavera que usas. ¿Eres de alguna pandilla o algo?

—Tengo ocho. ¿Podría pertenecer a alguna? Creo que el que pertenece a la pandilla eres tú, pero de los idiotas.

Vianka sonrió por lo bajo. El chico mimado se fue corriendo hacia el patio. Si me mandaban a detención no me importaba. Al menos no se volvería a acercar a mi Vianka.

—A mí me gusta tu camisa.

Su voz era suave.

—Hablas.

Ella me miró como si no entendiera nada.

—No sabía que me podías hablar. Todos aquí me tienen miedo.

—Yo no te tengo miedo—Dijo con firmeza y continuaba peinando a su muñeca—Eres raro, pero eso es bueno. Te hace… diferente.

Me enamoré de ella desde que me dijo eso. Podía besarla si se me fuese permitido o siquiera supiera cómo hacerlo en ese entonces.

—Vianka. ¿Quieres ser mi esposa?

Ella abrió sus grandes ojos color avellana. Creo que eso no se lo esperaba. Nos quedamos mirando unos minutos más hasta que respondió.

—Sí.

Y sin conocerme. Y sin saber que los años que seguían, la vida nos volvería a unir de nuevo. La hice mi esposa. La hice mi mujer.

—No lo olvides. Porque yo no olvidaré.

—Mientes.

Acaricié la cinta rosa de su cabello. De una de sus coletas. Eran tan suaves como seguro lo era su piel.

—Las mentiras roban el alma.

DESPUÉS DE ESO…

VIANKA HABÍA CRECIDO, Y ESO DESDE LUEGO no fue nada bueno. Empezó a gustarme, a atraerme de la manera en que dos niños no lo hacen. La veía como mujer. La quería como mujer, la hice mi mujer.

No me había dado cuenta de lo peligroso que era tener sexo a cualquier hora, en cualquier lugar. Hasta que la embaracé. Había arruinado su vida.

La había embarazado.

Comenzaba mi carrera en la universidad y ella detuvo su carrera teatral por mi culpa. Mi querida Vianka veía el vaso medio lleno pero yo estaba aterrado.

—Ahora tendremos que casarnos—Caminábamos juntos por la ciudad. Concurría de una manera casi impertinente. Me gustaba caminar solo, de un tiempo para acá no me había dado cuenta se había convertido en un hábito que no soportaba. Quería pensar que era el embarazo. Nos amábamos bastante para determinar que una boda no lo jodería.

—Dijiste que sería tu esposa cuando éramos unos niños—Su pequeña defensa me hizo recordar la promesa que le hice cuando era apenas un niño. Pensaba que casarse era fácil, algo sencillo como cuando llevas una mascota a casa.

Ni siquiera sabía por qué estaba comparándola con una mascota. Ella era más tierna.

—Lo sé, pero no te llevaré a vivir a casa de mis padres.

Ni siquiera tenía una casa o padres.

Se quedó pensando un segundo.

—¿Qué tal los míos?

Puse los ojos en blanco. De ninguna manera era una opción. Me las apañaría, inventaría algo.

—Saldremos adelante. No dejaré la universidad, pediré una vacante en alguna escuela de niños y daré tutorías. No me importa que tengamos que vivir en una caja de cartón mientras compramos una casa digna de vivir los tres. Lo prometo.

En ese momento Vianka se dio cuenta que hablaba en serio. Esperaba que tuviese la paciencia suficiente para no ahorcar los niños de la escuela de artes. Haría cualquier cosa. Estábamos embarazados. Y aunque estaba aterrado, era jodidamente feliz con solo el hecho de pensar que tendría mi propia familia. Aunque solo estuviera en mis veintes.

—Entonces trabajaré yo también.

La miré por si se retractaba pero realmente hablaba en serio.

—No, no lo harás. Es el hombre quien tiene que darle todo a su mujer y a sus hijos. Además, eres rica.

Pareció un insulto para ella.

—Si me dices de nuevo algo como eso voy a romper tu cráneo, Miller—Sé que hablaba en serio—Despierta, estamos en crisis de embarazo, no tenemos dinero juntos y además puedo trabajar si no quieres el dinero de mis padres. Tengo piernas, manos, un cerebro, todo un cuerpo y nada me impide ayudarte, también es mi bebé, también es nuestra familia. Trabajaré hasta que dé a luz y cuide del pequeño Silas.

¿Silas?

—¿Quién es Silas?

—¿Es lo único que escuchaste?

—También escuché que tienes un cuerpo y piernas, unas muy lindas por cierto.

Ella me miró como si en verdad iba a ahorcarme.

—De acuerdo, de acuerdo. Sé que puedes hacerlo, pero no quiero. Quiero cuidarte, quiero cuidarlos.

Tomó mi mano y la apretó. Lo que me recordaba cuando estaba triste.

—¿Y quién cuidará de ti? —No supe qué responder y ella continuó—Quiero ser quien cuide de ti. Así que te guste o no, trabajaré y después cuando el pequeño Silas lo pueda dejar en una

decente guardería donde no hayan payasos pintados en la pared, retomaré mi carrera en el teatro.

Dejé salir una gran bocanada de aire. Y mientras más caminábamos lejos de donde vivíamos, al momento de regresar por el mismo camino me di cuenta que ya era un hijo de puta afortunado. Todavía no la tenía del todo conmigo, a mi lado, en mi cama, en donde fuese que nos tocara vivir una vez fuese mi esposa, y ya lo tenía todo.

Ella era mi todo.

—De acuerdo, dejaré que trabajes. Solamente porque me gusta el nombre que has elegido para nuestro bebé. Aunque no sabes si será niño o niña.

Ella comenzó a reír a carcajadas. Parecía aliviada de mi respuesta.

—Qué bueno porque comenzaré la otra semana en una cafetería debajo del edificio donde viviremos. Ah y me alegro que te guste el nombre Silas. Como sé que eres un empedernido de la historia y el arte estarás orgulloso de mí, el nombre Silas significa Bosques, lo que era el dios romano de los bosques y campos. Se le suele representar como un hombre anciano con barba. Espero nuestro Silas no tenga cara de anciano ¡Ni barba! Suficiente con la tuya que por cierto, tengo que aprender cómo recortarla para que no parezcas un…

—¿Qué? —Esta vez me detuve en medio de la acera. Empezaba a hacer un poco de frío o era mi miedo porque todo realmente estaba sucediendo casi a mis espaldas. Metafóricamente.

—¿Cómo es que ya tienes empleo y yo no lo sabía? ¿Y cómo es que ya sabes dónde vamos a vivir?

Ella tomó mi brazo, esta vez lo apretó más fuerte. No sabía si era por el frío porque también tenía miedo de que las cosas no funcionaran.

—Te dije que cuidaría de ti, no te dije que ya había empezado a hacerlo.

Y LUEGO CUANDO AL FIN ERA MÍA...

VIANKA SUSANA PRESTON, ERA SU NOMBRE. Del egipcio medio que significa Flor de loto. Irónicamente a Vianka no le gustan las flores, más sí los lirios, cosa que es lo mismo pero ella insiste en que no. Qué alivio porque en Persia corresponde al nombre de Lirio en la antigua ciudad de Susa.

Aparece una Susana a en el Evangelio de Lucas (8:3), como una de las mujeres que acompañaban a Jesucristo. Ella se burlaba sobre ello sin importarle que cayera en blasfemia. Decía que lo único que yo tenía de Jesús era su barba, sin más.

Y hablando de barbas, nuestro hijo nació a los ocho meses, sin tener cara de anciano, más o menos, todos los bebés me parecían y parecen feos todavía. Pero el mío, cuando llega el propio, es lo más hermoso del mundo. Ahora mi mundo estaba completo, también nuestro apartamento, no era una pequeña caja, había espacio de sobra a causa de la carencia de inmobiliario. Teníamos una mesa, un par de sillas, una cama y una cuna pronto estaba por llegar. Era de segunda, pero estaba en buenas condiciones. Seguía sin permitir el dinero de sus padres. Eso cambió con el tiempo y ya no solamente daba clases de artes sino que el padre de Vianka me incluyó en su empresa, Industrias Preston. Me tomó algunos años prepararme para ser también empresario y dedicarme también a vender uranio, plutonio y torio. Odiaba parte de esa vida, pero si quería darles todo a mi hijo y a mi esposa, debía tener un plan B.

Extrañaba a mi mujer por las noches y debía compartirla con nuestro hijo Silas. Eso no me gustaba en absoluto, pero supongo que era normal.

Aunque esa palabra carecía de significado mientras más pasaban los días, las semanas, los meses y años. Me convertí en un empresario y artista. Máster en artes universales y cuando regresé del infierno, recibí el doctorado para impartir el programa. Y también heredero.

Pero eso, es otra historia. Todavía seguimos en el paraíso donde mi hijo y mi esposa *eran* mi todo.

Aún lo siguen siendo.

Vianka dejó la carrera de teatro por algo más. Ahora ya no quería ser la estrella principal, más bien quería ser la que estuviese detrás de todo. Le gustaba enseñar a otros a actuar, la pose, el tono, la mirada. Amaba verla en su estudio haciendo muecas todo el tiempo en el espejo. Amaba todo de ella, pero odiaba la idea de perderla todo el tiempo.

Había pasado una semana en la que el nudo de mi estómago no se deshacía, nunca había tenido una especie de vidente o una mierda parecida. Olía el miedo, el peligro, el caos a kilómetros de distancia y reconocer un enemigo. Pero odiaba tener esa sensación en casa, mi casa. Ya no vivíamos en un apartamento, ahora teníamos una casa grande, con muebles de sobra, con habitaciones de sobra para visitas familiares que casi nunca llegaban. No tenía hermanos, ella tampoco tenía hermanos y sus padres murieron, casi al mismo tiempo que los míos. Por lo que, Vianka ahora dueña legítima de Industrias Preston y yo su compañero en ese nuevo viaje. La vida no podía cambiar tan rápido ¿O sí?

No estábamos solos, nos teníamos el uno al otro. Teníamos amigos y yo, tenía una que otra amante. No significaban nada. Nunca significaron nada. Pero supongo que había heredado alguna mierda de mi padre.

—No significan nada, por favor, perdóname—De rodillas frente a ella le rogué para que no me abandonara ella y mi hijo. Silas tenía cinco cuando pasó. No era una amante, eran muchas. Miraba el sexo como algo carnal y no algo sentimental que pudiera joder mi vida con ella. Pero era eso, una mierda.

—Ya sé que no significan nada, estoy segura que no les ruegas de rodillas para que abran sus piernas para ti. ¿Es esto por lo que has llegado tarde a casa? ¿Has estado aquí? ¿En este lugar? ¿¡Con estas putas!?

—Vianka…

—¡Cállate, Miller! —Sus lágrimas eran mi tormento. El alcohol se había hecho peligroso. Tenía lo que quería, una vida, un hogar, una familia, una carrera. Pero este lugar de mierda se había convertido en mi otro hogar. Uno peligroso. Donde me sentía poderoso en cada una de las cosas que se hacían aquí.

—No me he acostado con ellas, no es lo que crees. No ha sido sexo, me gusta… verlas. Me gusta tocarlas, pero no me he acostado con ellas. ¡Mi pene ha estado siempre en mis pantalones!

—Oh, ahora lo lamento yo, Miller ¿Es en serio?, cariño por favor, ahora te perdono—Estaba seguro que era sarcasmo. Nunca había sido sarcástica de esa forma y que lo fuese ahora con lágrimas en sus ojos me dolía. —¡Vete a la mierda, Miller!

Pero mi agonía no terminaba ahí. Vianka no me abandonó. Hablamos lo que ese lugar era y abrió su mente tanto que cuando quiso ir a ese lugar me dejó helado.

—Cógeme—Me pidió. Llevaba un vestido ceñido color negro. Su cabello negro azabache le llegaba a la cintura. No parecía una madre de familia. Tenía el mejor cuerpo que había visto jamás y su tono de voz era diferente. Estaba castigándome.

—Mereces algo mejor que este lugar.

Indiscutiblemente merecía una cama de seda. Pétalos de rosa, música clásica de fondo y mucho vino tinto. Ella merecía lo mejor. No el aroma a sexo, a humo a peligro. A mí.

—Merezco que me tomes donde se me venga la puta gana, Miller. Eres mi marido y me he dado cuenta que mi marido tiene… gustos un tanto peculiares, estoy siendo una buena esposa. ¿No crees?

Malditamente sí.

—No haré nada que tú no quieras, Vianka. No puedo hacerlo.

—He sido tu tiro al blanco—continuó provocándome— te he azotado en castigo por no hablarme de este lugar, también he marcado mi cuerpo con un lirio en honor a ti. Ahora quiero que me tomes, que me folles. No como tu esposa, sino como una desconocida. ¿No quieres jugar?

Mi miembro ya estaba duro con solo verla acostarse sobre la cama negra. Estaba duro, muy duro. No creo que antes haya estado más duro como ahora. Ni siquiera cuando éramos unos adolescentes. Nunca deseé a ninguna mujer de este lugar, hasta ahora y era mi jodida esposa. Daba gracias por ello.

Comencé a quitarme la ropa como si no existiera un mañana. Sus medias fueron rotas, junto con su ropa interior, ella se dejó hacer todo lo inimaginable, todo era nuevo, incluso para mí y era perfecto. Estaba empapada cuando mis dedos llegaron a su sexo. Le levanté el vestido por encima de su cabeza hasta que quedo completamente desnuda. Sus grandes ojos me miraron con deseo y solo eso necesité para llevar mi miembro hasta su humedad y cogerla como me lo estaba pidiendo.

Sus manos estaban atadas en el cabecero de la cama, pero eso no me impidió que le diera la vuelta y la cogiera más duro por detrás, su espalda se erguía tan perfectamente que podía correrme ahí mismo, pero hice algo mejor. La hice que se corriera más de una vez y luego saqué mi pene y la bañé con mi semen. En otra ocasión se hubiese enfadado conmigo, pero esta vez vi algo en sus ojos. Lo disfrutó tanto como yo. Nunca me había sentido tan conectado a alguien. Amaba a Vianka, pero esto era diferente. La traje a mi pequeño infierno. Un lugar que había venido a dar por casualidad. Me gustaba caminar por las calles de California, y llegué a una calle desconocida en medio de la noche. El edificio era bastante siniestro por fuera. Pasaron los días y no abandonaba la idea de saber qué era lo que había dentro.

Las heridas que de niño tuve nunca habían sido sanadas, ni siquiera sabía que tenía unas hasta que entré en este lugar. Me sentí conectado de alguna forma, al dolor en todas las formas posibles, al poder y el deseo. Me deseaban, eso lo sabía, pero más que tomado, nadie era digno de mí. Solo mi mujer y viceversa.

Olvidé los golpes de mi padre, el abuso de mi madre y su adicción. Olvidé las noches largas en oscuridad con el estómago vacío. Olvidé estar aferrado en el cuerpo inerte de mi padre y su puta cuando llevaban dos días de muertos hasta que me encontraron. También olvidé las palabras de mi madre ese día. Al menos ese día ella regresó.

—No lo quiero, llévenselo.

Y ahí estaba yo. Había sido adoptado por los padres de Vianka. Es por eso que cuando ellos murieron, me referí como si también hubiesen sido los míos. Ellos siempre supieron que nos amábamos. Por eso, habían permitido que yo viviera en la casa de la alberca. Era ya extraño estar enamorado de mi casi hermana. Maldito incesto. Desde luego no lo era. La gente lo sabía. Pero cuando crecimos, pensé que el enamoramiento se iría, pero no fue así. Crecía cada día más, porque no era mi maldita hermana era mi jodida mujer. El amor de mi miserable y patética vida.

Mi casa en la alberca no impidió para que la embarazara, a mi pequeña flor le gustaba escabullirse algunas noches ahí. Y cuando se enteraron de su embarazo y que me casaría con ella tampoco les sorprendió esto último. Después de una pequeña paliza de su padre a la cual no me rehusé por fin había obtenido su jodida bendición, no me iba a rendir tan fácil.

El club se había convertido en una rutina caliente para nosotros, practicábamos todo el sexo que queríamos, el cual no podíamos tener en casa por respeto a nuestro hijo Silas quien nunca se despegaba de nosotros. Ella lo había entendido, y parte de mí sabía que también de alguna forma, había obtenido un poco de consuelo.

Ahora no podía controlarla. Vianka quería experimentar más cosas, cosas de las que yo ni muerto iba a aceptar bajo ninguna circunstancia, y eso era compartirla con otro hombre.

—Quiero su pene—Jadeó mientras la penetraba por detrás como a ella le gustaba.

— ¿Qué? —Desaceleré mi ritmo.

—Quiero su pene—Por encima de su hombro me di cuenta que me señalaba al hombre que estaba observándonos a un lado. Le

estaban haciendo una mamada pero lo excitaba más ver a mi esposa con mi verga dentro que lo que las dos chicas le hacían a él.

— ¿Estás jodiéndome? —Mi pene se resintió y salí de ella con media erección. Su frustración se sintió por todo el cuarto. Vianka cayó de espaldas y me miró. Aún había deseo en su mirada, pero lo que me había dicho me había malditamente enfadado.

— ¿Estás enfadado?

—Acabas de decirme que quieres la polla de alguien, no es para aplaudirte, Vianka.

La sala estaba llena de gritos de placer. Si me concentraba mi pene podía volver a ponerse duro, pero con solo el hecho de pensar que ella deseaba a alguien más me ponía como un maldito lunático. Quería arrancarle la garganta al hombre que aún nos observaba.

— ¿Cuál es tu maldito problema? —Le encaré y él sonrió.

—Miller…

Las chicas se apartaron. Me puse de pie y el hombre también lo hizo. No se veía enfadado como yo, en cambio parecía más excitado que nunca. Sentí el brazo de mi esposa y me detuve. El hombre siguió su camino hasta que quedamos frente a frente.

—Te hice una maldita pregunta.

—Vine a disfrutar tanto como tú. He estado observándolos, no deberías de privarle a tu esposa un poco de placer.

Las demás personas no se inmutaban de la pequeña y extraña conversación que teníamos. En cambio mi enfado se esfumó cuando comencé a sentirme caliente otra vez. Sentí un par de labios cerrarse en mi pene ya erecto. Vi hacia abajo y Vianka estaba chupándomela. No era lo extraño, era mi mujer y le encantaba hacerme cosas como esas. Lo inusual era que el hombre me hacía retroceder poco a poco con Vianka y mi verga dentro de su boca. Mis piernas sintieron la cama y caí de espaldas. Me subí un poco más para que ella se montara a la cama conmigo y entonces lo vi.

El hombre extraño estaba detrás de ella.

—No se te ocurra cogértela—Le advertí. Estaba excitado por lo que ella me hacía, pero no era ningún idiota.

—No haré nada que tú y ella no quieran. Solo cierra los ojos.

—Tú no me das órdenes.

Vianka lamía de arriba hacia abajo con maestría. Me estaba dando la mejor mamada de mi vida, había notado que al verme enfadado le excitaba. Siempre lo supe, pero no sabía lo que eso era capaz de hacer hasta ese momento ni lo que yo era capaz de permitir en ese lugar.

No me di cuenta cuando tenía mis ojos cerrados y deseaba también algo más. Más placer para ambos. Fue cuando de pronto sentí que apretó con más fuerza mi pene y comenzó a jadear con mi miembro dentro. Abrí mis ojos y el hombre ya no estaba de pie. Ahora estaba de rodillas, detrás de ella, en su trasero.

Pensé que en ese momento me enfadaría y lo mataría, pero cuando vi los ojos de Vianka y el placer que ambos le estábamos dando sentí que explotaría.

—Qué mierda…

Dejé caer mi cabeza de nuevo, y sentí que trepaba por encima de mí. Sin abrir mis ojos la dejé que me hiciera lo que quisiera. Sentí que se deslizaba poco a poco por mi miembro pero salió de inmediato como si se arrepintiese. Siguió trepando hasta llegar a mi pecho entonces abrí mis ojos y su sexo lo tenía en mi cara listo para devorarlo. Alguien ya lo había hecho y como si leyera mi mente me dio una toalla húmeda e hizo que la limpiara antes de seguir con su placer. Una vez hecho el trabajo le devoré su sexo y sentí la boca de alguien más en mi pene. El hombre de antes se acostó a mi lado y una de sus chicas hizo lo mismo que Vianka. Eso me puso caliente y al mismo tiempo lo odiaba.

Pero no quería que me diera alguna clase de sexo, sabía cómo complacer a mi mujer así que la coloqué de espaldas y tomé su cabello fuerte. Como estaba tan empapada llevé su humedad hasta su culo y la penetré por ahí después de prepararla primero con los dedos. Me aferré a su cabello y halaba de él con mucha fuerza. La hacía gritar de placer. El hombre a nuestro lado estaba a punto de terminar pero se resistía.

¿Quién era el maestro ahora?

—Tócate el clítoris—Le ordené.

La pareja a nuestro lado imitaron lo que hacíamos. Pero nada era mejor que el placer de mi esposa. Me recibía con mucha hambre y yo no podía parar. Las penetraciones se hicieron mejor cuando acariciaba su clítoris, sabía que estaba cerca de correrse, pero no la dejaría. Aumentaba y disminuía para volverla loca. Eso realmente le gustaba, cuando hubo momento de terminar el juego, azoté su culo hasta que estuviese rojo. Fue cuando escuché su grito y se dejó caer en la cama. Saqué mi pene de su culo y terminé sobre su espalda y nalgas.

— ¿Aún quieres su pene? —Le pregunté y ella miró al hombre, se había quedado dormido cuando la rubia lo hizo correrse.

Se rió y yo entendí.

—Es lo que pensé.

Y DESPUÉS MI INFIERNO COMENZÓ…

ERA EL CUMPLEAÑOS DEL PEQUEÑO SILAS

Seis para ser más exacto.

Nunca me había sentido tan completo y tan feliz. Podía compartir todo lo que quisiera con mi mujer. El club se había convertido ahora un pasatiempo y no necesitábamos aquello para disfrutar del sexo, de la intimidad y del dominio como la entrega. Tampoco necesitaba del placer de otros. Jamás compartiría a mi mujer. Su placer era mío, todo mío.

— ¿Dónde vamos, papi? —Preguntó Silas desde el asiento de atrás.

Vianka tomaba mi mano y disfrutaba de la nieve. Había nevado demasiado esa mañana en Melbourne, Australia, donde vivíamos ahora gracias a la nueva cede de Industrias Preston. Y donde había nacido antes de que mis padres decidieran emigrar a los Estados Unidos.

Nada impediría que fuésemos a ver la película que Silas quería ver. Le había insistido en verla en el cine que teníamos en casa. Pero mi hijo prefería el olor a orines de un cine real, las palomitas recién hechas y su refresco favorito. Además de los gritos de la gente. No le llevé la contraría, también quería eso.

De regreso a casa tuve una discusión con Vianka que jamás imaginé decirle lo que le dije. Pero después de ver feliz a mi hijo me di cuenta que no necesitaba ir al club para ser completamente feliz. Lo tenía todo. Los tenía a ellos.

—No entiendo por qué no quieres ir más. Estábamos tan bien con todo. ¿Acaso hice algo mal?

Discutíamos casi en voz baja. Silas iba prácticamente dormido en el asiento de atrás, todavía abrazaba su caja de palomitas.

—No quiero que cuando crezca Silas se pregunte dónde estamos dos veces por semana. No quiero que sepa de ese lugar y que nosotros somos parte de él.

—Él nunca lo sabrá, Miller. Exageras.

— ¿Cómo lo sabes? —Ella no respondió—No lo sabes, es mejor retirarnos. Si él en un futuro llega a ese lugar será por sí solo. No quiero ser parte de eso. A veces siento que estás fuera de control.

— ¿Fuera de control? —Masculló ofendida—Te recuerdo que fuiste tú quien encontró ese lugar primero. Donde te escondías, quien sabe qué habrías hecho si yo no me hubiese enterado.

—Jamás te hubiera engañado, Vianka. Ten cuidado con lo que dices.

Casi nunca discutíamos. Sabía que esto traería problemas tarde o temprano. Y escucharla resistirse, parte de mí sentía admiración por eso. Era más valiente que yo.

—Podemos al menos solo ir a ver jugar. No tenemos que tener sexo si no quieres. He pensado en preparar una habitación en casa para eso, ya sabes, nuestra pequeña cueva de sexo.

Eso me hizo reír.

—Creí que era un estudio el que estabas preparando.

Tomó mi mano de nuevo y me miró.

—No. Te dije que cuidaría de ti. Y ahora tu placer también es el mío. Sé que al principio no lo entendía. Pero el club me hizo conectarme a ti de una manera que no puedo ni siquiera explicar. No quiero que tenga el poder. Quiero tener el poder, y hacer algo como eso en nuestra casa a excepción de las orgias, tatuajes y castigos. Podemos tener una habitación negra, nuestro pequeño infierno en el paraíso.

Tomé su mano y la llevé a mi boca.

—Te amo, Vianka. Mi Vianka.

—Y yo a ti, mi artista.

Una luz brillante nos abrigó con fuerza, con tanta fuerza que sentí mi mundo girar. Literalmente estaba girando. El auto giraba y giraba sin parar por culpa de la nieve y lo que nos había impactado. El chillido de las llantas y el olor a neumático llegó a mi nariz. Un grito me abrazó con fuerza y la sacudida con mucho odio me arrojó fuera de nuestro auto. Escuché a lo lejos derrapar. El auto giraba y giraba hasta que se detuvo y entonces corrí. No sé cómo pero corrí, no me importó saber si estaba herido o si me era posible caminar. Debía sacar a mi familia del auto. Debía salvarlos.

Salvarlos.

Fue entonces cuando algo más me abrazó. El fuego, el estallido, la explosión me mandó lejos de nuevo. Como si acercarse no estaba permitido. Esta vez no me pude levantar y no escuchaba nada más que un silbido incómodo ceñía ahora mi sentido auditivo. Abrí mis ojos, sentí la nieve que caía sobre mí. Lo único que miraba eran llamas. Seguramente ya estaba en el infierno.

Pero con el tiempo comprendí que el infierno era cada lugar donde iba. Las llamas eran parte de mí ahora. No las podía quitar, y tampoco lo quería. La música de cuna, la sonrisa de mi mujer, el pequeño apartamento, el nacimiento de mi hijo. Todo mi paraíso en una maldita película en blanco y negro se reproducía una y otra vez en mi cabeza. Hasta que quedaron solo las llamas y mi infierno.

Había perdido a mi familia. Mi todo.

Y fallé. Ellos ahora eran cenizas… como yo. Como mi alma.

Hasta que la conocí a ella…

EN EL PRESENTE

DESPIERTO SOBRESALTADO. De nuevo la misma pesadilla una y otra vez. Debería de dejar de tomar esas malditas píldoras, pero mi jodido doctor dice que es por mi bien. Ahora ya no estoy seguro de ello. El Miller que llevo dentro lucha en mi interior, casi todos los días, y a toda hora. Es un hecho, no volveré a ver a ese jodido doctor.

Cuando niño huía de los monstruos, ahora me siento a hablar con ellos, no me seguían para hacerme daño, me reconocieron como uno de ellos.
Pensé que había tocado el cielo, pero era su voz la que escuchaba. Fue lo último que escuché antes de cerrar mis ojos.

Que la vida me disculpe las veces que la confundí con la muerte en ese momento.

A veces pienso que estoy muerto, he aprendido con los años a olvidar lo que sentía por ella, pero la soledad que ahora me abraza me la recuerda considerablemente.

He aprendido a consolar a mis demonios, no es su culpa que yo perdiera mi esperanza en algún abismo. Ahora mi vida es diferente, es como pensé que sería después de alejarme de todos. En cuanto estaba en el funeral de mi esposa e hijo sabía que era el final.

Pero mi jodido pulso les aviso a los paramédicos que estaba vivo. Y odiaba al mundo por ello. Debía morir, yo debía morir. Ni siquiera llevaba el cinturón de seguridad por eso había salido volando fuera del auto y éste explotó en llamas. Tenía que haber corrido y explotar con ellos.

Ahora sigo siendo un profesor, un magnate del poder. Australia era doloroso para mí. Decidí mudarme a los Estados Unidos

y abrir mi propia escuela de artes. Una que, se hizo tan importante como Harvard si eso era posible y sus alumnos eran exclusivos como pocos, a menos que supieras algo del arte y tuvieses dinero.

He encontrado un mundo oscuro al cual aferrarme, al propio. Aunque no haya sido fácil tampoco me fue posible tener mi propio inferno. Mi propio club de placer donde podía ver en la oscuridad la silueta de Vianka y escuchar su placer. Viajaba de vez en cuando para encargarme de Industrias Preston. Ahora era el dueño de toda esa mierda, heredero de muchos enemigos y el poder, ése me lo había conseguido yo mismo.

Inferno, es así como lo llamé y las letras en color dorado que aún brillan en la oscuridad. Mi vida en Cambridge me lo ha dado todo o casi todo. Tranquilidad cuando la pido, sexo cuando lo necesito y alcohol cuando mi poca alma la implora. Y fue entonces cuando la vi entrar y mi mundo de nuevo cambió y yo con él.

1



HAY UNA CHICA NUEVA EN SUS SUEÑOS. Una que no le deja ver su rostro y cuando la quiere tocar, siente que lo quema. Pero no literalmente, sino que envuelve su alma en un bálsamo de sanación.
«Yo no puedo ser sanado.» Pensó Miller.
¿Sanar qué? Acaso ella era su perdición o él era la suya, no ha sido una pregunta, ni siquiera él sabe lo que es.

Pero ella… ella es otra cosa, algo desconocido que teme con quemarse...pero ella, ella amenaza con quemarlo a él, cada mirada, cada pequeño roce y las horas… las horas deberían de detenerse a siglos así como en el infierno, no se cansaría de verla. Porque cada uno de sus movimientos grita: ¡*Cógeme*!

El sexo no era un problema para Miller, siempre y cuando mantengan su pequeña y exquisita boca callada, todo estaba bien.

La tonadilla del portátil le avisó de un correo nuevo y decidió abrirlo.
Tan cierto como su infierno que no se supone que debía leerlo.

Asunto: Quiero morir.
¿Tengo que estar ahí? He tenido un mal día, te juro que te lo recompensaré.
El idiota arrogante del señor Preston le ha dado por dejarme cinco bocetos diferentes ¿Cree que es el único que me da

clases? ¿Te dije que lo odio?
Además una exposición sobre algún estúpido libro clásico que desde luego, he olvidado el nombre. ¿Te dije que me gustan más las novelas de romance oscuro?
Es un idiota, si no estuviese tan guapo, no lo soportaría más. Debería de ser como el profesor Aubrey, él sí que sabe cómo dar una clase. Espera, es porque a veces se queda dormido, y el profesor Preston tiene más energía como si acabase de coger. Estoy segura que cogería e impartiría la clase al mismo tiempo. ¿Te lo imaginas? Por Dios saca lo peor de mí a veces en pensamientos y ahora por aquí mientras escribo este correo para ti.
Quisiera ver su cara cuando le diga que no podré entregarle los cinco jodidos bosquejos, la presentación del libro y mucho menos ser su "Asistente" cuando se le da la gana y hace que me quede una hora más después de su clase revisando bocetos, porque me daré de baja de su jodida clase dentro de tres semanas.
Todos los pensamientos que me causa cuando estoy cerca de él me están volviendo loca. Su boca en ya sabes dónde y mis manos recorriendo cada tatuaje que dicen que tiene ¡Esto tiene que acabar!

Tu mejor amiga,
Eva.
PD: Me pregunto si cuando coge habla, porque a solas no dice una sola palabra más que para dar órdenes. Haz cuenta y caso que no has leído nada de esto, ahora mismo no me reconozco.

La sangre le hervía de lo enfadado que estaba. Los pensamiento pecaminosos vinieron a su mente y recodó quién era Eva. Eva Kerr. Desde luego que la recordaba y su polla también cuando se le puso dura.

Asunto: Re: Mi jodido profesor.
No, no sabía que era un idiota arrogante, ni siquiera sabía que esas dos palabras se podían unir en una sola oración. Tampoco sabía que odiabas al "maldito" Señor Preston.
Pero gracias a que has enviado este correo directamente, me doy cuenta.
Sí, cinco bosquejos creo que fueron muy pocos, debido a que tienes el tiempo suficiente para enviar correos como estos. El libro (Sí, ése estúpido libro que olvidaste su nombre) Está escrito en esa ridícula libreta que llevas contigo todo el tiempo, yo mismo he visto cuando escribías su nombre en ella con letras MAYÚSCULAS. Y no, no me importan tus otras clases ni las asignaciones de tus otras materias, que ahora sé, no son muchas si te las da el profesor Aubrey, seguro en todas toma su siesta. Y hasta he pensado en despedirlo dado que además de "maldito" soy el propietario y director de la escuela de artes donde estudias.
Estoy seguro que una "Asistente" de verdad haría un mejor trabajo que tú ayudando a su profesor, ya que, por si no lo sabías son puntos extra que no se los doy a nadie.
No será necesario esperar tres semanas para darte de baja de mi clase (Si es que lo permito)

Me reservo los comentarios sobre tus "fantasías", aunque dudo que sean las únicas que tengas.

Tu profesor,

Director. Miller Preston
Doctor en Artes contemporáneas y clásicas.
Universidad de Artes Salis Preston

PD: Sin comentarios sobre si hablo o no en la cama, estoy seguro que tus fantasías no se acercan ni siquiera a lo que realmente le hago en ese momento a una mujer...

Cerró el ordenador de un solo golpe y el resto del salón hizo un infinito silencio... No le convenía un escándalo en el campus, su reputación era intachable, siendo un profesor además del director y dueño con un importante doctorado además de empresario.

Y ella… ella era la alumna nueva. Se unió a la clase con dos semanas de retraso cuando el curso ya había empezado y siempre llegaba tarde.

« ¿Le gustarán mis castigos?»

No se podía imaginar lo que le esperaría si por cada una de sus faltas agregaba un castigo diferente a la lista.

A pesar de que, era una pequeña extranjera, su rostro se le hacía familiar, solamente que no sabía de dónde.

« ¿Lo podré averiguar?»

No cabía duda alguna de que lo haría, cuando se proponía algo lo cumplía antes de tiempo, pero primero había una clase que debía preparar, el estudio estaba empezando a llenarse y no la veía por ningún lado.

Cuando habían pasado diez minutos la puerta se abrió y era ella quien entraba a hurtadillas. ¿Cómo se atrevía?

—Bienvenida a clases, señorita Kerr.

Se quedó perpleja con el tono de su voz, los demás guardaron silencio mientras Miller Preston tomaba el control remoto de la pantalla. Rápidamente se sentó al lado de otra chica, su mejor amiga, Megan a la que debía enviarle aquel correo que minutos atrás había recibido por equivocación el señor Preston y que además había leído y puesto furioso—más o menos. La señorita Kerr no levantó la mirada para verlo. Sabía que la observaba y el pene de Miller brincó en agradecimiento por esa sola conclusión. Ella lo provocaba sin siquiera saberlo. No le gustaba para nada ese ridículo pequeño vestido que había elegido esa mañana para usar.

A juzgar por su cara enrojecida había leído la respuesta a su mail. Y eso apenas comenzaba. Era increíble que antes no se hubiese dado cuenta de lo hermosa y atractiva que era, hasta ahora.

En la pantalla apareció un título importante y que llamó la atención de todos.

—Artistas más importantes de los últimos tiempos— Comenzó a decir con voz profunda cambiando la pantalla— Pablo Picasso (1881-1973), pintor español, es posiblemente el pintor más famoso del mundo y, sin duda, el pintor más famoso del siglo XX. Además de sus méritos artísticos como uno de los líderes del movimiento cubista, han contribuido a su popularidad su alta cotización en el mercado del arte y las historias sobre su turbulenta vida amorosa.

» Vincent van Gogh (1853-1890), pintor holandés y figura destacada del Postimpresionismo, es el pintor favorito por excelencia. Sus fans simpatizan con la interpretación expresiva de los motivos de sus cuadros, sus colores vivos, sus pinceladas sueltas y una historia dramática entre la pasión por el arte, el fracaso comercial y la locura. —Sus ojos se encontraron con los de ella y lo evadió como era de esperarse, pero eso no molestó a Miller4, en cambio, aseguró lo que temía— Claude Monet (1840-1926), pintor francés, es otro de los pintores favoritos de los aficionados a la pintura. Pero además de contar con el favor del público general, cuenta con el respaldo académico por su importancia en la historia del arte como uno de los fundadores del Impresionismo. De hecho, el nombre de este movimiento artístico proviene de su cuadro Impresión, salida del sol (1873).

Mientras más hablaba, más parecía que ella quería salir corriendo. No la culpaba, hasta él huiría de sí mismo si pudiera, pero tenía que cargar con él como un saco pesado lleno de huesos y cenizas.
«Debe malditamente enfrentar lo que ha empezado. »

Unas horas antes, en el pequeño apartamento donde la señorita Kerr vivía.

Despertó sobresaltada y el reloj le avisó que se le había hecho tarde. Después de maldecir, se quitó las sábanas de encima. Tocó con sus pies la laptop que estaba en el suelo y recordó los innumerables deberes que tenía por entregar y que estaba muy lejos de llegar siquiera por la mitad. En su momento de mitad dormida y mitad despierta y malhumorada la noche anterior, fue cuando decidió enviarle un mensaje a su mejor amiga, pero que, accidentalmente había recibido el protagonista del mismo mail.

Cuando leyó la respuesta del señor Preston, quiso que la tierra la tragara por completo y la escupiera a otro planeta si era posible.

¿Qué iba a hacer ahora?

Seguro estaba expulsada, pero no iba a perderse una clase con él. Algo de verdad tenían las palabras de ese correo y aunque se maldecía todavía, se dio unas palmaditas en la espalda por ello.

El día no sería del todo malo. Esa misma tarde le dirían si podía hacer cambio de seminario en curso y cambiarla por otra, desde luego otro profesor que no fuese aquel hombre de barba sensual, cabello castaño y ojos claros que usaba un traje diferente cada día, siempre de diseñador y que parecía que una gran estaca tenía clavada en su culo, según sus propias conclusiones.

Se dio la ducha más rápida de la historia. Y rebuscó en su armario algo que ponerse. La canasta llena de ropa por lavar le hizo burla, usando así lo único que tenía colgado y limpio. Un vestido casual blanco con unas ridículas flores azules. Debía hacer algo al respecto esa misma noche, sino al día siguiente le tocaría usar un disfraz.

Eva Kerr vivía en un pequeño apartamento que apenas y podía pagar gracias a sus ahorros y el pequeño trabajo que tenía en la biblioteca de artes del campus, ordenando libros y haciendo inventario. En realidad amaba ese trabajo, la paga era suficiente para llenar el pequeño refrigerador que tenía. Se podía dar un gusto de vez en cuando si ahorraba suficiente.

Y sobre los pagos de mensualidades y matriculas de la universidad de artes estaban saldados puntualmente gracias a su padre, quien tenía mucho dinero y la beca que había obtenido para entrar a la escuela de Artes Salis Preston.

Sí era una princesa o niña mimada que se había revelado al irse de casa después de estudiar todos esos años ahí. Tenía una licenciatura en artes y su sueño era convertirse en profesora y quizá la mejor artista en óleo. Algo que su padre se burlaba todo el tiempo, pero que aun así la apoyó económicamente con ello aunque ella se rehusara. Aunque huir de casa tenía otra historia más oscura.

—Si no aceptas mi dinero haré que no te acepten en ninguna universidad, Eva—Su padre era a veces injusto—Si no estudiarás lo que quiero, no dejaré que mi apellido ande en cualquier universidad de gobierno. Aceptarás mis condiciones si quieres continuar con tu carrera con poco futuro.

—Si aceptar tu dinero significa que puedo salir de esta casa —respiró profundo antes de maldecir en su interior—acepto. Pero no dejaré que compres mi título, me ganaré la beca te guste o no.

Mientras Eva estaba en el otro lado de Estados Unidos, su padre vivía en Los Ángeles, era un director y productor importante en el medio o eso pensaba. Lo suficiente para no hacerse cargo de ella a tiempo completo, tenía personas para eso. Y sobre la madre de Eva, era un tema que no se debía tocar.

Eva alineaba los nuevos libros que habían recibido para la biblioteca. Podía permitirse llevarse unos a casa y devolverlos después, como también algunos materiales para practicar sus bosquejos. También las viejas ediciones o libros rotos, en vez de ir a la basura, los coleccionaba en su pequeño librero. Salis Preston tenía suficiente dinero para reemplazar libros viejos por nuevos y eso no era problema para ella. Amaba los libros de fotografías de pintura, amaba leer y amaba la historia.

Pero no amaba el curso de Miller Preston. Lo odiaba y eso era porque desde la primera vez que lo miró y llegó tarde a su clase. Sintió una terrible atracción por él. Algo prohibido no solamente en el campus, sino en su vida, no podía estar con nadie.

Eva nunca había tenido novio, pero tampoco era virgen. Sabía mucho de la vida, incluso de la vida fácil. A pesar de haber crecido en cuna de oro y de heredar algún día el imperio de su padre, nada de eso nunca la llenó como ser humano. Ahora lo entendía, estar lejos de casa le servía, había podido hacer amigos, algunos iban y otro venían pero su mejor amiga Megan que vivía en el campus, se había instalado en su vida y en su corazón. No tenía muchos meses de conocerla, pero lo poco le bastaba y era como si fuesen almas gemelas de la hermandad.

— ¿En serio no quieres que te ayude? —Se ofreció Megan al seguir a su mejor amiga por toda la biblioteca mientras trabajaba —Puedo ayudarte con algunas cosas mientras trabajas, puedo quedarme aquí contigo.

Megan era una nerd de cabellera rizada muy rubia, tan rubia que su mata de cabello la podía ver donde quisiera y jamás la perdería de vista, era su marca. Megan estudiaba fotografía, pero también llevaban algunos seminarios juntas, por lo que siempre tenían algo de qué hablar. No chicos, Megan tenía un regla, ser una profesional y después las relaciones, matrimonio y perder la virginidad ahí mismo. Era de esas típicas amigas no típicas que agradeces por tener. Aunque era una rubia atractiva su vestimenta era igual que su dignidad. Eva la adoraba de todas formas.

—No, además…—Se detuvo por un instante y se sonrojó.

— ¿Lo has terminado? —Adivinó—Perfecto entonces. Te saldrá una hernia en el cerebro por explotarte tanto, ni siquiera sé cómo lo haces, se supone que soy la nerd de las dos.

—Odio ese término, Megan. No eres una nerd.

—De acuerdo, pero entonces ¿Iremos a la galería? Si no tienes nada por hacer tienes la tarde libre, como yo. En realidad quiero ir, la galería de arte nueva que muero por ver y la sección fotográfica. Elegiré una y haré un ensayo sobre ello.

—Tú siempre haces ensayo de todo.

—Tengo uno de ti—Se encogió de hombros.

— ¿De verdad? Déjame verlo.

Megan se echó a reír.

—No tengo un ensayo sobre ti. Sería un libro, o una tesis qué sé yo. Te mereces algo más que un estúpido ensayo.

En cuanto terminó los ojos de Eva se salieron de sus orbitas cuando un hombre carraspeó la garganta detrás de su amiga.

—Señorita Budelly—Se refirió a Megan—Espero se encuentre mejor como para estar aquí con la señorita Kerr, la biblioteca no abre dentro de media hora.

—Señor Preston—Megan emitió un hipo de nerviosismo—Yo estaba…

—Megan estaba ayudándome a hacer el inventario, señor Preston. No es permitido que los alumnos estén aquí pero sí el personal. ¿Hay algo en lo que lo pueda ayudar?

Su audacia había salido de un lugar desconocido, pero verlo ahí tan cerca y escudriñándola de pies a cabeza solamente hizo enfadarla. No iba a permitir que humillara también a su amiga.

—Señorita Kerr—Siempre se refería a ella en un tono seco y pronunciaba su nombre con asco—¿Puedo hablar con usted a solas?

Megan carraspeó la garganta.

—Iré a buscar ese libro que te dije que buscaría—Mintió de manera improvisada y se alejó poco a poco de ellos antes de que Eva se opusiera.

Sabía que no debía llevarle la contraria al señor Preston o el castigo sería inminente.

Una vez quedaron solos, Eva que aún seguía subida en la pequeña escalera se cruzó de brazos y esperó a que él hablara.

—¿Puede bajar de ahí? Lo que tengo que decirle es de carácter importante.

Ella puso los ojos en blanco como una niña malcriada, pero al mismo tiempo sintió un dolor punzante en su estómago, el mismo que sentía cada vez que los pensamientos lujuriosos y peligrosos sobre él venían a su mente.

Apretó los dientes y cuando bajó de mala gana y además nerviosa de las escaleras, el tacón de uno de sus zapatos se atascó en el hueco de la escalera lo que hizo que cayera y por si fuera poco al cerrar los ojos y esperar el golpe, sintió un aroma varonil, menta y

excitante que jamás había sentido nunca. Miller la tenía entre sus brazos, la había salvado de una terrible caída.

Solo a ella se le ocurriría subir una escalera usando esos ridículos zapatos.

—Señor…—Musitó mirándole los labios. Había unos muy carnosos, apetecibles y de un color rosa perfecto detrás de aquella barba que cubría alrededor de su boca.

Podía sentir su aliento, y todas las fantasías que alguna vez se imaginó no se compararon con ese momento. Sentir sus fuertes y musculosos brazos alrededor de ella. Juraría que también él había rosado su culo por accidente. Accidente o no era lo más caliente que había sentido desde hace mucho tiempo. Por acto reflejo colocó su mano en el pecho de él y juraría que lo había escuchado gruñir.

Sus ojos eran hermosos. Pensaba que eran color café perfecto, pero en realidad tenía un tono verdoso y si la luz lo reflejaba también un color azul pálido.

Miller sintió que su erección dolía. No sabía por qué cuando la observó bajar de la escalera dio dos pasos al frente como si algo le avisaba de que ella podía caer. Y había maldecido por un momento haber tenido la razón. Pero cuando sintió el perfume a rosas y su cabello oliendo a fresas las llamas a su alrededor se tornaron débiles.

No dejaba de ver aquellos labios color rosa brillante, sus ojos azules como el cielo que se rehusaba a ver en el día y sus pechos. La sombra de sus pechos y la forma de ellos, apretando contra su pecho. Todo esto bastó para que la colocara en el piso y se recompusiera de lo que por error había hecho.

Mirarla demasiado tiempo, tan cerca.

—Señor Preston—Lo llamó de nuevo. Esta vez con un tono dulce. No le gustaba ese tono. Y su mirada ahora se volvió fría hacia ella.

— ¿Cómo se le ocurre usar esos ridículos zapatos y subir a una escalera? —Le dijo en tono fuerte, parecía que quería ahorcarla —Es usted una irresponsable. ¿Qué hubiese pasado si yo no hubiera estado aquí?

«Es gracias a usted que me he caído.» Pensó Eva.

Eva estaba a punto de echarse a llorar pero se contuvo.

—Lo siento.

Miller, el señor estaca en el culo Preston se dio cuenta que estaba cometiendo un terrible error. Al verla sonrojada a punto de echarse a llorar, algo dentro de él se movió y respiró hondo, lo que hizo que cerrara la boca de una vez. Su belleza no le había impactado hasta ahora, que la tenía cerca tan cerca por primera vez.

—Yo… no quise reaccionar así, es solo que… tenga cuidado, por favor.

«Por favor»

Ella no había visto esa expresión nunca. En lo que llevaba en su clase nunca se había visto tan humano como en ese momento. Recordó que el profesor había llegado para algo y rápidamente recordó aquel email guarro y quería de nuevo que la tierra la tragase.

Miller podía leer sus pensamientos, o al menos eso creía, recordó lo que decía aquel email sobre él: "Me pregunto si cuando coge habla…"

Miller sintió que la sangre le hervía, había olvidado lo que se sentía que una mujer se refiriera así sobre él. Lo que hacía salir al otro Miller que llevaba dentro. Había jurado que no sería uno con ninguna mujer fuera de su club. Ahora quería un ángel, una mujer pura de cuerpo y alma que tuviera miedo a cada una de sus caricias, quería ser quien quitara cada capa de pureza en una mujer y convertirla en una mujer oscura como él.

Había tenido al amor de su vida, la había amado y perdido a una para siempre y a la que le ayudó a ocultar el dolor y sacar la lujuria que llevaba dentro. No volvería a cometer ese error de involucrar su alma entregándola a alguien más.

Tenía los pecados capitales marcados en toda su espalda: Lujuria. Pereza. Gula. Ira. Envidia. Avaricia y Soberbia.

Tomás de Aquino decía que un vicio capital es aquel que tiene un fin excesivamente deseable, de manera tal que en su deseo, un hombre comete muchos pecados, todos los cuales se dice son originados en aquel vicio como su fuente principal. El deseo de

Miller no tenía problema alguno con cada uno de ellos, y eso él lo sabía muy bien.

—Señor Preston, usted vino a decirme algo—Eva le recordó, sacándolo de sus pensamientos.

Miller no sabía si reclamarle sobre aquel email o decirle que su petición sobre el cambio de clase había sido rechazada por el comité de clases, uno donde él lideraba igual o más que la mayoría. Dado caso, había sido él quien lo había rechazado por puro capricho y se maldecía por ello.

—He venido a entregarle esto personalmente—Sacó del bolsillo de su chaqueta una carta del comité del campus, Eva lo tomó y antes de que lo leyera, Miller continuó: —Ha sido rechazada su solicitud sobre el cambio de mi clase.

Eva lo miró con ojos derrotados. Algo dentro de ella sabía que no se saldría con la suya tan fácilmente.

— ¿Puedo preguntar por qué?

—Puede. Ha sido rechazada dado caso que se inscribió en mi curso una semana tarde y hubo una excepción a su materia, dado sus calificaciones y beca se le permitió incorporarse sin ningún problema. Que usted pidiera un cambio alegando inconformidades con las clases saltándose el protocolo de acudir a mí primero y luego a la administración lo he tomado como una falta de respeto. Ya que soy el director.

—Usted lo rechazó. —Se le pusieron los ojos aguados. —Ahora lo entiendo, director Preston.

Estaba decepcionada, además de disgustada. A Miller le cabreó verla de esa forma tan débil. ¿Qué de malo tenía su clase? Aun no sabía por qué se había tomado la molestia de rechazarla él mismo. Los alumnos pedían cambios y rara vez se oponían en aceptarlo. Él en cuanto miró su nombre lo rechazó de inmediato.

— ¿Esto se debe por…

—La quiero ver en mi despacho al final de la jornada para discutir algunas cosas. Es de carácter obligatorio, por su bien, espero verla.

Sin tiempo para rechazar su petición se dio la vuelta y la dejó ahí con la carta de rechazo en sus manos. Sabía que esa carta

iría a su expediente y no era bueno que alguien becado pidiera un cambio de clase alegando disconformidades y saltándose el protocolo, lo decía ahí mismo y se maldijo mil veces más por ello. No sabía lo que quería el señor Preston hablar con ella en privado que no quiso discutirlo ahí mismo.

Pensó que quizá respetaba su hora laboral, aunque ella no estaba segura si él sabía que ella trabaja para el campus. ¿Hasta dónde tenía metidas las narices el director Preston? Lo sabría en la reunión que tendría con él.

—¿Y qué tal te fue? —Al ver el rostro familiar de su amiga el color regresó a su rostro.

—Quiere verme en su despacho.

—Oh, mierda.

Al escuchar a su amiga decir tacos, algo que nunca hacía se dio cuenta que en realidad estaba en problemas.

2



EVA ESPERABA AFUERA DEL DESPACHO DEL SEÑOR Preston. Le temblaban las manos y además estaba paralizada en no saber qué hacer si salir corriendo o quedarse ahí hasta que él abriera la puerta y se encontrara de narices con ella. Nunca se había imaginado estar a solas con él en su despacho. Aunque había imaginado un sinfín de cosas cuando eso sucediera, como estar doblada en su escritorio mientras él la hacía suya por detrás.

La segunda opción.

Miller abrió la puerta impaciente al ver que el reloj marcaba las 16:01 y que aún no llegaba Eva. Abrió la puerta como alma que se lo lleva el diablo y se encontró con ella. No dieron de narices pero casi.

— ¿Qué hace usted parada ahí? —De nuevo ese tono seco y ofensivo salía de su boca.

—Acabo de llegar—Como si le sirviera de mucho.

—Pues llega tarde.

Abrió la puerta para ella y caminó, esta vez con los pies bien firmes para no volver a repetir el papelito de hace algún rato con él. Aunque la idea era tentadora.

—Siéntese, por favor.

Se sentó frente al escritorio, nunca había estado en aquel despacho. Olía delicioso a madera fina, había un viejo tocadiscos en

un rincón, un sillón bastante grande de cuero, tres libreros repletos de libros y un gran escritorio en forma de L, aquel despacho era lo más increíble que había visto en mucho tiempo. Había estado en los despachos de otros profesores pero ninguno era como el de él. Era el director después de todo y propietario del campus. Era como un pequeño palacio de arte y erotismo. Había algunas pinturas de siluetas del cuerpo de una mujer. Alguien que sabía de arte, adivinaría que se trataba de una pose real.


Valenty
Valenty



Y al ver a Miller que se desabrochaba el botón de su chaqueta para sentarse lo hacía más atractivo el lugar aún.

—Su comportamiento, señorita Kerr es imperdonable.

—Yo…

—No hable—La calló—Seré yo quien hable, le daré la palabra solamente para que responda a mis preguntas y después se podrá ir.

Eva asintió con la cabeza baja. No quería verlo a los ojos y Miller por si fuese poco se sintió ofendido.

—Míreme a la cara cuando le hablo.

Apretó sus puños sobre sus rodillas desnudas y levantó la mirada, clavando sus ojos llenos de resentimiento hacia él. No iba a permitir que la humillara ahí, aun sin decir una sola palabra, no la haría llorar. Esperaría hasta llegar a su apartamento o si tenía suerte, fuera del despacho para soltar un gran llanto por aquella represalia que aún no había sucedido.

Le arrojó frente a ella una hoja impresa. Al ver de lo que se trataba estaba a punto de desmayarse.

El email maldito.

No había necesidad de leerlo, sabía perfectamente lo que decía aquel papel pero guardó silencio. Se había memorizado cada insulto y cada palabra guarra de él. Se limitó a mirar un punto fijo en su escritorio, una pila de papeles colocados perfectamente por orden alfabético.

— ¿No dirá nada? —Su voz fuerte lo hizo verlo.

—Usted dijo que no dijera nada.

— ¿Me está tomando el pelo? Porque si es así, me temo que las consecuencias serán dolorosas, Eva.

La estaba llamando por su nombre por primera vez y eso lo puso caliente. Su erección estaba peleándose con su cremallera pero sabía disimularlo bien.

—No, desde luego que no me estoy burlando, director. Es solo que…

— ¿Qué, Eva? ¿Me va a decir que es un error? ¿Qué se ha equivocado? ¿En qué parte? —La atacaba con preguntas y el corazón de Eva se disparó— ¿En realidad quiere saber si hablo mientras me follo a una mujer? ¿Si tengo tatuajes? O si…

—Deténgase—Lo interrumpió sintiendo que el aire le faltaba—Por favor, deténgase.

Eva estaba en trance por un segundo, recordó una parte de su vida que no quería recordar, que llevaba tiempo de no tocar en su mente, solamente en sus sueños. La forma en cómo la retó y le habló la llevaron a una pesadilla donde pensó que no saldría viva, pero lo hizo.

Solamente que nadie lo sabía. Y nadie lo sabría nunca. Nadie por nada del mundo debía enterarse de lo que le había pasado.

Era una mujer fuerte aunque en esos momentos se encontraba entre la espada y la pared, pero no iba a permitir que la doblegara de esa manera. Se podía meter todo el campus en el culo si era posible pero no la humillaría, no de esa forma.

—He visto su expediente—Miller al darse cuenta que estaba acorralada de una manera diferente a la que quería decidió cambiar por un momento el tema. Pensaba en que ella saldría corriendo o se echaría llorar mientras se sonrojaba recordando sus palabras. Pero había obtenido la reacción equivocada. Se dio cuenta que estaba asustada. Eso nunca le había importado, utilizaba a las mujeres a su antojo, el llanto le provocaba excitación y odiaba la debilidad de una mujer. Conocía esa mirada perfectamente para darse cuenta que ella estaba luchando internamente contra algo. Así como él, quizá peor. No lo sabía y no quería saberlo. Por eso, lo que menos provocó en él fue enfado.

»Es de Los Ángeles y estudió en casa todos estos años, recibió por correo su licenciatura en artes, aunque hay todo un año que no se sabe lo que hizo. ¿A qué se dedicó?

— ¿Por qué quiere saber algo como eso? —Se defendió.

—Porque quiero entenderla—Se sinceró y su tono cambió por un segundo—Si usted nunca ha acudido a una universidad ni ha interactuado con sus profesores como ahora, se debe al cambio en su vida y no en mi clase. Es por eso que he rechazado su petición porque el origen del problema puede ser usted y no yo o mi universidad.

Tenía mucho sentido. Pero sus profesores aunque los conocía en videoconferencias no lucían como él. Como el pecado en carne y hueso. Pero claro, eso no podía decírselo.

—Puede que sea verdad. Durante mis años estudiando en casa interactué lo suficiente con mis profesores. Al venir aquí yo… me sentí y me siento diferente.

—No me malinterprete, señorita Kerr. Pero entonces. ¿Qué hace usted aquí? Es obvio el cambio que ha hecho, la beca no es para cualquiera y dado su caso se ha hecho una gran excepción en aceptarla. Parece que su padre ha sido generoso con la universidad al respecto, no me sorprendería de que haya sido aceptada.

Estaba loco si pensaba que por el apellido que llevaba había sido aceptada. Ni tenía idea de todo lo que había hecho para estar ahí.

—No voy a permitir que me ofenda de esa manera, señor Preston. Estudié meses para entrar en la universidad, mi examen fue igual que el de todos sin excepción alguna y sé la respuesta de cada pregunta que me hicieron, per se. Si mi padre hizo algo al respecto, dudo mucho que haya sido por eso que obtuve la beca, sé de lo que soy capaz, y fui capaz de entrar aquí sin él también y ahora estoy aquí. En su campus estudiando arte para ser más grande de lo que me pueda imaginar.

Miller se dio cuenta que hablaba en serio. La bonificación que había donado el señor Kerr no era motivo para que su hija haya sido aceptaba. Había visto su examen y sus pinturas y era impecable, por no decir perfecto. La manera en la que respondía era de toda una profesional. ¿Quién era él para juzgarla? Además de su talento al óleo, admiraba en secreto sus pinturas al igual que ella las de él, aunque éstas eran exclusivas. Solo en algunos pocos museos se encontraban y no había ni una sola copia de ellos en todo el mundo. Sus obras estaban desde palacios hasta castillos reales.

—Lamento mucho si se ofendió. No era mi intención y yo mismo sé la clase de alumna que es para la institución y para mí. Debo admitir que no sabía que trabajaba en la biblioteca de artes. ¿Puedo preguntar por qué?

—No puede. Y acerca de este correo yo—Hizo una breve pausa—Yo no lo lamento, señor Preston. Fue verdad cuando dije que no tenía todo el tiempo del mundo para sus asignaciones fuera de la clase. —Sacó de su mochila blanca de diseñador, regalo de su padre, un folder y una USB.

—Aquí tiene los bosquejos en papel y digitalizados, incluyendo lo que asignó en la clase de hoy. Y sobre lo otro, supongo que no soy la única mujer que se sintió atraída hacia usted en algún momento. Cualquiera con un par de ojos sabría lo atractivo que es, pero con ese carácter egocéntrico deja mucho que desear, si voy a ser expulsada y despedida será mejor que lo haga lo antes posible...

—Señorita Kerr…

—Lamento que por un segundo lo haya visto de esa manera. Parece que no conté bien mis pecados capitales.

¿A qué se refería con aquello? ¿Acaso ella era como él? Lleno de pecados. De ninguna manera. Ella se veía frágil, pura y miedosa todo el tiempo.

Había tenido la osadía de escribir de forma indecorosa y se la imaginó si por un segundo también tendría el valor de decírselo de frente.

Ahora la veía más exquisita que nunca. No se lo negó, lo deseaba, un segundo o no, lo había deseado y tan cierto como el infierno que lo volvería a desear.

—Conozco bien los pecados capitales, señorita Kerr. Si no quiere que este papel vaya a parar a su expediente, más le vale que no se vuelva a repetir. En cuanto a sus asignaciones, no volveré a pedirle nada sin su aprobación primero.

— ¿Eso es todo? —Hizo la pregunta y al mismo tiempo se arrepintió. Miller la miró de soslayo. Lo estaba provocando.

— ¿Acaso quiere discutir cada palabra de este correo? Porque si es así, lamento discrepar pero algunas cosas no se pueden explicar con palabras y dudo mucho que mi posición aquí como su director y jefe me dé derecho a ello ¿No cree?

Estaba roja como un tomate.

Le estaba diciendo que estaba dispuesto en pocas palabras a follarla ahí mismo sino fuese su alumna, así corroboraría si tenía tatuajes y si hablaba durante el acto sexual. Sintió que sus mejillas estaban calientes.

—No es lo que quise decir, señor Preston.

— ¿Ah no? ¿Entonces qué quiso decir, Eva?

Tampoco sabía qué decir y él lo entendió. La había llamado por su nombre de nuevo, ambos estaban jugando con fuego.

—Es todo, puede irse.

De nuevo estaba actuando como un hijo de puta. El viejo él. Eso la alivió y como un rayo se levantó de su silla al mismo tiempo en que él lo hacía. Caminó él primero para abrir la puerta para ella como todo un caballero.

—Gracias.

Ella salió rápidamente antes de que él pudiera decirle algo y arrepentirse de no echarla. Las piernas le temblaban, en cuanto a Miller, estaba tan duro que no tuvo remedio que hacer una cita en el único lugar donde podía ser él mismo sin ser juzgado. No era el único.

Ella había estado ahí una vez. Ella había corroborado ya si él tenía tatuajes, fue su primera noche en la ciudad. Eva estaba ebria por haber huido del hombre que la tenía atrapada en un mundo oscuro y doloroso, no se dio cuenta cuando llegó a Inferno.

Literalmente. Las letras del lugar llamaron su atención. Pensó que era un bar, un club. Pero era algo peor, solamente que ella no lo sabía. Así como muchos años existía un club como ese, decidió abrir el propio.

En Cambridge, Massachusetts la acción estaba por doquier si sabías encontrarla. Es por eso que Miller Preston no podía estar sin su pequeño infierno, exclusivo y que estaba valorado en un par de millones. Parecía un viejo castillo por fuera, casi como un hotel, pero por dentro albergaban muchos secretos sin revelar.

Personas que querían sanar su alma de una manera diferente. No había nada ilegal, pero era tan secreto que senadores, políticos y hasta profesores dejaban revelados sus secretos con alguien dentro.

Esa noche Eva había conocido el lugar por accidente. La entrada era para todos, pero el piso de arriba era para los valientes. Miller esa noche ahogaba sus recuerdos en coñac cuando la miró. Adivinó que ni siquiera ella sabía lo que hacía ahí.

Y sonrió para sus adentros por ello.

UN AÑO ATRÁS



Miller

ELLA DEBÍA SER UNA EXTRANJERA. Tan cierto como el infierno que no sabía lo que hacía ahí y es su momento perfecto. Una presa pura. Justo lo que estaba esperando Miller. Desde que había abierto las puertas a Inferno, un club exclusivo donde uno de los pecados capitales no era ningún problema si lo sacabas a la luz ahí.
Lujuria.

A plena luz del día era como un club cualquiera con un toque oscuro y contemporáneo. Un bar, una banda y un segundo piso que abría solamente en las noches y algunos fines de semana.

—Hola—Le dijo mientras se acercaba— ¿Estás sola?

—Más sola que Vang Gogh en un supermercado—Se mofó y le causó gracia. No todos podían nombrar a un famoso artista y reírse de él mismo. Era un chiste, lo que hizo que le atrajera aún más.

— ¿Sabes lo que haces aquí?

—No—Lo miró con curiosidad—Pero podrías enseñarme.

Su ropa era extraña, ella estaba huyendo de algo. Las ropas que llevaba puesta eran el doble de su talla, se le miraba famélica y además tenía un ojo morado que intentaba ocultar con su cabello despeinado. No llevaba maquillaje, aunque en otra ocasión no hubiese importado. No olía mal, pero claramente no sabía cuándo

había sido la última vez que se había duchado. Si hubiese sido otra mujer, una más atractiva y más fina, la hubiese tratado de lo peor, la habría obligado de rodillas y que le diera una buena mamada, pero no era el caso. Al verla a ella sintió compasión, sintió que se estaba viendo a sí mismo hace algunos años.

Perdido.

Sin más le tomó de las manos y la encaminó hasta el segundo piso. Estaba negado el acceso a esa hora de la noche, pero era el dueño, faltaba más. Iba a enseñarle a esa preciosa chica de piel como el color del caramelo que había entrado en las garras del infierno y que podía quedarse a vivir eternamente ahí… con él. Si eso quería, estaba a su merced y su ignorancia era su único motor.

— ¿Qué es aquí arriba? ¿Un hotel?

Miller le sonrió apenas escuchó que su club era comparado con un hotel corriente.

—No si no vienes a dormir.

Caminaron por el largo pasillo. En sus pies había una gran alfombra de terciopelo rojo, las paredes con letras extrañas o garabatos. A Eva le costaba enfocar su vista en cosas como esas en ese momento dado su nivel de embriaguez. Miller la seguía guiando de la mano y Eva se detuvo al ver en un cuadro inmenso en una de las paredes.

—La laguna estigia—Susurró.

— ¿La conoces? —Le preguntó Miller, alucinado porque por primera vez alguien se deleitaba viendo su colección de obras de arte favorita.

—Pasa las almas de los muertos a través de las puertas del Hades—Su voz era suave y sintió un escalofrío por todo su cuerpo—Por supuesto que la conozco.

Sin soltarla de la mano, Miller se posó al lado de ella y ambos como dos almas perdidas como en la obra de arte, prosiguió como si se tratara de una de sus clases:

—El río Estigia es uno de los cinco ríos que rodean el reino del Hades. El que separa el mundo de los vivos de los muertos. Su nombre significa "odio", pues por el pasan las almas coléricas y furiosas cuya condena es terminar ahogadas en sus pútridas aguas.

Almas como las de él.

Eva lo miraba con mucho deseo. Nunca había conocido a un hombre así. Tan inteligente y que se le notaba que amaba la historia y el arte. Ese tipo de historia, como la de ella. Oscura e infernal. Se sorprendió de sentirse atraída por un hombre en esos momentos. Dado su caso, estaba huyendo de eso, de los hombres, de los que querían su cuerpo y del hombre que quería su alma.

—Hablas como si…

— ¿Cómo un profesor? —La interrumpió Miller apretando más su mano y ella asintió. —Es porque lo soy… soy más que eso y te sorprenderías, pero aquí soy Miller, o Hades como me quieras llamar.

Ella no sabía qué decir. No le importaba no saber su nombre real. Bastaba con saber que ese hombre era lo más espectacular que había conocido nunca. Su barba como un motero le daba un aspecto oscuro y varonil. Sus ojos claros avellanas con tono azul y gris era muy dulce, y su forma de vestir, con traje de tres piezas y cabello perfectamente peinado era la viva imagen de lo peligroso. ¿Era así como era el peligro? Ella lo había conocido unas semanas atrás y hace algunas horas, ahora había huido de todo aquello. Eva no sabía que sería la alumna de alguien más y que quizá solo en ese lugar lo volvería a ver.

Continuaron el recorrido. Ahora el suelo le recordaba a la lava que seguramente había en el infierno. Pero no la quemaba, entre más entraba al lugar más tenía ganas de saber más del hombre misterioso que la acompañaba. Se mostraba tranquilo, todo un caballero. Hombres de cuales ella nunca estuvo acostumbrada, eso la llevó a un recuerdo aún fresco y casi le dieron ganas de llorar.

Cuando entraron a una habitación sabía lo que hacían las personas ahí.

—Las personas vienen aquí a tener sexo—Dijo ella en voz alta. A Miller le pareció gracioso que lo viera de esa manera, era como si estuviese juzgando a todos los que habían estado ahí alguna vez.

—No. Las personas vienen aquí a divertirse. No es un hotel y mucho menos un motel. Las personas que vienen aquí ni siquiera

se conocen, solo quieren pasarla bien. Como tú y yo. Y después siguen con sus vidas.

—Suena como a un picadero exclusivo.

—Eso suena mejor. Pero tampoco lo es, cada persona lo nombra de una forma diferente.

A ella se le revolvió el estómago. Al menos no violaban a nadie ahí, de eso estaba segura.

Miller entró con ella en la habitación. Era preciosa digna de un hotel cinco estrellas. Había una gran cama con un cabecero al estilo de la familia real. Las paredes eran negras, no había ninguna ventana, pero el lugar era frío. Había un baño grande con azulejos negros, un jacuzzi, una ducha y al otro extremo muchos estantes con diferentes juegos sexuales.

Ante sus ojos era extraño. Se sentía pequeña al lado de él y Miller gozaba con cada una de sus reacciones.

— ¿Cuántos años tienes? —Le preguntó él.

— ¿Para qué? —Inquirió ella.

—Quiero saber qué puedo hacerte y qué no—Aclaró su garganta sintiendo un poco de dolor.

—Tengo veintitrés ¿Y tú?

Él se rio de manera fría. Cuando le dijera su edad ella saldría corriendo o quizá no. Quizá se quedaría por el morbo que miraba en sus pequeños ojos azules.

—Treinta y dos.

— ¿De verdad?

—Sí, ¿por qué mentiría? Las mentiras roban el alma. ¿A qué te dedicas?

—Estudio.

— ¿Qué estudias?

—Arte ¿y tú qué enseñas?

—Arte y placer.

No pudo contenerse al abrir sus ojos con sorpresa. Parecía más viejo dado a la forma en cómo se comportaba, aun así era nueve años más viejo que ella. Nueve años de experiencia. Nueve años de diferencias en todo tipo de cosas. Nueve años era suficiente

para no querer acostarse con él. No era que antes nunca había estado con alguien viejo, con solo recordarlo, le dio asco.

— ¿Te encuentras bien?

—Creo que es suficiente información. Me tengo que ir.

—No dejaré que te vayas—La tomó de la cintura y la condujo hasta la cama—Tampoco haré algo que tú no quieras, pero créeme, quieres estar aquí tanto como yo.

— ¿Ahora también sabes eso? Dime algo que no sepas.

Retarlo había sido un error. Ahora estaba debajo de él, y él sobre ella. El corazón le latía fuerte. No le tenía miedo, le había dicho que no le haría nada que ella no quisiera y le creía. Pudo sentir su aroma, oler su aliento y sentir su erección en el vientre.

—No sé qué sientas al hacer esto—Rozó con su nariz su oreja derecha y respiro en ella—Tampoco esto—Sacó su lengua y la pasó por su cuello—Y mucho menos esto—Posó sus labios sobre los de ella y le dio un beso casto. Ella al inicio sintió cosquillas, pero la llevaron a algo más. Se excitó. Con el solo roce de su barba en su cara y sintiendo su erección estaba ya empapada y quería que la tomara ahí mismo.

—¿Qué sientes, mi adorada Perséfone? Tienes suerte de que te lo esté preguntando, en otra ocasión te habría hecho callar solamente y te habría golpeado hasta desmayarte, para luego cogerte duro, muy duro.

Ella tragó en seco. No podía ser cierto. Ahí estaba él atento y siendo todo un caballero. Amenazándole con ser otro, sintiendo que algo no andaba bien cuando se excitó aún más bajo su amenaza.

Ella se le quedó mirando extrañada por haberla llamado así. ¿Era lo que creía que era? Desde luego.

—¿Por qué me llamas así?

—Perséfone era la reina del inframundo—Estaba empezando a adorar la forma en cómo le explicaba las cosas.

—Sé quién es o era. Pero mi pregunta es ¿Por qué?

—Porque así quiero llamarte. Porque así como Hades se enamoró de Perséfone y la raptó llevándosela al inframundo, así es

como tú y yo estamos aquí. Aunque viéndolo bien, no te le pareces nada a ella, eres más inocente de lo que creí.

—Pero tú no me has raptado—Le dijo con una sonrisa.

—Desde luego que no.

—Y tampoco eres mi… tío. Es algo enfermo ¿No crees?

—No si lo miras desde el punto en que, eso antes no importaba. A los dioses no les importó. Jamás había tenido a alguien como tú y nunca había sentido este deseo por hacerte mía, *mi ángel.*

— ¿Piensas que regresaré a este lugar? Ni siquiera hemos hecho nada para que regrese. Como también, no sé si lo recordaré, estoy demasiado ebria en estos momentos.

Miller entendió lo que eso significaba. Un adiós para siempre. Pero aun sentía el sabor de su saliva en su boca y eso le bastaba. Al menos por ahora.

Ella se recompuso la ropa. No se dio cuenta en qué momento su vestido estaba hasta su cintura. Miller se le quedó mirando, analizando cada uno de sus movimientos y juró que aquella chica era una virgen en el lugar equivocado con la persona equivocada.

Eva, su Perséfone, su ángel, se acercó a él y le tomó la cara, depositando otro beso, esta vez más largo y enredando su lengua con la suya. Miller gruñó y la apartó. Si ella no iba a recordarlo después de esa noche. No quería hacerle nada. Quería que la mujer que estuviese con él recordara cada una de sus caricias, el sabor de sus besos y el tamaño de su miembro dentro de ella, como también la sensación y el clímax que le causaría.

—Ojalá te hubiera conocido en otra vida.—Le dijo tocando su pecho y admirando su belleza una vez más. —Pero en ésta creo que tú y yo ni siquiera en el infierno nos hubiésemos conocido. Yo estaría del lado de los muertos y tú serías ese sendero que nos separara.

No sabía por qué le hablaba así. Pero sonaba triste. Ella estaba esa noche ebria por algo o por alguien. No sabía su nombre real, tampoco donde estudiaba o qué hacía. No tenía el valor de

preguntárselo. Había un gran abismo que los separaba. Y él una promesa que debía cumplir.

Los recuerdos y las llamas de Miller Preston. El Miller real.

Por otro lado él no sabía que ella también tenía heridas. Solo que diferentes.

—Adiós, mi ángel.

No necesitaba saber su nombre real. Sabía que no la volvería a ver.

Él le sonrió apenas y abrió la puerta para ella. La miró andar y no se atrevió acompañarla, sabía que, si llegaba a la puerta no la dejaría ir. No podía cruzar esa línea, era una de sus reglas. Lo que pasaba en inferno se quedaba en inferno.

—Adiós… mi dios oscuro.

Al salir de ahí escuchó un par de disparos. Eva fue la primera en tomar su mano y asustarse.

—Me ha encontrado—Musitó—Me ha encontrado.

Miller la miró confundido y estaba listo para sacar su arma, la llevaba detrás de su cintura. Sus hombres rápidamente fueron con él a los pasillos avisándoles de lo sucedido.

—Es Berlín—Le dijo Grave, su mano derecha y mejor amigo —Creo que anda buscando una de sus putas. ¿Acaso es ella…?

Los hombres miraron a Eva y Miller no podía creerlo. ¿Era una de las mujeres de Berlín?

Era ella…

El hombre que engañaba a las mujeres con dinero y las vendía al mejor postor para luego obligarlas a prostituirse en su club. Eva no tenía la cara de ser una y a juzgar por lo asustada que estaba, dedujo que ella había escapado. Ató cabos sueltos sobre cómo se comportaba y por qué nunca la había visto en ese lugar antes.

Ella había huido de las garras de Berlín. Su peor enemigo.

—Diles a todos que lo entretengan, sacaré a ángel de aquí.

—Entendido.

Miller sacó su arma y Eva ahogó un grito. La tomó del cuello e hizo que lo mirara.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué mierda haces en mi club y por qué Berlín te está buscando?

Ninguna chica quería escapar de Berlín. A pesar de ser vendidas con el tiempo les terminaba gustando. Ganaban bien como para darse una vida llena de lujos. No eran cualquier cartera de putas. Eran exclusivas y algo le decía a Miller que la chica que tenía frente a él era especial para Berlín.

—Yo—Estaba ahogada en llanto—Él me raptó y logré escapar. Es amigo de mi padre. Pensé que era alguien que podría ayudarme… y él…

Miller cerró sus ojos. Había confiado en la persona equivocada.

—Has cometido una gran cagada, mi ángel y no lo digo solamente porque confiaste en él. Te le has escapado y ahora no parará hasta encontrarte y te matará.

—Por favor—Se le colgó del cuello y lo abrazó fuerte. Miller sintió su cuerpo caliente. Pensaba que sus llamas la quemarían pero hicieron todo lo contrario, apagaron las de él y lo abrazó en una burbuja extraña. —No dejes que me atrape, me matará. No soy una puta, nunca quise ser una, por favor, ayúdame. Quien quiera que seas, por favor. Haré lo que sea.

Su ruego era impresionante.

—No soy tan diferente a él, mi ángel.

—Sí lo eres. Hace un momento pudiste violarme y no lo hiciste.

Eso parecía un insulto para Miller.

—Jamás he violado a nadie y jamás lo haría. No eres gran cosa como para querer hacerlo, no sé qué de especial ve Berlín en ti, pero te ayudaré no porque me lo pides sino porque es mi enemigo a muerte y siempre es bueno saber con qué joderlo.

Ella no entendía nada, pero al menos le ayudaría.

—Quédate en mi despacho—se sacó una llave y se la dio—Espérame ahí y no le abras la puerta a nadie, solo cuando te llame, ¿has entendido?

—Sí…

—Ángel—Le tomó la cara de nuevo esta vez más fuerte—¿Has jodidamente entendido? Quiero creer que lo dices es cierto, sino yo mismo te mataré, te daré otra oportunidad. ¿Quién.mierda.eres?

Las lágrimas de Eva brotaban por todo su rostro. Sentía tanto miedo, pero al mismo tiempo si Miller le fallaba no se dejaría atrapar, correría como lo hizo cuando se escapó y volvería a matar si era necesario. Eva llevaba meses en su club y se había acostado con una buena cantidad de hombres.

Había guardado el dinero necesario y no necesitó más que un par de trapos que llevaba puestos, su identificación y salir corriendo del lugar. No sabía dónde ir, pero cuando pasaba frente a las puertas de Inferno supo que debía entrar.

—No soy nadie—Más lágrimas caían y su voz era un susurro —Pero de ser alguien, sería como tú… pareces un artista.

Otro disparo más cerca se escuchó. Miller le ayudó a ponerse de pie.

—Ve, ahora. Ultimo pasillo a tu izquierda, la puerta roja. No te perderás.

Antes de que se fuera ella tomó su mano.

—Por favor, ten cuidado.

Miller sonrió fríamente.

—Es ese hijo de puta quien debe tener cuidado.

Miller abrochó el botón de su chaqueta y bajó donde Berlín y sus hombres estaban. La gente estaba asustada, pero la música seguía escuchándose en el fondo, algo que, por un momento relajó más a Miller.

—¿Se puede saber a qué le debo el motivo de tu… visita?

Se paró a escasos centímetros de él. Miller le ganaba en hombres armados. Berlín sabía que estaba pisando territorio peligroso al entrar ahí, pero cuando uno de sus hombres le confirmó que habían visto a Eva cerca de esa calle, no dudó en hacer presencia.

—Miller.

—Berlín.

Berlín le doblaba la edad, aunque no parecía. El rubio y robusto hombre llevaba un traje de dos piezas y zapatos de un chulo de primera. No solamente estaba en el negocio de la prostitución, también estaba en el contrabando de armamento, algo que lo hacía un enemigo a muerte de Miller.

No habían cruzado la línea, tenían su propio mercado.

A diferencia de Miller era Industrias Preston y Berlín los barcos de material nuclear que muchas veces robaba a Miller sin que éste se diera cuenta.

No había cruzado línea, hasta ahora. Pero se conocían las caras, sabía cada uno de lo que era capaz el otro y solamente necesitaban tenerse así de cerca para dar el primer paso hacia su guerra.

—Creo que mi putita ha entrado aquí por accidente y como ya sabrás el caballero que soy, he venido yo mismo por ella. ¿No estarás escondiéndomela o sí?

La mirada de Miller era amenazadora. No parpadeaba ni demostraba nada. Desde luego que su chica estaba arriba, pero pasaría primero por su cadáver antes de poder llevársela. Si ella le había pedido ayuda, lo haría y si había algo que Miller no fallaba era a su palabra y a las promesas.

—¿Inferno tiene fachada de burdel? —Se cruzó de brazos— Ni siquiera tú deberías estar aquí y eso sí que es un problema, Berlín. ¿Qué te hace pensar que dejaría entrar a una de tus perras aquí?

Las fosas nasales de Berlín se abrieron de enfado.

—Ella es especial.

—No me digas. Pues te invito a que subas y la busques por ti mismo—Dio un paso al frente—Eso sí, tendrás que pasar por mí y por mis hombres primero, ¿Crees que puedas?

Berlín miró a la docena de hombres que llevaban armas como si la segunda guerra mundial estuviese delante de ellos. Era algo suicida de su parte ya estar parado ahí frente al hombre que ya era su enemigo.

—Hoy no, Miller—Dio un paso atrás y observó alrededor— Pero si me entero de que…

—Ten cuidado con las amenazas, Berlín. No soy tolerante, soy un hijo de perra sádico que puede abrir fuego en cualquier momento y morir todos aquí solo con escucharte. Me irritas y creo que el sentimiento es mutuo.

Sin decir una palabra retrocedió. Les habló a sus perros en alemán y fueron los primeros en salir de ahí. Miró a Miller por última vez, sabía que la tenía o quizás no, pero le había amenazado.

—Nos veremos pronto…profesor—Le habló en alemán y Miller supo que era una clara advertencia. Entendió cada palabra y su tono. Se había metido en territorio prohibido. No era el hombre que le importaba los negocios sucios de sus enemigos siempre y cuando no se metieran con él. Y quería pensar que al menos salvar a su ángel valiera la pena.

Miller regresó arriba para buscar a Eva.

—Soy yo, ángel—Tocó de nuevo—Abre la puerta.

No escuchó respuesta. Se sacó otra llave de repuesto y abrió la puerta de su despacho, lo que miró a continuación lo marcaría de por vida y sin conocer a la chica que estaba ahí, sintió que su corazón volvía a doler.

—¡ÁNGEL! —le gritó llegando lo más rápido hacia a ella—¿¡Pero qué has hecho!? ¡Joder!

—¡Señor, la ambulancia ya viene! —Dijo uno de sus hombres. Él lo daba por perdido. Eva estaba en un charco de sangre. Se había abierto las muñecas. Supo que, preferiría estar muerta a regresar con Berlín.

—Te dije que te mantendría a salvo, mi ángel—La tomó en su regazo y se aferró al cuerpo de la chica desconocida. Sintió un dolor en su pecho, un dolor extraño al principio, pero bastante familiar y humano. Si Eva moría no se lo perdonaría nunca. Ella no había confiado lo suficiente en él y Miller se maldecía por no habérselo dejado claro hasta que confiara lo suficiente para mantenerse a salvo.

La ambulancia llegó segundos después y sacaron a Eva con la discreción posible, no quería que Berlín se diera cuenta por si todavía algunos de sus hombres andaban por ahí. Aunque si Eva en

realidad moría estaría a salvo por siempre. Con solo pensarlo el estómago se le revolvió.

Miller se quedó en su despacho y mientras observaba aún el charco de sangre en su piso, notó una nota sobre su escritorio.

La tomó con manchas de sangre aun en sus manos y supo lo que era.

Hombre desconocido,
En realidad no sé cómo llamarte, dado caso que Hades es un nombre terrible para ti porque no eres nada como él. Me mantuviste a salvo lo suficiente para darme cuenta que siempre estaría rota y no te culpes, yo ya lo estaba antes de entrar en tu club.

Sé que eres el dueño, solo alguien como tú tendría un despacho tan elegante como éste.

Me hiciste sentir por primera vez deseada y aunque no lo creas, respetada. Esta es mi decisión y no tiene nada que ver con que estés abajo enfrentándote al hombre que me lo ha quitado todo.

Pero no mi alma. Ojalá te hubiera conocido en otra vida, Miller. También me di cuenta de tu nombre, pero aún no encontré un sobrenombre como tú lo hiciste conmigo.

Me gusta.

No puedo arrastrarte conmigo y tampoco puedo obligarte a que protejas a una desconocida, solo yo sé de lo que es capaz Berlín y no quiero que te enfrentes a ello. Tampoco tengo dónde ir y me voy con la ilusión de que al menos sé cómo luce el infierno. Si habrá personas como tú en él, no tengo miedo de ir a parar allá.

Que tengas una buena vida.
Toda tuya en otra vida,
Eva.

Miller Preston no lloraba, de hecho no lloraba nunca y tampoco lloró la muerte de su esposa e hijo. Pero al leer esa carta, algo dentro de

él se rompió. Tomó la botella de whisky que estaba sobre la mesa, dedujo que Eva había tomado un poco antes de cortarse las muñecas y se maldijo por haber estado en su despacho el arma punzante.

Eva.

Eva.

Eva.

Pronunciaba su nombre en voz alta, en sus pensamientos y juró que vengaría su muerte, pues no había tenido tiempo. Hubiese querido tiempo y si en otra vida se la volviese a encontrar, juraría hacerla suya al menos antes de partir.

Unas horas después recibió una llamada que Eva estaba con vida pero que, no recordaba lo que había pasado ni donde había estado. Estaba a punto de ir a verla, pero se arrepintió cuando la miró desde el cristal de su habitación del hospital.

Había un hombre ahí, un hombre mayor y sus rasgos eran iguales. Dijo que no tenía donde ir, pero se había equivocado, había un hombre ahí y no era Berlín. Dedujo que quizá era su padre y con el tiempo lo supo. Se la había llevado a Los Ángeles y lo último que supo es que Berlín no la estaba buscando, al menos no por ahora. Pero lo sabría, la vigilaría sin que ella se diese cuenta, se lo debía.

Solamente esperaba que su memoria no regresara y que al menos si pasaba, que solo recordara la promesa que le hizo.

Ser una artista.

3



ERA ELLA.

Perséfone, la señorita Kerr era la chica de sus sueños. La que le hablaba y tocaba, ahora Miller lo recordaba y sabía que, ella en verdad lo había olvidado. Para siempre.

Dejó caer su espalda sudorosa de nuevo en la cama. Era el mismo sueño una y otra vez y ahora todo tenía sentido. Odiaba a su alumna, Eva Kerr, y ya sabía ahora por qué.

Sabía que ella no lo recordaba, de ser así lo había dejado claro en cuanto se le presentara la oportunidad y además, cuando leyó aquel correo electrónico.

Ella no lo recordaba. Y maldecía para sus adentros del porqué él sí. Estaba tan ebrio como ella, perdido y buscando sanación. La había dejado ir aquella noche sin hacerle nada más que haber probado sus labios. Se dio cuenta que era lo único que le bastaba para volverlo loco. Y luego la terminó salvando para perderla para siempre.

Había dejado que su padre se la llevara, entonces ¿Por qué había dicho que no tenía dónde ir? Se había quedado con muchas preguntas durante todo un año y ahora la tenía en su clase de artes.

Ella malditamente había cumplido su promesa de ser una artista.

Ella no lo recordaba y así tenía que ser. Jamás se daría cuenta y él se encargaría de eso. Si ella recordaba entonces podía volver a intentar quitarse la vida por miedo a Berlín. Lo único que supo es que estaba en Asia.

Megan y Eva entraban a la galería de arte en Oxford st. Eva recordó la última vez que apreció el arte. Megan era una fanática de los museos, pero cuando le dijo que había apertura a una nueva galería de arte en historia contemporánea, no lo dudó y se aseguró de estar ahí con su amiga.

—Estás preciosa, no sabía que te vestías así de elegante para venir a estos lugares—Su amiga Megan llevaba un vestido largo casual hasta los tobillos, pero se había maquillado un poco y usaba una chaqueta jeans.

—Gracias, es que aquí me siento yo misma.

—No digas eso, todo aquí es polvo e historia. Tú lo que necesitas es un buen polvo con mucha historia.

Ambas rieron a carcajadas. Siempre reían sobre bromas y chistes de sexo, no eran mojigatas a pesar de que Megan aún era virgen. En cuanto a la vida sexual de Eva y su pasado, Megan estaba al tanto y no la juzgaba, de hecho intentaba entenderla. O mejor no hablar del tema.

—Tú no estás mal.

Eva había optado por unos pantalones negros ajustados, una camisa de cuadros y una chaqueta negra con botas de tacón de aguja. Su cabello negro azabache le daba la impresión de ser una chica mala, y no es que no podía serlo, ella ya no le interesaba ser así en absoluto.

—Estaré por allá—Ambas tomaron caminos diferentes. Sabían que una vez ahí sus gustos eran totalmente diferentes como para pasearse juntas por todo el lugar.

—Te veré en media hora, no me hagas buscarte por todo el lugar—Le advirtió Megan.

Eva se adentró a la galería. Observa aquellas paredes de piedra y los azulejos del piso que sabrá dios qué edad tenían.

Había un poco de frío en el lugar y la piel se le puso de gallina, era una de las sensaciones con las cuales se sentía a gusto para ser tan normales.

En la galería había pocas personas, todas parecían estar interesadas más en otra cosa que en el simple arte.

Se quedó mirando el primer cuadro que lo rodeaba unas cintas de seguridad y lo reconoció enseguida. Siguió su recorrido hasta dar en un rincón donde solamente se apreciaba una obra de arte.

La reconocía, pero también sintió una punzada en el pecho.

Había visto esa pintura en otro lugar pero no sabía dónde.

Escarbaba en su memoria sin éxito alguno y odiaba cuando eso le pasaba.

Grandes partes de su memoria había perdido en el pasado gracias a su intento de suicidio.

Le llamaban amnesia post traumática. No sabía lo que le había ocurrido, pero sí recordaba haber huido del hombre que la había engañado, recordaba haber sido prostituida por meses y luego una gran mancha borrosa.

No le tenía miedo a Berlín. Su padre no estaba al tanto de todo y se encargó de que Eva tuviese lo necesario para salir adelante, aunque ella lo culpaba una y mil veces. Si él no hubiese sido tan tosco con ella, quizá ella no hubiera confiado en el hombre equivocado que decía ser su amigo y que la ayudaría a independizarse con un poco de trabajo. No sabía qué tipo de trabajo era, no sabía que algunas personas en el medio artístico eran obligadas a hacer cosas poco ortodoxas o más bien, prohibidas. En cuanto se dio cuenta de lo que Berlín intentaba hacer con ella le dijo que la dejara ir. Pero ya era tarde.

—Te dejaré ir si me pagas lo que he gastado contigo—Le señaló todo el lugar, la ropa nueva, la alimentación y su nuevo pasaporte. —Te dije que te ayudaría a salir de tu casa. Pero no te dije el costo.

Eva estaba ya asustada.

—¿A qué te refieres? Eres amigo de mi padre, prometiste ayudarme.

—Lo soy, pero no el tuyo. Más te vale que me pagues.

—Le diré a mi padre que te pague para que me dejes ir—Eva estaba desesperada que haría lo que fuese por salir de ahí—Regresaré con él, esto ha sido un mal entendido.

—Oh, no lo es, pequeña putita—Se lamió los labios—Tu padre estaba al tanto de todo. Me debía mucho dinero y luego apareciste tú pidiéndome ayuda. ¿Pensaste que solamente era un director de cine como él? Pues te equivocas, tu padre me debe mucho dinero y ya sé cómo cobrárselo. Y a ti también.

Cuando se acercó a Eva su rodilla fue directamente hacia su ingle. No dejaría que la tocara, ni él ni nadie. Pero Berlín era más grande y le ganaba en peso y fuerza. La tomó del pelo y la arrojó a

la cama detrás de ella. Como un lobo que acorrala a su presa, la despojó de toda la ropa que andaba puesta.

—Te daré tan duro por el culo que no te quedará ninguna duda de quién manda aquí.

—¡Sobre mi cadáver! —Gruñó y luchó con todas sus fuerzas para quitárselo de encima. Lo que hizo que Berlín se empalmara más.

—Eso suena tentador, pero primero me voy a divertir contigo, después te pondrás a trabajar y eso quiere decir que dejarás que te cojan todos los hombres que te deseen y harás lo que ellos quieran a cambio de dinero, el precio lo pondrás tú ¿Tienes idea de cuánto valdrá una mamada de esa exquisita boca que tienes?

Los ojos de Eva se apagaron. Dejó de resistirse, pues era caso perdido. Berlín la penetró tan fuerte que la hizo sangrar. Ella se quedó mirando a la nada, un punto fijo en el frío piso a lo lejos. La música que se escuchaba del otro lado era el canto del infierno, si es que existía uno peor del que ya estaba viviendo y eso que apenas venía comenzando.

En cuanto Berlín terminó. Le arrojó un par de billetes a la cama.

—Felicidades, haz ganado tus primeros dólares. Si continúas así serás tan rica como yo. Créeme te gustará.

Con lágrimas en sus ojos no dijo ni una sola palabra. Escuchó que la puerta se cerraba detrás de ella y solamente pudo cerrar sus ojos y recuperar fuerzas porque lo que se avecinada sería una lucha.

—¿Es usted fanática del infierno, señorita Kerr?

Al escuchar aquella voz se asustó tanto que no pudo ocultar su sorpresa al sentirlo detrás de ella. La atrajo a la realidad y dio gracias por ello en su interior.

—Lo siento, mi intención no era asustarla.

—Señor Preston—Intentó sonreír pero era algo que aquel hombre no le provocaba. Le provocaba miles de cosas y una de ellas

no era sonreírle en absoluto.

Él se quedó mirando la pintura.

El río Estigia.

Y no ocultó su pasión por aquello.

—Deberían de estar los cinco ríos aquí ¿No cree?

¿Estaba hablándole? Aquello parecía una broma. Hacía unas horas era su enemigo a muerte y ahora estaba hablándole en un tono amable y conocedor.

—Supongo que sí. Pero no son los únicos. Debería pintarlos todos.

El nombre que aparecía debajo de la obra era el suyo, no era un secreto que era uno de los mejores artistas de la ciudad y del mundo. Admiraba su trabajo y la forma tan humilde de ser al respecto, era extraño ver una obra de él en una galería de ese tipo. Seguramente había sido una donación, o es lo que pensó Eva y no estaba lejos de ello.

—¿Supone? —La miró por un segundo y desvió la mirada de nuevo—Para los dioses no había nada más sagrado que jurar por el Estigia. Algunos cuentan que sus orillas eran tan nauseabundas y fétidas, que sólo un trago de sus aguas producía la muerte inmediata. De hecho, más de una vez algún que otro desafortunado fue condenado por Zeus a beber de él. Otros decían que del río Estigia salían burbujas de fuego, como si estuviera en constante ebullición.

—Estigia es el río del odio—Añadió Eva captando su atención. Ella al sentir que la estaba mirando calló nerviosa.

—Por favor, continúe.

—Aqueronte es el río de la tristeza, Flegetonte es el río de fuego, el Cocito es el río de las lamentaciones, el Lete es el río del olvido, quienes beben de su agua olvidan todo. Y el río Eridano el río de inagotables lágrimas.

No hacía falta que se explicara más allá de lo que eran en realidad aquellas metodologías griegas. Seguramente él sabía más que ella y no intentaba quitarle el mérito. Pero cuando Miller la escuchó hablar así, tan decidida, tan apasionada que iba más allá de la inteligencia, se excitó. No era un caparazón, belleza solamente.

Era una mujer inteligente y siempre que la miraba recordaba su momento de debilidad. Pero aun en la muerte había algo que podría admirar de ella, a pesar de su momento de debilidad, seguía siendo más fuerte que él mismo.

Se la imaginaba doblándole la espalda en su escritorio mientras le hacía el amor por detrás y la tomaba de ese gran cabello oscuro y sedoso. Le excitaba su reacción y la forma en la que se comportaba cuando lo tenía de frente.

Pero eso llevaría tiempo.

O quizá nunca sucedería, se debatía entre alejarse de ella o conquistarla, ninguna de las dos le favorecía, ya que Miller no conquistaba a ninguna mujer, eran ellas quienes andaban detrás de él siempre.

Sus parejas eran pasajeras como el sol se ocultaba en las tardes.

—Me impresiona.

Era la primera vez que le daba un elogio y sabía que sería el único, pues no tardaba en tomar su papel del Miller arrogante.

—Si me disculpa, me tengo que ir.

—Espere—Maldijo para sus adentros cuando la palabra salió de su boca. Eva se detuvo en seco y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Una sensación a la cual no estaba acostumbrada. Una sensación familiar que no quería sentir, pero a él no le temía, no sabía por qué. A todos los hombres que se le acercaban sentía un repudio, pero no de él y eso la confundía porque el sentimiento no era mutuo.

—¿Sí?

«Joder, di algo. Lo que sea.»

—¿Le gusta el café?

Ella arrugó su frente, lo que la hizo ver divertida, además de hermosa.

—¿Café? Sí, me gusta el café.

—¿Me haría el favor de acompañarme? Es la hora en la que tomo el café.

Y una mierda. Él odiaba el café, rara vez lo tomaba solo para poder terminar de abrir los ojos en las mañanas. No sabía por

qué la estaba invitando pero algo se le ocurriría. Con ella siempre había algo entretenido de que hablar.

Eva sonrió amablemente y asintió con la cabeza. Dio por terminada su excursión por el museo y rápidamente miró a Megan a lo lejos que hablaba con un grupo de profesores. Tenía media hora para verse, le mandaría un mensaje luego sobre donde estaba o quizá el café no duraría tanto para entonces.

Estaban a la orilla de la acera cerca de la galería, su camino ahí había sido silencioso y solamente el sonido de sus pisadas era su compañía. Eva se quitó su chaqueta y desprendió un aroma familiar hacia Miller. La mesera sirvió sus dos café, un capuchino y un café negro de exportación bastante caro, desde luego era el de Miller. Se sentaron en las mesas de afuera de la cafetería donde había más personas. Ver a un hombre como él con una alumna tomar un café no era nada nuevo, ni raro. Pero sí para ellos dos.

—Gracias—Le dijo Eva a la mesera quien no quitaba los ojos de Miller. Éste ya se había dado cuenta pero no prestaba atención suficiente, toda la atención la tenía para Eva.

Si hubiese sido lo contrario a un mesero y que en vez de verlo a él la mirase a ella, Miller le sacaría los ojos ahí mismo.

—¿Se encuentra bien, señorita Kerr?

Ella sonrió de forma tímida lo que hizo que a Miller se le pusiera dura, al menos lo ocultaría sentado.

—Es raro que me llame por mi apellido cuando estamos tomando un café.

—Cierto. —Tomó un sorbo sin quitarle los ojos de encima—Pero soy su autoridad, no veo de qué otra forma llamarle.

—Cierto—Lo imitó ella.

No sabía qué demonios hacía tomando un café con su alumna pero ya era demasiado tarde como para dejarla ahí sola. Además se sentía bien tenerla de frente, el hielo estaba derritiéndose de manera lenta, pero ya era algo. Quería hacerle muchas preguntas, como dónde había estado todo ese tiempo, si estaba bien o si necesitaba algo. Pero ella no lo recordaba.

—Entonces ¿Por qué Arte? —Comenzó él a decir—He visto su historial y podía haber estudiado cualquier cosa antes.

Ella no se sintió ofendida al respecto, de hecho amaba hablar sobre su carrera.

—Quiero ser una artista, quizá profesora algún día. No lo sé todavía. Al recibir la licenciatura no sabía lo que quería hacer, es por eso que continúo con la especialidad ahora en el arte.

Aquello era interesante. Conocía a muchos artistas famosos y a otros que se creían famosos. Todavía no sabía nada de ella pero estaba seguro de algo, ella podía conseguir lo que quisiera. Si tan solo se lo pidiera. Además, ella le había prometido serlo si la mantendría a salvo de Berlín, lo hizo pero ella decidió terminar su vida o al menos lo intentó.

No sabía por qué continuaba con la promesa si ni siquiera lo recordaba.

—Eso está muy bien. La enseñanza no es nada fácil. Lo intenté una vez y creo que lo mío es el arte, la historia se la dejo a alguien más.

—Un artista puede hablar de su obra.

—Cierto. Pero el mundo de los profesores, las horas con unas gafas, soledad, vino y fumar, no es lo mío. Al menos no ahora.

Ella sonrió y no pudo ocultarlo. Se lo imaginaba así. Pero había investigado sobre él y también era un empresario. No había mucho que pudiera preguntar, pues su vida privada no estaba expuesta en internet, pero sí su larga carrera como empresario, además de un pintor famoso.

En cambio Miller, prefería estar encerrado en su estudio, pintando desnudo u ordenándoles a sus alumnas a desvestirse para pintar, lo que ellas desde luego encantada hacían. En pocas ocasiones era él quien posaba desnudo.

—El cuerpo es arte—Decía en una de sus clases—No deben avergonzarse de él y mucho menos sentirse violados cuando les pida que se desvistan. Podrán hacerles lo que quieran con los ojos y con las manos en un blanco lienzo.

Las mujeres amaban verlo desnudo sin pudor alguno, admirar cada parte y músculo de su cuerpo. Su larga longitud

muchas veces erecta. Y cuando se trataba de que eran las que se desnudaran, aquello a veces se volvía oscuro, unas lloraban y se sentían violadas y otras se ofrecían sin más para ser admiradas. Se preguntaba cuál era el caso de Eva. Lo sabría muy pronto. De momento Eva no había tenido la oportunidad de verlo desnudo.

—¿Qué es tan divertido?

—Usted usa gafas, creo que ha probado el vino y no quiero juzgarlo pero, desde aquí puedo sentir el aroma a tabaco.

Miller se lamió los labios. Ella estaba analizándolo primero. Se le había adelantado.

—En cuanto a la soledad, creo que todos somos amigo de ella cuando queremos.

Miró a la nada como si en su mente había llegado algún tipo de recuerdo. Miller no quería perderla, su mente. No sabía cuándo repetiría algo así, así que sacaría el mayor provecho posible.

—Quizá algún día suceda.

—Es joven, señor Preston. Puede hacer muchas cosas todavía.

—¿Cree que soy joven?

Ella pensó que se había ofendido. En realidad era un cumplido, no importaba la edad que tuviese, todo él era un orgullo de juventud… y experiencia.

—Tengo treinta y tres años, lo que me hace ser nueve años mayor que usted. Sé muy bien lo que me conviene y lo que no.

—¿Cómo sabe cuántos años tengo?

Maldijo de nuevo. Lo estaba haciendo mal. Debía inventarse algo rápido y convincente.

—Lo dice su expediente—Se explicó. Pero Eva no era ninguna tonta. Datos como esos ningún profesor o de hecho nadie le interesaba más que su talento y comportamiento. Pero al menos ya sabía la edad. Era bastante mayor.

—También sé que en contacto de emergencia no tiene a nadie, ¿Puedo preguntar por qué?

Miró a la nada. Nadie en realidad le había hecho esa pregunta nunca. Pero era verdad. Ella no tenía a nadie, ni a su padre, quería llegar a odiarlo, pero en realidad quería pensar que

Berlín le había mentido y que su padre no estaba involucrado en esa mierda de la prostitución.

—Lo siento, señorita Kerr. No es de mi incumbencia.

Ella le dedicó una mirada y sonrisa triste.

—No pasa nada. La última persona que tuve fue a mi madre.

—Habla en pasado. —De nuevo estaba metiendo las narices donde no debía.

—Sí, ella…murió supongo. No lo sé.

—¿Supone? —Se corrigió enseguida—Si quiere cambiemos el tema. Si de algo le sirve, yo tampoco tengo madre. Pero supongo que dejaré eso escrito en mis memorias.

De nuevo la había hecho sonreír. Estaba intentando hacerla sentir bien. Sabía que su pregunta la había hecho ir al pasado. Él odiaba el pasado. Y más al recordar lo que sus padres habían hecho antes de que él naciera. No sabía por qué se habían quedado con él y no darlo en adopción también como a su primera hija y hermana mayor. Miller pensaba que se habían quedado con él porque no merecía nada en la vida, pero ahora eso era otra historia. Con los años aprendió a investigar a sus padres biológicos y había descubierto eso, que tenía una hermana mayor. No dudó en contactarla y desde entonces la visita con frecuencia cuando su horario lo permite.

Eva carraspeó su garganta y eso trajo a Miller a la realidad.

—¿Cree que pueda comprar alguna obra suya? —Cambió la conversación de repente y no era mejor que la que ya tenían.

Eso lo sorprendió. ¿Por qué ella quería hacer algo como eso?

—¿Por qué? Puedo obsequiarle otra si gusta, las que están ahí son bastantes…

—No—Eva estaba segura de lo que quería. Y quería un cuadro en especial. Uno lleno de árboles. En cuanto lo miró supo que se conectaba con ella de alguna forma, parecía loco. Pero amaba los árboles, había dormido debajo de una la noche que escapó de Berlín y eso era todo lo que recordaba.

—Quisiera poder comprar el cuadro Silas—Que pronunciara el nombre de su hijo hizo que se le formara un nudo incómodo en su garganta—Es hermoso. Además sé que el dinero es para una buena causa. Y tengo unos ahorros…

—No está en venta.

Entre más la miraba más se daba cuenta de que estar cerca de ella le provocaba muchas cosas que se convertían en un error. No debía sentir absolutamente nada, pero le gustaba esa sensación de peligro y prohibido. La forma en cómo se comportaba lo confundía, no era la misma chica que había conocido tiempo atrás.

Ahora parecía que estaba frente a un animalito asustado, una niña perdida y hermosa.

Con gusto él le enseñaría el camino, pero no era el momento, si tenía que pasar pasaría, pero conocía muy bien las consecuencias de eso.

—Lo siento, pensé que sí.

Pasaron unos cuantos minutos para que ella volviese a decirle algo:

—¿Por qué tengo la sensación de que está analizándome, señor Preston?

Y no estaba equivocada.

—No necesito analizarla. Es solo una alumna.

Aquello le dolía y no sabía por qué. Si hubiese tenido a otra persona ahí estaba segura que no le importaría pero de él todo importaba y lo odiaba.

—Lo sé, pero eso es porque ya lo ha hecho antes. La forma en cómo me ve me lo dice. ¿Acaso nos conocemos de algún lugar?

Eva maldecía para sus adentros por hablarle de esa manera, pero no podía hacer nada, sus palabras ya estaban en el aire y en Miller las había escuchado perfectamente.

—¿Es así como intenta que nuestra relación mejore? Porque no está funcionando, su insolencia es su peor enemigo y la verdad es que no tengo paciencia para ello. Provoca en mí muchas cosas que estoy seguro una señorita como usted nunca ha conocido y por su bien espero que no conozca.

—No es lo que…

—No me provoque, señorita, Kerr. No me provoque.

Esa palabra le puso los pelos de punta. Lo último que quería hacer era eso, provocar al hades que llevaba dentro y que claramente la odiaba. No sabía por qué.

—¿Esto es por el email? Me gustaría que me lo dijera.

—Me temo que eso ya está solucionado ¿O tiene algo más que expresar?

Ella tragó una bola de aire. Quería decirle que se miraba obsesivamente atractivo vestido con un traje de tres piezas y su abrigo. Quería decirle que la forma en cómo peinaba su cabello lo hacía lucir joven y relajado. Quería decirle que su barba creciente era un poco sucia al nivel ardiente y caliente. Pero no podía porque era su director. Tampoco iba a preguntarle respecto al email, si se había excitado tanto como ella al momento de leerlo.

—¿Por qué me invitó a tomar un café?

Esa pregunta lo enfadó. Porque no sabía la respuesta. Quizá sí pero no iba a decírsela. No podía decirle que la había invitado a un café para que ningún hombre más lo hiciera mientras estuviese vestida de esa forma tan virginal y atractiva. No iba a decirle que era él el hombre que había conocido y que casi se la había cogido. Que había cortado sus muñecas en su despacho un año atrás y que era él el motivo por el que estaba estudiando arte.

—Porque quería ser cortés con usted. Pero me temo que para usted ha sido un error haber aceptado. No quiero que esto se vuelva incómodo.

Se sacó de su chaqueta su cartera de cuero Armani y sacó un par de billetes para ponerlos sobre la mesa. Seguido de ello se levantó sin decir nada, pero sin quitarle la mirada de encima.

—Tenga un buen día, Eva.

Eva.

Esa noche Eva estaba en su pequeño apartamento. Había terminado la colada de ropa, secado, planchado y guardado en el pequeño closet que venía con el apartamento.

Había picado algo de lechuga del refrigerador y tomado un poco de jugo de arándanos y se había ido a la cama a leer un libro.

Había perdido la lucha de concentrarse en él cuando recordó las palabras de Miller Preston. Por un segundo era un caballero y al otro era todo un hijo de puta arrogante. Ahora tenía que soportarlo en clase y además temer encontrárselo también fuera del Salis. De todas las especialidades en artes tenía que haber ido a parar en la de él. Desde luego era la mejor de todas.

La tonadilla de su móvil le indicó que había recibido un correo nuevo y temió abrirlo. Aun así se arrastró fuera de la cama y lo leyó.

Para: Eva Kerr
Asunto: Dinero
De: Fallon Kerr

Querida Eva,
Sé que puedes sorprenderte esto, pero estoy más sorprendido yo de no saber de ti en seis meses. Espero que todo marche bien en la universidad. He depositado algo de dinero a tu cuenta, aunque el banco me ha avisado que no haces uso de ella desde hace mucho tiempo. Quiero pensar que todo está bien y no estés ignorándome como acostumbras.

Te extraño,
Papá.

Eva suspiró en silencio. Siempre recibía correos como esos de su padre, como también dinero, y aunque su nevera estaba escasa de comida y su armario de ropa, no le gustaba utilizar su dinero a menos que fuese una emergencia y que estuviera como una famélica en apuros. Aunque era algo estúpido y orgulloso de su parte, tenía sentido en no querer depender de él después de haberla abandonado lo suficiente y querer justificar su ausencia con dinero.
De nuevo no respondió como siempre lo hacía solo para que su padre no se atreviera a visitarla en cualquier momento pensando en que de nuevo, había huido. Aunque él era la persona que menos tenía que juzgarla.

Para: Fallon Kerr

Asunto: Estoy bien
De: Eva

Hola,
No necesito dinero. Me basta con lo que tengo y en verdad no lo necesito. He estado pintando mucho para algunas evaluaciones del semestre, es el motivo de mi ausencia, así que no te preocupes. Ni me escribas. Sabes que fue un trato.

Eva.

Tosca. Seca y al grano. Ese era el tipo de respuestas que le daba a su padre cuando le escribía. Le llenaba de enfado tener que llamarlo siquiera papá, pero aunque lo tratara, jamás llegaría a odiarlo.

Había palabras y cosas que no podía borrar y la ausencia de su padre fue una de ellas y sus consecuencias.

Si él no era sincero con ella, no necesitaba estar cerca de él, ya bastante peligro tenía. Sin más, apagó la lámpara que estaba en la mesita de noche a la par de su cama y cerró sus ojos, cuando lo hizo, lo único que pudo ver fueron unos ojos fulminándola y no necesitaba saber de quién era, pues era los que esperaba ver una vez los cerrara.

4



EVA CAMINABA POR EL CAMPUS CUANDO tropezó por la acera y sus libros cayeron al suelo. Maldijo en voz baja y se puso de rodillas para recoger algunos papeles que se habían esparcido por todo el pavimento, incluyendo su maletín con los materiales de pintura.

Cuando terminó de poner las cosas en su lugar se encaminó hacia el interior del campus. Llevaba una falda un poco corta, una blusa blanca de botones y su chaqueta hecha un bulto junto con sus libros porque no le había quedado tiempo de ponérsela cuando su alarma sonó un poco tarde. De nuevo estaba yendo tarde a clases y no podía tener peor suerte que en la clase de Miller Preston.

Cuando escuchó la voz de Preston cerró sus ojos y abrió la puerta seguido de eso se hizo un silencio.

Los ojos de Miller la fulminaron porque otra vez estaba llegando tarde y ella quería que se la tragara la tierra.

—Disculpe, señor Preston.

Se le quedó mirando de pies a cabeza y lamió sus labios al verle unas perfectas piernas. Se preguntaba si había ido vestida así a propósito solamente para que la dejase entrar.

—Tome asiento, señorita Kerr.

—Gracias.

Caminó subiendo los escalones hasta el final cuando volvió a escuchar la voz de él hablándole:

—No tan rápido, señorita Kerr. La necesito aquí enfrente. Tome asiento.

A regañadientes hizo lo que él le pidió y mientras iba pasando por alguno de sus compañeros un comentario en especial llamó su atención.

—No es de extrañarse que es una mojigata engreída.

Ignoró el comentario y tomó asiento. La clase continuó pero hizo un ruido cuando su maletín volvió a caerse al suelo haciendo un gran estruendo en todo el salón. Miller maldecía por dentro.

«Tiene que ser una broma. Parece una pequeña criatura asustada.»

Intentó seguir con su clase e ignorar que Eva estaba enseñando de más mientras se agachaba a recoger sus materiales.

Cuando la clase llegó a su fin, la mente de Eva seguía en la luna menos en la clase, el profesor le había hecho un par de preguntas a las cuales contestó a medias y la chica la cual había hecho el comentario inapropiado tenía suficiente material para seguir haciéndole la vida difícil.

Miller dibujaba el cuerpo de una mujer en el óleo frente a todo el salón. Llevaba unos vaqueros desgastados que lo hacían lucir sexy y estaba sin camiseta, mostrando todo su cuerpo, y un gran tatuaje de hojas que se formada desde el pecho hasta la mitad de su brazo y por toda la espalda. Como un soplido en otoño. No sabía que podía ser legal lucir así y tener que dar la clase. ¿Cómo se concentraban todos?

—Señorita Kerr, desnúdese. —En cuanto le dio esa orden se quedó muda y sin poder moverse. El estudio se hizo silencio y ella pensaba que estaba haciéndole una mala broma.

—¿Qué? —susurró la pregunta.

—Ya me ha oído, desnúdese para la clase. Hoy la pintarán a usted ¿Tiene algún problema?

Su corazón comenzó a bombearle demasiado rápido que parecía que se iba a desmayar. Eso no estaba bien.

—Le recuerdo que en su contrato habla sobre los desnudos y usted ha firmado aceptándolo.

Un par de mujeres, incluyendo la que la llamó mojigata comenzó a reírse.

Eva no tuvo opción. Se puso de pie de espaldas al estudio y los demás de la clase y solamente lo miraba a él. Miller parpadeo un par de veces y sintió su sangre hervir de puro deseo. Pero cuando las lágrimas de Eva empezaron a deslizarse por su mejilla, algo en él se rompió. Y más cuando leyó la súplica muda en sus labios al articular:

—Por favor, no.

El recuerdo de aquellos ojos perdidos vino a su mente y aquella noche en la que la perdió… no lo soportó.

—Deténgase—Le ordenó y Eva dejó sus manos a los lados, apenas había alcanzado a quitarse la blusa.

Miller se le quedó mirando y se acercó a ella. Tomó su blusa del suelo y se la colocó delante de todos.

—Si vuelve a llegar tarde a mi clase, esto es lo que pasará. ¿Ha entendido?

—S…Sí, señor.

—Regrese a su mesa.

Sin más se limpió las lágrimas y se fue a su mesa. No hizo falta que mirara a nadie y agradeció que Megan no estuviese en esa clase con ella. Sino ella misma hubiese puesto en su lugar a Miller, de eso era capaz.

—Señorita Winter, pase usted.

Era la misma chica que se había burlado de ella. Como si le hubiesen dado la mejor orden, se puso de pie y se colocó en el banquillo de enfrente para desnudarse. Lo hizo con maestría y sin quitarle los ojos de encima a Eva de manera triunfal. Eva sitió asco y desvió la mirada.

En cuanto el marcador hizo señal, todos comenzaron a pintar el cuerpo desnudo de Sophia Winter y Miller no prestaba atención, más que a Eva. Se odiaba a sí mismo por lo que le había querido obligar a hacer. Pero todo era cuestión de tiempo para que accediera. Si estar desnuda le causaba un trauma, aún no estaba lista para él.

Pero lo estaría.

—Eso no salió bien, ¿No crees? —Un chico se le acercó a Eva mientras ésta terminaba de limpiar sus manos con aceite.

—Supongo—Dijo ella sin reparo.

Él ordenaba la pila de pintura y se sintió mal por él. Seguramente el chico tenía en verdad una vida y parecía el esclavo de la clase, se sintió apenada porque casi la había visto desnuda. No conocía al resto de los artistas del salón, pero sí lo suficiente y hasta de más a Sophia Winter.

—Te llamas Eva ¿Cierto? Yo soy Travis. Me puedes decir Travis.

Extendió su mano y Eva la tomó con timidez.

—Sí, mucho gusto Travis. Yo soy Eva y me puedes decir Eva.

Él tomó su comentario con humor. Ya la había visto por ahí y en clase pero nunca se atrevió a hablarle debido a que siempre estaba con Megan o siendo esclava asistente de Miller Preston en su ausencia. En secreto le gustaba y quería invitarla a salir. Sabía que no podía hacerlo en ese momento sino ella saldría corriendo asustada. Así que optó por romper el hielo después de su escena.

—¿Eres nueva?—Caminaron juntos fuera del estudio y siguieron su conversación.

—Algo así, llevo unos meses en Cambridge pero supongo que siempre seré la nueva.

—¿De dónde eres?

—¿Esto es parte de un interrogatorio? —bromeó ella.

—No, cielos. Lo estoy haciendo realmente mal.

—No pasada nada solo bromeo contigo. Soy de Los Ángeles en realidad. Me transferí hace algunos meses por una beca después de la licenciatura.

—Te admiro por el cambio. Hice el examen dos veces para poder entrar a Harvard y al final me rendí. E intenté entrar aquí y por suerte, me aceptaron. No te diré lo mismo de mi talento.

—¿De verdad?

Miller los observó a lo lejos y no le gustó nada. Travis Harper era hijo de uno de los socios de su compañía en Industrias Preston. Y tenía fama de ser un conquistador. Aunque alumno con excelencia académica y buen asistente en sus tiempos libres.

No estaba nada contento con verlo con su pequeña criatura. Había sido joven y sabía que el único objetivo que un hombre podía tener a esa edad era el mismo.

Follar.

«Violador» Gruñó para sus adentros.

Miller quería ser unos años más joven y poder hablar con una chica o más bien, con Eva con toda la libertad del mundo. Pero tenía que inventarse la asistencia en clase y requerir de su ayuda para ver si así, ella lograba recordarlo. Era momento de dejar el tema zanjado y olvidarse por completo de que Eva era aquella chica que casi hace suya y ser solamente un conocido más. Uno que la salvó en algún momento.

Esa misma noche, el profesor decidió dar rienda a su suelta a su deseo de la noche y ser solamente Miller, el hombre sin rostro que follaba en su propio club. Sofía Winter era miembro y él lo sabía. Una noche estaba a punto de cometer un error que le costaría mucho dinero y difícil de ocultar, pero al saber que, era ella quién estaba en su club decidió salir de ahí antes de que lo reconociera.

Podía hacer suya a cualquier mujer que quisiera ahí dentro y eso la podía incluir a ella, pero sabía que Sophia jamás lo superaría.

No importaba que fuese su alumna, en Inferno podías hacer lo que quisieras y con quién quisieras. Pero con un costo alto que no tenía intención de querer pagarlos.

A menos que fuese ella, Eva.

Eva.

Eva.

Repetía su nombre una y otra vez hasta el punto de empalmarse tanto. Las dos mujeres que estaban con él eran hermosas, pero eran solo un caparazón vacío, belleza que no le sorprendía pero bastaba para ponerse caliente y darle rienda suelta a su hombre y sed.

—De rodillas—Le ordenó a una de ellas, mientras la otra estaba acostada en la cama frotándose el clítoris. —Chúpamela.

Comenzó a agarrarle los testículos primero y luego se metió el pene a la boca. Comenzó con la base y rápidamente comenzó a

hacer arcadas cuando él le metió el miembro de lleno. Era bastante grande y grueso, no todas estaban preparadas para él. La mujer se levantó del suelo y Miller la coloco boca abajo y levantó su culo en pompa. Le tocó el sexo y estaba ya empapada para él. Le metió el pene tan fuerte que la hizo gritar del placer y siguió arremetiéndola cuando no le quedó de otra más que llegar al orgasmo.

«Patéticamente rápido»

—Tú—Le ordenó a la otra—Ponte en su lugar.

No le gustaba ver a ninguna mujer a la cara y el sexo vainilla había pasado a ser un doloroso recuerdo. Hacía a las mujeres terminar rápido y lo odiaba. Ninguna estaba hecha para él.

El único sexo que había tenido así había sido con su ex esposa Vianka. Ahora a las mujeres las utilizaba a su antojo y ninguna se había quejado hasta el momento. Repetía algunas veces con la misma mujer, pero luego acababa de pasar de ellas. La carne siempre estaba por doquier.

Comenzó a penetrarla esta vez por el culo, para ver si así lograba venirse con placer, pero su amante lo estaba disfrutando tanto que acabó terminando.

Fue entonces cuando ambas mujeres se posaron de rodillas y comenzaron a devorarle el pene hasta que a Miller no le quedó de otra que correrse.

5



EL CALENDARIO MARCABA LA CELEBRACIÓN de acción de Gracias y Megan estaba convenciendo a Eva de ir con ella a casa de su madre. Era madre soltera, su padre había fallecido cuando era una niña a causa de un accidente donde por gracia iba solamente él en el auto.

—Mi madre siempre se pone sentimental, por favor. No quiero que pases acción de Gracias tú sola. ¿No vendrá tu padre?

—No, no quiero que venga. Estará demasiado ocupado con su vida en el medio que seguramente las invitaciones le sobran.

—Entonces con más razón debes venir conmigo. Solo seremos mi madre y yo. Estaremos las tres juntas hablando de alguna mala película, disfrutando la cena y estaremos de regreso cuanto antes en un par de días.

Eva se lo pensó mejor. Ir no sonaba mal. Le hacía falta estar bajo un techo normal y en su apartamento que apenas cabía en él.

—De acuerdo iré.

Megan se le colgó del cuello en forma de agradecimiento.

—Por eso somos mejores amigas, tenemos los mismos planes—Se burló.



La madre de Megan vivía a unas dos horas de camino. El camino se hizo acogedor mientras Megan conducía el auto de su madre un viejo Chevrolet que apenas y aguantó el viaje de ida.

No estaba segura si aguantaría al regreso, aunque Megan iba a quedarse dos días más con su madre, sabía que, Eva regresaría antes que ella para darles privacidad y llorar a su padre.

—Llegamos—Megan estacionó el auto en la pequeña entrada de la casa. Su madre ya estaba en la puerta para recibirlas. No era tan mayor y algo en su mirada la hacía lucir una mujer todavía atractiva. No se parecía del todo a Megan a excepción del color de sus ojos. Lo demás seguro lo había sacado de su padre.

—Ahí estás, mi rubia hermosa—La madre de Megan la abrazó primero a ella.

—Mamá, ella es Eva la amiga de la que te hablé—La presentó—Eva ella es mi madre, Graciely.

—Señora Budelly, es un placer conocerla. Espero no incomodar.

—Tonterías, llámame Gracy. Y no incomodas, eres bienvenida. No le hubiese perdonado a Megan si no te hubiese traído con ella a casa. ¿Qué tal el viaje?

—Pues creo que el Chevrolet de papá no aguantará por mucho.

—Tendremos que comprar uno nuevo—Las dos se quedaron viendo el auto con nostalgia. Era el auto de Budelly padre.

La casa era pequeña, pero bastante elegante y decente por dentro. Olía delicioso y la mesa estaba servida para para cuatro personas.

—¿Esperamos a alguien? —Preguntó Megan.

Su madre como de costumbre, la ignoró. Seguramente había invitado a alguna amiga vecina. Eva y Megan subieron a la habitación antigua de Megan y ambas se turnaron para darse un baño y prepararse para la cena.

—Tu madre es hermosa—Dijo Eva. Megan estaba peinando su mata rubia en el espejo.

—Lo es, ¿crees que sea buena idea de que se case de nuevo?

—No lo sé, supongo que eso lo decide tu madre y el tiempo.

Megan se quedó pensando en la conclusión corta de su amiga. Sin más decidieron bajar al comedor y su madre tarareaba una canción en la cocina.

—Estás de buen humor, mamá.

—Lo estoy—Afirmó su madre sin darse la vuelta—Hoy será una gran noche, tengo una sorpresa para ti.

—No me digas—Megan comenzó a ponerse nerviosa. Si se trataba de una sorpresa, solamente se trababa de una en especial, o de alguien.

La puerta principal se cerró de golpe y se escucharon unos pasos grandes y firmes acercarse a la cocina. La piel de Eva se erizó y en cuanto se dio la vuelta para saludar al nuevo invitado casi se cae de culo.

—Espero que no hayan empezado sin mí—Dijo con voz ronca.

—Señor Preston—susurró Eva—¿Qué hace usted aquí?

Megan palideció, en cuanto a la reacción de Eva, Gracy lo supo entonces.

—Hermanito—Lo abrazó y Miller no le quitó los ojos de encima a Eva. Abrazó en su manera fría a Gracy y Megan sonrió cuando la mirada de su tío y la de ella se encontraron.

—Eva, quiero que conozcas a mi hermano menor y tío de Megan, Miller.

Eva se quedó muda y estaba ya bastante nerviosa y sorprendida. En cuanto a su amiga no sabía si estrangularla ahí

mismo o salir corriendo, eso debía ser un error. Su mejor amiga no podía ser familiar de Miller Preston.

—Te lo explicaré después—Megan susurró en su oído.

—Tío Miller—Se acercó a él con mucha confianza y le dio un abrazo—Feliz acción de Gracias.

Miller bajó la guardia y la abrazó en respuesta.

—Feliz día, pequeña.

«¿Pequeña?»

Hace unos días Megan lo llamaba como señor Preston y ahora lo abrazaba y lo llamaba tío.

Algo estaba pasando o el mundo de estaba volviendo loco. El mundo no podía ser más pequeño.

—Creo que ya se conocen ¿no es cierto? —Preguntó Gracy —Espero mi hermano no esté poniéndotelas difícil, Eva. Lo castraré.

—Graciely—Gruñó Miller a su hermana—Es por eso que no vengo a estos eventos familiares, es un dolor en el culo.

—Lenguaje, Miller Preston—Lo reprendió.

Megan se echó a reír y algo dentro de Eva se iluminó que no le quedó de otra más que aceptar que era la realidad. Estaba con la familia del hombre que le atraía.

—Señorita Kerr, espero que mi presencia no la incomode. A juzgar por su expresión parece que mi sobrina no le dijo que ella y yo estábamos emparentados.

Asintió y sonrió como pudo, obligando a su cerebro a hacer cada movimiento.

—Por supuesto que lo dijo—Mentía, pero no quería quedar en ridículo delante de él—Y no tiene por qué incomodarme, señor Preston.

—Nada de Preston ni Kerr—Masculló Gracy sacando el pavo del horno, olía más delicioso como si podía suceder. —Es una celebración, nada de etiquetas ni formalidades, somos una familia y Eva, cariño eres bienvenida.

Eso la conmovió. No había sentido tanto cariño en tan poco tiempo. Incluso Miller la miraba de manera diferente.

—¿Quiénes son esos hombres de afuera, tío? —Preguntó Megan. Todavía a Eva le costaba acostumbrarse—¿Más

guardaespaldas?

Miller asintió tomando una copa de vino que su hermana le ofrecía.

—Sabes que no puedo salir sin ellos, me sentiría mejor que también tuvieran a alguien que cuidara de ti y de tu madre.

—Eso ni hablar. Soy una Budelly, no una Preston y perdóname, Miller pero no es el tema de conversación que espero tener frente a nuestra invitada.

—¿Y yo no soy invitado? —Lo dijo como si hubiese sido una gran ofensa. A Eva le pareció divertido verlo así, tan casual. Aunque ni hablar de su traje. Al menos llevaba uno de dos piezas. Se había quitado la chaqueta y la había colocado en el perchero de la entrada. Su camisa era negra y su corbata azul cielo. Lo que hacía resaltar sus ojos. Se le veía cansado y se preguntaba si preferiría estar con alguien en especial en ese día.

La mesa estaba servida, y la comida también. Pavo relleno, verduras frescas y pan, además de un buen vino. Cortesía de Miller.

Eva apenas había dicho unas palabras cuando lo miró entrar. Y era momento de dar una pequeña oración a petición de Gracy. Madre e hija se tomaron de las manos y Miller tomó la mano de su sobrina, faltaba tomar la de Eva. Con poco disimulo él tomó la de ella y Eva se sobresaltó. Sintió aquella adrenalina, y la electricidad del deseo y peligro.

«Había sentido esa sacudida antes»

En cuanto Gracy comenzó a dar las gracias por la cena observó a Eva cerrar sus ojos. Él no rezaba, olvidó la última vez que lo hizo. Pero verla ahí vestida de esa forma y tomando su mano fue lo más cercano al cielo.

Eva llevaba un vestido de encaje. Era de noche, pero lo bastante casual para una cena en casa. Había arreglado su cabello en un moño alto y no se había maquillado.

Estaba bastante hermosa, lo que no ayudó a Miller a controlarse.

—Megan dijo que tu padre trabaja mucho. Quiero que sepas que puedes venir cuando gustes, me da mucho gusto que mi rubia tenga una mejor amiga, a ver si así se anima a traer un chico a casa.

Miller escuchaba la conversación. Ya sabía el tema de chicos y sabía que Megan era bastante tímida al respecto. Su hermana estaba loca.

—De hecho, no sé casi nada de mi padre más que trabaja demasiado.

—¿No hablas seguido con él?

—Nos mandamos emails—Respondió llevándose la copa de vino a la boca y tomó un pequeño sorbo—Supongo que es todo.

Se hizo un breve silencio. Pues la forma en la que lo decía sonaba fría. No hablaba como una persona tranquila que guardaba rencor, simplemente aceptaba la realidad como una persona noble.

—Gracias por invitarme.

A Gracy se le rompió el corazón. Era una chica de corazón noble. Por acto reflejo miró a su hermano y la forma en cómo miraba a Eva. Nunca lo había visto así, siempre miraba a las mujeres como un objeto o una presa fácil. Pero esa mirada era diferente, no era de lástima, tampoco de compasión, había algo más, un poco de curiosidad y también una frialdad diferente, como si se resistiera a algo.

«Le gusta»

Continuaron comiendo y hablaron sobre el trabajo. Gracy se dedicaba a las flores. Tenía una floristería en la ciudad que iba muy bien. No aceptaba el dinero de su hermano, pero aun así, Miller se preocupaba por ella y su sobrina. Por eso no dudó en ayudarla con los estudios. Hacía ya unos años que la había contactado y cuando la miró no pudo contenerse.

No había llorado pero estaba muy cerca de hacerlo. Gracy era la única familia que tenía. Y ahora además era un tío, uno muy sobreprotector.

—¿Tienes novio, Eva? —Preguntó Gracy. Megan se echó a reír, desde luego que no tenía novio. Pero la pregunta de Gracy era para provocar a su hermano. Solo así sabría si en verdad estaba interesado en ella.

—No.

—Pero hay un chico—agregó Megan—Travis, dijiste que era lindo y que había sido amable contigo.

—¿De verdad? —A Gracy le hizo gracia, pero no a su hermano, quien había dejado de comer y su mirada era más fría que nunca.

«Violador»

—Travis es solo un compañero de artes.

Eva estaba nerviosa. No quería dar la imagen equivocada frente a Miller quien la escudriñaba.

—Si es lindo y te invita a salir no veo el problema.

Gracy seguía echándole más leña al fuego.

—Pues...

—Violador...—Siseó Miller en voz baja. Gruñó cuando se dio cuenta que lo habían escuchado.

—¿Disculpe?—Eva se sintió ofendida por Travis. No lo conocía y se sintió mal por él porque no estaba ahí para defender. Estaba segura que no era un violador.

—Travis Harper es un conquistador. Ten cuidado con quién ligas. Conozco a su padre.

Las tres mujeres en la mesa se miraron una a la otra. Megan no conocía al tal Travis y Gracy sabía que su hermano estaba montando un numerito un poco incómodo.

—No creo que eso sea verdad. No ha intentado ligar conmigo ni yo con él.

Estaba furiosa. Ahora se mostraba ¿Celoso? Imposible.

En cambio Miller, quería salir de ahí e ir en busca de Travis para romper su cuello.

—No quiero verte cerca de él.

Acaso estaba loco. Estaba dándole una orden que ni por cerca tenía el derecho. Estaba montando una escena frente a su familia y además se estaba saliendo de control.

—No es quién para darme ese tipo de órdenes.

Gracy daba por hecho que las palabras de su hermano se debían a lo celoso que estaba. La chica le gustaba. Miller estaba como un motor de caliente. Le importaba poco lo que pensara su hermana y su sobrina. Cuando tenía que decir o hacer algo lo hacía dónde y cuándo quisiese.

—No fue él quien me obligó a quitarme la ropa en clase.

—¡Miller!

—¡Tío!

Se dieron cuenta que no estaban solos y que su discusión no haría otra cosa más que arruinar la cena. Se suponía que era un día especial. Pero cuando se traba de estar cerca de Miller Preston, estaba muy lejos de ser un día normal.

—Con permiso—Eva se levantó de la mesa y corrió escalera arriba. No hizo falta que Gracy le ordenara a Megan ir detrás de ella. Lo hizo enseguida.

Cuando por fin quedaron solos. Miller seguía disfrutando de su comida y vino como si nada.

Al cabo de unos minutos Gracy habló primero.

—Si ella te importa esa no es la forma de mantenerla interesada o conquistarla.

Su hermana podía ser como un grano en el culo, pero respetaba cuando ella hablaba. No siempre tenía la razón. Y odiaba cuando la tenía.

—¿Qué te hace pensar que ella me importa o quiera conquistarla?

Cuando tenía que ser frío y orgulloso lo era.

—Te gusta. Me he dado cuenta en la forma en cómo la miras.

—Tú no sabes nada, Graciely. No hay mujer que me interese en el mundo.

—Sigue diciéndote eso, Miller. No seas idiota. Si en verdad te gusta esa chica, díselo.

—No sabes lo que dices.

—Por supuesto que lo sé. Tengo ojos y sentido común. Además la forma en la que has hablado de ese chico lo deja todo claro. Estás celoso.

—Cállate, Gracy. Suenas ridícula.

Quería a su hermano. Lo adoraba pero odiaba el estilo de vida que llevaba. Era un hombre solitario. Sabía que tenía enemigos y que en cualquier momento lo perdería a él también.

—Piénsalo Miller. ¿Y qué demonios es eso de desnudarse en clase?

Miller levantó la comisura de su labio. Era la triunfal.

—Se llama arte, hermana. Arte.



Megan intentaba hacer las paces con Eva. Estaba realmente enfadada.

—Debí decirte que era mi tío. Pero es un trato que hicimos. Al estar bajo perfil me estoy protegiendo y a mi madre.

—¿A qué te refieres?

Megan se sentó a su lado. Ambas miraban por la ventana.

—El tío Miller es un hombre importante en Australia y en el mundo entero creo. Su negocio con el material nuclear lo ha hecho ganarse unos cuantos enemigos. Se refugia en Salis y ama lo que hace. Desde que contactó a mamá parece que una parte de su vida aún no había sido arrebatada. Él ha sufrido mucho. Sus padres biológicos decidieron quedarse con él pero no con mamá. Por suerte, la adoptaron y ellos ya no están vivos. El tío se llevó lo peor de sus padres biológicos.

—Dudo mucho que un hombre rico como él sufra. Lo tiene todo hasta un carácter de mierda.

A Megan le causó gracia pero recordó al instante la vida que él había llevado. Sabía poco o suficiente por su madre y eso era todo. Lo suficiente para tener compasión por él.

—¿Te gusta?

Eva abrió los ojos como platos.

—Lo siento pero tengo que hacer la pregunta antes de contarte sobre él.

Eva negó con la cabeza. No sabía si gustar era la palabra correcta. Lo que sentía cuando lo tenía cerca era algo más que gustar. Era un tipo de miedo y casi devoción por él y aún no entendía por qué. Arrojó eso al fondo de su cabeza y Megan comenzó a hablar.

—El tío Miller estuvo casado. Se casó desde muy joven con la hija de sus padres adoptivos.

Eso sonaba incesto en la cabeza de Eva.

—No eran hermanos de sangre. Eran amigos de la infancia y el tío se quedó sin sus padres así que los padres de esa chica lo adoptaron. Se casaron y tuvieron un hijo.

—Eso suena trágico y tierno.

—Lo sé, pero cuando su hijo cumplió los seis tuvieron un accidente donde sólo él sobrevivió y desde ahí no volvió a ser el mismo según dice mi madre. Poco se sabe del accidente él casi no habla de ello. Después de eso heredó la empresa de sus padres adoptivos y él continuó con su pasión con el arte. Se encarga de los negocios desde aquí y viaja algunas veces a Australia.

A Eva se le pusieron los ojos llorosos. No sabía por qué le dolía.

—¿Estás llorando? —Megan se alarmó al ver a su amiga conmovida.

—Es bastante triste. Lo siento creo que estoy muy cansada.

—Si quieres te dejaré descansar. Ha sido un día largo.

—Está bien. Agradécele a Gracy de mi parte.

—De acuerdo. Lamento mucho la pelea con mi tío, en el fondo tiene algún corazón. Créeme él ha sido muy protector conmigo y con mamá.

De eso estaba segura. Se le notaba en la cara. Había sonreído más de lo que en meses le había visto hacer un gesto humano.



Eva sintió la garganta seca en la madrugada. A pesar del frío que hacía, echó un vistazo hacia la ventana y miró que estaba abierta. Megan dormía a su lado sin inmutarse cuando se levantó. Se había quedado dormida con todo y su vestido puesto, por lo que fue a la

pequeña maleta y sacó un par de pantalones de chándal y un suéter. Cuando estaba vestida, con mucho cuidado bajó las escaleras y fue hasta la cocina por un vaso con agua.

Se sintió mejor después de eso, aunque el dolor de cabeza era casi insoportable. La casa estaba completamente en silencio, se preguntó si Miller todavía seguía ahí, así que se acercó a la ventana y vislumbró todavía la camioneta de él afuera. Un escalofrío se apoderó desde atrás de su nuca y una mano le tapó la boca, ahogando un grito en ella.

—Shh…—dijo en su cuello—No grites, soy yo.

«¿Miller?»

Sintió su erección en las nalgas y eso la excitó. Odiaba lo que provocaba en ella, era un animal. ¿Cómo se atrevía? Acorralarla de esa manera, en la oscuridad y casi desnudo. Se dio cuenta porque sintió su pecho caliente en su espalda.

Poco a poco le dio la vuelta hasta que quedaron frente a frente.

—¿Estás bien?

Ya la había tuteado en el comedor así que no se sintió rara, se sentía rara cuando se comportaba de manera irracional y con formalidades ridículas.

—¿Cómo se atreve a hacer eso? ¿Qué le pasa?

—Si no te cubría la boca gritarías. ¿Estabas buscándome?

Su pregunta hizo que el enfado se le esfumara y ahora no sabía qué responder.

—Respóndeme y mírame a la cara cuando te hablo, Eva.

Él tenía el torso desnudo. Y además podía sentir el aliento a alcohol. Estaba borracho o no. Nada de lo que decía o hacía tenía sentido para ella. Aunque sí para él.

—No, solamente estaba observando.

—Observando. —Repitió sin apartarse de ella. Estaba demasiado cerca, tan cerca que era casi peligroso. Podía tomarla ahí mismo. Podía besarla, meterle mano dentro de su suéter, ya sus pezones se marcaban por encima de la suave tela y eso lo puso como un motor.

Miró cómo su pecho subía y bajaba rápidamente. Lo deseaba. Y él la deseaba como aquella vez que la tenía entre sus brazos. Quería ser el pincel que borrara cada marca, cada pesadilla.

Se lo debía.

Aquella noche que ella huyó, fue también la noche en que la estaba esperando y que había pagado por ella.

—Parece que es la mejor chica que tiene Berlín—Le dijo Grave—es nueva, siempre está haciéndosela difícil a todos, creo que es la única que no se ha acostumbrado y creo que nunca lo hará.

—¿Cuánto cuesta una noche con ella?

En la fotografía tenía el cabello recogido. Parecía una modelo de revista, pero no de alguna de modas, sino de arte. Su cara perfectamente iluminada. No llevaba maquillaje y su mirada estaba vacía. Su cuerpo estaba un poco más delgado que ahora pero tenía un pecho firme, unas largas piernas torneadas y una boca carnosa exquisita. Era de extrañarse que no la reconociera esa noche. Estaba sucia y cansada, su mirada asustada como un cachorro.

—Medio millón por una noche.

—¿Tiene un coño de oro? He pegado menos por mujeres más hermosas.

—Lo sé, pero me dijiste que querías algo diferente. Creo que ella es diferente viniendo de Berlín. Creo que es su chica favorita.

Miller lo estaba pensando demasiado. No estaba dispuesto a pagar tanto por una puta, pero qué más daba. Su amigo tenía razón. Su belleza era diferente y estaba encantado por conocer también su sexo y su historia.

—Bien. Que sea anónimo.

Él había pagado por ella esa noche, y ella había huido con ayuda de él. Más o menos. Y Miller se encargaría que ella no lo recordara.

La respiración de Eva llamó su atención. Se acercó a ella y lamió su labio inferior. Ella no protestó, lo que lo instó a que siguiera. Puso su mano en su cintura y la atrajo más hacia él.

—Miller…

Su nombre sonaba tan bien, tan real saliendo de su boca. Se imaginó todo tipo de cosas, haciéndole de todo mientras ella pronunciaba su nombre con deseo y hambre.

—Por favor…

Su mano llegó en el interior de su pantalón de chándal y se dio cuenta que no llevaba ropa interior. Sus dedos siguieron el camino peligroso hasta llegar a su sexo.

—Estás empapada.

—Por favor…—sintió el sabor de sus lágrimas. Eva estaba llorando. Lo deseaba pero también le tenía miedo.

—Me deseas pero me tienes miedo, Eva.

Retiró su mano dentro de ella y la tomó del rostro para que lo viera.

—Me lo debes.

La dejó ahí de pie con lágrimas en sus ojos. No iba a violarla, no era un hombre que tomaba a las mujeres de ese modo. Tampoco era compasivo y mucho menos delicado. Era todo lo contrario, pero ella era diferente.

Con ella todo sería diferente.

6



EVA NO HABÍA PEGADO UN OJO EN TODA la noche. Después de lo que pasó con Miller, que la besara y tocara era suficiente razón para quedarse pensando. Y además salir de ahí cuanto antes.

—¿De verdad te tienes que ir? —Preguntó Megan.

—Sí, debo trabajar—Mintió—Además tu madre y tú necesitan privacidad. Me dijiste que ibas a ir al cementerio con ella.

—Sí, sé que no te gustan esas cosas. Pero me alegro que hayas venido. Puedes llevarte el auto si quieres o le diré a mi tío que te lleve, creo que también él se irá hoy.

—No, no es necesario de verdad puedo irme en autobús.

—Tardarás todo un día en llegar. No se diga más, regresarás con él.

Habían tomado el desayuno en el jardín. Miller no desayunaba, solo tomaba café y leía el periódico. Rutina de todo los días sin importar donde estuviese.

—¿Es verdad que te vas hoy? —Preguntó Gracy. Eso llamó la atención de Miller.

—Sí, tengo que trabajar.

—Es una lástima, ¿verdad, Miller? —Miró a su hermano y éste dejó de leer las noticias.

—La verdad no. Yo también tengo que trabajar. Puedo llevarte si quieres, Eva.

Megan sonrió y la pateó por debajo de la mesa.

—Es justo lo que iba a pedirte, tío. No quiero que se vaya sola. Es un camino de dos horas y media.

—No es necesario, puedo ir en autobús. No quiero molestar.

—No es ninguna molestia—De nuevo Gracie—¿verdad, Miller?

Él puso los ojos en blanco sin mostrar el más mínimo interés. Recordaba la noche anterior y lo había dejado estar. No estaba nervioso ni nada. No era parte de él estarlo ni arrepentirse.

—Desde luego, hay espacio de sobra en mi camioneta.



—Me dio un gusto conocerte, Eva. Cuídate mucho—Gracy le tendió un abrazo.

—Gracias por todo, Gracy.

Miller le arrebató la pequeña maleta de las manos a Eva y la colocó en el interior de la camioneta. Sus guardaespaldas estaban ya en el segundo auto. Le gustaba conducir a él mismo y no ser llevado de arriba abajo por sus hombres algunas veces. Si los había llevado, era para que cuidaran de su hermana y sobrina y ahora su objetivo era mantener a salvo también a Eva. Aunque eso lo odiaba y era nuevo para él.

—Cuídate mucho, hermano—Gracy lo abrazó.

Esa faceta cariñosa de él era extraña para Eva. Nunca se acostumbraría a ver a un hombre siendo un poco humano y familiar si se comportaba como un animal cuando se lo proponía.

Cuando rodeó la camioneta Eva pudo admirar las vistas. Siempre llevaba un traje caro. A excepción de la noche anterior, estaba casi desnudo usando su pantalón únicamente y con el torso desnudo.

—¿Lista, señorita Kerr? —el motor de la camioneta rugió y ella se mordió el labio inferior.

—Sí. —Dijo sin más. Estaba muy cansada y el viaje sería largo.

—Pondré un poco de música si no te importa.

—No me importa.

Una de las sinfonías de Chopin los acompañó hasta salir a la carretera. Se lo imaginó pintando desnudo y escuchando ese tipo de música. Usando sus gafas y lleno de pintura por todo el cuerpo. Recordaba cómo se había mojado para él y estaba avergonzada por ello. No sabía que todavía podía sentir un poco de deseo y placer por alguien. Y mucho menos con alguien que no conocía.

«Me lo debes»

No entendió aquellas palabras. Quizá el dolor que le había provocado minutos después en los testículos. Qué sabía ella. Fue él quien estaba tocándola y aunque ella se había paralizado, no era algo que andaba haciendo por ahí.

El dolor de cabeza no se había ido y Eva terminó quedándose dormida al son de la sinfonía.



Eva estaba sentada en el borde de la cama. Era el tercer hombre de la noche. Uno había pagado por hablar, otro por una mamada y éste no sabía lo que quería. Era un poco apuesto, pero de ser un hombre que pagaba por estar con una mujer le dio asco. Llevaba un traje de tres piezas de diseñador pero había algo en su mirada que no le gustaba nada.

Era la misma mirada que le dedicaba Berlín cuando la follaba en su habitación. El extraño sacó un rollo de billetes y los arrojó a la mesa de al lado de la cama. La habitación había pasado de ser elegante a ser su prisión. Se le permitía salir e interactuar con otras chicas. Pero todas ellas estaban tan felices de estar ahí que a Eva se le revolvía el estómago siquiera salir de su propia cárcel. Le dejaban la comida, vestidos y todo lo que necesitaba a petición de Berlín y eso era todo.

Ya llevaba un mes ahí y no se iba a acostumbrar nunca. Siempre la chica nueva terminaba de acostumbrarse a las dos semanas. Con ver la paga y todos los privilegios se olvidaban que habían sido obligadas a estar ahí y otras llegaban por su propia cuenta.

—De rodillas—Le dijo con voz ronca. Tenía acento. Dedujo que era inglés y ya había escuchado que los ingleses eran más guarros que el hombre americano.

Eva no hizo caso. En su lugar, se levantó de la cama y se preparó para pelear. Si ella peleaba lo suficiente los hombres no la buscarían y Berlín la dejaría ir o simplemente la mataría. Pero en cambio, algunos hombres eso les excitaba la forma en cómo se volvía un animal y se defendía, los ponía como un motor y terminaban pagando más por meterle el pene en esa sucia boca.

—¿Qué te hace pensar que haré lo que me pides, idiota? Si te acercas a mí te mato o nos matamos.

Le sonrió fríamente y comenzó a desvestirse. Cuando ya estaba completamente desnudo dejó a la vista la clara erección que tenía. Y Eva no podía controlarse para para burlarse de él.

—Casi eres un hombre.

Se burló de su tamaño. Era un pene normal, pero Eva siempre encontraba la forma de provocarlos para que la golpearan. Una vez herida, Berlín no dejaba que nadie la mirase, tenía que esperar unos días para que las heridas y moretones desaparecieran y volver a la rutina.

—De rodillas, puta—Se frotaba el pene con la mano—No hagas que te lo repita.

—Por mí puedes repetirlo cuantas veces quieras, hijo de puta. Si me tocas te mato.

El hombre al que le había hecho una mamada la había convencido con sacarla de ahí. Apenas y dejó que entrara en su boca su miembro y el hombre se sacudió, terminando ahí mismo. Cuando Eva se dio cuenta que no la sacaría lo golpeó fuera de la habitación.

Mientras tanto el hombre que tenía desnudo frente a ella no se iba a dar por vencido. Estaba bastante delgada y casi no tenía fuerzas. Era bastante grande y estaba segura que no saldría de ahí sin hacerle algo.

—Si no es de rodillas, entonces—La puerta se abrió y dos hombres junto a Berlín entraron. Traían esposas y unas cadenas.

—No te atrevas—Lo amenazó.

Berlín se echó a reír junto a su cliente.

—Te dije que era brava. De ahora en adelante la ataré y así podrás cogértela por donde quieras. Eso sí, el valor se duplica.

La miraba con hambre. Se sacó otro rollo de billetes y se lo dio a Berlín. Los hombres en cuanto se acercaron comenzaron a ver la fiera en la que se convertía. Ella no quería cansarse demasiado, sino quedaría débil y no iba a poder defenderse. Uno de ellos la tomó por detrás y el otro la inmovilizó quitándole la ropa. La arrojaron a la cama de espaldas y abrieron las piernas. Le ataron las

manos con unas esposas contra el cabecero de metal y en las piernas las cadenas. Estaba con el culo hacia arriba, desnuda y lista para su atacante.

—Es todo muchachos, dejemos que tengan su fiesta.

Eva cerró sus ojos y gritó

—¡No me toques! —Le gritó.

Sintió que el colchón se hundía debajo de ella y se preparó para lo peor. Sintió el miembro de aquel hombre colocarse entre la raja de su culo.

—Eres una puta muy traviesa, ¿lo sabías? He pagado por ti y espero no me decepciones.

—Vete a la mierda—Escupió.

Besaba su espalda, dejando la marca en ella hasta que bajó hasta su culo y le pasó la lengua y clavó sus dientes en él hasta hacerlo sangrar.

Eva gritó de dolor pero se contuvo.

Contaba hasta cien, siempre que contaba eso de alguna manera le ayudaba a pensar en otra cosa. No pensaba en algo, pero los números, los colores la hacían olvidarse de todo. Pensar en todo tipo de tonos, mezclas y nombres de ellos.

Ámbar.

Cielo.

Fucsia.

Rubí.

Al momento en que la penetró y tomó del cabello, las lágrimas le resbalaban por la mejilla hasta su barbilla y caían en la almohada. Hundió su cara en ella. No le gustaba que la mirasen llorar y mucho menos ellos, los violadores, eso les excitaba, ver su dolor y ella no se los daba y tampoco se quejaba porque eso era peor. Se quedaba como un cadáver ahí y esperaba que todo simplemente pasara.

Miller tomó como suya una de las lágrimas que Eva derramaba dormida. En cuanto Eva sintió que la tocaba abrió los ojos y Miller continuó viendo a la carretera. Apretó muy fuerte el

volante con ambas manos y odió sentirse así. No le gustaba lo que sus lágrimas provocaban en él.

—¿Ya llegamos? —Dijo una Eva soñolienta.

—No, ¿Tienes hambre?

—La verdad es que mucha.

Miller cambió de rumbo y dobló en la otra esquina. Conocía las calles a la perfección y se dirigió a un restaurante.

—Te daré de comer—Le dijo y Eva sonrió. Estaba más relajado. No supo a qué hora se había quedado dormida, pero odió cuando comenzó a tener una de sus frecuentes pesadillas.

Miller se bajó de la camioneta y el valet parking abrió la puerta para Eva. Se sintió tímida. Miller le entregó las llaves al valet y se acercó a Eva.

—No estoy vestida para entrar ahí—Dijo con timidez.

—Estás perfecta—Dijo un Miller elegante. Abrochó el botón de su chaqueta e hizo algo que Eva no se esperó. Le quitó la goma que andaba en su moño y su cabello cayó como cascada. Siempre la belleza de una mujer estaba ahí y no en lo que llevaba puesto. Podía estar desnuda y verse igual o más exquisita, pero no era apropiado que una mujer anduviera entrando en un restaurante así de desnuda.

—Ahora estás mejor.

Eva se miró su vestido. Era casual y para nada elegante. Además usaba unas zapatillas del mismo color azul. El vestido no era ajustado pero marcaba lo suficiente sus curvas, las cuales no eran tan marcadas por lo delgada que estaba. Aun así confió en Miller y se sintió más segura para entrar.

—Bienvenido señor.

—Para dos—Dijo Miller en un tono ronco. La hermosa chica los acompañó hasta su mesa, los comensales miraban a aquella tímida chica entrar con aquel hombre elegante y sus guardaespaldas. Eva se sentía aún más apenada, pero Miller la llevaba de la mano sin darse cuenta.

Cuando llegaron a su mesa Miller como todo un caballero le ayudó a sentarse, se desabrochó de nuevo el botón de su chaqueta y Eva se quitó la de ella.

—¿No tienes frío? —Preguntó Miller.

—Me sentiría mejor sin ella, ya bastante estoy haciendo el ridículo aquí vestida así.

—No digas tonterías, Eva. Estás perfecta, te lo dije.

Les entregaron el menú y Eva no tenía ni idea de qué ordenar. Había olvidado la última vez que estuvo en un restaurante así de elegante. Cuando vivía con su padre lo acompañaba a cientos de eventos. Vestía con ropa de diseñador y siempre alguien la peinaba y maquillaba. No extrañaba esa vida, pero sí la seguridad que tenía. Ahora era un pétalo seco y sin vida.

—¿Sabes qué vas a ordenar? —Le gustaba que Miller mantenía aquello lo menos incómodo posible. A él no le importaba todas las mujeres que se le quedaban mirando a él, y a ella. A él por obvias razones y a ella con repudio y lástima.

—La gente me está mirando.

—No—Masculló Miller sin quitar la mirada del menú—La gente nos está mirando. Eres una mujer hermosa que no necesita mucho para que un hombre la note cuando entra en algún lugar. Que nadie te diga lo contrario, deberías decírtelo a ti misma.

Esas palabras le llegaron al corazón. Podía ser un caballero y también un hijo de puta. Preferiría esa noche solo al caballero.

La mesera llegó unos minutos después.

—¿Listos para ordenar?

Miller miró a Eva.

—No lo sé todavía—Dijo con timidez.

—¿Quieres que ordene por ti?

Eva asintió con la cabeza.

—Un bistec con vegetales para la señorita, también una crema de papas frescas—Comenzó a decir, aquello sonaba delicioso —Para mí lo mismo pero con ensalada y el mejor vino que tengan.

—Perfecto, señor—Tomó los menú de cada uno como toda una profesional y se retiró. Eva tomaba un sorbo de agua de la copa y le temblaban las manos. Miller se levantó de su silla y cogió su chaqueta para ponérsela. Las mujeres y hombres también se le quedaron mirando, unos con aprobación y ahora las mujeres le tenían envidia a aquella pequeña criatura asustada.

—Gracias—Dijo Eva—¿Usted no tiene frío? La necesitará.

De inmediato sintió el aroma varonil de Miller. Su perfume quedaría impregnado en su nariz y pequeño cuerpo. Aunque le quedaba grande para Miller eso no importaba, quería que se sintiera segura y que no pasara frío. Él sabía perfectamente lo que eso era. Eva supuso estar rodeada por esos brazos fuertes y musculosos que había visto ya por segunda vez, pero al menos tenía su chaqueta y eso le bastaba.

—Dime Miller. Y no, estoy bien, gracias.

Tan educado y tan caballeroso.

Eva lo llamaba locura, pero teniendo sobre su cuerpo la chaqueta de Miller se sintió segura, era como su pequeña capa de invisibilidad. Había pasado desapercibida una vez Miller se hubo sentado frente a ella de nuevo. Ahora él la observaba con determinación.

—¿Qué sucede?

—No sé si deba hacerlo, pero necesito preguntarte algo, Eva.

Eva.

—Diga…—Miller le advirtió con la mirada—Puedes decírmelo, Miller.

La comisura de su labio se levantó apenas. Escuchar su nombre era lo más caliente de la noche, primero ella desde luego. Recordó que lloraba y temía hacer la pregunta.

—¿Qué estabas soñando?

—¿Qué?

—En el auto, cuando dormías ¿Qué estabas soñando?

Eva miró hacia otro lugar. Nunca le daba importancia a sus recuerdos. Todos ellos eran recuerdos y no sueños, eran peor que una pesadilla.

—¿Dije algo dormida?

—No, pero estabas llorando. ¿Tienes pesadillas siempre?

Ella se revolvió incómoda en su silla. Tomó de nuevo agua y Miller no dejaba de verla, de estudiarla.

—Yo… no lo recuerdo.

Eso lo enfadó.

—Las mentiras roban el alma—Le dijo él y ella sintió un calor en todo el cuerpo. Aquella frase le resultaba familiar, pero no sabía de dónde.

—Fue más bien un recuerdo. Siempre sueño con la vida difícil que tuve alguna vez.

—¿Y ya no es así?

—No, ya no.

A Miller no le sorprendía en absoluto su confesión. Estaba diciéndole la verdad, aunque no le decía la verdadera razón.

—Todos hemos tenido una vida difícil en algún momento, te entiendo.

Ella sabía a qué se refería. Ahora su mirada hacia él era de lástima porque recordó lo que Megan le dijo.

—No me veas así, Eva. No soy un niño indefenso.

—Lo siento—Se limitó a ver hacia otro lugar.

—Mírame—Ella lo miró—¿Por qué lo sientes?

Eva se mordió el labio inferior, lo que hizo que a Miller se le pusiera dura. Ella no pudo responder y en ese momento la mesera llegó con su comida. Perfecta excusa para no hablar por un par de minutos.



Eva estaba satisfecha. Tenía una gran sonrisa en su rostro y cuando ella dirigía la mirada hacia otro lugar, Miller aprovechaba para observarla. Le gustaba verla, se dio cuenta desde que no podía quitarle los ojos de encima, miraba sus labios carnosos y se preguntó si alguien la había besado en todo ese tiempo o seguía por ahí la huella del beso que alguna vez le dio. No contaba lo que le habían hecho los clientes de Berlín. Pero cuando recordaba eso, quería ir y matarlo con sus propias manos.

—¿Por qué…

La voz de Eva lo atrapó. Ella no continuó hablando cuando sus ojos se encontraron con los de ella, de nuevo desviaba la mirada.

—¿Qué sucede, Eva?

—Nada, es solo que… olvídelo.

Tuvo la mayor de las paciencias para volver a repetir la pregunta.

—Cuéntamelo, Eva.

Ella se hizo el cabello a un lado y fue lo más sensual que había hecho hasta ahora frente a él. Eva no le tenía miedo. Se sentía atraída por él hasta el punto de que podía hacer cualquier cosa por él y era eso lo que realmente la asustaba.

—Anoche.

No necesitó decir más para que Miller entendiera lo que intentaba decirle.

—Quería follarte.

Eva abrió los ojos como platos y casi se ahoga con su propia saliva.

—¿Disculpe?

—Primero quería besarte—su voz sonaba ronca y llena de deseo—después tocarte, meterte mis dedos para que me los empaparas lo suficiente y luego hacértelos lamer. Quería romperte ahí mismo, pero no lo hice.

—¿Por qué? —Dejó salir la pregunta y se arrepintió de su osadía. A Miller eso le gustó. Estaba dándole rienda suelta a su verdadero deseo.

—¿Querías que siguiera? —Tomó su copa de vino y se la llevó a la boca. No quitó en ningún momento la mirada de ella y no tenía intenciones de hacerlo.

El deseo de Eva se escapaba en el aire. Lo que él estaba haciendo era jugando con su mente. Ni en un millón de años él la vería de esa o de otra manera. La veía frágil, rota y buen polvo, algo más que carne. Pero lo que ella veía en él era algo más. A un hombre que podía borrar cada marca y dolor de su pasado, a un hombre al cual podía ella también sanar si se lo permitiera. Podía enamorarse de él en cualquier momento si la seguía viendo de esa

manera. Aunque su director fuera, nada le impediría hacer todo lo que él le pidiese, porque sabía que era exactamente lo que ella ansiaba.

—Responde, Eva. ¿Querías que te tomara ahí mismo?

—Sí.

La expresión de él no cambió y ella solamente se sintió rechazada y como una idiota. Le llevaba nueve años de experiencia. ¿Qué haría él con un hueso roto como ella? Porque eso era, un hueso roto que ni los perros se querían comer.

—Es hora de irnos.

7



MILLER FUE EL ÚNICO QUE SE BAJÓ DE LA CAMIONETA, sus hombres desaparecieron de sus vistas y Eva se sentía igual de segura.

—¿Sus hombres se han ido?

—Sí. Pero no te preocupes, siempre están observando y cuidando.

—¿De verdad?

Miller asintió con la cabeza.

«¿Quién querría hacerle daño?»

Estaban fuera del apartamento de Eva. Era un edificio pequeño con no más de diez apartamentos. A Miller se le revolvió el estómago al imaginarse que ella pudiera vivir en ese lugar.

—¿Desea un café? —sabía que él tomaba café más o menos a esa hora. Por otro lado a Miller le había costado caro mentir sobre ello, ya que odiaba el café por las tardes.

—Claro—Le ayudó a entrar, tomando de nuevo su pequeña maleta.

—Yo puedo—La ignoró y también abrió la puerta para que ambos pudieran entrar. Como lo sospechó. Todo el apartamento era del tamaño de una caja de fósforos. Había una cama pequeña al fondo de él y un closet. Una mesa con dos sillas y una pequeña cocina. También muchos libros en el suelo y en un mueble que

parecía ser un librero del siglo X y en el otro extremo lo que parecía ser su estudio improvisado. Lo único hermoso de ahí eran las vistas. Daban a los edificios de la ciudad y un pequeño lago con un parque.

—Póngase cómodo, señor Preston.

—He vuelto a ser el señor Preston—Dijo entre dientes—Puedes llamarme Miller mientras estemos solos, además no es un pecado.

Eva se lo pensó mejor.

—Cierto. Pero es el director de la escuela donde estudio, el tío de mi mejor amiga también.

Miller la observó mientras hablaba.

—Y te sientes atraída por mí. Creo que eso gana para que dejes de llamarme por señor.

Se le pusieron las mejillas calientes. Dejó su maletín en la cama y llenó dos tazas con agua del fregadero para calentarlas en un microondas.

—Espero no le importe. No tengo un buen calentador.

—No te preocupes, Eva. Por favor, recuérdame comprarte un par de cosas. O mejor, recuérdame pagarte más por trabajar en mi biblioteca. ¿Cómo es que vives en estas condiciones?

Ella no se sintió ofendida. Al contrario le hizo gracia.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No me ofende que hables así, Miller. Al contrario. Es como un orgullo para mí. Aunque no lo creas nunca crecí en un lugar así. Tenía muchos privilegios, mayordomos, manicurista y hasta alguien elegía la ropa para mí. Renuncié a todo eso por mi libertad, aunque…

Se detuvo cuando se dio cuenta hasta donde estaba llegando la conversación.

—¿Aunque qué, Eva?

—Nada. Aunque para muchos sea ofensivo, personas como mi padre y tú no saben que este pequeño apartamento me da la paz que necesito.

Se sintió mal. No quería que lo comparase con su padre. Para que ella hablara así de él se daba cuenta que no era un hombre digno de tener una hija como ella. También lo odiaba por ello.

Eva sirvió su café y lo colocó en la mesa donde Miller estaba ya sentado en una de las sillas. Sirvió el suyo y lo puso delante de él, también el azúcar y la crema. Aunque no hacía falta ya que sabía que él lo tomaba negro.

Sin más Miller decidió darle el primer sorbo a aquel café recalentado. Para su admiración sabía mejor de lo que en su casa lo preparaban y eso lo hizo sonreír.

—¿Está bien?

—Sí, más que bien.

Se hicieron unos minutos más de silencio. Se dispusieron a disfrutar del café y de la tarde que comenzó a llover. La lluvia caía a lo lejos y ambos miraban hacia la ventaba. Miller decidió darle un vistazo más a aquella caja de fósforos y se admiró de que todo estuviese en orden y perfectamente limpio. Habían algunas pinturas colocadas en el suelo una detrás de la otra contra la pared. Eva las había dibujado, le gustaba dibujar cuando se sentía triste y sola. Había encontrado la paz en el óleo y se preguntó que si ella también le gustaba dibujar desnuda. Había olvidado las veces en las que injustamente le pedía ser su asistente, nunca se había tomado el momento de observarla hasta ahora. Era una mujer hermosa que no podía envidarle nada a ninguna otra mujer.

Había sido rica y aun así tenía el alma todavía noble, rota, pero noble. No como él. Tenía mucha riqueza y poder. Y nada de eso lo había hecho feliz algún día. Eva parecía ser feliz con lo que tenía.

Odiaba la idea de que quizá Travis Harper ya había estado ahí con ella. Haciéndole el amor. Odiaba la simple idea de que ella pusiera los ojos en otro hombre. Era una locura, ella lo hacía pensar solamente en locuras.

«Admitió querer que la hiciera mía»

Descartó la idea de que deseara a otro hombre. Si de algo estaba seguro era que Eva era una chica solitario en el instituto. Nunca la miró con otro chico, solamente con su sobrina.

—¿Tienes planes para hoy? —Le preguntó—No irás a trabajar hasta mañana.

—La verdad no. Pensaba quedarme en casa, pintar o leer un poco. Me ha dolido la cabeza desde ayer en realidad.

Eso lo preocupó.

—¿Por qué no me habías dicho? Habría pasado por la farmacia comprando algo para ti.

—Estoy bien, me he tomado una aspirina cuando servía el café.

—¿Y qué comerás? —Inquirió—Sé que en eso que llamas refrigerador no hay nada decente para ti en esas condiciones.

Ella de nuevo solamente le sonrió, le estaba sonriendo demasiado y se me miraba muy tranquila.

—Tengo dinero, puedo comprar o preparar algo o simplemente comprar algo hecho, no tienes que preocuparte por mí.

Odiaba la forma en que lo tenía todo resuelto. Se sentía un inútil. Terminó su café y él mismo llevó la taza al lavabo de la cocina. La excusa para estar de pie y observar los libros y bosquejos que había en su estudio. Le gustaban los colores, los usaba mucho.



Tenía un estilo único. Ya que únicamente pintaba rostros femeninos, cada una tenía diferente pose, no eran de cuerpo completo pero cada mirada transmitía algo. Si lo mirabas de cerca eran solo colores al azar, pero al alejarse tomaba la forma del rostro de una mujer. Todas tenían el rostro lleno de manchas de pintura.

Él pintaba cuerpos, siluetas, poses sexuales, la belleza del placer, pero ella pintaba dolor.

—Tienes talento, Eva.

—Oh, no. Me falta mucho. Esto solamente es un pasatiempo. No están perfectas.

—Lamento discrepar, Eva. Pero son perfectas para mí. Como profesional y tu director te lo digo. Son hermosas, nunca has pintado esto en clase, deberías hacerlo.

Una de las pinturas llamó su atención. Era la única que no era un rostro femenino. Eran flores purpuras, unas canvas casi marchitas pero también hermosas.

—Me recuerda a mi madre. Creo que a ella le gustaban las flores. No tengo muchos recuerdos en realidad.

—Lamento eso.

Eva ocultó su mirada y Miller no lo pudo resistir.

—No te atrevas, Eva.

Ella levantó la mirada y lo miró. Miller ya estaba frente a ella, podía escuchar el latido de su propio corazón. Cuando quiso retroceder él la tomó de la cintura como la noche anterior.

—No te atrevas a ocultarte de mí. Ya has admitido que me deseas.

—Es verdad—Tomó el valor para decírselo—Y no debo hacerlo. Es mi profesor. Y también mi jefe.

La pegó más hacia él para que pudiera sentir su erección.

—No eres una niña. Y sí, soy tu profesor uno que no necesitas porque claramente tienes talento. Eres una artista, y lo de ser tu jefe lo podemos negociar. Te daré el título que te mereces y dejarás de trabajar para mí para simplemente trabajar conmigo. Dejarás el prejuicio entre nosotros y aceptarás el placer que te daré.

—Yo…

—No te he permitido hablar, Eva.

Ella guardó silencio como buena alumna obediente y él continuó:

—Amor, no lo conozco aún ni tengo intenciones de hacerlo ahora. Placer eso sí lo conozco y ahora tú también lo conocerás.

Apretó su cintura y la atrajo más hasta que no pasara el aire entre los dos. Le puso una mano en el cuello y con la otra se aferró a su cintura para darle un beso. Eva primero no podía creer lo que estaba pasando. Sus labios eran suaves, encajaban a la perfección y su lengua luchaba por encontrar la suya. Sintió un sabor familiar y cerró sus ojos. Miller la levanto del suelo e hizo que lo rodeara de la cintura con sus piernas y la llevó hasta aquello que ella llamaba cama. Él era un hombre bastante grande, pero la forma en la que se la quería coger no era necesario estar sobre la cama.

La depositó ahí con mucha fuerza, su falta de delicadeza puso a Eva en guardia. Abrió los ojos y él se estaba quitando la ropa.

La despojó de su vestido rompiéndolo con mucha fuerza sin temor a lastimarla hasta que quedó desnuda frente a él. Le miró el cuerpo con mucha hambre, sus pequeños pechos pero firmes. Y su monte de venus totalmente depilado. Era más hermosa que la propia Venus en carne y hueso. Su piel de porcelana era como un lienzo que él estaba dispuesto a pintar con su cuerpo.

Cuando Miller tampoco tenía una tela encima, se colocó sobre ella. Sus dedos bajaron a su sexo y se dio cuenta que estaba empapada, pero su mirada había cambiado.

—Eva…

Pronunció su nombre y los ojos de Eva se tornaron llorosos. Pensaba que podía hacerlo. Pero la imagen de aquella lista de hombres que iban y venían cuando era presa de Berlín hizo que se quebrara. Miller no se estaba comportando diferente a ellos. Le gusta su hambre, su deseo y fuerza pero algo faltaba.

Cuando sintió la punta del pene en su sexo tembló.

—Detente... detente, por favor.

De nuevo lo estaba rechazando. Pensó que si ya estaba en ello solo tenía que empujar un poco más y ya estaría dentro de ella. Pero Miller se retiró sin decir una palabra. Le besó la comisura de los labios y se levantó de la cama, se vistió y se fue de ahí.

Al día siguiente Eva no fue a clases, tampoco fue a trabajar. Miller la buscó por todo el campus y no la encontró. Pensando lo peor que estaba sola y que la última vez estuvo a punto de hacerla suya y que además estaba casi enferma, condujo su Aston Martin y llegó hasta su apartamento. Temía que dentro se encontrara su sobrina, pero ella no llegaría hasta una semana después de lo de su hermana.

Sin más, esperó fuera del auto para ver si la veía salir o entrar. Solo necesitaba ver si estaba bien.

«Esto es una mierda. No debería importarme»

—¿Quiere que me baje a ver? —Preguntó su más fiel roedor. Si Miller permitía que lo acompañase uno de sus hombres, ése era él.

—No, Flame. Yo me encargo.

Le había apodado Flame desde que leyó su expediente y se dio cuenta que quemaba toda las casas de acogida a donde iba. El hombre apodado Flame era de la misma edad de él. Había trabajado para uno de los enemigos de Berlín y desde luego colega de Miller.

Había logrado sobrevivir de milagro. Se desfiguró una parte del rostro con fuego para no ser reconocido y ahora ambos tenían un enemigo en común. Flame prometió protegerlo con su vida y eso hacía. Lo acompañaba a Australia de vez en cuando.

A Miller nadie le robaba y ahora tenía suficientes razones para no bajar la guardia. Berlín iría en cualquier momento por Eva y por Flame. Era el único de los hombres que había quedado vivo debajo de los escombros. Fueron Miller y sus hombres quienes lo habían rescatado, le dio un techo y poder, y de eso ya habían pasado algunos años.

Al cabo de una hora que no miraba señal de ella, decidió enviarle un mensaje. No quería sonar preocupado, así que optó por ser el idiota que siempre era.

Espero tengas una buena excusa para no presentarte a mi clase hoy.

Tuyo,

M.

«¿Tuyo?»

Maldijo para sus adentros y esperó unos minutos para esta vez llamarla, al no responder a la primera tonadilla, salió del auto y con su porte de elegancia, con maestría se acercó al pequeño edificio de mierda que tenía frente a él. Una pareja iba entrando, demasiado deprisa mientras el caballero le tocaba el trasero a su acompañante.

Notaron su presencia, pero no se inmutaron de ello. El aire a su alrededor olía a sexo y Miller los envidió por un segundo. Aprovechó para entrar y la chica le dedicó una mirada de lujuria pero Miller la ignoró.

Frente a la puerta del apartamento de Eva, no se escuchaba un solo signo de vida dentro, comprobó el pomo de la

puerta y estaba sin llave. Eso hizo a Miller enfadar, si estaba dentro le daría un par de nalgadas por dejar la puerta sin cerrojo.

Escuchó un murmullo y se apresuró a entrar. Divisó a Eva sobre la cama, vistiendo solamente una camiseta demasiado grande. Se removió dormida y la camisa se le levantó un poco, dejando expuesta sus bragas. Miller se puso duro de inmediato, pero se esfumó cuando se dio cuenta que Eva murmuraba algo mientras estaba dormida.

—Eva—La llamó pero no respondió. Se aproximó a ella y se sentó al lado suyo, estaba empapada de sudor y pálida—Demonios, Eva.

Tocó su frente y estaba ardiendo en fiebre. Como si eso no fuera poco, Eva murmuraba algo en voz baja. Miller acercó su rostro al de ella para escucharla mejor.

—D…déjame ir… por favor… no.

«Por el amor de Dios, mi ángel»

Le hizo una señal a Flame desde la ventana y éste subió como un rayo.

—¿Qué le ha pasado? —Le preguntó.

—Creo que está enferma—La cargó en sus brazos junto con la sábana—Llama a mi médico y dile que es una emergencia que vaya a casa. Me la llevaré.

—Joder, desde luego, señor.

La metió en el auto y colocó su cabeza en su regazo, Flame condujo hasta El palacio como hacía llamar su mansión, fuera de Cambridge. La distancia no era tan larga pero cada minuto contaba. Y Miller estaba por volverse loco.

Un camino recto de grava llevaba desde la verja hasta la puerta del Palacio, que estaba elevada del suelo por unas amplias escaleras de piedra. Las ventanas del piso inferior tenían forma de diamantes y una chimenea en medio del gran salón principal. Nada más entrar a Palacio había un amplio vestíbulo, mayormente iluminado y suntuosamente decorado, con una gran alfombra que lo cubría en su mayoría. Había pinturas por doquier hechas desde luego por Miller. Había en el vestíbulo una pesada puerta de madera con manilla de bronce que conducía a su estudio de pintura.

La sala principal era como una sala grande con una hermosa chimenea de mármol trasmontada por una ventana dorada y sobre la que había un espejo con marco dorado. El suelo de la habitación estaba pulido y cubierto en parte por una alfombra; una lámpara de araña colgaba también del techo.

Sin señal de retratos por ningún lugar. Todo era como una obra de arte. Llena de óleo.

Eva despertó dos horas después. Y Miller estaba a su lado con los ojos cerrados, y la mano sobre su frente. Se había quedado dormido al lado de ella. La cama era cómoda, la calefacción encendida en la temperatura perfecta. Era una habitación grande, no se asustó de dónde podía estar para más sorpresa.

Se sentó sobre la cama y miró lo que había a su alrededor. Una habitación dicha de un palacio con cabecero de cuero, los muebles daban al contraste del papel tapiz de las paredes. Un efecto bastante masculino y sensual. Habían dos puertas en diferentes extremos de la habitación dedujo que una era el baño y el otro su closet. Se imaginó ver lo que había dentro. Todo tipo de trajes, ordenadas por colores, cajones llenos de corbatas de las mejores marcas, también zapatos, relojes y todos los juguetes de un hombre como él. La habitación era fría y no por su temperatura, sino por sencilla y demasiado masculina hasta para él que era un artista. No estaba segura ya de dónde estaba y comenzó a ponerse nerviosa.

—No—Miller la detuvo cuando se dio cuenta de las intenciones que tenía—Estás débil.

—¿Dónde estoy? —Preguntó ella con tono bajo. En verdad estaba débil la pobre.

—En El Palacio—respondió él sin una pisca de humildad.

—¿En un palacio?

—No, en El palacio. Así llamo mi casa. Era un palacio abandonado cuando lo compré. Había pertenecido a un Rey rebelde de la dinastía griega. O según eso me dijeron. La renové y ahora es Mi palacio.

Siempre que lo escuchaba hablar así le sacaba una pequeña sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé. Estaba durmiendo en mi cama y ahora estoy aquí. Si ésta es tu manera de que seamos amigos me temo que tendré que pasar. Estás empezando a asustarme.

Eva de nuevo intentó salir de la cama y él se lo impidió.

No quitó su mano y la electricidad volvió a ocurrir, poniéndola nerviosa y sus mejillas empezaron a ponerse rojas. Miller se dio cuenta de ello, pero no iba a decir nada. Le gustaba cuando se ponía así.

—Estás desnuda, Eva.

Como si no le creyera, miró hacia abajo. Solamente llevaba la sábana encima. Rápidamente pensó en lo peor y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se metió a la cama de nuevo y respiró hondo. Miller al darse cuenta de su estupidez se levantó de la cama. Poniendo distancia entre los dos.

—Yo… no, mierda. Eva. Espera. No es lo que estás pensando.

—¿Ah, no? Entonces dime por qué estoy en tu palacio y desnuda. Además de que adivino que es tu cama.

Cerró los ojos con culpa. Sus palabras tenían mucho sentido y viniendo de él, después de aquella escena donde la despojó de su ropa como un animal no podía culparla.

—Te fui a buscar—Comenzó a explicarle todo lo ocurrido—No puedo creer que seas tan irresponsable de no haberme avisado que estabas tan enferma, además…

—¿Cómo has entrado? —Le dijo enfadada.

—También eres irresponsable en eso. Tenías la puerta sin cerrojo, Eva. Estabas ardiendo en fiebre así que te traje aquí. Dudo

mucho que te gusten los hospitales, así que mi médico te ha revisado.

—¿Tu médico?

—Sí. Y te he desnudado porque la camisa que traías la habías empapado de sudor a causa de la fiebre. —Bajó la guardia y le dio una bolsa de compras—Te mandé a comprar ropa decente.

—¿Estás diciendo que mi ropa no es decente?

—¿Qué? —Ahora estaba molesto—Dios, no joder. —Se pasó la mano por la cara y respiró hondo—Lo que quiero decir es...estabas usando solamente una camisa cinco veces más grande que tú. Por favor, solo úsalo. Te esperaré abajo para cenar.

Miller salió de la habitación como alma que se lo llevaba el diablo. Menos mal que se había duchado y cambiado de ropa antes de quedarse dormido por un segundo. Porque si volvía a entrar a esa habitación era para follara ahí mismo por insolente.



Eva bajó las escaleras usando un vestido de noche. Poco elegante dada la ocasión y usaba unas medias que la ayudaban a mantenerse caliente por el clima. En el baño había encontrado una secadora de mano para el cabello, por lo que su poco trabajo en él había hecho la diferencia. Ya que no usaba mucho maquillaje, se pintó un poco los labios de un color rosa suave. Olía a lavanda y agua fresca. Miller se puso de pie cuando Eva entró al comedor.

—¿Cómo se encuentra, señorita? —Flame se dirigió a ella. Casi le saca un susto al verle la cara. Llevaba una marca al lado de la mejilla izquierda, pero fue el color de sus ojos lo que llamó su atención. Era joven como Miller, tenía la mirada oscura como él o más, pero su tono de voz era suave, no como el de Miller.

—Bien, gracias.

—Soy Flame. Cuido del señor Preston y ahora de usted. Le ha sacado un buen susto cuando la miró inconsciente. Me alegro que de esté mejor.

—Gracias Flame, dime Eva. Y no tienes que cuidar de mí. El señor Preston y yo solo somos amigos.

Flame guardó silencio e hizo una pequeña reverencia para acompañarla al comedor donde Miller ya la estaba esperando.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla sin que se lo esperara. Rápidamente sintió el aroma a tabaco. A Eva no le gustaba ese aroma y no pudo ocultar el repudio que le daba sentirlo en él.

—¿Te he lastimado? —se preocupó al ver el gesto en su rostro.

—No, es…no pasa nada.

—Eva, ¿Qué te he dicho? —Insistió.

—Nada, es solo que no me gusta ese aroma—Miller guardó silencio esperando que terminara y Eva gruñó con rechazo—Ese aroma al tabaco. Lo detesto, me da nauseas.

Ahora estaba un poco apenado por ello. Nunca antes una mujer le había dicho algo así y en su propia casa. Y estando fuera nunca le importaba si una mujer lo aprobaba o no. Pero que Eva se lo dijera fue como un llamado de atención bastante serio.

—Me disculpo.

—No pasa nada.

Tomaron asiento y el servicio comenzó a servir la cena para los dos. Ahora estaba más serio que nunca y ella nerviosa. Todo le confundía, y más después de lo que había pasado entre los dos.

Eva se preguntaba si lo hacía por lástima o si realmente estaba interesado en ella de verdad tanto como para traerla a casa enferma.

Sea lo que sea que habría hecho el médico le había ayudado. Se sentía como nueva y ahora estaba hambrienta. La comida se miraba deliciosa. Aunque seguía llegando sin parar.

—No sabía lo que querías así que pedí que preparan de todo.

—Miller—Agregó con sorpresa—Es demasiado, no puedo comerme todo esto.

—Sí que puedes. El médico dijo que estabas deshidratada, además de anémica ¿Tenias idea de que estabas tan enferma?

Se avergonzó un poco y negó con la cabeza.

—Me lo imaginé. Ahora come todo lo que quieras, lo necesitas.

Sobre la mesa había pollo, todo tipo de carnes, queso, pan, papas fritas, malteada, frutas y agua.

Tomó un poco de pollo con queso y pan y comenzó a comer. Miller hizo lo mismo con ella a excepción que se sirvió vino en vez de agua como Eva.

Y de nuevo se hizo el silencio entre los dos.

8



—¿POR QUÉ FLAME DIJO QUE CUIDA DE TI Y AHORA DE MÍ?

Habían retirado la comida de la mesa y ahora disfrutaban en la terraza. Miller leía un libro y Eva solamente estaba viendo las estrellas en el cielo. No había pedido que la llevase a casa porque aunque loco pareciera ella todavía no quería irse y Miller estaba encantado con ello.

—Porque es verdad. Es mi más fiel hombre. Después de mi mejor amigo en él confío mi vida. No veo por qué no deba cuidar también de ti.

—Se sintió raro.

Miller dejó su libro a un lado.

—¿Lo dices por cómo luce?

—No, en absoluto. Es un hombre atractivo en realidad.

Miller levantó una ceja.

—Me refiero a que sea lo que sea que le haya pasado no es motivo para temerle. Es amable, aunque no entiendo su nombre, pero al imaginarme lo que le ha pasado lo deduzco.

—Sí, Flame ha pasado por mucho, después de salvarle la vida me juró fidelidad.

—¿Le salvaste la vida? Espero que sea metafóricamente.

Miller no dijo nada. No dejaba de observarla y ella de ver hacia otro lugar cuando sentía los ojos de él encima. Temía tocar el

tema aquel, pues él era tosco y ella demasiado sensible ante sus palabras.

—Lo que pasó el otro día—Dijo Eva captando su atención—Quiero decir, la otra noche. Quería disculparme.

—¿Por qué?

Apretó sus manos contra sus rodillas. Odiaba tener que explicarse. No podía decirle que después de haber huido de las garras de su opresor nunca se imaginó que habían quedado secuelas sobre ello. Nunca lo había sabido porque nunca había estado tan cerca de un hombre en mucho tiempo y temía que él se burlara de eso. Tampoco podía decírselo en voz alta. Pensaba en que era lo suficiente inteligente para darse cuenta por sí solo. Y lo que Miller menos quería era recordárselo. Porque él ya lo sabía.

—Por actuar así.

—No actuaste de ninguna manera, Eva. Fui yo el que entendió mal las cosas. Sé que no soy digno de ti y no puedo prometerte lo contrario. Pero no me voy a disculpar por desearte, estaría loco de la cabeza si lo hiciera.

Ella lo sabía muy bien.

—No entiendo por qué. Esa chica Sophia Winter se ve que está loca por ti. No creo que no lo haya intentado contigo antes.

—Ella no me interesa en absoluto.

—¿Y yo sí? —Soltó la pregunta y la dejó en el aire para que Miller la tomara. Quería saberlo. Quería entender ese juego de conquista. De ser su salvador y de encontrárselo en todos lados. Quería saber qué lo había llevado a invitarla a un café aquella tarde, llevarla a cenar después de acción de gracias y cuidarla mientras estaba enferma. Si era un hombre frío que no podía sentir nada por nadie se equivocaba porque lo estaba haciendo todo mal.

—Te dije que solo puedo darte placer, Eva. ¿Acaso no es suficiente? Porque no puedo darte más.

Sintió su pecho arder ante sus palabras.

—¿Tienes idea de lo que eres para mí, Miller? —Al ver su rostro que no tenía intenciones de responder a su pregunta continuó: —Desde que entré a tu clase no dejaba de pensar en ti. Odiaba cuando me pedías ayuda sin siquiera verme a la cara. Te

encontraba en los pasillos y tú ni siquiera me notabas. Pero sí notabas cuando llegaba tarde a tu curso. Muchas veces te vi en la biblioteca o en el estudio pintando y tú nunca te inmutaste. De pronto un email te cabrea lo suficiente para querer humillarme. Me invitas a un café y me doy cuenta que eres el tío de mi mejor amiga. Después de eso me acorralas en la oscuridad y me besas. Me buscas porque estás preocupado de repente y me traes a tu palacio para cuidar de mí. —Hizo una breve pausa para verlo más de cerca— Creo que eso responde a la pregunta.

—He hecho todo eso por…

—¿Lástima? —Terminó por él y en sus ojos miró fuego—No te sientas mal por tener lástima por mí. He sentido suficiente lástima por mí misma, Miller. Nada me sorprende ya.

La tomó del brazo fuerte e hizo que se pegara a él. La noche estaba fría, pero más frías eran sus palabras. Su ángel se había convertido en fuego y eso lo quemaba.

—Jamás te tendría lástima, Eva. —Le tomó la cara con amas manos y Eva se dejó hacer—Mírame a la puta cara y escúchame. Yo no soy un hombre que puede prometerte toda esa mierda romántica. Solo puedo darte placer y sé que te encantaría. No puedo alimentarte el corazón, porque ni siquiera yo tengo uno. Puedo darte muchas cosas, pero no amor. Te dije que no sé lo que es y no tengo intenciones de saberlo. Si eso no es suficiente, me temo que no estoy ni estaré de acuerdo contigo nunca.

La primera lágrima de Eva rodó por su mejilla y Miller la atrapó con sus labios.

—Mi hermosa Perséfone se ha enamorado del hijo de puta de Hades.

Eva se separó de él por un instante.

—¿Qué has dicho?

Como si pudiera verlo a través de sus ojos los recuerdos llegaron a su cabeza como una película a mil por hora. Todo era confuso, la cabeza comenzó a darle vueltas al nivel de marearse y caer en sus brazos.

—¡Eva!—Miller la sostuvo y la cargó en brazos. La llevó al interior de la casa y luego a su habitación nuevamente. La fiebre

comenzaba a aparecer y temía lo peor. Eva era consiente de todo, pero no de sus recuerdos.

—Por favor no te rindas, Eva. Si hay alguien que puede tener fe en mí… eres tú.



Eva despertó en su apartamento esta vez. Recordaba cómo Miller había conducido y la había dejado en su cama, esperó a que se quedara dormida y luego se fue. Ella no dijo nada en todo el camino, solamente pensaba en aquella noche cuando le pidió a aquel hombre desconocido que le ayudara a huir del hombre que le había arrebatado todo.

Eva fue esta vez más temprano de lo usual a su clase. Estaba sentada en primera fila y Travis al lado de ella.

—¿Entonces ya te sientes mejor?

En ese momento se abrió la puerta del estudio y Miller hizo su entrada como siempre, esta vez en compañía de Sophia.

—Sí—Dijo Eva dedicándole una sonrisa a Travis—Mucho mejor.

La clase comenzó y en ningún momento Miller la miraba a los ojos. Estaba furioso de que se sentara al lado de Travis, cuando le había pedido que se alejara de él.

—Necesito dos de ustedes para pareja contemporánea. —Habló Miller—Travis pasa tú y elije tu pareja.

Miller estaba confiado en que no sería Eva. Dado caso que la última vez se había puesto a llorar. Pero cuando miró que Eva se levantó sin que Travis se lo pidiera y se colocó enfrente se puso furioso.

—Eva—Susurró Travis—Tenemos que desnudarnos, bueno un poco.

Eva sintió la sangre arder cuando miró la mirada de Sophia hacia Miller. Más cuando Miller se acercó a ella y le dijo algo en el oído. Fue combustible suficiente para darle rienda suelta al fuego que llevaba dentro. Se había atrevido a dejarla sola en su apartamento cuando lo recordó.

Todo ese tiempo lo había tenido cerca, aquella nube nublada estaba más clara como el agua cristalina y él nunca se imaginó el infierno que pasó Eva al imaginarse todo tipo de cosas.

Eva comenzó a quitarse el jersey, su pantalón y la camisa que llevaba, quedando expuesta en ropa interior, una muy sexy por suerte de ella y los demás. Travis no ocultó su sorpresa y su belleza, lentamente se fue quitando la ropa hasta quedar en ropa interior. El chico tenía el cuerpo esculpido, no tanto como el de Miller, pero era lo suficiente atractivo para poner los ojos en él y cabrear a Miller.

—Vístase, señorita Kerr y salga de mi clase, por favor.

La voz ronca de Miller dejó a todos confundidos.

—No, señor Preston. La última vez me recordó que había firmado para hacer este tipo de cosas. Es mi manera de disculparme con usted y con la clase.

Miller no tuvo otra opción que disimular su enfado, si la sacaba de la clase todos sospecharían de que había sucedido algo entre los dos. No necesitaba esa clase de mierda en esos momentos por lo que la dejó estar. Sin más todos comenzaron a pintar el cuerpo de Eva y Travis mientras que Miller deseaba estar muerto en ese momento.



Eva colocaba algunas pinturas en las paredes mientras limpiaba la repisa de libros antiguos cuando sintió la respiración de alguien en su espalda. Se dio la vuelta y no había nadie.

Continuó hasta una de las secciones donde no había nadie y de nuevo sintió aquella sensación extraña de que alguien la seguía. En ese lado de la biblioteca no había nadie y ahora temía darse la vuelta porque no sabía con qué se iba a encontrar.

Pensaba que eran tonterías y que su mente le estaba haciendo una mala jugada. Al momento en que decidió salir de ahí se escucharon pasos detrás de ella, aceleró el paso pero de pronto la tomaron de la cintura y la arrastraron de nuevo a un rincón donde nadie podía verla… o verlos.

—Eres mía—Miller estrelló sus labios con los de ella. Eva le dio acceso a su lengua dentro de su boca y los libros cayeron al suelo alrededor de ellos. Metió sus manos dentro de su blusa y buscó sus pechos, Eva gimió del placer que le daba, le estaba apretando los pezones hasta ponerlos duros como una piedra. Cuando se dio cuenta dónde y con quién estaba retrocedió.

—Miller…

—Eres mía, Eva. ¿Qué mierda hacías desnudándote frente a todo el estudio y con ese violador? —Gruñó fulminándola con la mirada.

—Miller…

—Contesta a la maldita pregunta, joder. ¿Qué estabas pensando? ¿Qué querías demostrar?

Enfadada lo empujo más, pero apenas y pudo moverlo. La rabia se le miraba en la mirada. Tenía la mirada oscura y el pecho le subía y bajaba. Todavía tenía una erección enorme dentro de sus pantalones y amenazaba con liberarla y cogerla ahí mismo.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—¡Y una mierda! —la tomó del cuello lo suficientemente fuerte para que se quedara callada y se diera cuenta que hablaba en serio—contesta.la.maldita.pregunta.

—Suéltame, Miller.

—No hasta que respondas, no me hagas repetir la pregunta, Eva.

Con la mano que tenía libre le agarró los huevos y se los apretó. Miller hizo una mueca pero no aflojó su agarre. Aquello lo

ponía más duro, que se sometiera como una fiera ante él y lo desafiara lo excitaba aún más. Y eso que no se la había follado.

—¿Qué estabas haciendo tú hablándole a Sophia? —Sus ojos eran el vivo fuego. Lo aniquiló con la mirada y se tenían una guerra ya—Te vi entrar con ella también y luego le hablaste. Vi la forma en cómo te miraba y tú te acercaste a ella.

La comisura del labio de Miller se levantó en respuesta.

«Con que de eso se trata. Está celosa. Algo nuevo y muy jodidamente caliente»

—Le dije que dejara de coquetearme en clase, sino la expulsaría. —Se sintió extraño por tener que darle explicaciones. Él no se las daba a nadie.

—No te creo. Seguramente te la llevaste a la cama.

—Aquí la única que tiene que estar en mi cama eres tú y creo que eso ya lo hiciste, mi ángel.

Le soltó el cuello, pero siguió estando pegado a ella. Le agarró el culo y se lo apretó para volver a besarla pero Eva se resistió.

—No me prives de tus besos, Eva. Me pertenecen.

—Estás equivocado, Miller. ¿Quién era para ti hace unos días?

Al ver que no respondía a su pregunta se decepcionó. Que la besara de esa forma no cambiaba nada. La había dejado en su apartamento y las cosas estaban más que claras cuando no le dio una explicación sobre lo que pasó hace un año.

—Eva.

—No era nadie. Nunca fui nadie, ni siquiera cuando te pedí ayuda. Me dejaste ahí y no regresaste. No me buscaste. Desperté una mañana y no recordaba nada.

Eso lo hizo enfurecer. Le dolía el pecho ante sus palabras. ¿Cómo se atrevía? Ella no tenía idea de todo lo que pasó. De lo que tuvo que hacer. Declararle la guerra a Berlín no había sido nada fácil y muchos menos tener que jugársela por una chica a la que no conocía.

—No me digas que fui yo quien te abandonó—Susurró con desprecio cuando algo dentro de él se rompía—No me digas que te

dejé cuando fuiste tú quien se abrió las muñecas cuando te prometí que te protegería. Eres tú quien me abandonó, Eva. Me olvidaste. Me prometiste ser como yo y aquí te encontré pero el infierno era tan grande que ya no me recordabas. Yo solamente te estaba salvando de ese recuerdo.

—¿Recuerdo? —Preguntó con sorna—Eso no es un recuerdo, Miller. Es una pesadilla. Dime algo, Miller ¿Lo mataste? ¿Mataste esa noche a Berlín?

Él no respondió. Y aunque loco fuera, no podía hacerlo, debía pasar desapercibido. Que Berlín se diera cuenta que le había ayudado a escapar era algo peor de lo que esperaba. No tenía nada que perder excepto a ella.

—Lo mataré si se acerca a ti, Eva. Eso te lo puedo jurar. No puedo decirte nada más, es por tu bien. No te lo dije esa noche, pero él ya era mi enemigo antes de que tú entraras.

—¿Tienes idea de lo que era? —Preguntó con lágrimas en sus ojos sin derramar. No le dolía, odiaba. Se odiaba a sí misma por confiar en el hombre equivocado. —¿Sabes quién era yo?

—Eso no importa, Eva. Me lo dirás en su debido tiempo pero eso no cambiará nada entre nosotros.

—¿Nosotros? —Su gesto fue de pura ironía—No hay un nosotros, Miller. ¿No lo recuerdas? No puedo obtener nada de ti.

9



EVA DE PIE AHÍ. NO SABÍA SI ENTRAR. La última vez que había estado ahí llegó casi corriendo y huyendo del hombre que la tenía bajo sus espinas. Inferno lucía igual que hace un año. Parecía un hotel antiguo por fuera, pero por dentro había algo más.

Algo que ella quería y que lo conseguiría.

La música sensual y erótica en el fondo le gustaba. El lugar era espectacular. Se fue a la barra y pidió cualquier trago que pudiera darle el valor que necesitaba.

Aunque para ello salía sobrando. Estaba dispuesta a todo esa noche. Recordar lo que había pasado hace un año había tenido el efecto contrario.

Se sentía más valiente que nunca y ahora todo tenía sentido. Aquella atracción por Miller y la pasión por el arte se debían a eso.

Un hombre se acercó a ella. Era bastante mayor pero atractivo, en otra vida no le hubiese importado compartir algo más con él que una copa. Pero no estaba interesada.

—¿Cómo te llamas?

—Eva. —Respondió sonriéndole. El hombre le tendió la mano y se la llevó a la boca para besarle suavemente.

—Yo soy Jason. Y dime Eva ¿Dónde quieres ir?

—A ninguna parte contigo—Respondió Miller detrás de ellos. La había visto por las cámaras de seguridad desde que la miró entrar. —Deberías irte—Le dijo a Jason.

Jason sin más se levantó del taburete pero Eva lo detuvo del brazo.

—Si él no puede estar aquí, entonces yo tampoco. Podemos llevar la fiesta afuera donde no podrás hacer nada. ¿Qué dices, Miller?

Se atrevía a desafiarlo de nuevo. Tenía los puños de las manos apretados y estaba listo para matar a golpes al hombre que estaba con ella. Eva lucía espectacular.

Llevaba un vestido negro ceñido, bastante corto sin tirantes. El cabello largo y bien arreglado y además se había maquillado. Llevaba los labios de un color rojo intenso y los ojos ahumados. Olía de maravilla y sus zapatos de tacón de aguja eran de infarto.

—Dos segundos y te quiero en mi despacho, Eva.

—Tú no tienes que darme órdenes. ¿Es así como atiendes a tus clientes?

Flame se puso detrás de él llamando la atención de Eva y Jason.

—Si no quieres que tu nuevo amigo tenga una bala en la cabeza, más te vale que hagas lo que te digo.

Antes de poder protestar Miller se dio la vuelta y desapareció junto con Flame.

—Vaya, tu novio es bastante celoso.

—No es mi novio.

—Pues lo parece—Jason pidió un trago y se despidió de ella —El deber llama, Eva. Fue un placer conocerte.

Lo miró caminar hasta el otro lado de la barra donde una chica lo estaba esperando. Comenzó presentándose como lo había hecho unos segundos antes con ella y Eva recordó la orden de Miller.

Se dirigió hasta su despacho. Pasando por los pasillos que hace un año había recorrido. Cuando reconoció a Flame afuera de la puerta lo exterminó con la mirada.

—Espere aquí, señorita—Intentó detenerla pero Eva ya había abierto la puerta. Lo que miró a continuación no le gustó

nada.

—¿Por qué no podemos? —Le rogaba Sophía Winter a Miller. Éste estaba sentado viendo un punto fijo con un trago en la mano. Sophia al darse cuenta que no estaban solos se calló y más cuando miró quien estaba en la puerta.

—¿Qué hace ella aquí? —Preguntó.

—No se preocupen—Dijo Eva retrocediendo—Habitación equivocada.

Se echó a correr antes de que Miller pudiera detenerla.

—¡Eva!

Corrió por el camino equivocado y se detuvo por un segundo para recordar y retroceder. Pero cuando lo hizo, Miller le llevaba ventaja. La tomó de la cintura y abrió una de las habitaciones vacías.

—¡Suéltame!—Le gritó Eva pero él continuó llevándola más hacia el interior hasta que la lanzó a la cama. Estaba oscuro y Eva se quedó tumbada ahí. Escuchó que la puerta se cerraba con pestillo y se asustó.

—¿Miller?

Escuchó una respiración cansada que era de él.

—Estoy aquí, Eva.

—Enciende las luces, por favor.

Con temor a asustarla de nuevo hizo lo que ella le pidió. Las luces se encendieron y ahí estaba él de pie frente a la puerta. Observándola con mucha hambre me viéndola así ahí en la cama tuvo deseos prohibidos. Esta vez no sabía si iba a poder dejarla ir.

Eva se levantó de la cama. Caminó hacia él con maestría mientras a él se le pasaban millones de cosas por la cabeza.

Antes de que pudiera procesarlo Eva lo tomó del cuello y lo trajo hacia ella. Ella comenzó el beso y Miller hizo el resto. Le apretó el culo por encima del diminuto vestido y gruñó en su boca. Eva sintió su erección de inmediato y se humedeció. La entrepierna le comenzó a doler y caminó hacia atrás. Miller la dirigió hasta que ambos cayeron a la cama. Miller le comía la boca como si no existiera un mañana y Eva se abría más para él.

—¿Qué estás haciendo, Eva?—Jadeó en su boca.—¿Por qué has venido aquí?

Ella dejó de besarlo por un segundo para responder:

—Vine a pagar mi deuda, Miller.

Sus ojos se oscurecieron con sorpresa. Su tono era provocativo y sensual. Había fantaseado alguna vez con ella de ese modo. Pero sabía que se quedaría ahí en una simple fantasía.

—¿Es aquí donde querías cogerme? Entonces hazlo. Al menos aquí seré tuya y me lo darás todo, Miller. Soy fuerte aquí y tú también lo eres. Hazme tuya, Miller. Hazme olvidar.

Entendiendo cada palabra le dio rienda suelta a su hambre y le levantó el vestido. Eva movió las manos hasta su erección y le ayudo a desabrocharse el pantalón. Miller se sacó la camisa y los calzoncillos y continuó besándole los pechos a ella por encima del encaje que llevaba puesto. Se los rompió de un tirón y bajó hasta su ombligo. Eva estaba excitada como nunca antes lo había estado y a Miller le goteaba ya el pene de fluido. Estaba listo para ella y ella para él al darse cuenta de lo empapada que estaba. Le besó el monte de Venus y bajó más hacia su sexo. Abriéndole las piernas y comiéndole con muchas ganas.

A Eva le gustó. Nunca antes le habían hecho sexo oral de esa manera. Los hombres la lastimaban y humedecían con su propia saliva. Era la primera vez que lo estaba disfrutando. Miller gruñó, lamía y mordía su clítoris hasta el punto en que ella se corrió tan fuerte que le empapó la cara.

—¡Miller!

Aun retorciéndose se colocó sobre ella. Y empujó la cabeza poco a poco por su abertura para que tomara el tamaño necesario de él. La tenía grande y ella lo podía sentir mientras sentía que la piel se le estiraba y se acomodaba alrededor de su pene.

—Te sientes tan bien, Eva. Joder. Dime cuando quieras que pare, por favor.

Lo abrazó fuerte y busco sus labios. Sintió enseguida el sabor de su sexo combinada con su saliva y le gustó.

—Por favor, no pares.

Miller la miró. Nunca estaba en esa posición con una mujer. Y ninguna mujer le decía que no se detuviera. Al contrario siempre era

él quien quería más. Y ahora tenía a Eva. Era como si ella estuviese hecha a la medida de su deseo y toda para él.

Cuando se enterró de raíz comenzó a moverse. De adentro hacia afuera y Eva movía las caderas para recibirlo todavía más. Aruñaba su espalda y mordía sus labios con más ganas de él. Miller comenzó a penetrarla con más fuerza y eso parecía gustarle. Cuando lo miraba a los ojos era como estar en el cielo. Si es que podía existir uno ahí.

—¡Joder, Eva! Eres exquisita. Estoy amando cogerte.

Eva gemía más fuerte.

—Por favor, no pares ¡Más duro!

—¡Joder!

Se levantó y le puso las piernas en los hombros. Bombeó más fuerte. Más duro. Haciendo sonidos de sus caderas chocar al son de su sexo. Era una ola de placer, de eso no cabía duda. Entonces sucedió lo inimaginable. Miller estaba a punto de correrse. Él nunca se corría primero ni tan rápido. Pero Eva era un motor de placer y eso le gustaba. Ahora no la dejaría ir nunca más.

—¡Miller! ¡Dios!

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Miller. Le agarró las piernas y aceleró más las penetraciones si era posible. Iba a ser que se corriera Eva. Lo podía sentir cómo se apretaba por dentro.

—Voy a correrme, Miller.

—Dame tu placer, Eva. Me pertenece también.

Y Eva estaba de acuerdo. Arqueó la espalda y se corrió de nuevo. Gritando su nombre mientras Miller seguía entrando y saliendo de ella. Cuando no pudo más empujó un par de veces y la llenó por completo.

Se dejó caer sobre ella y busco sus labios, sus pechos y su calor.

Eso también era nuevo.



La habitación estaba en silencio. Habían recuperado las fuerzas y vuelto a hacer el amor. Esta vez en la bañera. Sin decirse una sola palabra más que sus nombres cuando ambos alcanzaron el clímax total.

—¿Te he lastimado?—Preguntó preocupado. Imaginar que había sido brusco con ella no se lo perdonaría. Aunque para Eva no había sido nada grave. Se dio cuenta que le gustaba el sexo rudo y muy duro hasta en ese momento. Como que estuviesen hecho el uno para el otro.

—Estoy bien.

Se volvió a vestir en silencio y Miller también hizo lo mismo. Cuando hubo momento de irse, Miller la tomó de la mano.

—Espera. Dime algo, por favor.

Eva miró sus manos. Su mano pequeña encajaba con la de él a la perfección. Le gustó imaginarse por un segundo ir tomados de la mano a todos lados pero de él había salido que nada de eso ocurría. Ni en sus mejores sueños.

—Ya no te debo nada, Miller.

La forma en que lo dijo, tan seria y fría hizo que a Miller le ardieran las entrañas.

Ella estaba actuando como él lo haría con cualquiera otra mujer. Esperaba que se acurrucara en su pecho, que le besara más los labios.

Pero se había comportado como un hombre más bien. Eso le enfermó.

—¿Con qué de eso se trataba? Una deuda.

—Por supuesto, Miller. Te lo debía. De hace un año.

—¿Tienes idea de lo retorcido que suena eso, Eva?

—Estoy consciente de eso. Pero es lo que es.

Cuando quiso abrir la puerta Miller la detuvo. Ahora que por fin la había tenido y no solamente una vez sino dos veces no iba a dejarla ir. Pensaba que una vez lo hiciera podía olvidarse del asunto. No era el mejor sexo de su vida, era único, ni tampoco la mujer más hermosa del mundo, era perfecta. Pero al hacerse esas dos preguntas en su cabeza llegó a la única conclusión.

—Te quiero mía.

La tomó del cuello y besó sus labios. Eva no retrocedió y lo besó en respuesta. Pero cuando hubo momento de separarse lo hizo sin remordimiento y abrió la puerta.

—Adiós, Miller.



La noche era joven y Miller lo sabía. Después de tomar un par de tragos estaba en el despacho de Inferno pensando en Eva. Sintiendo todavía su sabor en sus labios y sus gemidos en su cabeza.
Su teléfono móvil sonó y respondió.

—Miller—habló.

—Suenas como la mierda—Su mejor amigo y mano derecha lo había llamado.

—Grave, ¿Está todo bien?

Su mejor amigo por otro lado, comenzaba a preocuparse. Durante mucho tiempo Miller solamente hablaba sobre aquella mujer. La mujer más hermosa del catálogo de su peor enemigo y lo que nunca supo de ella.

—Todo marcha de maravilla, aunque no está nada mal que te pases con más frecuencia. ¿O has encontrado un buen coño que te tiene ocupado hasta de tu mejor amigo?

—Cuida tu lenguaje, Grave. Veré qué puedo hacer en estos días.

Su amigo bufó del otro lado.

—¿La pintura te tiene acojonado?

—Aquí el único que me toca los cojones eres tú, Grave. ¿Dime para qué has llamado?

—Bien. Cuando se te pase la regla hablamos.

—Grave no estoy de humor para tus idioteces. —Le advirtió.

—De acuerdo. Te llamaba para decirte que el otro día me encontré con Berlín y te mandó saludos. Viniendo de él me sonó como una puta amenaza ¿Tienes idea de qué se trate?

Escuchar ese nombre hizo que se quedara mudo. Mantuvo la calma aunque su corazón estaba latiendo a mil por hora. Sabía que volvería a escuchar ese nombre, pero no sabía que sería tan pronto. Necesitaba poner a salvo a Eva. Que estuviese con él para protegerla. Se había jurado a sí mismo que la protegería esta vez.

De verdad. Y cuando Miller prometía algo lo cumplía.

—Yo me encargo, Grave.

—¿Quieres que le dé el mensaje?

Aunque era tentadora la propuesta no podía poner a su amigo en peligro.

—No hará falta. Te veré en unos días.

—De acuerdo.

10



Un año atrás

EVA SE PREPARABA PARA UNA DE SUS NOCHES. Le tocaría estar fuera de su habitación y esperar al convoy de Berlín para hacer de las suyas. Vestía de manera provocativa, llevaba los labios más rojos que la sangre y unos zapatos de tacón de infarto que apenas y podía caminar con ellos gracias a lo débil que estaba.

En cuanto escucharon los pasos de los hombres, todas comenzaron con lo suyo. Formaron fila como si estuviesen en una zona militar y los hombres vestidos de traje que usaban una corbata de colores. Eran los típicos chulos que no tenían ni el más mínimo gusto por la moda, más sí el dinero para poder hacer lo que quisiesen y después borrarlo.

—Tú—Señaló a una de ellas—Conmigo.

Así fue cada una siendo elegida por uno de ellos. Cuando solo quedaba Eva, Berlín dio un paso al frente con uno de sus hombres.

—Ella es especial. Era virgen cuando la traje aquí. Es la que cobra más caro, su resistencia es excitante. —Le palmeó el hombro al hombre que tenía al lado. Era robusto, de cabello oscuro y ojos claros—Te encantará.

—Me lo puedo imaginar—Le dijo el acento ruso.

Berlín tomó del cabello a Eva y ella se resistió.

—Vas a atender bien a mi amigo—le susurró en amenaza al oído—Si te portas bien quizá tú pueda elegir a los tuyos de ahora en adelante.

—Vete a la mierda—Le escupió en la cara.

Cuando entraron a la habitación el hombre se quitó la chaqueta y colocó la pistola dentro de ella. Eva miró cada uno de sus movimientos. Estaba borracho y además tenía la mirada llena de hambre.

—Si me tocas te mato, hijo de puta.

—Me gusta que te resistas. Berlín tiene razón, haces que se me ponga dura con escucharte esa boca sucia que tienes.

En cuanto se le acercó Eva le clavó los dientes en el brazo. El hombre gritó de dolor y lo pateó en los huevos. Corrió hasta su chaqueta y sacó el arma. No había tenido una antes. Y no era tan pesada, sabía que si apretaba el gatillo era el fin de la persona que apuntaba.

—Quieto—Lo apuntó con firmeza, las manos ni siquiera le temblaban un poco. Había pasado suficiente como para estar ahí. —He dejado que me violen, que me den por todos lados, que me golpeen como a un perro, que me hagan pasar hambre, pero ya no más. Quieto ahí o te mueres.

Al tipo se le abrieron los ojos como platos y cuando dio paso en falso disparó el arma. Como pudo tomó un bolso debajo de la cama donde guardaba una muda de ropa de emergencia en cuanto se le presentara la oportunidad de salir y un par de billetes.

En cuanto la puerta se abrió se preparó para lo peor. Pero se sorprendió cuando fue una de las chicas que abrió la puerta.

—Por Dios. Lo has matado.

Eva pensaba que estaba en problemas. Había visto a la chica disfrutar de estar ahí pero nada más, es por eso que se limitaba a no hablar con ellas y ahora estaba perdida.

—Tengo dinero, por favor no digas nada.

—¿Dinero? —Se rio por sus palabras—Cariño, será mejor que saques tu culo de aquí antes de que Berlín venga.

—¿Qué?

—Lo que has oído ¡Corre!

Sin pensarlo dos veces corrió hasta la salida donde el centinela que cuidaba en la puerta estaba de espaldas. Eva disparó de nuevo el arma a una de sus piernas y salió corriendo. La noche estaba fría y lo único que pudo hacer fue correr. Cuando las piernas ya no le daban, se metió en un callejón y se cambió la ropa. Entró a un veinticuatro y se fue directo al baño, se lavó la cara y las lágrimas y al salir continuó corriendo hasta que se detuvo frente a un rótulo que la hizo sonreír y al mismo tiempo le dio una señal.

—Inferno.

EN EL PRESENTE

MILLER BAJABA DE SU JET PRIVADO.

Grave ya lo estaba esperando y uno de sus autos también. Varios de sus hombres, incluyendo a Flame lo acompañaban.

—Hijo de perra, se te ve un brillo ¿Tienes un buen culo contigo por ahí?

—Cállate la puta boca, Grave.

Siempre sus encuentros eran así. Grave tenía una manía de cabrear a Miller a propósito, y aunque eso hacía Miller perder sus casillas, estaba dispuesto a recibir una bala por él y el sentimiento era mutuo.

Llegaron a Industrias Preston y Miller estaba ya en su despacho el cual ocupaba pocas veces al mes. No le gustaba recordar nada de su vida pasada. Pero era difícil cada vez que ponía los pies en Australia.

—Y dime—Grave le sirvió un trago y uno para él también—¿Cómo van las cosas en Salis? ¿A cuántas te has follado ya? Digo, porque para que prefieras la mierda de la pintura a los negocios es porque debe ser algo bueno.

Miller lo fulminó con la mirada. Siempre hacía todo ese tipo de comentarios cuando se miraban. Pero ahora era diferente. Más que follar, había hecho suya a la mujer que alguna vez salvaron de las garras de Berlín.

—Te mandaría a tomar por el culo, Grave. Pero esta vez tienes un poco de razón.

Miller se llevó el trago a la boca y se lo tomó de un solo tirón. Arrojó el cristal hacia su escritorio inmaculado y tenía la mirada fija en uno de sus cuadros. Uno de sus favoritos. Lo había pintado hacía ya un año cuando Grave y él estaban en Inferno esa noche.

Grave miró el cuadro familiar. El rostro que había pintado Miller era perfecto, pero él insistía en que debía superarlo. Y cuando pensó que lo había hecho, ella volvió a aparecer nuevamente en su vida.

—¿La has encontrado? —Dejó de tomar su trago para esperar la respuesta de Miller.

—Sí.

—No puedo creer que la hayas estado buscando sin decirme, Miller.

—Ella estaba en mi clase—Siseó recordando cuando la tenía cerca—Ella estaba jodidamente en mi clase. Hizo lo que le dije—Lo miró con ojos de odio—Se convirtió en una artista.

Miller rio para sí mismo.

—No me había reconocido, más bien yo la reconocí primero y ahora estoy jodido.

—Estamos jodidos—Agregó Grave—Ahora todo tiene sentido. Berlín no descansará hasta dar con ella. Ese hijo de puta se maneja aquí en Australia y también en América.

Escuchar su nombre le hervía la sangre. Había prometido protegerla y eso era lo que iba a hacer.

—Lo mataré si llega a dar con ella, eso tenlo por seguro, Grave.

Miller se levantó de su silla y cogió otro trago. Su secretaria tocó levemente la puerta y entró.

—Hola, Raxhel.

La sexy mujer le dedicó una mirada de respeto y le dejó sobre su escritorio sin decir una sola palabra una pequeña pila de papeles. Salió con la misma reverencia y cerró la puerta.

—Ahora—Miller volvió a sentarse—Vamos a los negocios y después nos ponemos al día.

Su amigo se daba cuenta que algo no andaba bien con él. Se le miraba preocupado y al mismo tiempo furioso como si hubiese salido del mismo infierno. Literalmente ya había estado ahí. Pero esta vez era algo diferente.

—De acuerdo.



Dos hombres de traje entraban en uno de los mejores restaurantes de Melbourne. Uno era Miller Preston y el otro su enemigo a muerte.

—Me sorprende verte aquí, Miller ¿Qué tal América?

—Lo mismo digo—Su mirada era inquisidora, como dos armas cargadas listas para disparar. Miller cruzó su pierna sobre la otra y Berlín lo estudiaba con la mirada.

—¿Qué tal las ventas? —Le preguntó Miller—Debe de estarte resultando bien.

—No me quejo. Pero eso nunca te ha interesado. Mis burdeles son mejor que la mercancía nuclear.

Casi se rio. Pero tenerlo tan cerca solamente lo hacía pensar en una cosa. Matarlo ahí mismo.

—¿Tan bien para que me robes, Berlín?

A Berlín se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Te atreves a llamarme ladrón en mi propia cara?

—Tú te atreviste a mentirme primero—Contraatacó—¿Sabes lo que les pasa a los hombres que me roban y además me mienten?

Claramente era una amenaza. Una que solamente uno quedaría vivo al final.

Miller al reconocer el silencio de Berlín, se levantó de su silla, se abrochó el botón de su chaqueta con maestría y caminó lejos de él.

—Tú también me robaste, Miller—Habló detrás de él y Miller se detuvo—Pero pronto iré por ella. No te culpo, yo también me obsesioné con el sabor de su coño.

Apretó sus puños hasta que sintió el escozor de la carne de la palma de sus manos. Sin verlo a los ojos, le declaró la guerra por encima de su hombro cuando dijo:

—No sé de lo que estás hablando.

Un incómodo silencio se hizo entre los dos.

—Estás advertido, Miller.

—Tú también. —Respondió sin mirar atrás.



Mientras Miller le declaraba la guerra a su enemigo. Eva no dejaba de pensar en él y en lo cruel que había sido.

Su primera vez juntos jamás se la había imaginado así, tan fría, tan llena de hambre y lejos de ser la entrega que esperaba.

A pesar de que su cuerpo estaba loco por volver a sentirlo, el pecho le dolía al saber que no podía obtener nada más que eso. El placer.

—¿Estás bien? —Le preguntó Megan. Había vuelto de su viaje esa tarde. En cuanto iba a responder a la pregunta sintió la presencia de alguien detrás de ella.

—Hola—Travis le sonrió con mucha ilusión.

—Hola, Travis, ésta es Megan mi mejor amiga. Megan él es Travis.

El violador. Como lo había llamado su tío.

—Hola Travis.

—Es un placer, Megan ¿Quieren ir a tomar algo? Con el director Preston lejos se siente más aire en los pasillos ¿No creen?

A Megan no le hizo gracia y mucho menos a Eva. El único aire que le hacía falta era el que desprendía el mismo Miller.

Dispusieron ir a por café. Se pusieron al día e intercambiaron viejas anécdotas. Todos parecían pasarla bien, menos Eva, cuyos pensamientos estaban tan lejos que llegaban hasta Melbourne Australia.

—¿Está todo bien? —Le preguntó Travis y rozó un poco su mano, haciéndola retroceder como si su contacto le quemara.

—Eh, sí. Es solamente que estoy un poco distraída.

El móvil de Travis sonó en ese momento y la salvó de seguir mintiendo. Se levantó y atendió un poco lejos de ellas.

—¿Estás así por mi tío? —Megan le susurró por lo bajo, provocando que se ruborizara.

—¿Qué? —Eva tartamudeó—No, pero qué dices. ¿Por qué dices eso?

—Porque a pesar del poco tiempo que llevo conociéndote, no te había visto así hasta que has estado muy cerca de él ¿Hay algo que no me estás contando?

Eva podía decirle con la mirada que sí. Que pasaba de todo y que su tío era el causante de todo su tormento. Pero no sabía si la juzgaría, no eran unas niñas, y conociendo a su tío sabía qué clase de hombre era.

—No si vas a gritarme.

Megan abrió los ojos como platos. Pero se guardó todo para después cuando Travis se acercó a ellas.

—Chicas, me tengo que ir. Es sobre un proyecto. Las veré mañana.

—Adiós, Travis—Dijeron al unísono.

—Oh, no sufran por mí—Hizo gesto con la mano en el pecho y eso las hizo reírse a carcajadas.

En cuanto quedaron solas. Eva le dijo la verdad a Megan. Al menos no toda o sobre los detalles de su pasado. Pero sí se llamase como se llamase lo que había entre Miller y ella.

Megan no la juzgó en ningún momento. De hecho era una historia casi perfecta si lo mirabas desde el punto de vista lejano. Profesor y alumna en un romance lleno de colores era lo que no se miraba todos los días y no en la vida de Megan.

—Esto no es tu culpa, Eva. Pero estoy sorprendida. No sabía que podías fijarte en él. Está claro que todas se mueren por él, pero te advertí sobre su pasado. No quiero que salgas lastimada, ni él. El tío Miller necesita sanar y creo que no lo ha conseguido en años, no quiero que te empeñes en ello. A Eva se le descojonó el corazón. Megan tenía razón. Alguien como Miller y como ella no debían estar juntos.

—A lo mejor es solo sexo, sin amor. No lo espero, es algo que yo tampoco puedo dar.

—¿Te estás escuchando? Tratas de convencerte a ti misma, más que a mí. Voy a matarlo si te lastima.

Eva sonrió.

—¿Y si soy yo quien lo lastima?

Su amiga se encogió de hombros.

—Bastante merecido lo tiene si haces algo como eso es porque te lo hizo primero.

Y de eso no tenía la menor duda que así sería.

11



OBSERVABA SU CABELLO ESA MAÑANA EN EL tocador de mujeres. El tono de sus labios era de un color rosa suave y la ropa que llevaba la hacía lucir bastante atractiva y relajada. Eva Kerr no necesitaba demasiado para lucir bien. Sus pantalones ajustados y aquella blusa que hacía resaltar sus pequeños pechos la hacían sonreírse frente al espejo.

Hasta que Sophia Winter entró.

—Vaya, qué tenemos aquí—Se colocó contra la puerta impidiendo su salida—Pensé que tenías algo especial para que te eligiera. Pero lo que veo no me sorprende.

En cambio Sophia. Era una rubia con implantes, cabello perfectamente planchado y su ropa era siempre la de una modelo de revistas. Tenía los labios gruesos y pintados de un color naranja. Era atractiva pero no de las que te sorprendían, sino de las que intentaban meterse por los ojos de cualquiera. No en los de Miller.

—No sé de lo que estás hablando—Le dijo Eva—Además de que no te conozco ni quisiera hacerlo.

Sophia le dedicó una mirada de advertencia. Si pensaba jugar con ella estaba equivocada. Sabía muy quién era y qué hacía ahí esa noche en Inferno, y ahora todos los sabrían.

—No te hagas la idiota conmigo, mosquita muerta. Sabes muy bien de qué hablo—La señaló con el dedo como enemigo a

muerte—Así que más te vale que no olvides lo que te voy a decir. Vas a hacerte a un lado, sino todos sabrán la clase de zorra que eres.

—¿Qué te hace pensar que me importan tus amenazas? Adelante di todo lo que quieras, es tu palabra contra la mía. Con razón Miller no te presta atención, estás desesperada.

Como una demente. Las lágrimas de Sophia se asomaron. Las limpió bruscamente y salió de ahí como un rayo. En cambio Eva supo que le había declarado la guerra, y ahora un capítulo más se asomaba a su vida. Ni siquiera tenía a Miller para ella y ya había quien quisiera marcar territorio.



Eva se encontraba de nuevo con Travis conversando en los jardines de la escuela y tenían al mejor espectador de todos. Miller. Había regresado de Australia y lo primero que había querido hacer era ver a Eva y saber que estaba bien. No sabía que iba a sentir rabia al verla con Travis. Los celos lo ponían de mal humor y también disimularlo.

Eva se despidió de Travis y caminó hasta la biblioteca sin saber que Miller la iba siguiendo como lobo persiguiendo a su presa. En cuanto divisó que nadie se diera cuenta de lo que hacía, se maldijo a sí mismo por ello.

Estaba obsesionado con ella ahora y más si Berlín seguía buscándola. Estaba seguro de ello, pero ahora no cabía la menor duda, se lo había dicho en su cara. Y ahora la causante la tenía frente a él. Vistiendo como siempre. Como una maldita virgen sexy y provocativa. En sus zapatillas y pantalones ajustados.
Que marcaban perfectamente su pequeño culo y pequeñas curvas.
La blusa que había elegido lo provocaba aún más. Soñaba ahí mismo con romper cada uno de los botones y cogérsela ahí mismo.

Y es lo que iba a hacer.

En cuanto Eva comenzó con su rutina con cada uno de los libreros de la galería, Miller echó a caminar hacia donde ella. Cuando Eva sintió su presencia se detuvo y sin voltearse lo esperó. Ya estaba excitaba con saber que él estaba detrás de ella. Soltó los libros que tenía en las manos y Miller pegó de inmediato su pecho contra su espalda.

Al sentir el aroma familiar cerró sus ojos.

—Eres mía—susurró en su cuello y Eva le dio más acceso a él. Miller buscó su bragueta y bajó sus pantalones hasta un nivel perfecto para meter su mano dentro de su sexo.

—Como me gusta—Ronroneó al darse cuenta de lo empapada que estaba. Sin pensarlo tanto se sacó el pene ya erecto y lo guio hasta su hendidura. Eva se preparó física y mentalmente para lo que venía. No pensaba en nada, más que en sentirlo. Se odiaba a sí misma por dejar que pasara de nuevo. La última conversación no había sido la mejor como para que se lo mereciera, pero valía la pena volver a sentirlo. Saber que ella lo volvía loco y el sentimiento era mutuo.

—Miller…

—Shhh—Llevó su mano hasta uno de sus pechos y se metió dentro de ella. Eva se sostuvo de la orilla del librero y se agachó más para sentirlo de raíz.

—Joder, eres perfecta—Entraba y salía—A la medida, Eva. A la medida.

Eva no lo soportó y se dio la vuelta, resintiendo su sexo con el abandono. Le miró a la cara y miró lo que no había visto antes. Algo más que deseo, miró miedo en sus ojos y también pasión.

Le tocó la cara y Miller con el simple tacto cerró sus ojos. Su mano recorrió el pene de él y lo introdujo esta vez. Levantando sus piernas y colocándolas alrededor de sus caderas mientras se apoyaba en los libros.

—Te he echado de menos—Le dijo Miller aun con los ojos cerrados.

—Mírame—Exigió Eva y él se puso más duro que nunca al escuchar esa petición. Ninguna mujer le había dado órdenes de ese

tipo nunca. Pero al escucharlo de ella sintió el placer de obedecerle como si la vida dependiera de ello.

Comenzó a follarla duro hasta que Eva comenzó a gemir. Le puso la mano en la boca y ahogó sus gemidos en ella. La escena más caliente de todas ante sus vistas provocaron fuegos artificiales y sacudidas de pecho.

Cuando Eva no lo soportó más no tuvo más remedio que darle lo que más le gustaba.

—Córrete para mí, mi ángel.

Eva hizo lo que le pidió no sin antes pedirle lo mismo.

—Dámelo también, Miller. Por favor.

La abrazó tan fuerte que sus orgasmos se volvieron uno mismo. Llenándose cada uno de su aliento. Besándose como si fuese el último día de sus vidas y nunca se sintieron tan bien estando en el mismo infierno.

Continuará…



ARTE & VENGANZA

El lado inesperado de la obsesión
y la venganza...

Kris Buendia

Eva no sabía que tenía que pagar un precio tan caro cuando se enamoró de Miller. Y Miller no sabía que tenía que ajustar cuentas cuando su peor enemigo regresara a acecharlos. Ahora tendría que trazar el plan perfecto para mantener a Eva a salvo, aunque eso le cueste su relación con Eva y hasta su propia vida.

Desenlace de la bilogía Arte y Placer.
El lado oscuro del amor y la venganza.

1



NO HABÍA DICHO NINGUNA PALABRA.

Tampoco la había buscado. Después de que hicieron el amor en la biblioteca y que él se fuera sin decir una sola palabra. Eva entendió que no había marcha atrás.

Era el fin.

En cambio Miller no dejaba se pensar en lo que Berlín le había dicho. No iba a descansar hasta recuperarla. Y Eva nunca estaría a salvo si Berlín continuaba con vida.

No sabía si entrar al lugar. Pero de algo estaba seguro. Nadie la follaba, le decía que la extrañaba y se iba sin decir nada más. Así que Eva lo buscó en inferno esa noche. Había pasado una semana en la que ni siquiera le podía ver a la cara.

Una semana donde no le miraba ir por los pasillos sin preguntarse si él estaba pensando en ella como ella en él. Los pensamientos tenían que acabar. Se lo preguntaría ahí mismo donde todo comenzó, si todo iba a terminar, sería bajo sus condiciones, el dónde y el cómo.

—¿Qué hace aquí, señorita? —Preguntó Flame, sacándole un buen susto.

Sabía que si Miller estaba ahí, estaba observándola por las cámaras.

—¿Acaso no soy bienvenida? —Masculló con orgullo—Es un lugar para todos.

—Me temo que no, Eva. Si Miller la ve la sacará.

Sabía que si Flame estaba ahí era porque Miller también. Además ¿En qué otro lugar estaría? Pensar que estaba con otra mujer la llenaba de celos y le dolía el alma.

—Sólo contéstame algo, Flame y me iré.

—No prometo nada.

Se mordió el labio inferior y miró una de las cámaras antes de ver a Flame.

—¿Miller ha estado con alguna mujer en estos días aquí?

Flame dudó por un segundo en responder. Pero sabía que si daba la respuesta incorrecta sería el fin de su trabajo y su vida. Además Eva le caía bien y le gustaba la forma en la que Miller hablaba de ella y se comportaba como un completo idiota obsesionado.

Algo que no se miraba en mucho tiempo.

—No.

Fue lo único que dijo y Eva se sintió aliviada. Al mismo tiempo en que corrió hacia el despacho de Miller y Flame ya no la pudo detener y más si ya se encontraba frente al despacho de Miller.

—Joder—Dijo Flame—Si entra ahí me matará. Me dijo que no la dejara pasar.

—Ha visto que he corrido hasta acá y has hecho bien en seguirme, sé que pudiste detenerme. Pero será nuestro secreto.

Flame levantó la comisura de su labio y desapareció por los pasillos para cuidar la entrada y alrededores.

Eva puso una mano en el pomo de la puerta y abrió la puerta sin saber lo que encontraría del otro lado. Ya podía sentir cómo la piel de la nuca se le erizaba y su sexo comenzaba a palpitar como señal de alerta de deseo y peligro.

En cuanto tomó el valor y abrió la puerta, se detuvo al instante. Miller estaba de pie. Apoyado en su escritorio con las manos en los bolsillos, como si la esperara. Llevaba un traje perfecto, oscuro de tres piezas y el cabello perfectamente peinado.

Lo tenía un poco corto y su barba era exquisita. Su mirada estaba inyectada de recelo y eso también era mutuo.

La miró de pies a cabeza. Eva llevaba un vestido blanco ceñido y una chaqueta de cuero. Se había arreglado lo suficiente para él, arreglando su cabello largo y no llevaba maquillaje. Más sí los labios pintados de un color carne lo suficiente para ser tentados.

Miller la siguió recorriendo con la mirada hasta que regresó a su rostro. Y Eva cerró la puerta detrás de ella.

—No vengo por sexo—Le advirtió.

A Miller no le hizo gracia.

—Entonces no estarías usando ese vestido, Eva. Llevas la palabra fóllame en todo él.

«Idiota»

—Es un club—Se defendió—Además. Me gusta vestirme así, creo que de ahora
en adelante iré así al Salis ¿Tú qué crees?

Aquello ya no le hacía tanta gracia porque le creía.

—No tientes tu suerte, Eva Kerr. No me provoques.

—¿Celoso? —Caminó lentamente hacia él—Pensé que estabas decepcionado de mí.

—¿De qué mierda hablas?

—Tú, en la biblioteca, me follaste y te fuiste. Pensé que te había decepcionado.

Él la aniquiló con la mirada. Pero entre más se acercaba a él más se iba apagando
el fuego de sus ojos.

—Alguien pudo habernos visto o escuchado—Le explicó admirándola mientras se acercaba lentamente—Tú nunca me decepcionas, te prohíbo que vuelvas a decir algo eso. ¿Has entendido?

Eva asintió.

—¿Y qué explicación tienes para los siguientes siete días? También tenías miedo de que alguien nos mirara.

Se detuvo frente a él.

—Eva…

—Ahora estamos aquí, solos…¿También tienes miedo de que nos miren?

Miller gruñó y la tomó como suya, porque lo era. Y la pegó a él. Colocando sus manos en su cintura y tomándola del cuello para besarle la boca. Una semana. Una maldita semana sin sentirla. Sin que lo provocara. Era un record.

—Miller, dije que no venía a tener sexo contigo—Se apartó pero Miller la tenía prisionera entre sus brazos.

—Y te dije que no iba a funcionar—Le habló con voz ronca —Ahora te pondrás de rodillas y me la chuparás. Después haré que te corras acostada en mi escritorio.

Como buena obediente se colocó de rodillas y le dio rienda suelta a su placer y su entrega nuevamente por el dios del peligro.



—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Eva seguía en su escritorio, tumbada y sin ropa.

—Es pasado, Eva. No tiene caso hablar de eso.

—¿Tú me salvaste ese día? —Recordó sus palabras y el momento en que nunca había estado tan asustada. Era el hombre más guapo que había visto nunca y el último que miró esa noche.

—Lo intenté, pero tú… te quisiste salvar de una manera diferente. Te llevé al hospital. Me aseguré de Berlín por un momento y después cuando regresé tú no recordabas nada.

Le dolía. Podía sentir en sus palabras que le dolía que ella lo hubiese olvidado.

—¿Me buscaste? —Le preguntó.

—Lo intenté—Dijo él.

—Intentar no significa nada, Miller.

Se bajó del escritorio y buscó su ropa para vestirse, en cuanto hubo ocultado su desnudez volvió a ser la misma Eva Kerr de siempre. Tímida con ropa provocativa.

—Tú no me recordabas, Eva. Yo decidí que era lo mejor para los dos.

—Querrás decir para ti. Si tú me hubieses ayudado a recordar, todo hubiese sido diferente. Quizá tú y yo estuvieras juntos de otra manera.

—Lo estamos ahora, Eva. Estamos juntos. Pero al mismo tiempo no podemos. Te protegeré de todas maneras pero será bajo mis términos.

Se sintió ofendida. De nuevo estaba actuando como un imbécil.

—Me follas, huyes, me follas, huyes, no somos nada, me vuelves a follar y de nuevo valgo una mierda para ti. ¿Es a eso que quieres jugar?

En grandes zancadas llegó hasta ella. La tomó del cuello fuertemente que Eva comenzó a llorar por la falta de aire. Cuando estaba a punto de desmayarse por la presión que hacía en su cuello. La soltó. Comenzó a toser y el alma volvió al cuerpo de Miller.

—¡Joder, Eva! —Le gritó—No me provoques, joder. No me provoques. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué te haga daño? ¿Qué sea un hijo de puta contigo?

Miller podía ser todo eso, pero no con ella. Cuando quería ser un hijo de puta tirano perdía en el intento. Y cuando quería someterla también. A ella le gustaba cuando era rudo. Nunca la lastimaba y hacerla perder el conocimiento de esa forma era como una caricia para ella, comparada con las patadas y golpes que recibía de los clientes de Berlín, Miller no era nada de eso. Y ella lo sabía. No era brusco con ella, aunque quisiera y cuando lo era, lo era mientras le hacía el amor y así como ella dejaba la marca de sus dientes en él, él dejaba una huella imborrable en su corazón que no se quitaba aunque quisiera.

—No me harías daño. —Le habló ahogada mientras tocaba su cuello—Tú nunca me harías daño aunque quisieras. No me lastimarías, no eres como esos hombres, no eres como él.

—¡Cállate! No sabes nada, no sabes una mierda, Eva. Puedo entrar a tu apartamento, violarte y golpearte hasta que pierdas el conocimiento y hacerte despertar otra vez mientras te sigo violando. No sabes el infierno que puedo desatar, no sabes el tipo de hombre que soy.

Le rompía el alma que hablara de él de esa manera. Miller no violaría a nadie aunque se lo pidieran con ese físico que tenía. Era incapaz de lastimarla y si lo que quería era asustarla, perdía su tiempo.

—Yo te quiero—Le dijo con lágrimas en los ojos—Te he querido desde esa noche. Desde que te acercaste a mí y pensabas que estaba perdida. Lo estaba. Pero conocerte me hizo feliz por un segundo. No tengo justificación para lo que hice… pero lo hice por ti.

Miller estaba descompuesto. Tenía los ojos inyectados de odio ante sus palabras. No se merecía ninguna de ellas. No se las bebería aunque su vida dependiera de ello. Si la dejaba entrar estaba perdido.

Pero ya lo estaba.

—¿Qué?

—Mi intento de suicidio no era para olvidar o huir—Las primeras lágrimas cayeron—Lo hice para salvarte. Porque si yo moría Berlín no te buscaría ni te culparía. Era para salvarte. Si vivía estarías perdido, no tenías intención de dejarme ir, ni yo a ti. Nunca quise dejarte, Miller.

—No sigas, Eva… por favor…

—Si él regresara lo mataría y si no puedo yo…

—Cállate.la.puta.boca—Tenía la mirada perdida. Escucharla que había querido dar su vida por él, sin que se lo mereciera le estaba rompiendo lo poco que le quedaba de alma.

Tomó su chaqueta que aún estaba en suelo y sin mirarlo se fue. No esperó a que él la siguiera. Sabía que no lo haría. Pero al menos le dijo la verdad.

Lo quería y ahora debía olvidarlo.

ARTE & VENGANZA

El lado inesperado de la obsesión
y la venganza...

Kris Buendia

Eva no sabía que tenía que pagar un precio tan caro cuando se enamoró de Miller. Y Miller no sabía que tenía que ajustar cuentas cuando su peor enemigo regresara a acecharlos. Ahora tendría que trazar el plan perfecto para mantener a Eva a salvo, aunque eso le cueste su relación con Eva y hasta su propia vida.

Desenlace de la bilogía Arte y Placer.
El lado oscuro del amor y la venganza.

PERO ANTES EN ARTE Y PLACER



En el presente

MILLER BAJABA DE SU JET PRIVADO.

Grave ya lo estaba esperando y uno de sus autos también. Varios de sus hombres, incluyendo a Flame lo acompañaban.

—Hijo de perra, se te ve un brillo ¿Tienes un buen culo contigo por ahí?

—Cállate la puta boca, Grave.

Siempre sus encuentros eran así. Grave tenía una manía de cabrear a Miller a propósito, y aunque eso hacía Miller perder sus casillas, estaba dispuesto a recibir una bala por él y el sentimiento era mutuo.

Llegaron a Industrias Preston y Miller estaba ya en su despacho el cual ocupaba pocas veces al mes. No le gustaba recordar nada de su vida pasada. Pero era difícil cada vez que ponía los pies en Australia.

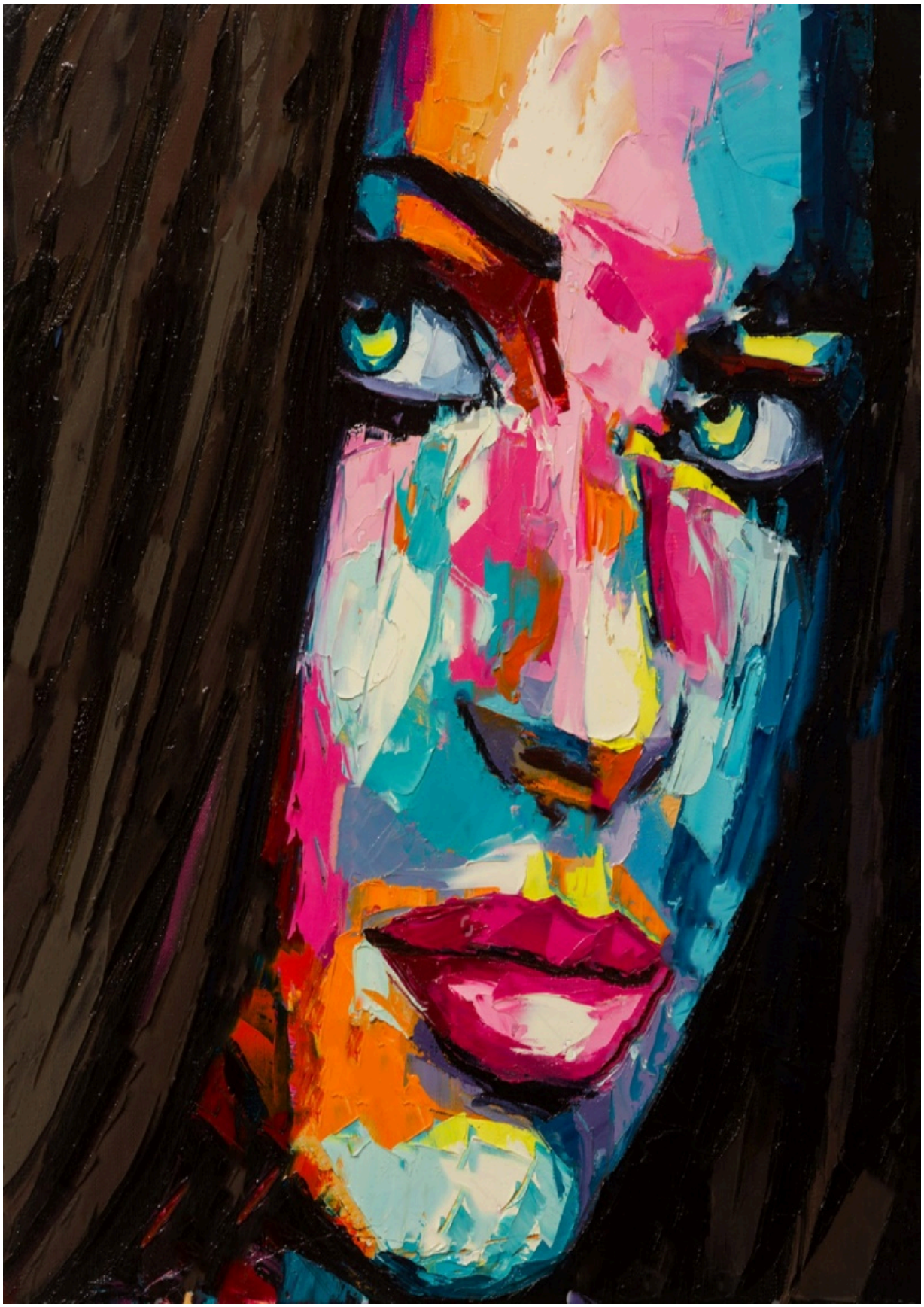
—Y dime—Grave le sirvió un trago y uno para él también—¿Cómo van las cosas en Salis? ¿A cuántas te has follado ya? Digo, porque para que prefieras la mierda de la pintura a los negocios es porque debe ser algo bueno.

Miller lo fulminó con la mirada. Siempre hacía todo ese tipo de comentarios cuando se miraban. Pero ahora era diferente. Más que follar, había hecho suya a la mujer que alguna vez salvaron de las garras de Berlín.

—Te mandaría a tomar por el culo, Grave. Pero esta vez tienes un poco de razón.

Miller se llevó el trago a la boca y se lo tomó de un solo tirón. Arrojó el cristal hacia su escritorio inmaculado y tenía la mirada fija en uno de sus cuadros. Uno de sus favoritos. Lo había pintado hacía ya un año cuando Grave y él estaban en Inferno esa noche.

Grave miró el cuadro familiar. El rostro que había pintado Miller era perfecto, pero él insistía en que debía superarlo. Y cuando pensó que lo había hecho, ella volvió a aparecer nuevamente en su vida.



—¿La has encontrado? —Dejó de tomar su trago para esperar la respuesta de Miller.

—Sí.

—No puedo creer que la hayas estado buscando sin decirme, Miller.

—Ella estaba en mi clase—Siseó recordando cuando la tenía cerca—Ella estaba jodidamente en mi clase. Hizo lo que le dije—Lo miró con ojos de odio—Se convirtió en una artista.

Miller rio para sí mismo.

—No me había reconocido, de ello yo la reconocí primero y ahora estoy jodido.

—Estamos jodidos—Agregó Grave—Ahora todo tiene sentido. Berlín no descansará hasta dar con ella. Ese hijo de puta se maneja aquí en Australia y también en América.

Escuchar su nombre le hervía la sangre. Había prometido protegerla y eso era lo que iba a hacer.

—Lo mataré si llega a dar con ella, eso tenlo por seguro, Grave.

Miller se levantó de su silla y cogió otro trago. Su secretaria tocó levemente la puerta y entró.

—Hola, Raxhel.

La sexy mujer le dedicó una mirada de respeto y le dejó sobre su escritorio sin decir una sola palabra una pequeña pila de papeles. Salió con la misma reverencia y cerró la puerta.

—Ahora—Miller volvió a sentarse—Vamos a los negocios y después nos ponemos al día.

Su amigo se daba cuenta que algo no andaba bien con él. Se le miraba preocupado y al mismo tiempo furioso como si hubiese salido del mismo infierno. Literalmente ya había estado ahí. Pero esta vez era algo diferente.

—De acuerdo.



Dos hombres de traje entraban en uno de los mejores restaurantes de Melbourne. Uno era Miller Preston y el otro su enemigo a muerte.

—Me sorprende verte aquí, Miller ¿Qué tal América?

—Lo mismo digo—Su mirada era inquisidora, como dos armas cargadas listas para disparar. Miller cruzó su pierna sobre la otra y Berlín lo estudiaba con la mirada.

—¿Qué tal las ventas? —Le preguntó Miller—Debe de estarte resultando bien.

—No me quejo. Pero eso nunca te ha interesado. Mis burdeles son mejor que la mercancía nuclear.

Casi se rio. Pero tenerlo tan cerca solamente lo hacía pensar en una cosa. Matarlo ahí mismo.

—¿Tan bien para que me robes, Berlín?

A Berlín se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Te atreves a llamarme ladrón en mi propia cara?

—Tú te atreviste a mentirme primero—Contraatacó—¿Sabes lo que les pasa a los hombres que me roban y además me mienten?

Claramente era una amenaza. Una que solamente uno quedaría vivo al final.

Miller al reconocer el silencio de Berlín, se levantó de su silla, se abrochó el botón de su chaqueta con maestría y caminó lejos de él.

—Tú también me robaste, Miller—Habló detrás de él y Miller se detuvo—Pero pronto iré por ella. No te culpo, yo también me obsesioné con el sabor de su coño.

Apretó sus puños hasta que sintió el escozor de la carne de la palma de sus manos. Sin verlo a los ojos, le declaró la guerra por encima de su hombro cuando dijo:

—No sé de lo que estás hablando.

Un incómodo silencio se hizo entre los dos.

—Estás advertido, Miller.

—Tú también. —Respondió sin mirar atrás.



Mientras Miller le declaraba la guerra a su enemigo. Eva no dejaba de pensar en él y en lo cruel que había sido.

Su primera vez juntos jamás se la había imaginado así, tan fría, tan llena de hambre y lejos de ser la entrega que esperaba. A pesar de que su cuerpo estaba loco por volver a sentirlo, el pecho le dolía al saber que no podía obtener nada más que eso. El placer.

—¿Estás bien? —Le preguntó Megan. Había vuelto de su viaje esa tarde. En cuanto iba a responder a la pregunta sintió la presencia de alguien detrás de ella.

—Hola—Travis le sonrió con mucha ilusión.

—Hola, Travis, ésta es Megan mi mejor amiga. Megan él es Travis.

El violador. Como lo había llamado su tío.

—Hola Travis.

—Es un placer, Megan ¿Quieren ir a tomar algo? Con el director Preston lejos se siente más aire en los pasillos ¿No creen?

A Megan no le hizo gracia y mucho menos a Eva. Que el aire que le hacía falta era el que desprendía el mismo Miller.

Dispusieron ir a por café. Se pusieron al día e intercambiaron viejas anécdotas. Todos parecían pasarla bien, menos Eva, cuyos pensamientos estaban tan lejos que llegaban hasta Melbourne Australia.

—¿Está todo bien? —Le preguntó Travis y rozó un poco su mano, haciéndola retroceder como si su contacto le quemara.

—Eh, sí. Es solamente que estoy un poco distraída.

El móvil de Travis sonó en ese momento y la salvó de seguir mintiendo. Se levantó y atendió un poco lejos de ellas.

—¿Estás así por mi tío? —Megan le susurró por lo bajo, provocando que se ruborizara.

—¿Qué? —Eva tartamudeó—No, pero qué dices. ¿Por qué dices eso?

—Porque a pesar del poco tiempo que llevo conociéndote, no te había visto así hasta que has estado muy cerca de él ¿Hay algo que no me estás contando?

Eva podía decirle con la mirada que sí. Que pasaba de todo y que su tío era el causante de todo su tormento. Pero no sabía si la juzgaría, no eran unas niñas, y conociendo a su tío sabía qué clase de hombre era.

—No si vas a gritarme.

Megan abrió los ojos como platos. Pero se guardó todo para después cuando Travis se acercó a ellas.

—Chicas, me tengo que ir. Es sobre un proyecto. Las veré mañana.

—Adiós Travis—Dijeron al unísono.

—Oh, no sufran por mí—Hizo gesto con la mano en el pecho y eso las hizo reírse a carcajadas.

En cuanto quedaron solas. Eva le dijo la verdad a Megan. Al menos no toda o sobre los detalles de su pasado. Pero sí se llamase como se llamase lo que había entre Miller y ella.

Megan no la juzgó en ningún momento. De hecho era una historia casi perfecta si lo mirabas desde el punto de vista lejano. Profesor y alumna en un romance lleno de colores era lo que no se miraba todos los días y no en la vida de Megan.

—Esto no es tu culpa, Eva. Pero estoy sorprendida. No sabía que podías fijarte en él. Está claro que todas se mueren por él, pero te advertí sobre su pasado. No quiero que salgas lastimada, ni él. El tío Miller necesita sanar y creo que no lo ha conseguido en años, no quiero que te empeñes en ello.

A Eva se le descojonó el corazón. Megan tenía razón. Alguien como Miller y como ella no debían estar juntos.

—A lo mejor es solo sexo, sin amor. No lo espero, es algo que yo tampoco puedo dar.

—¿Te estás escuchando? Tratas de convencerte a ti misma, más que a mí. Voy a matarlo si te lastima.

Eva sonrió.

—¿Y si soy yo quien lo lastima?

Su amiga se encogió de hombros.

—Bastante merecido lo tiene si haces algo como eso es porque te lo hizo primero.

Y de eso no tenía la menor duda que así sería.

CAPÍTULO FINAL DE
Arte y Placer



OBSERVABA SU CABELLO ESA MAÑANA EN EL tocador de mujeres. El tono de sus labios era de un color rosa suave y la ropa que llevaba la hacía lucir bastante atractiva y relajada. Eva Kerr no necesitaba demasiado para lucir bien. Sus pantalones ajustados y aquella blusa que hacía resaltar sus pequeños pechos la hacían sonreírse frente al espejo.

Hasta que Sophia Winter entró.

—Vaya, qué tenemos aquí—Se colocó contra la puerta impidiendo su salida—Pensé que tenías algo especial para que te eligiera. Pero lo que veo no me sorprende.

En cambio Sophia. Era una rubia con implantes, cabello perfectamente planchado y su ropa era siempre la de una modelo de revistas. Tenía los labios gruesos y pintados de un color naranja. Era atractiva pero no de las que te sorprendían, sino de las que intentaban meterse por los ojos de cualquiera. No en los de Miller.

—No sé de lo que estás hablando—Le dijo Eva—Además de que no te conozco ni quisiera hacerlo.

Sophia le dedicó una mirada de advertencia. Si pensaba jugar con ella estaba equivocada. Sabía muy quién era y qué hacía ahí esa noche en Inferno, y ahora todos los sabrían.

—No te hagas la idiota conmigo, mosquita muerta. Sabes muy bien de qué hablo—La señaló con el dedo como enemigo a muerte—Así que más te vale que no olvides lo que te voy a decir. Vas a hacerte a un lado, sino todos sabrán la clase de zorra que eres.

—¿Qué te hace pensar que me importan tus amenazas? Adelante di todo lo que quiera, es tu palabra contra la mía. Con razón Miller no te presta atención, estás desesperada.

Como una demente. Las lágrimas de Sophia se asomaron. Las limpió bruscamente y salió de ahí como un rayo. En cambio Eva supo que le había declarado la guerra, y ahora un capítulo más se asomaba a su vida. Ni siquiera tenía a Miller para ella y ya había quien quisiera marcar territorio.



Eva se encontraba de nuevo con Travis conversando en los jardines de la escuela y tenían al mejor espectador de todos. Miller. Había regresado de Australia y lo primero que había querido hacer era ver a Eva y saber que estaba bien. No sabía que iba a sentir rabia al verla con Travis. Los celos lo ponían de mal humor y también disimularlo.

Eva se despidió de Travis y caminó hasta la biblioteca sin saber que Miller la iba siguiendo como lobo persiguiendo a su presa. En cuanto divisó que nadie se diera cuenta de lo que hacía, se maldijo a sí mismo por ello. Estaba obsesionado con ella ahora y más si Berlín seguía buscándola. Estaba seguro de ello, pero ahora no cabía la menor duda, se lo había dicho en su cara. Y ahora la causante la tenía frente a él. Vistiendo como siempre. Como una maldita virgen sexy y provocativa. En sus zapatillas y pantalones ajustados. Que marcaban perfectamente su pequeño culo y pequeñas curvas. La blusa que había elegido lo provocaba aún más.

Soñaba ahí mismo con romper cada uno de los botones y cogérsela ahí mismo.

Y es lo que iba a hacer.

En cuanto Eva comenzó con su rutina con cada uno de los libreros de la galería, Miller echó a caminar hacia donde ella. Cuando Eva sintió su presencia se detuvo y sin voltearse lo esperó. Ya estaba excitaba con saber que él estaba detrás de ella. Soltó los libros que tenía en las manos y Miller pegó de inmediato su pecho contra su espalda.

Al sentir el aroma familiar cerró sus ojos.

—Eres mía—susurró en su cuello y Eva le dio más acceso a él. Miller buscó la su bragueta y bajó sus pantalones hasta un nivel perfecto para meter su mano dentro de su sexo.

—Como me gusta—Ronroneó al darse cuenta de lo empapada que estaba. Sin pensarlo tanto se sacó el pene ya erecto y lo guio hasta su hendidura. Eva se preparó física y mentalmente para lo que venía. No pensaba en nada, más que en sentirlo. Se odiaba a sí misma por dejar que pasara de nuevo. La última conversación no había sido la mejor como para que se lo mereciera, pero valía la pena volver a sentirlo. Saber que ella lo volvía loco y el sentimiento era mutuo.

—Miller…

—Shhh—Llevó su mano hasta uno de sus pechos y se metió dentro de ella. Eva se sostuvo de la orilla del librero y se agachó más para sentirlo de raíz.

—Joder, eres perfecta—Entraba y salía—A la medida, Eva. A la medida.

Eva no lo soportó y se dio la vuelta, resintiendo su sexo con el abandono. Le miró a la cara y miró lo que no había visto antes. Algo más que deseo, miró miedo en sus ojos y también pasión.

Le tocó la cara y Miller con el simple tacto cerró sus ojos. Su mano recorrió el pene de él y lo introdujo esta vez. Levantando sus piernas y colocándolas alrededor de sus caderas mientras se apoyaba en los libros.

—Te he echado de menos—Le dijo Miller aun con los ojos cerrados.

—Mírame—Exigió Eva y él se puso más duro que nunca al escuchar esa petición. Ni ninguna mujer le había dado órdenes de ese tipo nunca. Pero al escucharlo de ella sintió el placer de obedecerle como si la vida dependiera de ello.

Comenzó a follarla duro hasta que Eva comenzó a gemir. Le puso la mano en la boca y ahogó sus gemidos en ella. La escena más caliente de todas ante sus vistas provocaron fuegos artificiales y sacudidas de pecho.

Cuando Eva no lo soportó más no tuvo más remedio que darle lo que más le gustaba.

—Córrete para mí, mi ángel.

Eva hizo lo que le pidió no sin antes pedirle lo mismo.

—Dámelo también, Miller. Por favor.

La abrazó tan fuerte que sus orgasmos se volvieron uno mismo. Llenándose cada uno de su aliento. Besándose como si fuese el último día de sus vidas y nunca se sintieron tan bien estando en el mismo infierno.

1



No había dicho ninguna palabra.

Tampoco la había buscado. Después de que hicieron el amor en la
Biblioteca y que él se fuera sin decir una sola palabra. Eva entendió que no había marcha atrás.

Era el fin.

En cambio Miller no dejaba se pensar en lo que Berlín le había dicho. No iba a descansar hasta recuperarla. Y Eva nunca estaría a salvo si Berlín continuaba con vida.

No sabía si entrar al lugar. Pero de algo estaba segura. Nadie la follaba, le decía que la extrañaba y se iba sin decir nada más. Así que Eva lo buscó en inferno esa noche. Había pasado una semana en la que ni siquiera le podía ver a la cara.

Una semana donde no le miraba ir por los pasillos sin preguntarse si él estaba pensando en ella como ella en él. Los pensamientos tenían que acabar. Se lo preguntaría ahí mismo donde todo comenzó, si todo iba a terminar, sería bajo sus condiciones, el dónde y el cómo.

—¿Qué hace aquí, señorita? —Preguntó Flame, sacándole un buen susto.

Sabía que si Miller estaba ahí, estaba observándola por las cámaras.

—¿Acaso no soy bienvenida? —Masculló con orgullo—Es un lugar para todos.

—Me temo que no, Eva. Si Miller la ve la sacará.

Sabía que si Flame estaba ahí era porque Miller también. Además ¿En qué otro lugar estaría? Pensar que estaba con otra mujer la llenaba de celos y le dolía el alma.

—Sólo contéstame algo, Flame y me iré.

—No prometo nada.

Se mordió el labio inferior y miró una de las cámaras antes de ver a Flame.

—¿Miller ha estado con alguna mujer en estos días aquí?

Flame dudó por un segundo en responder. Pero sabía que si daba la respuesta incorrecta sería el fin de su trabajo y su vida. Además Eva le caía bien y le gustaba la forma en la que Miller hablaba de ella y se comportaba como un completo idiota obsesionado.

Algo que no se miraba en mucho tiempo.

—No.

Fue lo único que dijo y Eva se sintió aliviada. Al mismo tiempo en que corrió hacia el despacho de Miller y Flame ya no la pudo detener y más si ya se encontraba frente al despacho de Miller.

—Joder—Dijo Flame—Si entra ahí me matará. Me dijo que no la dejara pasar.

—Ha visto que he corrido hasta acá y has hecho bien en seguirme, sé que pudiste detenerme. Pero será nuestro secreto.

Flame levantó la comisura de su labio y desapareció por los pasillos para cuidar la entrada y alrededores.

Eva puso una mano en el pomo de la puerta y abrió la puerta sin saber lo que encontraría del otro lado. Ya podía sentir cómo la piel de la nuca se le erizaba y su sexo comenzaba a palpitar como señal de alerta de deseo y peligro.

En cuanto tomó el valor y abrió la puerta, se detuvo al instante. Miller estaba de pie. Apoyado en su escritorio con las manos en los bolsillos, como si la esperara. Llevaba un traje perfecto, oscuro de tres piezas y el cabello perfectamente peinado.

Lo tenía un poco corto y su barba era exquisita. Su mirada estaba inyectada de recelo y eso también era mutuo.

La miró de pies a cabeza. Eva llevaba un vestido blanco ceñido y una chaqueta de cuero. Se había arreglado lo suficiente para él, arreglando su cabello largo y castaño y no llevaba maquillaje. Más sí los labios pintados de un color carne lo suficiente para ser tentados.

Miller la siguió recorriendo con la mirada hasta que regresó a su rostro. Y Eva cerró la puerta detrás de ella.

—No vengo por sexo—Le advirtió.

A Miller no le hizo gracia.

—Entonces no estarías usando ese vestido, Eva. Llevas la palabra fóllame en todo él.

«Idiota»

—Es un club—Se defendió—Además. Me gusta vestirme así, creo que de ahora en adelante iré así al Salis ¿Tú qué crees?

Aquello ya no le hacía tanta gracia porque le creía.

—No tientes tu suerte, Eva Kerr. No me provoques.

—¿Celoso? —Caminó lentamente hacia él—Pensé que estabas decepcionado de mí.

—¿De qué mierda hablas?

—Tú, en la biblioteca, me follaste y te fuiste. Pensé que te había decepcionado.

Él la aniquiló con la mirada. Pero entre más se acercaba a él más se iba apagando el fuego de sus ojos.

—Alguien pudo habernos visto o escuchado—Le explicó admirándola mientras se acercaba lentamente—Tú nunca me decepcionas, te prohíbo que vuelvas a decir algo así. ¿Has entendido?

Eva asintió.

—¿Y qué explicación tienes para los siguientes siete días? También tenías miedo de que alguien nos mirara.

Se detuvo frente a él.

—Eva…

—Ahora estamos aquí, solos…¿También tienes miedo de que nos miren?

Miller gruñó y la tomó como suya, porque lo era. Y la pegó a él. Colocando sus manos en su cintura y tomándola del cuello para besarle la boca. Una semana. Una maldita semana sin sentirla. Sin que lo provocara. Era un record.

—Miller, dije que no venía a tener sexo contigo—Se apartó pero Miller la tenía prisionera entre sus brazos.

—Y te dije que no iba a funcionar—Le habló con voz ronca —Ahora te pondrás de rodillas y me la chuparás. Después haré que te corras acostada en mi escritorio.

Como buena obediente se colocó de rodillas y le dio rienda suelta a su placer y su entrega nuevamente por el dios del peligro.



—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Eva seguía en su escritorio, tumbada y sin ropa.

—Es pasado, Eva. No tiene caso hablar de eso.

—¿Tú me salvaste ese día? —Recordó sus palabras y el momento en que nunca había estado tan asustada. Era el hombre más guapo que había visto nunca y el último que miró esa noche.

—Lo intenté, pero tú… te quisiste salvar de una manera diferente. Te llevé al hospital. Me aseguré de Berlín por un momento y después cuando regresé tú no recordabas nada.

Le dolía. Podía sentir en sus palabras que le dolía que ella lo hubiese olvidado.

—¿Me buscaste? —Le preguntó.

—Lo intenté—Dijo él.

—Intentar no significa nada, Miller.

Se bajó del escritorio y buscó su ropa para vestirse, en cuanto hubo ocultado su desnudez volvió a ser la misma Eva Kerr de siempre. Tímida con ropa provocativa.

—Tú no me recordabas, Eva. Yo decidí que era lo mejor para los dos.

—Querrás decir para ti. Si tú me hubieses ayudado a recordar, todo hubiese sido diferente. Quizá tú y yo estuvieras juntos de otra manera.

—Lo estamos ahora, Eva. Estamos juntos. Pero al mismo tiempo no podemos. Te protegeré de todas maneras pero será bajo mis términos.

Se sintió ofendida. De nuevo estaba actuando como un imbécil.

—Me follas, huyes, me follas, huyes, no somos nada, me vuelves a follar y de nuevo valgo una mierda para ti. ¿Es a eso que quieres jugar?

En grandes zancadas llegó hasta ella. La tomó del cuello fuertemente que Eva comenzó a llorar por la falta de aire. Cuando estaba a punto de desmayarse por la presión que hacía en su cuello. La soltó. Comenzó a toser y el alma volvió al cuerpo de Miller.

—¡Joder, Eva! —Le gritó—No me provoques, joder. No me provoques. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué te haga daño? ¿Qué sea un hijo de puta contigo?

Miller podía ser todo eso, pero no con ella. Cuando quería ser un hijo de puta tirano perdía en el intento. Y cuando quería someterla también. A ella le gustaba cuando era rudo. Nunca la lastimaba y hacerla perder el conocimiento de esa forma era como una caricia para ella, comparada con las patadas y golpes que recibía de los clientes de Berlín, Miller no era nada de eso. Y ella lo sabía. No era brusco con ella, aunque quisiera y cuando lo era, lo era mientras le hacía el amor y así como ella dejaba la marca de sus dientes en él, él dejaba una huella imborrable en su corazón que no se quitaba aunque quisiera.

—No me harías daño. —Le habló ahogada mientras tocaba su cuello—Tú nunca me harías daño aunque quisieras. No me lastimarías, no eres como esos hombres, no eres como él.

—¡Cállate! No sabes nada, no sabes una mierda, Eva. Puedo entrar a tu apartamento, violarte y golpearte hasta que pierdas el conocimiento y hacerte despertar otra vez mientras te sigo violando. No sabes el infierno que puedo desatar, no sabes el tipo de hombre que soy.

Le rompía el alma que hablara de él de esa manera. Miller no violaría a nadie aunque se lo pidieran con ese físico que tenía. Era incapaz de lastimarla y si lo que quería era asustarla, perdía su tiempo.

—Yo te quiero—Le dijo con lágrimas en los ojos—Te he querido desde esa noche. Desde que te acercaste a mí y pensabas que estaba perdida. Lo estaba. Pero conocerte me hizo feliz por un segundo. No tengo justificación para lo que hice… pero lo hice por ti.

Miller estaba descompuesto. Tenía los ojos inyectados de odio ante sus palabras. No se merecía ninguna de ellas. No se las bebería aunque su vida dependiera de ello. Si la dejaba entrar estaba perdido.

Pero ya lo estaba.

—¿Qué?

—Mi intento de suicidio no era para olvidar o huir—Las primeras lágrimas cayeron—Lo hice para salvarte. Porque si yo moría Berlín no te buscaría ni te culparía. Era para salvarte. Si vivía estarías perdido, no tenías intención de dejarme ir, ni yo a ti. Nunca quise dejarte, Miller.

—No sigas, Eva… por favor…

—Si él regresara lo mataría y si no puedo yo…

—Cállate.la.puta.boca—Tenía la mirada perdida. Escucharla que había querido dar su vida por él, sin que se lo mereciera le estaba rompiendo lo poco que le quedaba de alma.

Tomó su chaqueta que aún estaba en suelo y sin mirarlo se fue. No esperó a que él la siguiera. Sabía que no lo haría. Pero al menos le dijo la verdad.

Lo quería y ahora debía olvidarlo.

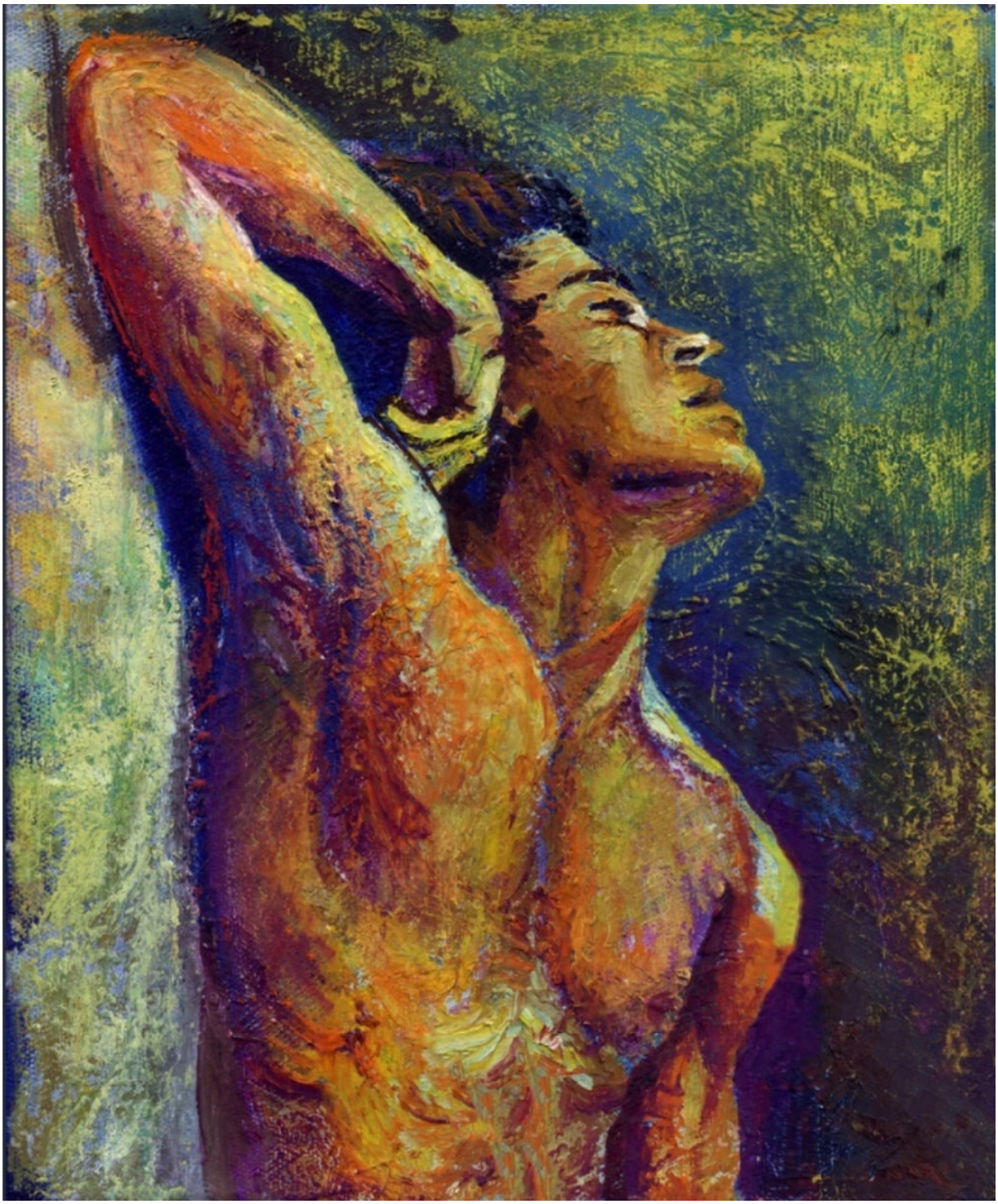
2



EVA SE HIZO UN MOÑO DESARREGLADO EN EL CABELLO. Abrió las ventanas de su apartamento y se sentó sobre el banquillo. Frente a ella estaba un lienzo blanco, perfecto. Estaba en una larga camiseta blanca, la que era de Miller. Y usaba solamente sus bragas. Sin más dejó que su imaginación la guiara y los colores también.

Al final de varias horas, tenía otra de sus pinturas y ésta no era confusa, era perfecta en óleo. Lo había imaginado así, con el torso desnudo y sus ojos cerrados. Solo él en silencio.

Le tomaba todo un día, sin descanso lograr terminar. Algunas las dejaba adrede sin terminar. Solo un artista sabía si su trabajo estaba hecho, era un secreto y Eva sabía guardarlos bien.



Al día siguiente disfrutaba de su almuerzo con Megan. Se le veía alegre cuando se la encontró.

—¿Iremos de compras?

—¿Debemos? —Eva levantó una ceja.

—Sí ¿O qué te pondrás para la noche de Gala de Salis?

—¿La qué?

—De acuerdo, parece que no leíste todo el paquete de matrícula. Cada año hay una noche de gala. Ya sabes, fiesta vestido elegante. Es la oportunidad de conocer artistas famosos invitados. Hacerte de tu propia cartera de relaciones públicas, coquetear y destacar. Hay bebidas, comida y lo mejor es que está abierto para todo público que ame el arte. Es como la fiesta de bienvenida de la secundaria, pero mejor porque no tienes que tener una pareja, esa la consigues esa misma noche.

Aquello sonaba interesante. Pero lo que menos quería Eva era usar un elegante vestido y tener una vida social. La tenía, la poca que tenía le sobraba y bastaba pero Megan estaba tan entusiasmada que no pudo decirle lo contrario.

—Suena genial, ya veo por qué estás tan emocionada.

Tras un par de horas se dispusieron a visitar las mejores tiendas de la ciudad. Fue momento en que Eva decidió tocar un poco de sus ahorros, pues se lo merecía. Luego de probarse más de diez vestidos Eva se estaba dando por vencida, ninguno era tan elegante, otros eran demasiados sensuales para la ocasión.

—Me estoy dando por vencida—Dijo Eva—Es por esta razón que no salgo de compras.

Megan quien se probaba el siguiente vestido. Al momento de colgarlo en la fila de vestidos que faltaba, encontró el perfecto para Eva.

—¿Qué tal éste? —Lo tendió frente a ella. Era un vestido al estilo Dolce, largo color rojo que traía incrustada algunas lentejuelas y cristales, acompañados de encaje. Era de manga larga, pero el escote en V de la espalda era lo mejor. La parte delantera se juaga bien con el encaje para ocultar suficiente piel de quien lo vestía. En este caso, Eva.

No perdió ni dos minutos en probárselo y cuando las cortinas se abrieron, no podía creer lo que miraba. A través del espejo podía ver lo elegante, lo hermosa que acostumbraba a vestir hacía ya algunos años. Se sintió por primera vez bien consigo misma, y no era el vestido solamente, sino la libertad de hacer algo tan sencillo y disfrutar de ello.

Al momento de levantar la mirada, por el espejo a lo lejos de la calle, miró a un hombre de traje muy conocido, cabello canoso que apuntaba en dirección hacia ella. Solamente podía ser un hombre, solo alguien en todo el mundo podía verla con esos ojos llenos de odio.

—Berlín…



—¿Estás bien?

Eva abrió los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —Preguntó con dificultad.

—Te has desmayado. Me has dado un susto enorme. ¿Se puede saber a quién viste para que te desmayaras de esa forma?

No había sido un sueño. Había visto a Berlín. Daba su vida por ello. Estaba segura que él la había estado mirando del otro lado de la calle. Pero no iba a decírselo a Megan. Ella ya sabía suficiente y por su seguridad era mejor de esa manera.

—No lo sé. Creo que estoy cansada.

Megan sabía que algo andaba mal.

—Dijiste algo como Berlín. ¿Quién es Berlín?

Se incorporó sobre el sofá. Aun llevaba puesto el elegante vestido y la dueña de la tienda estaba tan preocupada como Megan.

—Nadie, no es nada. Escuchaste mal.

—Bebe esto, cariño—Le dio un trago de whisky—Te ayudará.

Eva con pena tomó un sorbo y aclaró su mente. Debía recomponerse. Pero nadie lo podía hacer después de haber vivido lo que ella vivió. Aún estaba en trance pero debía salir de ahí en cuanto antes y regresar a su apartamento donde apenas y se sentía segura.

Se fueron a casa, Eva decidió comprarse el vestido y también compró el de Megan. Quien se había decidido por un vestido negro un poco ajustado y largo con flores rojas en un costado. Era elegante y conservador como su propio estilo.

—Gracias por mi vestido—Agradeció Megan, iban caminando por la calle y Eva no dejaba de ver hacia todos lados.

Berlín había regresado o estaba volviéndose loca.

—No hay de qué.

—¿Estás segura que estás bien? Puedes quedarte en mi habitación y podemos arreglarnos juntas. No quiero que estés sola, te has desmayado, eso quiere decir que algo te perturba o estás débil.

No era mala idea. Si podía estar segura en algún lugar quizá sería en el campus.

Además la buena parte era que Megan no compartía habitación con nadie. Y algo le decía que era gracias a su tío quien no confiaba en nadie y respetaba la privacidad de Megan, claro. Ella también se lo había pedido.

—De acuerdo. —Aceptó Eva.

Luego de pasar por algo de ropa y cosas personales salieron del edificio donde vivía Eva. En cuanto llegaron a las habitaciones del campus todo estaba despejado. Eva tenía miedo de encontrarse con Miller. Pero gracias a la hora que era, no lo encontró.

—Tu habitación es increíble. Tiene el tamaño de mi apartamento—Eva se dejó caer en la cama de Megan.

—Deberías de vivir conmigo. Creo que estarías mejor. Además a mi tío no le importará incorporarte, estamos a pocas semanas de terminar.

—Sí, suena bien. Pero recuerda que no quiero deberle nada a tu tío y además no puedo pagarlo.

—Sandeces. Yo que tú aprovecharía cada momento y ocasión. Deberías de demostrarle de lo que se pierde. Continuar con tu vida y dejarlo que se quede en su mundo de colores de la amargura. Mi tío debe aprender que la vida no se detiene, que continúa y él no puede controlar eso de ti. A menos de que…

—¿De qué? —Eva tragó y esperó a que su amiga pronunciara las palabras prohibidas que ella se rehusaba a decir en voz alta.

—De que estés muy enamorada de él para que no puedas.

Eva bufó y miró hacia el techo de la habitación. Sabía que estaba enamorada de él desde hace mucho tiempo. Solo era cuestión de tiempo para armar las piezas. Pero no podía permitir que eso sucediera. Debía olvidarse del asunto. El maldito Miller Preston era ese asunto.

—No lo estoy. —Declinó.

—Entonces múdate conmigo. Piénsalo. Creo que sería divertido. Trabajas y estudias aquí, no le veo el problema. Hay espacio de sobra y por el dinero no te preocupes. Mi madre paga por esta habitación así que está pagada, vivas tú o no.

—Pensé que Miller…

—Oh no, mi madre tiene un orgullo enorme. No deja que mi tío page por nuestras cosas o necesidades.

—Pues tu madre tiene más dignidad que yo.

—Tonterías, Eva—Tomó su billetera—Iré por algo de comer, tú ponte cómoda no me tardo.

—De acuerdo y gracias, Megan.

Encogió sus hombros y salió de su habitación.

En cuanto la puerta se cerró sintió un miedo inminente. Sabía que si se había desmayado al ver a Berlín era porque no lo estaba imaginando. Comenzó a atar cabos sueltos. El viaje de Miller.

Miller comportándose como un idiota.

Miller y sus evasivas.

Y ahora Berlín. Todo encajaba en una sola cosa. Estaba buscando la perfecta excusa para protegerla y más después de lo

que le había dicho. No debía desmayarse como una damisela. Debía ser fuerte, cruzar la calle y matar ahí mismo a Berlín. Se juró que si lo volvía a ver no lo pensaría dos veces y lo mataría a golpes si fuese posible con cualquier cosa que encontrara a mano.

Ahora estaba demasiado débil para mantenerse despierta. El corazón comenzó a dolerle y a extrañar el tacto de aquellas manos grandes y fuertes. Aquellos besos de los labios más suaves que haya sentido nunca y que la besaban con pasión. Sus lágrimas salieron a hacerle compañía y con el recuerdo de aquel rostro duro y hermoso, cerró sus ojos.

Megan entraba en la cafetería del campus que aún estaba abierta cuando notó quien estaba sentado en una de las mesas del fondo, tomando un café y leyendo un libro aburrido.

—Hola—Le dijo y él la miró con ojos suaves. Siempre tenía una forma de verle cuando estaban solos y es que la quería como a su propia hija, aunque a veces fuese cara dura para cuidar las apariencias.

—Hola—Le dijo y tomó un sorbo de lo que sea que estaba bebiendo.

—Mamá manda saludes.

—Ya veo.

Megan puso los ojos en blanco por el papel que jugaba siempre él. Aunque ya estaba acostumbrada a que ésa también era su personalidad de culo.

—Y Eva también—Cuando dijo eso, Miller se tensó—Estoy al tanto de todo. Bueno casi todo en lo que me respecta creo que es lo más importante.

Miller le dedicó una mirada que no mostraba sorpresa. Colocó sus manos en el mentón de su rostro y continuaba escuchando a su sobrina.

—¿Y eso es? —Le instó a que continuara.

—Que eres un idiota y ella también.

—¿Y se puede saber por qué soy un idiota, mi pequeña sabelotodo?

Megan se sentó frente a él y continuó:

—Porque claramente ella también te gusta. No conozco a Eva desde hace muchos años, pero sé que no ha habido otro chico en sus pensamientos. Habla de ti como si fueses un dios.

—Lo soy—La interrumpió—Ella lo sabe.

Megan puso cara de asombro y asco. Era su tío y su mejor amiga. Aunque no aprobaba del todo aquello. No estaba molesta. Ambos se merecían ser felices.

—Ella está en mi habitación—Miller notó la cara de preocupación y se alarmó.

—¿Está bien? ¿Ha sucedido algo?

La forma en cómo le preguntó lo entendió todo. Se preocupaba por ella. No solamente era atracción física. Él realmente le importaba tanto o más como ella y su madre. Megan sonrió para sus adentros.

—Se ha desmayado mientras estábamos en la boutique.

—¿Qué? —Su cara era de vivo fuego, así como el que miró en los ojos de Eva antes de desmayarse. —Iré ahora mismo.

Megan lo detuvo.

—Espera. No sé lo que pase. No sé si ella te haya hablado de su pasado. No lo sé bien con certeza y no sé si estoy cometiendo un error al decírtelo. Pero Eva pensó que miró a alguien. Pronunció algo, un nombre o apodo antes de perder el conocimiento, algo como…

—Berlín—Susurró Miller por lo bajo, pero Megan lo escuchó todo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién es Berlín?

—Megan—Tomó su mano y la apretó—¿Confías en mí?

No entendía la pregunta pero contestó de todas maneras.

—Por supuesto, tío.

—Entonces no hagas más preguntas. Ni a mí, ni a Eva. Y si algo así vuelve a ocurrir solamente búscame o llámame ¿Has entendido?

—Pero tío…

—Megan, ¿Has entendido?

Al ver su rostro y notar lo desesperado que estaba no le quedó de otra que decirle que sí.

—Sí, señor.

—Bien, ahora quiero que se concentren en la gala y disfruten de la noche.

Le revolvió los rizos y se levantó de la silla para irse. Ella odiaba que hiciera eso.

3



LA NOCHE DE GALA EN SALIS.

Eva hacía su entrada en el salón de artes más grande de Cambridge junto a su mejor amiga. Mozart sonaba en el fondo y todas las personas vestían elegante mientras disfrutaban de las diferentes obras de arte por todo el lugar.

En cuanto a Miller, vestía de esmoquin hablaba con un par de personas cuando notó que toda la atención estaba en un lugar, más que lugar una persona. Eva acaba de hacer su entrada. Se miraba hermosa.

El color caramelo de su piel suave resaltaba en el vestido rojo Dolce que llevaba. Su largo cabello caía como cascada y sus labios grandes y gruesos jugaban un papel muy sensual. Miller se tuvo que recomponer por lo que estaba viendo.

No podía acercarse a ella de inmediato. Quería que ella lo buscara con la mirada primero. Y entre toda la multitud sus ojos se encontraron. Fuegos artificiales a su alrededor y también el vivo deseo por correr a los brazos del otro y jugar.

Eva le sonrió, y Miller le dedicó una mirada que solamente ella podía descifrar. Le había dicho que le quería, le había entregado lo poco que le quedaba y él la había rechazado. Otra mujer en su lugar le hubiese dedicado una mirada de odio, pero no Eva. Y Miller se odió por eso.

La cena fue servida, el brindis fue espectacular y la banda que tocaba los mejores clásicos contemporáneos seguía dándole vibra a la noche. Pero Eva estaba cansada. Había conocido a pocas personas. Megan parecía que conocía más personas en el lugar. Hasta que se levantó y decidió caminar por los jardines del gran castillo y salón.

—¿Bailas conmigo? —Esa voz. Esa sensación en la nuca. No se trataba de otro más que de él.

—Alguien podría vernos—Rechazó Eva.

—Es una noche de gala, por supuesto que tienen que vernos—Insistió rozando su mano. Eva se levantó y se paró frente a él. Encontrando algo, pero no miró nada más que sinceridad en sus palabras. Un baile.

Caminaron hasta la pista. Miller la tomó de la cintura y ella de los hombros. Miller le colocó ambas manos en su cuello y le hizo un guiño. Comenzaron a moverse al son de la música clásica.

—Estás hermosa, Eva.

Ella sonrío para sus adentros y le devolvió el elogio.

—Gracias, usted también señor Preston.

Él lo tomó como sarcasmo en cuanto su apellido.

—Gracias, señorita Kerr.

Continuaron bailando. Hasta que Eva notó que tenían compañía.

—Alguien nos observa y creo que no le gusta lo que ve.

Miller con disimulo miró hacia donde Eva miraba. Nada más y nada menos que Sophia Winter. Tenía la mirada fría viéndolos bailar.

—Ignórala—Le ordenó Miller—El curso acabará pronto y aunque su padre tenga mucho dinero, no la aceptaré de nuevo, ha creado muchos problemas este año.

—¿Lo dices por mí o por ti? —Le preguntó.

—Pensé que seguía siendo tu profesor.

Ella maldijo por lo bajo.

—¿Ha pasado algo entre ustedes dos?

—Eva…

—Responde Miller. Ella me ha acorralado en el tocador de mujeres. Me ha declarado la guerra, está obsesionado contigo.

Miller la miró a la cara. No estaba mintiendo en absoluto, y tampoco estaba asustada.

—Hablaré con ella, Eva.

—No quiero que hables con ella. Eso solo demostrará que le tengo miedo y que necesito que me defiendas. No necesito que me defiendas, sé lidiar con mujeres locas como ella.

Y no le cabía la menor duda. Escucharla hablar así lo único que hacía era excitarlo. Y ella lo sintió.

—No te pases, Miller—Levantó la ceja al sentir su erección en el vientre.

—Escucharte hablar así, mi ángel hace que mi cuerpo reaccione de cierta manera.

—¿Ah, sí? —Ronroneó ella—No deberías. Tú y yo no somos nada. Y no habrá nada más que una relación profesional aquí. Lo dejaste claro.

—No sé de lo que hablas, Eva. Será mejor que te calles la boca sino quieres que te bese aquí mismo.

—Oh, no lo harías Miller Preston.

—Oh, créeme, no sabes de lo que soy capaz.

Sintieron la presencia del profesor Aubrey quien los interrumpió.

—Lamento interrumpir, señor Preston—Miró a Eva pero no la reconoció como alumna—El alcalde quisiera hablar con usted.

Miller maldijo por su presencia. Pero conservar las apariencias en Cambridge como un simple director era fundamental para él. Cuidaba de su imperio, además de la misma Eva.

—Iré a tomar aire fresco—Le dijo Eva.

Miller tomó su mano y la besó.

—No me tardo.

Ese simple beso la hizo florecer. Como una flor en primavera. Podía ser alguien especial y al segundo un completo neandertal. De cualquier manera amaba a ambos, pero no aquel que se rechazaba a ser feliz.

La noche estaba fría, pero no importaba. Nunca se había sentido tan bien, como una princesa.

Aunque extrañaba no haber podido hablar ni una sola vez con Miller. Le había visto andar con muchas mujeres, les sonreía y mostraba algunas de sus piezas. En cambio ella, desde lejos lo observaba.

Tenía sus gafas puestas y también metía de vez en cuando las manos en sus bolsillos. Siempre la buscaba con la mirada, pero ella hacía cuenta y caso que no lo notaba. Le gustaba ese juego. Solo quería que la jodida gala terminara para ir hacia ella y quitarle ese ridículo vestido elegante que llevaba puesto.

Se sentó en un banquillo y disfrutó de la noche estrellada. Cuando sintió pasos, muchos de ellos que se acercaban. No se asustó, pues pensó que no era la única que saldría por un poco de aire fresco.

Mientras estaba ahí recordó las palabras de Miller. Su discurso había sido perfecto. Nunca se había sentido tan orgullosa de alguien. Miller tenía la manera perfecta y dolorosa de combinar la pérdida con el arte y sus espectadores sintieron lo que él.

Hasta ella.

Sintió que el corazón se le aceleraba y en cuanto quiso ponerse de pie, su cabeza fue cubierta por una tela negrea. Eva comenzó a gritar y patalear pero eran muchas manos, a lo cual no podía hacer demasiado para defenderse.

—¡Noooo! —Luchaba para zafarse, primero la capa de su cabeza para poder verle las caras.

—¡No se atrevan a ponerme una mano encima!

Sintió dos pares de manos que comenzaban a tocarla por todos lados. Escuchó el crujido del vestido romperse y temió por su vida. Se había jurado que nadie la tocaría de nuevo sin su consentimiento y eso fue lo único que necesitó para seguir luchando por su vida. En cuanto comenzaron a arrastrarla por el césped ella se quitó la capucha que tenía en la cabeza. Les miró la cara. Eran dos hombres que vestían de esmoquin. Claramente infiltrados o bastante enfermos para hacer algo así, o ambos.

—¡Maldita hija de puta! —Uno de ellos la abofeteó y Eva gritó de dolor. En cuanto su mano llegó a sus zapatos se quitó uno y comenzó a golpearles la cara con la punta del tacón de aguja. Uno de ellos cayó al suelo y el otro se quejaba del dolor, pero había cometido el error de haberla soltado.

Era la oportunidad de echarse a correr. Así que lo hizo. Corrió lejos hasta llegar donde estaban los otros invitados hasta que chocó con un cuerpo.

—Eva...

Eva miró a Flame y lo abrazó en consuelo.

—¿Pero qué mierda...

—Unos hombres...

Flame sacó su pistola y corrió hacia el lugar donde venía Eva. A lo lejos Miller la miró y se dio cuenta de cómo lucía. Era como si hubiese pasado un tornado cerca de ella. Corrió hasta donde estaba y rápidamente se cercioró de que no estuviese lastimada.

—Miller—Lo abrazó.

Miller la miró de pies a cabeza pensando lo peor.

—Unos hombres... Flame fue tras ellos...

Entonces Miller con la sangre hirviendo corrió hacia donde Flame estaba. Sin levantar sospechas Eva los siguió. Cuando llegaron a la escena ya ambos hombres estaban de rodillas con las manos en la cabeza mientras Flame les apuntaba con un arma.

Eva se quedó a una distancia favorable. La escena que presenciaba era una pesadilla. Temía por la vida de Miller. Sabrá Dios quienes eran esos hombres. Pero Miller sabía de lo que se trataba.

—Flame—Le ordenó sin verlo—Asegúrate de que nadie venga a esta zona.

—Por supuesto—Flame habló por el auricular e hizo lo que Miller le pidió. Ordenando a los de seguridad que cuidaran el perímetro donde se encontraban.

Miller sacó su arma. Ni siquiera Eva sabía que llevaba una con él.

Se acercó a uno de ellos y lo pateó en la cara con una patada. Al otro lo golpeó en el estómago.

Mientras los hombres se quejaban del dolor Eva no quitaba la mirada del rostro de Miller. Era como si algo lo hubiese poseído. Tenía la mirada perdida y parecía que no respiraba. Prefirió guardar silencio y observar.

—¿Quién los mandó?—Preguntó. Pero ellos no dijeron nada.

Esta vez Flame los golpeó de nuevo y amarró sus brazos detrás de su espalda con cintas plásticas. Miller seguía con un solo pensamiento en su cabeza. Matarlos ahí mismo.

—Me hubiese gustado divertirme con ustedes—Dijo Miller y observó a Eva por un segundo—Pero la dama me espera. Así que, si no hablarán…

Les apuntó con el arma y uno de ellos le siseó algo en alemán a lo que Miller entendió a la perfección. Eva no pudo entender lo que le dijo, pero entendió que se trataba de una amenaza y mensaje para él.

—Miller—Lo llamó pero él tenía la mirada perdida en la punta de su arma.

—Ahora no, ángel.

No lo pensó dos veces para tirar del gatillo en la cabeza de ambos.

Guardó su arma detrás de su cintura y se dirigió a Eva quien estaba en trance todavía por lo que había visto.

—Los… mataste.

—Eva—Le habló pero ella seguía viendo los cuerpos tirados en el césped—¡EVA! —Le gritó esta vez y ella parpadeó.

Le tomó la mano y la sacó de ahí, en cuanto estaban en la camioneta le sirvió un trago de champán para que se relajara.

—No quiero.

—Bébelo, lo necesitas—Lo tomó a regañadientes y lo tomó poco a poco hasta que ya no quedaba nada en la copa. No conocía al hombre que tenía al lado suyo. Estaba segura que no era un asesino, pero después de lo que miró no sabía ni qué pensar.

—Miller—No sabía si echarse a correr o llorar. Ninguna estaba permitida y tampoco estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados. No era una idiota.

—Los envió Berlín ¿Verdad? —Dejó la pregunta en el aire. Miller miraba por la ventana. Pero la tenía sujeta de una mano si se le ocurría correr fuera de él. No era permitido tampoco.

—¡Háblame Miller! Me voy a volver loca.

—Aquí el que se va a volver loco soy yo. Déjame respirar por un maldito segundo. Estuve a punto de perderte ahí, pero, me he encargado de ellos.

«Oh, Miller. Sigo aquí.»

Eva antes de echarse a llorar solo pudo hacer una cosa. Se lanzó hacia él y ahorcajadas en su regazo lo abrazó como si no existiera un mañana. A Miller lo tomó por sorpresa que ella reaccionara de esa manera tan cariñosa con él.

—Soy un monstruo ¿Cómo puedes quererme?

Apenas y sonrió con el dolor que sentía en el pecho ante sus palabras.

—Te quiero porque eres más que eso, Miller Preston.

Rápidamente sintió su erección debajo de ella y fue señal de que ambos se morían por devorarse el uno con el otro.

—No aquí—Le tomó la cara y la besó—Te haré mía donde te lo mereces.

—¿Dónde?

—En mi cama.



La depositó en su cama. Estaba un poco fría y era cuestión de minutos para que no fuese eso un problema en absoluto. Las ganas que tenía de volver a sentirlo dentro eran inimaginables. Y lo odiaba por ello.

—Las mentiras roban el alma, Eva. —Susurró en sus pechos desnudos. No le había costado desvestirla, y ahora él iba por el

mismo camino—Pero tú, Eva no necesitas hacer demasiado para hacer que me pierda en ti.

Tenía la mirada apagada. Como aquella flama débil de un color azul intenso. No tenía la mirada oscura. Había estado a punto de perderla, y lo que aquel hombre le había dicho era lo único que necesitaba para darse cuenta que si la perdía su vida no sería la misma.

No otra vez.

«Ella no te pertenece» le masculló en alemán. Si pensaba que le pertenecía a Berlín estaban locos de la cabeza. Iba a acabar con cada uno de ellos, a sus perros y a él mismo.

—Te quiero, Miller.

Él no respondió en respuesta. Sentía su corazón que iba a saltarle del pecho. Para Eva no fue importante que no lo dijera en voz alta. Sabía que si estaba ahí y que si la miraba de esa forma era porque el sentimiento era mutuo, todo era cuestión de tiempo para que sus oídos pudieran escucharlo y su boca moverse ante el sonido de esas dos palabras.

El te quiero.

Saboreó sus pechos con delicadeza, como si se tratara de una chica virgen. Nunca había sido tan delicado con ella hasta ahora.

—No tienes que fingir, Miller. Está bien. Puedes tomarme como siempre.

Le colocó la mano en la boca para que dejara de hablar.

—No me conformaría con menos que con amarte suavemente, mi ángel.

Ella negó con la cabeza.

—No me dejes, Eva —dijo con firmeza—. Nunca malditamente me dejes.

Se paralizó ante sus palabras. Nunca antes se había imaginado que él le dijera esas palabras. ¿Era acerca de lo que le había dicho aquel hombre? ¿O en verdad la quería tanto como ella a él?

—No lo haré, Miller.

Sus ojos se desplazaron sobre cada centímetro de su rostro. Estando ahí envuelta en sus brazos, verlo mirarle con tal intensidad, no sabía si debería sentirse amada o aterrada. Es un poco de ambos.

Presionando su boca en la de ella la besó con mucha fuerza.

Metió la lengua profundamente en su garganta como si estuviera tratando de reclamar cada centímetro de ella.

Necesitaba escuchar aquellas palabras de nuevo saliendo de su exquisita boca. Entre más lo decía en voz alta. Más se le quedaba tatuada en su alma, el alma que pensaba que no tenía y que era ceniza.

—Dímelo otra vez —Le rogó viéndola a los ojos—. Dime que me amas, Eva. Que nunca me vas a dejar.

—Te amo. Nunca te dejaré.

Su pene estaba goteando en sus muslos. Se moría por tenerla dentro. Y estaba algo desesperada. Podía sentir cada uno de sus latidos. Cada uno de sus movimientos en falsos por reprimir las ganas de follarla fuertemente.

Hasta que su lengua entró al mismo tiempo que su pene dentro de ella. Deseaba haber sido el primero, el único y el último. Deseaba borrar cada marca de semen, cada falsa caricia por tener a cambio su cuerpo. Deseaba borrar cada sudor de cada hombre que la violó.

Deseaba poder limpiar su alma. La de él no era tan limpia, pero imaginarse que alguien la había tratado y usado como a una sucia puta lo enfurecía.

—Eres mía, Eva, —Susurró entrando y saliendo más rápido que ella.

—¡Miller! —Jadeaba sintiendo el placer que le daba. La estaba amando por primera vez. Adorándola como debió ser desde un inicio. Se odiaba por el hecho de que la había hecho suya en circunstancias que ahora ni por cerca se le pasaba por la cabeza.

—Joder, Eva lo quiero todo. Dámelo todo.

Eva salió de él, tomándolo por sorpresa. Y debajo de su cuerpo se dio la vuelta. Le gustaba el sexo vainilla pero más le

gustaba que la tomara fuerte como solo él lo sabía hacer y lo haría. Observando aquella espalda curveada, aquel trasero en pompa para él. Gruñó y la tomó de la cadera para volver a enterrarse dentro de ella. Eva gritó de placer.

—¡Oh, sí!

—¿Te gusta, así? —Le propinó una nalgada que hizo eco en toda su habitación y Eva brincó en respuesta.

—Sí, por favor—Le dijo como buena sumisa y amante—Lo quiero todo, Miller. Te quiero a ti.

—Me tienes, mi ángel—Dijo con voz suave y seguía empujando dentro de ella. Esta vez despacio. Besando su espalda. Acariciándola y dándole lo que le gustaba en una perfecta combinación.

Cuando sintió que Eva se apretaba por dentro se dio cuenta que estaba cerca de hacerla llegar. Entonces sacó su pene dentro de ella y llevó su humedad hacia su ano.

Eva se tensó.

—Quiero borrarlo todo, Eva. No me lo niegues por favor.

Un vuelco hizo su corazón cuando entendió lo que borrar significaba. Se relajó y esperó que él hiciera lo suyo. Estaba lista, empapada y deseosa por sentirlo ahí también. En lo prohibido.

Cuando Miller dejaba que su carne se acostumbrara a su tamaño, se dejó llevar hasta que se enterró toda de raíz y espero su propio placer.

—Tócate—Le ordenó y su mano viajó hasta su clítoris. En cuanto comenzó a sentir el más grande de los placeres Miller la tomó nuevamente de la cintura y de uno de sus brazos para entrar y salir de ella.

—¡Miller, oh! —Chilló en respuesta.

—¡Joder, Eva! —El sonido que provocaba su culo en su cadera era la mejor sinfonía de todas. Eva no lo soportó más y se corrió esta vez con más intensidad y Miller no se detuvo.

Continuó saliendo y entrando de ella hasta que no hubo ninguna huella por borrar y explotó dentro.

4



ESA MAÑANA EVA DESPERTÓ SOLA, desnuda y en la cama de Miller.

Escuchó la tonadilla de su móvil y sintió el pulso acelerársele. Como si lo pudiera sentir, como si se tratara de una mala broma del destino. Tomó el móvil con una mano temblorosa y abrió la bandeja de mensajes.

Mi pequeña putita está en problemas.
¿Creíste que nunca te encontraría?

El pecho le dolió como si una bala lo atravesara, corrió hasta el cuarto de baño y vomitó hasta que el estómago le comenzó a doler. Se vistió y salió de la habitación sin levantar sospecha.

En cuanto puso un pie fuera, Flame esperaba por ella.

—Señorita—La saludó, notándola nerviosa—¿Se encuentra bien?

—¿Dónde está Miller?

—Salió pero no tardará en regresar ¿Quiere que lo llame y le diga que despertó?

—No hace falta. Me tengo que ir.

Flame le cortó el paso.

—No puedo dejar que se vaya, Miller me dijo que no…

—A ver, Flame—Lo cortó—Vamos a entendernos. Lo que pasó anoche me tiene muy mal, necesito salir a tomar un poco de

aire, además tengo un trabajo que cumplir que aunque Miller sea prácticamente mi jefe, no da razón para hacer lo que quiera. Vas a dejar que me vaya y no le dirás a Miller, seguramente me lo encuentre en el campus. ¿Entendiste?

—Sí, señorita. Pero entonces la llevaré yo.

No tenía tregua. Era eso o nada.

—Bien.



Tenía miedo de ir a su apartamento y cambiarse de ropa. La camisa que llevaba, era más grande que ella y era de Miller, era cómoda, pero al mismo tiempo la llenaba de tristeza y vacío porque en cualquier momento todo se descontrolaría.

No podía decirle a Miller que Berlín ya la había encontrado. Todo era cuestión de tiempo para que se pusiera frente a ella y la matara ahí mismo. Pero no lo sabía.

En cuanto se duchó y se fue al campus custodiada por Flame, no dijo nada en todo el camino. No dejaba de pensar en aquel mensaje que había recibido de él. Pero lo que no sabía era que Miller había pinchado su móvil, y todas las llamadas como mensajes las recibiría él también y su gente de seguridad. En cuanto lo miró no dudó en llamarla.

—Hola—Respondió fingiendo estar bien.

—¿Has dormido bien? —Le preguntó Miller—Espero aún sigas en la cama.

Él sabía que no estaba ahí, que se movía en su camioneta y aunque eso lo enfadaba no podía tenerla prisionera tampoco.

—Sí, y no, no estoy en tu casa. Tuve que cambiarme de ropa y ahora mismo voy al trabajo.

Miller no dijo nada. Ella esperaba una represalia pero aunque se la merecía no se la daría. No ahí mismo.

—No quiero que te apartes de mí.

—¿Qué significa eso, Miller? —Se removió incómoda.

—Lo que has oído, Eva. ¿Quieres que me explique? —Propuso.

Miller estaba en su despacho. Planeando el plan perfecto para atrapar a Berlín junto a sus hombres. Y aunque estaba calmado no dejaba de pensar en lo que Eva lo había visto hacer la noche anterior. Por eso se había escapado esa mañana, lejos de ella. No podía verla a la cara. No quería ser ese hombre para ella, no quería que ella viese el hombre que realmente era.

Pero lo haría de nuevo una y otra vez si alguien tuviese la idea siquiera de alejarla de él.

—Eva—Pronunció su nombre con voz ronca—Te he hecho una pregunta.

Ella tragó.

—Miller, no hace falta. Yo tampoco quiero apartarme de ti—sintió su voz quebrarse y eso rompió a Miller.

—¿Qué está mal, Eva?

—Nada.

—No te atrevas a mentirme. —Inquirió—¿Es sobre lo que pasó anoche? ¿Quieres que hablemos sobre ello?

—No, prefiero no hacerlo.

—De acuerdo. ¿Entonces qué es?

Eva pensó en decirle sobre el mensaje, pero eso haría que se volviera loco y la encerrara hasta dar con Berlín. Aunque moría de miedo, Eva ya no le temía a Berlín ni lo que pudiera hacer con ella. Sino con él.

—Nada, no me puedes culpar por estar un poco sorprendida. Es por eso que quiero distraerme en el trabajo. Además, quedé con Megan.

—Está bien. Flame estará contigo, sin discusión.

Y así fue. Flame se quedó con ella a una distancia favorable para no asustar a la gente que la rodeaba. Se distrajo lo poco que pudo en la biblioteca. Tomó un café con Megan y Travis, algo que ni a Flame le gustó pero no tenía de otra.

—¿Quién es ese hombre? —Preguntó Travis—Da miedo.

—Es uno de los que cuida el campus—Dijo Megan. —¿No te habías dado cuenta?

Enseguida cambiaron al tema a otra cosa. Parece que nadie notó lo que había pasado la noche anterior en el Gala, estaba ahí frente a sus amigos y no sabían que el hombre al que quería había matado a dos tipos frente a ella a sangre fría luego de que intentaran secuestrarla.

En cuanto terminó la hora del receso los tres tomaron caminos diferentes. Ahora Eva no dejaba de ver hacia todos lados y Flame lo notó.

—¿Está todo bien? —Se puso frente a ella y estudió su rostro. Ella no dejaba de ver hacia todos lados. Estaban aún en el jardín del campus, cerca de los estudios.

Cuando Eva giró la mirada a lo lejos fue cuando lo miró.

Sus ojos se encontraron como dos choques violentos. Berlín le sonrió y ella dejó de respirar por un momento hasta que su cuerpo se lo pidió. Flame captó lo que ella miraba, pero cuando se volteó, Berlín había desaparecido entre los arbustos.

—Él está ahí, Flame—siseó sin quitar la mirada del árbol a lo lejos—Está ahí, ha venido por mí.

Flame sacó su arma y miró hacia atrás, no había nadie. ¿Acaso se estaba volviendo loca?

En vez de ello, sacó su móvil y le habló a Miller.

—Está sucediendo—Le dijo y Miller ya sabía a lo que se refería.

—Tráela a casa.



Al pisar la mansión se sintió cohibida ante toda la situación. Sentía que se estaba volviendo loca. La habían atacado y ahora miraba al hombre que más daño le había hecho por doquier.

—Eva—Miller se acercó a ella y le besó la frente—¿Qué tal tu día?

—Bien—Le correspondió abrazándolo—¿El tuyo?

—Lo mismo de siempre. Ven.

Caminaron hasta su oficina. El aroma que desprendía Miller le hacía olvidar todo. Llevaba un traje perfecto y caro de tres piezas. Para haber sido un día aburrido, se la pasaba bien vestido todo el tiempo y eso le gustaba.

Llegaron al despacho de Miller. Nunca había estado ahí antes y era un despacho dos veces más grande que el que tenía en el Salis.

Después de echarle un vistazo a todo el lugar y admirar desde los muebles, libros, pinturas y colores Miller le habló. Sentándose ambos uno frente al otro como la primera vez que estuvieron solos en una sola habitación.

—No puedo desearte como lo hago, Eva.

Ella frunció el cejo.

—¿Disculpa?

—Me has visto hacer lo que ni en mil años quería que vieras. —No estaba avergonzado, pero estaba cerca—No quiero exponerte al peligro…

—¿Estás terminando conmigo? —Casi susurró la pregunta, porque no sabía ni lo que eran. No era su novia oficial, no solamente se escondían de Berlín, también del mundo entero.

—Eva.

—Estás terminando conmigo—Esta vez no fue una pregunta. Quiso levantarse de la silla pero Miller no se lo permitió. Se colocó de rodillas frente a ella y se aferró a sus piernas. Llevaba vaqueros, pero era como si no llevase nada, se sintió desnuda, excitada y confundida todo al mismo tiempo.

Mirar a Miller de rodillas frente a ella impidiéndole que no se fuera era una escena que jamás esperó ver.

—No estoy terminando nada contigo, Eva—se puso de pie. Le acarició la mejilla y ella cerró sus ojos—¿Por qué tengo la impresión de que no te encuentras bien?

Quería que confiara en él.

Quería que le dijese lo que miró y el mensaje que recibió.

—Yo…me pareció ver a Berlín entre los árboles del campus —Al menos le decía una de dos.

Miller sabía que Berlín estaba a miles de kilómetros. Lo sabía porque lo tenía vigilado. Así que quien haya visto Eva era producto de su imaginación, consecuencia de su ataque.

—No pronunciamos ese nombre en esta casa—Le ordenó.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora. ¿He quedado claro? —Ella asintió—Necesito que lo digas.

—Sí, Miller. He entendido.

—Bien. Ahora voy a besarte—Le dio un beso casto, un poco largo de lo que dura uno. Y sin despegarse de su rostro le dijo—: Lo que viste no fue real, mi ángel.

Ella esperó que se explicara. Pues no entendía nada. No era la primera vez que lo miraba.

—Pero si vuelve a ocurrir, quiero que cierres los ojos, cuentes hasta cinco y pienses en mí—Ella cerró los ojos escuchándolo—Quiero que recuerdes mis besos, la forma en cómo te toco y te hago mía. Quiero que recuerdes el olor a pintura, el mundo donde ambos pertenecemos, el placer.

Ella abrió los ojos y admiró el color y forma de sus ojos. Estaba tranquilo, lleno de deseo a través de ellos, y todo era para y por ella.

—¿Qué hay de ti? —Le dijo tocando su rostro—¿Qué hay de tus pensamientos?

En vez de responder. La tomó de sus manos y la hizo que se levantara de su silla. La llevó a una habitación dentro de su despacho, su estudio de pintura. Había un gigante sofá antiguo color rojo, muchos lienzos, papel protector en el suelo y una mesa llena de colores y brochas.

—Desnúdate—Le ordenó sin más.

Más que una orden, era un placer obedecer ese tipo de cosas viniendo de él. Así que se quitó la ropa. Mientras observaba a Miller hacer lo mismo.

Él siempre pintaba en clase sin camisa. Era una de esas, pero privada. Pero cuando miró que también se quitaba su pantalón y calzoncillos se le hizo agua la boca. Tenía una gran erección y estudiar cada parte y tatuaje de su cuerpo era el más grande de los placeres.

—Acuéstate—Prosiguió—Toma la pose que quieras, pero por nada del mundo dejes de verme a los ojos.

—Sí, señor Preston—Jugó ella y eso lo puso a mil. Jugar de esa forma como su alumna y profesor en una sesión ambos desnudos quién sabe cómo acabaría.

Tragó la saliva que se había formado en su boca. Miller se puso manos a la obra tomando una paleta con diferentes pinturas y un pincel. Pero antes se fue al reproductor de música y las paredes tomaron vida al escucharse las baladas de Chopin, sus favoritas.

En cuanto a Eva. Se acostó sobre el sofá en línea recta, de lado con ambos brazos frente a ella cubriendo un poco su rostro y rozando sus labios. La curva montañesa que formaban sus caderas fue donde comenzó Miller a dibujar.

Hizo lo que le dijo. No dejó de verlo en ningún momento.

Cuando hubo terminado la pintura, la admiró por última vez antes de llegar a ella. Ya el pene le goteaba, necesitaba sentirla, tocarla, saborearla.

Quería complacerle. Quería saber que era capaz de descubrir el interior de Eva Kerr sin hacer una sola pregunta, quería perderse en ella.

—Te necesito, Eva —Le dijo tomando su pene con una mano. Le había dicho que no podía desearla como lo hacía. —Te voy a necesitar siempre.

Le cogió la cara con las manos, presionando con fuerza sus labios contra los de ella. Llevó la mano a su sexo y buscó el punto exacto.

—Necesito esto —susurró contra sus labios—. Dámelo.

Bajó hasta donde estaba su mano y le lamió el clítoris, perdiéndose en su sexo una vez más mientras Eva se erguía para recibirlo.

—Sabes tan bien —murmuró junto a su boca—. Quiero tenerte abierta y lamerte hasta que me exijas que te folle.

—Quiero que me folles ya.

Él se rio en su sexo por su deseo. Pero quería jugar un poco más. Después de volverla loca, notó cuando Eva tomó su pene y se levantó, haciendo que se sentara en el sofá.

Se tensó cuando rodeó el pene con los dedos y colocó su prominente glande entre los lubricados pliegues de su hendidura. Ni cuenta se había dado cuando ella había tomado el mando, sentándose ahorcajadas sobre él.

—Dios santo, Eva —exclamó, jadeante, cuando por fin se dejó caer sobre él.

Ambos cerraros los ojos por un segundo para disfrutarlo, pero eran tan celosos que no podían dejar de verse en ningún momento. Miller estaba lleno de pintura y ahora ella también. Deseaba poder pintar ese momento. Detenerlo, pero lo guardaba en su memoria y lo dibujaría luego.

Miller, con la respiración jadeante, soltó una palabrota y la tomó por la cadera con la mano libre, y luego de la cintura para acostarla sobre su espalda sobre el sofá. Ahora él tenía el mando.

Se abrió para él, para recibirlo. Estaban sudorosos y el olor a sexo se mezclaba con el olor a pintura fresca. Era sensacional.

Marcó un nuevo ritmo, tomándola de las piernas en sus hombros y comenzó a entrar y salir de ella, esta vez duro. Como a ambos les gustaba y nunca dejaron de verse a los ojos.

—¡Eva, joder! —gruñó al estallar dentro de ella y Eva lo siguió al mismo tiempo—¡Miller!

Amaba que gritara su nombre.

5



—A ESTO ME REFERÍA...

La frase quedó flotando en el aire y Eva trató de adivinar y recordar sus palabras.

—¿Y...?

—Es así como quiero recordarte cuando las llamas llegan a mi vida. Es así como quiero que me recuerdes.

—Estás cortando conmigo de nuevo.

Se separó de él con cuidado. Sintió que lo extrañaba y deseaba de nuevo ante su abandono, pero no había nada más que decir.

Primero le había hecho sentir como que estaba loca, después la pintaba como a su musa y ahora terminaba—de nuevo—con ella.

—¡Maldita sea! —dijo bruscamente—. Te deseo otra vez. Pero tengo que irme.

No necesitó preguntar adónde iba. Se había hecho de noche y moría de hambre. Estaba loco si pensaba que se quedaría en su casa de nuevo.

—¿Me llevas a mi casa?

Miller frunció el cejo.

—Eva no quiero que te vayas.

—Has terminado conmigo o lo que sea que hagas, lo entendí Miller. Pero es peor que me quede aquí. Si todo es parte de

mi imaginación me gustaría estarlo imaginando desde la comodidad de mi casa. Me llevas o me iré yo, no me importa.

Todo el momento se había estropeado.

—¿A ti quién demonios te ha dicho que he terminado contigo?

La bestia salía de su escondite. Mientras Eva se vestía lo ignoraba, no pensaba responderle.

—Estoy hablando contigo, Eva.

—Y yo he terminado de hablar contigo. No sé qué entiendes por terminar, pero es lo que estás haciendo. Acabas de follarme como que si te estuvieras despidiendo, y luego me dices que te recuerde de esa forma. Por no recordar que me dijiste que no me puedes desear como lo haces. Dime si lo estoy imaginando pero siento que escondes algo y quieres alejarme. Te lo haré más fácil. Lo termino todo ahora.

Estaban entre guerra de miradas. Él desnudo y ella completamente vestida.

Se había explicado como el culo, y ella no había entendido nada. Pero tampoco podía explicarle por qué actuaba así.

—No puedes dejarme—Casi y era un ruego—Ni siquiera te atrevas a hacerlo, Eva.

—Claro que puedo, y no quiero. Te quiero ¿recuerdas? Es una lástima que tú a mí no. Que pienses que no puedes hacerlo, pero no me quedaré a esperarte, Miller. Es lo que es.

—Lo que es… ¡Joder! ¿Por qué siempre arruinan todo con esa mierda romántica? ¿Acaso no podemos estar juntos? ¿Follar y estar juntos, sin esperar esa mierda?

Eso le rompió el corazón.

Se acercó a él y le dio un beso en su mejilla. Miller confundido no dijo nada y Eva habló:

—Porque eres increíble y mereces que te quiera.

Esperó que dijera algo, pero no lo hizo.

—Adiós, Miller.



No esperó que él la llevara. Se escabulló de la mansión y se fue directo a su apartamento. Cocinó algo de comida y ahora estaba en su cama, comiendo y navegando un poco en su laptop.

Las noticias llamaron su atención. Nunca antes lo había hecho, pero Miller estaba en el titular muchas veces, como artista y como hombre de negocios. Acaba de follar con ese hombre y la había dibujado. Ni siquiera había tenido la oportunidad de ver el trabajo final.

Tenía ganas de estar ahí, observarle por última vez. Si todo había acabado, quería verle jugar, más no jugar con él, aunque quería, no debía.

Tenía la carta que había escrito para él desde que llegó al apartamento y quería dársela. No iba a esperar hasta llegar a su clase, pues no sabía si iba a tener el valor de hacerlo.

Se cambió de ropa, una con la cual la dejarían entrar, tomó la carta, sus llaves y se fue.

Al llegar a Inferno notó las cámaras, los autos y todas las bellas mujeres. Hasta que miró a Miller, sonriendo con muchas de ellas y hablando con otros hombres. ¿Socios? No lo sabía.
Esperaba que no terminara arriba en una orgía de celebración, solo con el simple hecho de imaginárselo, le dio asco.

Subió las escaleras y caminó por todo el pasillo. Toda la gente estaba celebrando abajo y por ningún lado miró a Flame o Miller seguirla. Fue cuando corrió hasta su despacho, de milagro estaba abierto.
Entró y respiró hondo.

Todavía olía a él. Se le ocurrieron muchas cosas. Esperarlo ahí y darle la carta ella misma. Pero no tendría el valor de

despedirse, así que rápidamente puso la carta sobre el escritorio y salió de ahí sin ser vista, lo miró por última vez y esta vez sus miradas se encontraron. Ella le sonrió y él desvió la mirada.

Cuando llegó de nuevo a su apartamento, se lanzó a la cama, pensó en llorar, pero no valía siquiera la pena y se quedó dormida.

Al día siguiente una llamada telefónica la despertó.

Se trataba de su padre. Había tenido un accidente y estaba en estado crítico. Su mundo se vino abajo tras escuchar la noticia, por lo que sacó la tarjeta de crédito de donde estaba guardada e hizo una pequeña maleta rápidamente para salir de ahí y llegar al aeropuerto. Compró un ticket directo a Los Ángeles y sin mirar atrás dejó su nueva vida.

Al menos por ahora.

EN LA CIUDAD DE CAMBRIDGE,

Inferno, Club.



MILLER ESTABA SENTADO EN LA SILLA FRENTE a su escritorio. Era de madrugada, la fachada de la celebración había salido bien. Ahora Berlín había bajado la guardia mientras Miller atacaba uno de sus negocios en Australia. Jamás sospecharía que sería él. Nadie se salía con la suya y menos él. Atacaría todo y por último se lo serviría en bandeja de plata.

Notó el sobre blanco con su nombre sobre él y supo de quién era. La podía sentir. Ella había estado ahí.

Abrió la carta y la leyó.

Querido Miller,

Cuando leas esto quizá muchas cosas pasen por tu cabeza, pero seré lo más breve y sin afán de lastimarte. Pero conocerte ha sido mi bendición. Nunca he sido una mujer religiosa y creo que tú tampoco. La vida nos hace así. Pero quiero que sepas que aún hay esperanza para nosotros.

Nos encontramos.

Me ayudaste a salir de un lugar roto. Me diste el confort que ni siquiera yo había encontrado. Pero enamorarme de ti fue un error, mi error.

Siempre te pondré en la cima de todo. Te aclamaré orgullosa y abiertamente y cuando los tiempos se hagan duros, me aseguraré de contar hasta cinco y pensar en ti.

No quiero hacerte daño. Porque aunque me rompiste el corazón cuando te dije que te quería y tú te enfadaste, te sigo queriendo.

Espero algún día desenamorarme de ti y recuerda, las mentiras no van con tu alma, para mentir todos tienen razones y la más común es el miedo… yo no te tengo miedo y gritar tu nombre me devolvió la vida aunque me quitaras parte de ella. Cada día sin soledad me debilitaba. No me enorgullecía de mi soledad, pero dependía de ella. Hasta que llegaste tú.

Siempre tuya, tu ángel.

Eva.

6



EL OLOR FAMILIAR A TABACO LLENABA TODA LA mansión Kerr. Había olvidado la última vez que estuvo ahí. Los mismos muebles caros, pero nada le resultaba familiar.

Se fue hasta la habitación principal y sacó una pequeña maleta para llevarle algo de ropa a su padre cuando despertara. Accidente automovilístico.

O eso es lo que le había dicho el asistente de su padre. Que había perdido el control del auto. Se rehusaba a usar chófer algunas veces y ésta era una terrible consecuencia de ello.

Su padre no tenía sirvientes, al menos no para ocuparse por cosas como llevarle ropa al hospital.

Se metió al garaje y buscó una de las llaves de los siete autos diferentes que habían ahí. Tomó las llaves del viejo VMW que ella solía conducir antes de que confiara en el hombre equivocado y mejor amigo de su padre.

Al llegar al hospital se encontró con el médico.

—¿Es usted la hija del señor Kerr? —Le preguntó con tono preocupado.

—Sí. He venido en cuanto pude.

—Bien—Le puso la mano en el hombro—Pase por acá, el señor Kerr no deja de preguntar por usted. Ha despertado.

Estaba nerviosa. Hacía más de un año que no miraba a su padre. No sabía si iba a tener el valor suficiente para estar ahí. Lo que sí sabía era que ahora era más fuerte y podía escupirle la verdad en la cara.

—Está estable. Ha perdido el control de su auto y lo han traído a tiempo. La lluvia ha sido bastante violenta en estos días por acá.

La explicación de él no importaba. Lo único que importaba era que estaba bien y vivo. Eva se acercó a la cama de su padre y lo miró, tenía los ojos azules más intensos que nunca. Su piel era más blanca que la de ella y su cabello un poco rubio. Ninguna facción había heredado de él, ella era igual que su madre. De tés canela, cabello negro y ojos marrones que a veces, eran claros.

—Eva—Dijo con dificultad—Estás aquí.

—Hola—Le tendió la maleta en una silla—Te he traído un poco de ropa. El médico dice que estarás bien.

—Lo único que me importa es que estás aquí. No sabía que, al sufrir un accidente vendrías, de haberlo sabido me hubiese estrellado hace mucho tiempo.

Se suponía que era chiste. Pero solo para él. A ella no le hacía nada de gracia.

—No digas tonterías.

Una enfermera entró. Casi era hora del desayuno. Eva no había dormido nada, ni en el avión ni cuando llegó a casa. Los ojos le pesaban, estaba de mal humor y quería matar por una ducha y cambiarse de ropa. Todo eso tenía que esperar. Le daba miedo cerrar los ojos ahí, en la ciudad donde todo comenzó.

Le sirvió el desayuno sobre la cama y él con mucha dificultad se sentó para poder disfrutarla. La enfermera le ofreció a ella, pero declinó en respuesta. Lo único que quería era irse de ahí.

—Lamento mucho que hayas tenido que venir hasta aquí.

Ella se levantó de su silla y caminó hasta la ventana, cualquier cosa le haría bien menos ver a su padre a la cara, todo había sido tan rápido que no sabía lo difícil que iba a ser tener que hacerlo.

—Bueno, soy tu hija. La única persona que tienes en el mundo.

—Hace un año que no te miraba, estás hermosa. Aunque un poco delgada ¿Estás comiendo bien?

—Mi alimentación es lo que menos te tiene que preocupar, papá.

Él dejó de comer.

—¿Y qué es, Eva?

Guardó un segundo de silencio para verlo a la cara nuevamente.

—Mi madre. ¿Dónde está?

—Muerta—Lo dijo como si no doliera.

—Ella no está muerta. No hay acta de defunción. No hubo un velorio o entierro. No me digas que está muerta. ¿Dime qué hiciste con ella? ¿Dime dónde está?

—Eva…

—¡Deja de actuar! —Alzó la voz—Solo estamos tú y yo. Dime dónde está mi madre.

En vez de responder a su pregunta y exigencia, le hizo otra, una que Eva estaba esperando que hiciera ahora que estaba preparada para decirle la verdad. Haber conocido a Miller le había hecho un efecto extraño. Era como si él le diera la fuerza que había perdido gracias a Berlín.

—Tenías un amigo—comenzó a hablar y la habitación se volvió negra ante la confesión que iba a hacerle—Confié en tu amigo y fue mi error, no te culpo por lo que me hizo, te culpo por haberme arrojado a confiar en él.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué amigo? Cuando huiste de casa te encontré tiempo después en la cama de un hospital con las muñecas abiertas.

TIEMPO ATRÁS



—POR FAVOR, LLÉVAME CONTIGO—Le rogó a Berlín quien acababa de tomar unas copas con su padre—No quiero vivir más aquí, dame trabajo en una de tus empresas. ¿Eres empresario como mi padre no?

Él solo veía carne fresca frente a él, y estaba servida en bandeja de plata.

—Mi padre no me deja en paz. Si trabajo podré contratar a un investigador privado para que me ayude a buscar a mi madre.

—Yo puedo hacer eso por ti—Le propuso.

—¿De verdad? —El rostro de Eva se iluminó.

—Sí. Pero tendrá un precio bastante alto.

—Trabajaré lo que haga falta. Estudié lo suficiente, puedo hacer lo que sea y seguir estudiando si hace falta. Solo quiero un trabajo e irme de aquí.

Irse de ahí.

Las únicas palabras que escuchó Berlín cuando una inocente Eva le pidió ayuda. Era el mejor amigo de su padre. La había visto crecer e incluso había conocido a su madre. Nunca le tuvo miedo y nunca la miró con otros ojos que como la hija de su mejor amigo. Casi y como un tío. Y Eva lo admiraba.

Pero no sabía que se había metido en la boca del lobo.

Y ese era su fin.

EN EL PRESENTE



FALLON KERR, EL PADRE DE EVA no podía creer lo que escuchaba.

—¿Berlín? ¿Te fuiste con Berlín?

Las lágrimas de Eva no eran de dolor, eran de puro odio. Su padre no podía creer lo que escuchaba si ella se había con Berlín entonces ya se podía imaginar a qué y a dónde.

—¿Dime que no hiciste lo que estoy pensando?

—Suficiente por hoy—Se limpió las lágrimas de su rostro—Como te dije, no te culpo por lo que me hizo, sino por arrojarme a ello. Si hubieses sido un poco como un padre quizá me habría quedado. Pero te empeñabas a que yo fuese una persona que no era. Querías una princesa inútil y yo no soy nada de eso, soy como mamá.

El rostro de Fallon dolió.

—¿Cómo has salido de ahí?

—Me escapé y hui. Me imagino que sigues en contacto.

—No, Eva. Algo me decía que él tenía que ver con que te fueras, así que no. Pero ahora que sé todo pienso buscarlo y matarlo.

—No se moleste, señor Kerr—Un hombre detrás de Eva habló. Sintió un escalofrió al sentirlo detrás de ella—De eso me encargo yo.

—¿Miller? —Se dio la vuelta y lo miró. Estaba frente a ella. Se preguntaba si había leído la carta. Había sido una despedida así que no entendía qué estaba haciendo ahí.

—Te conozco, tú estabas aquí cuando Eva…

Las piezas de nuevo se armaban. Miller no mentía cuando dijo que la había salvado. Fallon reconoció a Miller enseguida, había sido el hombre que había llevado a Eva al hospital luego de su intento de suicido. Y lo había visto el día siguiente, pero Eva no lo recordaba, le pidió que no le dijera nunca, por nada del mundo que él había estado ahí y había cumplido.

—¿Qué haces aquí, Miller?

Él no respondió. En cambio la tomó del rostro y le dio un beso casto en la frente reclamándola como suya. Después, caminó hasta donde estaba el padre de Eva y le tendió la mano.

—Miller Preston—Se presentó—Soy el novio de Eva.

«¿Novio?»

—Fallon Kerr—Sostuvo su mano fuerte—Su padre. No sabía que Eva tenía novio.

—Lo tiene—Expresó con arrogancia y regresó con Eva—Ahora si nos disculpas, creo que Eva tiene que descansar, he hablado con el médico y dice que mañana te darán de alta. Me encargaré de ello.

—Espera un momento, Miller—Fallon Kerr era un hombre celoso y en esos momentos celaba mucho a su hija y más después de haberle lanzado aquella bomba de confesión—Te atreves a tutearme y a llevarte a mi hija en medio de una conversación importante ¿Quién te crees que eres?

Uno era poderoso desde que nació y el otro había heredado algo que no debía heredar. Pero no había vuelta atrás.

—Soy el único hombre que ha mantenido a salvo a Eva desde ese día. Soy el hombre que ella necesita a su lado y el único. Soy su luz y ella mi razón de ser…y el que matará a cualquiera que quiera apartarme de ella. Ese soy yo.

Se hizo un enorme silencio.

—Vete, Miller—Eva habló—No vengas aquí a hablarle así a mi padre ni a mí. La carta lo decía todo. ¿Las has leído?

Miller se sacó la carta de la chaqueta.

—¿A esta carta te refieres? Es por eso que he venido. No voy a hablarlo delante de mi suegro.

Aquello no le hacía gracia.

—Vete, por favor.

Miller la fulminó con la mirada. Se guardó la carta de nuevo. Si alguien lo iba a lamentar era él por aparecerse así. Pero se había equivocado, Eva no quería verlo. Al menos no ahora.

7



MILLER ENTRABA EN EL VIEJO CLUB AL CUAL había pertenecido alguna vez. Ahora los dueños eran otros y desde luego, no se hacía lo mismo de antes. Una silueta detrás de él llamó su atención.

—Miller. No puedo creer que también estés acá. Espero no me estés siguiendo.

—¿Qué te hace tan especial, Berlín? Pensé que el mensaje había sido claro.

El puño llegó a su mesa. Varios hombres a su alrededor sacaron sus armas y apuntaron hacia él, Berlín.

Él miró a su alrededor, si ellos disparaban no quedaría nada.

—Veo que no estás solo.

—Nunca lo estoy—Dijo Miller sin inmutarse—Y no has sido invitado que yo sepa.

Berlín hizo algo mejor. Se sentó frente a él y le robó el trago que estaba disfrutando Miller.

No lo aprobó.

—¿Cuánto quieres por ella? —La pregunta quedó unos segundos en el aire antes de que Berlín respondiera.

—Que te parece esto—Se levantó de la mesa y se acercó a él—Tu vida por la de ella.

Salió con maestría del lugar sin mirar atrás. No había ninguna duda que Eva estaba con Miller. No iba a negárselo ahora y le había declarado la guerra poniéndole un precio. Uno bastante alto, pero si tenía que protegerla de él, iba a hacer cualquier cosa para que eso sucediera.



Eva estaba en su vieja habitación cuando escuchó el timbre de la puerta principal. No sabía si su padre estaba esperando visitas. Desde el primer plano era mala idea quedarse en esa casa, pero no contaba con dinero para irse a un hotel y se rehusaba a usar el dinero que su padre le daba, una conclusión estúpida si lo miraba desde otro punto de vista.

En cuanto abrió la puerta miró a Miller de pie, en su traje esta vez de dos piezas y sin corbata. Temprano en la mañana llevaba uno de tres.

—¿Qué haces en esta casa? —Le preguntó Miller.

—¿Qué haces tú aquí?

—Viviendo por ti, no encuentro otra cosa más placentera que eso, Eva. Aunque si lo piensas…

—Miller—Lo calló porque sabía hasta donde iba a llegar.

—¿Podemos hablar? —Le propuso.

Fue la primera en darle la espalda para que entrara, Flame estaba a lo lejos vigilando los alrededores. Al menos por fin tenía a alguien que cuidara la casa. Se dirigió hasta la sala principal y luego al mini bar para servirle un trago. Eva llevaba una bata de dormir, el cabello húmedo, olía delicioso pero diferente, también había algo diferente en su mirada.

Le dio el trago a Miller y cuando sus dedos se rozaron ambos se miraron con deseo. Lo que hizo Eva lo sorprendió. Se echó a llorar y lo abrazó fuerte.

—Eva—La confortaba—Estoy aquí. Deja de llorar.

—Tienes que ayudarme a encontrar a mi madre, Miller. No te pediría algo como esto, pero mi padre dice que está muerta, yo no lo creo. Me rehúso a creer que está muerta. Por favor… ayúdame a encontrarla.

—Lo haré—Fue lo único que le dijo. Sabía lo que era perder un padre. Él había perdido a todos los suyos.

Se sentaron en el sofá y Eva se quedó dormida en su regazo por un segundo cuando escuchó la voz de Miller hablando sobre su pasado.

—Estuve casado.

Desde su niñez, su vida con su esposa, y la herencia. Se lo contó todo, hasta el día del accidente y cómo cambió su vida después de perder a su hijo Silas.

—¿Por eso llamaste así a Salis? ¿Por tu hijo?

—Sí. Pero es parte de mi vida que no está en ningún lugar. Yo mismo me encargué de ello. Pero quiero contártelo todo, Eva. Quiero que lo sepas todo.

Eva se levantó de su regazo y lo miró a la cara. Su mirada era sincera, llena de dolor y odio al mismo tiempo. Casi igual a la de ella. Eran dos alma rotas que, de alguna manera pudieron sanar sus heridas cuando se conocieron. Ahora tenían un enemigo en común y tenían que tener un plan perfecto para ello.

—Berlín no quiere dejarte ir.

—¿Y si le ofreces dinero?

—Lo hice y no es negociable.

Miró algo en sus ojos y sabía que sí. Había un precio.

—¿Qué te pidió?

—Eva…

—¿Qué te pidió, Miller? Y recuerda lo de mentir.

Él le agarró la cara y esta vez le besó los labios.

—Mi vida por la tuya.

—Eso no lo voy a permitir—el corazón se le iba a salir del pecho solo con pensarlo. No iba a perderlo para que ella estuviese a salvo. De ninguna manera. —Te quiero, Miller. No me importa que tú a mí no me quieras. Pero le has dicho a mi padre que soy tu novia,

algo debe significar eso y es que los novios no dan su vida así por así por sus novias y menos a una que no quieren.

Lo estaba provocando. Y él lo sabía. Que dijera esas cosas le dolían. Porque no era así. No poder decírselo lo mataba.

—¿Vas a dejarme de nuevo? —Le preguntó Miller con un hilo de voz—Porque no lo voy a permitir. Vine hasta aquí después de leer tu carta. Me has destrozado el corazón.

—Pensé que no tenías uno.

—Coincido. Pero eres más lista que yo y sabes dónde hacer sentir y yo siento mucho, demasiado por ti, Eva.

—Se llama querer, Miller. Se llama amar también.

—¿Tú me amas? —Ahora era ella la que no se esperaba esa pregunta. Pero mantuvo su rostro a la altura del de él. Aunque fuese rechazada de nuevo, hablaría con el corazón en su mano.

—Sí. Te amo, te amo Miller Preston, aunque tú no me ames a mí te seguiré amando hasta que deje de respirar. Es algo retorcido, lo sé pero todo es culpa tuya. Hazme un favor, Miller, por favor no intentes salvarme.

El corazón de Miller saltó fuera de su pecho. Se sintió conmovido y vivo por primera vez.

—¿Y tú me harías un favor, Eva?

—¿El qué?

—Nunca dejes de amarme.

Cerró sus ojos y negó.

—Nunca.

Y así hicieron el amor, esta vez diferente, como dos personas que se aman y sus cuerpos hablando por ellos.



Al día siguiente Fallon regresó a su casa a su rutina. Y Eva sin despedirse regresó con Miller a Cambridge, pero para despedirse

porque debía ir de viaje. Eva no quiso preguntar, pero se imaginaba de qué se trataba.

Eva mientras estaba en su rutina de trabajo en la biblioteca tuvo una visita
inesperada.

—Así que es cierto, también trabajas aquí. Quería comprobarlo por mí misma.

—Sophia.

—Miller me lo comentó pero no podía creerlo. Nos reímos mucho de ti ese día.

Eva sabía muy bien ese juego de perras queriendo marcar territorio. Lo que ella y Miller tenían no podía destruirlo nadie, ni siquiera Berlín, peor ella.

—Déjalo ¿No te dijo lo que hacíamos? ¿Sabes lo que le gusta? Antes de ir a buscarte estuvo conmigo. No soy celosa, con quien duerme por las noches es conmigo, no me importa que se divierta un poco contigo, eres desechable, me lo dijo.

Con palabras como esas no se podía competir. ¿Cómo era que Sophia sabía que la había ido a buscar?

—Y la carta, por dios, eres patética.

—¿Leíste la carta?

—La leímos y nos reinos, pero—Se pasó la larga cabellera de un hombro a otro—Ya sabes, no eres la primera.

—Será mejor que te vayas de aquí Sophia antes de que estos libros aplasten su cabeza hueca.

—Sé quién eras—La provocó—Es por eso que eres desechable.

Se dio la vuelta y se fue. Recordar lo que había sido y recordar la clase de hombre que era Miller la hizo sentir más pequeña que una hormiga. Había estado casado con una mujer decente en el pasado. Y ahora ella, era una ex prostituta, había sido maltratada, violada y raptada. ¿A quién quería engañar? Su cerebro le estaba dando una mala jugada y ahora no estaba segura de quien era, y quien quería ser para Miller.

Sophia había entrado esa misma noche a leer la carta primero que Miller, es por eso que sabía sobre ello. La dejó en su lugar y se escondió en el baño, fue cuando escuchó la llamada de uno de sus hombres de seguridad y le avisaron sobre el accidente del padre de Eva. Por eso, también sabía lo del viaje y que iría a buscarla. Pero Eva no lo sabía. Ella solo había atado cabos, esta vez estaban demasiados sueltos para colocarlos en el lugar que eran.

—¿Estás bien? —Le preguntó Megan. Terminaban de almorzar, pero Eva no había tocado su comida.

—Sí, solo estoy cansada.

—¿Tu padre está mejor? Has regresado muy pronto del viaje.

—Sí, no fue nada grave. Por eso estoy antes en casa. Terminaremos el curso pronto, no tengo que perder el tiempo con él.

—Eso suena muy frío.

—Pues ya ves.

En cambio Miller su viaje era hasta Rusia donde un viejo amigo de la inteligencia rusa le iba a ayudar a encontrar a Berlín. Siempre que se le ponía delante desaparecía una vez cruzaba la puerta.

—No será fácil—Le dijo en ruso—Tienes que dejar a esa chica.

—Eso no es una opción.

—Es para dar con él más rápido.

—¿Estás sugiriendo que mi mujer te sirva de sebo?

—No, estoy sugiriendo que Berlín crea que bajaste la guardia y que salga de su escondite para ir tras ella. No dejaremos que se acerque. Primero haremos nosotros el trabajo. Después te lo entregaré para que hagas con él lo que se te pegue la puta gana.

Miller estaba de regreso. Eva estaba una de sus clases. Había venido la noche anterior. Lo supo porque su móvil estaba conectado cuando lo llamó pero no respondió. De igual manera estaba acostumbrada a ello. Le tomó por sorpresa que lo mirara entrar en su despacho por la mañana. Y al mismo tiempo se llenó de

ira después de recordar las palabras de Sophia. Ahora tenía sentido. Miller estaba mejor sin ella.

Miller estaba con alguien más.

Miller la había engañado.

Debía olvidarse de Miller. Y protegerlo al mismo tiempo.

Al final de la clase, Escuchar su voz no le hizo nada bien y menos en ese tono.

—Señorita Kerr, la quiero en mi despacho en unos minutos.

—Tengo que trabajar, señor Preston.

Que le llevase la contraria frente a todos hizo que se enfadara. Miller esperó que todos salieran del salón para acercarse a ella. La tomó del brazo fuerte y la hizo que lo viera.

—Cuando te hablo me miras a la puta cara y cuando te doy una orden la obedeces ¿Entendiste?

No estaba molesta. Tampoco furiosa. Parecía una chica en trance más bien. Lo notó en su mirada apagada.

—¿Quién eres para darme órdenes? ¿Mi novio? Sophia dice lo contrario. ¿Adónde fuiste, Miller? ¿Por qué no me cogiste el móvil?

Eran demasiadas preguntas. Él iba a terminar con ella comportándose como un idiota. Pero ella ya había terminado con él mucho antes de que volviera.

—¿Qué demonios te dijo Sophia esta vez para que estés así?

—Nada que no sea cierto.

—¿De qué estás hablando?

Las lágrimas no pudieron más. Estaba cansada. No había dormido nada. Tampoco comido. Todo sucedía demasiado rápido. Y las ganas de vivir se habían esfumado.

—Era una puta, Miller.

—Eva...

—Yo no puedo continuar con esto. Yo soy una asesina. Maté a un hombre cuando escapé de Berlín. Era una puta. Me hicieron cosas que no te puedes imaginar. Y eso es parte de mí cada vez que me voy a la cama. ¿Tienes idea de lo que soy? Estoy cansada de llevar una máscara. Ese lado horrible que aún no conoces.

—Basta. Si quieres terminar conmigo, hazlo con dignidad y vete. No te detendré.

Eso era nuevo.

La dejó sin habla. Taladrándole más el corazón. Se lo estaba haciendo fácil y Miller lo sabía. Solamente que, era parte de un plan para salvarla y ella se estaba echando a morir. Quería que acabara todo y decirle que nada de lo que decía le importaba.

—Adiós para siempre, señor Preston.

Esa noche Eva dormía en su viejo departamento. No había derramado una sola lágrima. Al escuchar las palabras secas de Miller, tuvo razón Sophia. Ella era desechable. El numerito con su padre no había sido otra cosa más que eso. Un juego más.

8



DOS DÍAS DESPUÉS EVA RECIBIÓ UN LLAMADO de la junta directiva. No estaba segura de qué se trataba, pero si era la expulsión definitiva, tampoco le importaba. Al menos que se tratara de otra cosa.

—Buenas tardes, señorita Kerr—Se dirigió a ella el profesor Aubrey, el vicerrector del campus.

La escudriñaba junto a los otros cinco profesores más. Había una silla vacía en una posición de mando, ya sabía quién la ocuparía cuando la puerta del salón de juntas se abrió y un Miller entraba con la mirada más fría que nunca.

—Señor Preston—Todos se pusieron de pie y esperaron que Miller tomara su lugar. Ahora sí nada tenía sentido y las manos le comenzaron a sudar. Seguramente Miller sabía de lo que se trataba, pero Eva estaba perdida.

—Espero y sea algo importante—Dijo Miller—Mi tiempo es bastante valioso.

—Seguramente, señor. Pero el motivo de esta junta es bastante importante y un tema muy delicado.

Miró a Eva y frunció el cejo.

—¿Qué hace ella aquí?

—Es su alumna—El profesor Aubrey la señaló—La señorita Eva Kerr, me temo que está en su curso de artes ¿O acaso no la

conoce, señor Preston?

—Desde luego que sí, pero no entiendo qué hace ella aquí. La señorita Kerr debería estar en su trabajo ahora mismo.

—¿Así que sabe que también trabaja aquí?

«Mierda» pensó Miller.

—Es mi deber conocer a todos mis empleados.

—¿Y su deber también es mantener una relación más que laboral y profesional con ellos?

Se hizo silencio.

Ahora ambos sabían por qué estaban ahí.

—¿Disculpe?—Miller levantó un poco la voz—¿Sabe usted la gravedad de sus palabras, profesor Aubrey?

Eva se mantenía en silencio. Con la mirada fija en sus manos como una sumisa en problemas.

Para Miller mirarla de esa manera lo hizo arder en fuego. Odiaba verla de esa forma tan débil y permisiva. Debía defender su posición y negarlo todo así fuese una hija de puta como él.

—Lo sé y por eso traeré a alguien más.

La puerta se abrió de nuevo y Sophia Winter hizo presencia. Miller maldijo por lo bajo y Eva también.

—Señorita Winter. Gracias por venir.

—Señores—Expresó al momento de sentarse cerca de Eva.

El interrogatorio continuó cuando el profesor Aubrey se dirigió a Sophia e hizo la siguiente pregunta:

—Voy a ser directo con usted. ¿Sostiene que el señor Preston y la señorita Kerr tienen una relación amorosa?

Sophia los miró a ambos con recelo y respondió:

—Sí yo misma los he visto más de una vez.

Miller gruñó. Casi y se echó a reír pero se contuvo. En cambio Eva quería morir ahí mismo. No sabía qué decir ni qué hacer. No quería meter la pata tampoco así que se quedó callada.

—¿Qué tiene que decir, señorita Kerr?

Eva miró por un segundo a Miller y él supo que tenía que hacer algo. No podían acorralarla de esa manera. De todas formas, todo lo había comenzado él.

—No voy a permitir que continúen con esto—Miller se levantó de su silla y los fulminó a todos con la mirada—Que no se les olvide que soy el propietario de esta institución y bajo ninguna circunstancia voy a permitir que acorralen a una alumna o a mí de esa manera.

—Señor Preston, que sea usted el propietario no le da derecho a cruzarse las normas. Ya suficiente escándalo son los desnudos en su clase.

—Se llama arte.

—Arte. Bien. Pero somos una junta. Y si esto se denuncia podrían hasta cerrar la institución si llegan más al fondo de todo esto.

Miller se paró frente a él y cruzó sus brazos.

—¿Está seguro?

Hubo silencio. Y el profesor Aubrey se puso nervioso.

—Explíqueme entonces qué es este email que la señorita Kerr le envió hace unos meses.

Le arrojó el email impreso que Eva le había enviado por equivocación. Miller lo tomó y se dio cuenta que también estaba la copia de respuesta. Desde luego que se monitoreaban todos los correos de entrada y salida y él no contaba con eso.

—Eso fue un error—Eva por fin habló—El señor Preston no tiene nada que ver, era un email para una amiga.

Se volteó hacia ella para escuchar su vaga explicación.

—¿Está segura de eso, señorita Kerr? Porque aquí puede decir la verdad. Recibimos una queja sobre el señor Preston el otro día. Quiso obligarla a desnudarse en clase ¿Lo va a negar también? porque hay muchos testigos de cuánto la afectó.

—¿Quién ha denunciado eso? —Eva preguntó.

—El señor Travis Harper.

Miller volvió a gruñir por lo bajo. Enfadado por ello. Eran muchos contra él solo. Pero le importaba una mierda.

Eva miró a Miller y después habló:

—El señor Preston no me ha obligado—Comenzó a decir con hilo de voz—Soy yo la que comenzó todo esto.

Todos, incluyendo Miller no podía creer lo que estaba escuchando. La junta directiva comenzó a murmurar un par de cosas y después se hizo el silencio de nuevo.

—El email claramente dice que me atrae de maneras poco profesionales como mi profesor. Pero mi intención nunca fue causar un daño a él o esta institución, simplemente sucedió.

—Señorita Kerr…—Miller arrastró las palabras—¿Qué está usted haciendo?

—Ahora—Eva miró a Sophia—Las intenciones de Sophia siempre han sido destruir todo a su paso.

—¿Qué?—Dijo ella asustada.

—¿Les dijo qué hace aquí? ¿Les mostró alguna prueba de que el señor Preston y yo tenemos un romance?

—No, pero…

—Porque no las tiene, pero yo sí las tengo de que ella es una acosadora. Pregúntenle qué hace después de clase. O revisen el GPS de su coche. Ella es quien ha estado acosando al señor Preston y a mí y si él no quiere involucrarse exponiéndola, lo haré yo. Me he mantenido al margen, tuve un error con ese email, pero ha sido todo. En cambio ella…

—¡Eres una perra! —Gritó Sophia—¿Te crees muy lista? Eres la mojigata nueva y ahora todos te ven ¡Incluyéndolo a él! —Señaló a Miller—¿Qué tienes tú que no tenga yo? He estado en sus clases durante dos años y nunca me ha visto cómo te mira a ti. ¡Eres una perra! ¿¡Dime cómo lo haces!?

En cuanto se acercó a Eva para golpearla en la cara, su mano fue detenida por Miller en el aire.

—Es suficiente.

«Caíste» Dijo Eva en su interior.

Era cuestión de segundos para que explotara. Personas como ellas nunca toman bien un rechazo, y la provocación de Eva bastaba para que estallara de esa manera.

—Hemos visto las grabaciones de los pasillos—Dijo otro de la junta—Siempre estaba detrás del señor Preston. No era la señorita Kerr, era usted. Y el señor Harper no solamente denunció al señor Preston, también a usted por sus desnudos frecuentes dentro de la

clase. —Continuó—También hay una grabación donde se le ve dirigiéndose a la señorita Kerr de forma amenazante y eso Sophia, es bastante grave, más las acusaciones falsas contra el director.

—Sin más que añadir—El señor Aubrey se dirigió a Miller—Dejaré que usted tome una decisión sobre la señorita Kerr y la señorita Winter. La escala está muy cerca. Lo que suceda después, ya no es jurisdicción de esta institución.

Eva fue la primera en salir del despacho. Casi corrió lejos de ahí y sin mirar atrás. No podía creer que lo había salvado. Pero si alguien era culpable era solamente ella.

Había sido ella la de las promesas. No él.



Era una chica con el corazón roto. Hecho pedazos. Todavía se encontraba en trance y se rehusaba a llorar, aunque su alma se lo pidiese a gritos. No le encontraba sentido a nada y aquella valentía había quedado en un cajón.

Miller había roto con ella. Sophia había destruido la poca confianza que le tenía y ahora su carrera pendía de un hilo. Por no decir que su padre estaba a miles de kilómetros y que su raptor estaba cada vez más cerca.

Mientras caminaba lejos de los pasillos, Eva estaba dispuesta a ir a casa. Cruzaba la calle lejos cuando se escuchó un auto derrapar a los lejos. Se dirigía hacia ella a quema ropa.

Travis que estaba observando todo aquello.

—¡Eva! ¡Cuidado! — Corrió lo más rápido que pudo y su cuerpo se estrelló con el de Eva llevándola fuera de la carretera e impactando sobre el pavimento caliente.

No pudo abrir sus ojos nuevamente, y tampoco quería hacerlo.

Eva estaba en la enfermería del campus. Abrió sus ojos y picaron al sentir la luz blanca que había sobre ella. Le dolía todo el cuerpo y sentía punzadas en cada parte de él. Al intentar mover su mano, sintió que había otra sobre ella.

Era fría y rasposa. Sintió un escalofrío que invadió todo su cuerpo y se tensó cuando miró a quién pertenecía.

—Puedo matarla si me lo pides, putita.

—¿Qué? —Dijo Eva al ver a Berlín al lado de ella. No sabía si estaba soñando o si todo lo que veía era real.

—A la perra que quiso hacerte daño.

—¿Sophia?

—Solo yo puedo hacerte daño ¿Lo sabes, verdad?

—¡Eva!

—¡Eva, despierta!

Abrió sus ojos. Esta vez de verdad y Miller estaba frente a ella. También Megan, pero nada sobre Travis. Seguramente Miller lo había sacado de ahí.

—¿Está Travis bien? —Fue lo único que preguntó.

La mandíbula de Miller se tensó por su pregunta. Nunca antes había sentido esa clase de celos. Pero los que sintió en ese momento le daban ganas de cometer una locura. Como llevársela de ahí para siempre.

—Sí, él está bien—Respondió Megan.

—Pequeña, déjanos solos—Le pidió Miller a su sobrina.

—De acuerdo—Miró a Eva como si ella estaba de acuerdo con ello, y la verdad es que no. No tenía intenciones de verlo y menos ahora que Sophia había intentado matarla. Berlín se lo había dicho, aunque no estaba segura si podía confiar en sus sueños. Se estaba volviendo cada día más loca.

—¿Se puede saber por qué corriste hacia el auto? —Las palabras de acuso que salieron de su boca ofendieron a Eva.

Ella lo miró con ojos de odio.

—Vete a la mierda, Miller. ¿Ahora crees que estoy loca para saltar frente a un coche? No puedo creerlo.

Se acercó a ella e intentó besarla. Pero ella se resistió.

—Que esté enamorada de ti no te da derecho a tomarme cuando quieras. Hemos terminado ¿Lo recuerdas?

—Eva...

—No, Miller. Ha pasado una semana. Una maldita semana que no sé nada de ti. Permíteme que te olvide.

—No voy a permitirlo.

—Ah, no. ¿Por qué? ¿Porque siempre obtienes lo que quieres? ¿O por qué piensas que siempre estaré aquí? No, Miller. No te equivoques conmigo.

La tomó del rostro e hizo que lo viera. Estaba eufórico escuchando cada palabra que le taladraba el corazón. Solo ella podía hacerlo sentir. Y en ese momento se sentía como la mierda.

—No te equivoques tú. Lamento contradecirte pero eres mía. Yo te necesito. Te imploro que no te rindas. Solo espera.

Se apartó de ella. Sin decir nada más. Y sin darle oportunidad de contradecirlo. Antes de ponerse a llorar Megan entró a la enfermería de nuevo.

—Por Dios, Eva.

Se abrazaron y entonces pudo llorar. Aunque no sabía si era por ver a Megan de la misma manera o porque Miller estaba acabando con ella. No sabía a qué se refería con lo de esperar. Pero dentro de ella sentía que debía hacerlo. Como una idiota le dio el beneficio de la duda. Como una última oportunidad. De todas maneras la graduación estaba casi cruzando a la otra calle. Muy cerca y cuando sucediera huiría de él. De todas maneras ya lo había hecho antes.

9



LA ALARMA CONTRA INCENDIOS SE ENCENDIÓ y se dominó en cada uno de sus sentidos. Ahora no estaba soñando. Todo estaba pasando en tiempo real. Le tomó un par de segundos recomponerse. Megan aún estaba con ella.

—Tenemos que salir de aquí —Le dijo Eva. Se levantó con mucho cuidado de la camilla y tomó a Megan del brazo.

—¿Qué está sucediendo?

—No lo sé. Pero no nos quedaremos para averiguarlo.

Abrieron la puerta y salieron por el pasillo. No había nadie. Y eso era extraño. Al escuchar un par de tiros, fue su señal para salir corriendo. Y el único lugar donde podrían estar a salvo era en el despacho de Miller.

Cuando entraron cerraron la puerta con llave y pusieron un mueble de mesa de madera para bloquearlo.

—Miller tiene que tener un arma aquí—Le dijo a Megan—Ayúdame a buscarla.

—Estás loca, ¿Sabes usar una?

—No ¿Y tú?

—Tampoco.

—Entonces aprenderemos a defendernos juntas. Quién sabe qué esté pasando ahí fuera. Nos quedaremos aquí hasta que Miller llegue.

Eva sacó su móvil y lo llamó enseguida.

A la primera tonadilla Miller respondió.

—Quédate dónde estás—Le dijo al responder. La había visto entrar a su despacho con Megan mientras él y Flame disparaban a los hombres encapuchados que parecían buscar algo en todo el lugar.

—Miller...

—Eva, por favor. Quédense ahí. Las sacaré de ahí pronto.

—¿Quién está haciendo todo esto, Miller?

Hubo un silencio y un par de disparos más se escuchaban a lo lejos.

—¡Miller!

—Eva. Tengo que colgar. Iré por ustedes pronto. No le abran la puerta a nadie que no sea yo. ¿Has entendido?

—Sí.

Miller cortó. Y Megan estaba con sus rodillas en su pecho asustada. Si alguien estaba haciendo eso no era otro más que Berlín.

No podía poner a Megan en peligro. Si la buscaba a ella. La mataría a ella también para no dejar testigo.

—Megan, necesito que te quedes aquí.

—¿Qué? ¡No!

—Megan, iré por ayuda. Será difícil que vayamos las dos. Escóndete aquí, por favor. Y no salgas. Regresaré pronto lo prometo.

—Eva, no.

—Estaré bien—Le dio el arma—Apunta y dispara.

Megan tomó el arma contra su pecho. Eva quitó el mueble para abrir la puerta y lentamente salió. Caminó por el largo pasillo. Ahora ya no se escuchaban disparos pero había un silencio incómodo. Sintió que la perseguían y cuando cruzó el siguiente pasillo, Berlín estaba frente a ella con Sophia de rehén.

—Mi putita—Se lamió los labios viéndola de pies a cabeza —¿Te encuentras mejor?

—¿Qué haces? Déjala ir.

Se echó a reír por su petición. Lo tomó por sorpresa también que no lo recordara que hace un rato estuvo con ella. Pues no había sido un sueño.

—Te dije que la mataría—Berlín le apuntó con el arma en la cabeza de Sophia—Ella te arrolló con el auto. Quiso hacerte daño, putita. ¿Tú sabes lo que les pasa a los que intentan hacerte daño sin mi consentimiento?

Sophia lloraba. La desesperación en sus ojos le recordó a Eva lo que era un alma perdida.

—Lo lamento. Yo no quería. Yo solo...

—Ehh, eres una puta muy mala, Sophia—Berlín la tomó más fuerte. —Muy muy mala. ¿Quieres saber lo que te pasará por lastimar a mi putita?

—Por favor, señor...

—¡Cállate, puta! —la arrojó al suelo y Sophia se quedó mirando hacia abajo. Rendida y arrepentida por lo que había hecho. No era una asesina. Solo era una niña malcriada que no había calculado bien su travesura y plan de venganza.

—No lo hagas, Berlín.

—¿Me estás implorando, putita? Eso me pone tan duro.

A Eva le dio asco. Imaginó las veces en las que la hizo suya. Cuando la violaba furiosamente. No solo él. También sus hombres. Ese destino tendría Sophia si no hacía algo. O terminaría con una bala en la cabeza.

—No la mates. Ella no sabía lo que hacía. No merece morir, por favor.

—Me sorprendes. No sabía que podía haber clemencia y perdón en ti. Después de lo que pasaste pensé que serías una perra dura. Pero eres débil.

—No me hace débil tener compasión, Berlín. Deberías intentarlo.

Berlín se echó a reír. Su carcajada era bulliciosa e incómoda.

—¿Quieres que te perdone por haber huido de mí? ¿Es eso lo que quieres decir, putita? Que te perdone por haberme abandonado. Me perteneces todavía. Es increíble que lo hayas olvidado. Ven aquí.

Le ordenó y Eva no respondió.

—¡He dicho que vengas aquí!

Se movió lentamente hacia él, en cuanto estuvo frente a ella la abofeteó y Eva cayó al suelo. Lo siguiente fue golpearla, esta vez con patadas hasta que se agachó a su rostro y la golpeó más está vez con el puño.

Eva lo miró con ojos de odio con su cara ya hinchada llena de sangre. Sintió el sabor metálico en su boca y lo escupió.

—No lo he olvidado porque no es así. No te pertenezco. Eres un mal nacido de mierda.

Otro puñetazo fue a la cara. Luego al estómago y por último volvió a apuntar a Sophia en la cabeza. Esta vez chilló pidiendo ayuda.

—¡Déjala! No la quieres a ella. Me quieres a mí.

Los ojos de Berlín se iluminaron cuando atisbó a Miller acercarse apuntando con el arma.

Eva se agachó al lado de Sophia y fue un mar de balazos. Lo único que pudo hacer fue escuchar más disparos. Le hirieron en el brazo a Berlín pero sus hombres salieron en su rescate y lograron escaparse. Se escucharon también las sirenas de las patrullas.

Eva miró hacia Sophia, tenía los ojos cerrados pero no estaba herida. Se había desmayado del susto. Se acostó boca arriba y miro el techo. Todo había acabado.



El ruido de una máquina la despertó. Abrió los ojos y había otra luz blanca sobre ella. Se dio cuenta que no estaba en la enfermería sino en el hospital. Cuando Miller llegó a su punto de visión Eva no podía creer lo que estaba mirando.

Miller derramó una lágrima y ella la atrapó. Le partió el corazón en mil pedazos. Tenía la cara destrozada. Tenía moretones por todo su rostro y sangre seca. Era increíble lo que un par de

golpes le podían hacer en unos segundos. Pero lo raro de todo era que Eva no sentía nada.

—Miller—Se le quebró la voz—No llores. Por favor. No llores.

Era lo que él le pedía cada vez que la miraba llorar. Ahora el sentimiento era mutuo.

—Perdóname. Yo...tenía que salir a buscarte. Yo no podía... ¡Megan!

—Shh. Ella está bien. Está en el auto, Flame la llevará a casa. Te dije que te quedarás ahí con ella. ¿Por qué no obedeciste? Estaba furioso y dolido por no haber podido protegerla. Ahora el rostro de Eva era irreconocible.

—Nunca puedo protegerte y tú me lo haces bastante difícil. Ella sonrió.

—Es lo mismo que intento hacer y tú no me dejas tampoco. Creo que estamos a mano.

Miller no dejaba de verla. Y tampoco dejaba de llorar. Si nadie había muerto entonces por qué lloraba tanto.

Lo entendió cuando Miller le dijo las palabras que no esperaba escuchar.

—Te amo—Ahora era ella quien lloraba. Pero no de tristeza ni por el dolor—Te amo, Eva Kerr. ¿Lo entiendes ahora? Porque a mí me queda bastante claro. Tuve miedo de perderte.

—Miller...

—Por favor, dime qué aún me amas, mi ángel.

Le tomó la cara para besarlo. Le limpió las lágrimas y le sonrió como si nada ni nadie existieran en el mundo más que ellos dos en ese momento.

—Yo también te amo, Miller.



Se amaban.

Eso era un hecho. Como también que Eva pasaría la noche en su casa. No solo una, sino todas por el resto que le quedara de vida.

—Vivirás conmigo—Había sido una orden la cual no podía rechazar aunque quisiera.—Hoy te dan de alta. Cuidaré de ti. En mi casa estarás segura.

—Pero... Ni siquiera somos nada.

Miller le propuso una mirada de represalia. No podía follarla ahí mismo para demostrarle que era su único dueño. Además le había dicho que la amaba. Razón suficiente para que vivieran juntos. Pero aun así quiso jugar su juego.

—Eso no es justo, Eva.

—De acuerdo me quedaré. Solo porque no quiero discutir contigo.

Miller notó que algo más pasaba pero lo quiso dejar para después. Ahora debía llevarla a casa. Eva no lo sabía pero todas sus cosas ya estaban allá junto con otras nuevas. No necesitaba regresar más al hoyo donde vivía.

—Me di cuenta que no podía vivir sin ti. ¿Te das cuenta de eso? Ahora por nada ni nadie me separaré de ti. Ni siquiera mis planes harán que me aparte de ti.

—¿Qué planes? ¿Acaso por eso habías terminado conmigo?
Su silencio lo dijo todo.

—Si vas a jugar a ir y venir no me apetece hacerte compañía, Miller. Atraparé yo sola a Berlín y lo mataré.

—Estás loca. Ni se te ocurra hacer algo. Yo me encargaré de él. No pienso usarte cómo sebo no dejaré que cometas una locura. Eva, te lo prohíbo.

Mientras iban en el auto camino a casa de Miller ninguno de los dos se dirigía la palabra.

Se quedaron entre guerra de miradas para ver quién ganaba y fue Miller que por sorpresa terminó apartando la mirada. Se acercó a ella y le tomó la cara suavemente, pues no quería lastimarla.

—Por favor, Eva. Déjame cuidar de ti.

—Nunca te lo he negado, Miller.

—Bien—Le besó la frente—Tengo que ir a trabajar pero puedo quedarme contigo si quieres.

—No hace falta, estaré bien. ¿Vendrá Megan?

—Sí, puede venir pero debes descansar. ¿Por qué no te recuperas primero antes de recibir visitas?

—Necesito a mi mejor amiga. Me volveré loca si me la paso yo sola en casa o contigo yendo tras de mí.

—Eso fue un golpe bajo.

—Pues es el precio de querer vivir conmigo.

La abrazó aún más.

—No me importa. Ahora eres mía.

Mientras Eva paseaba por toda la casa, sus ganas de conocer más de Miller la estaban llevando a un mundo poco conocido. Entró a su despacho con la intención de buscar la pintura que Miller había hecho de ella, desnuda. Y mientras estaba en ello, un viejo cajón llamó su atención. Parecía antiguo como si dentro de él se guardaran los peores secretos de Miller, y en parte lo eran.

Abrió una de las gavetas y lo que miró en su interior no la sorprendió pero algo dentro de ella la instó a que la tocara.

Un arma.

La sacó del cajón y la levantó con ambas manos. Estaba cargada y lista para disparar si le quitabas el seguro. Pero antes de regresarla a su lugar, la puerta se abrió de repente y Miller se quedó helado observando lo que Eva según en su mente quería hacer.

—Eva…

Su mundo se detuvo. Eva recordó lo que era tener una en sus manos, solo debía halar el gatillo, pero primero apuntar hacia su enemigo. Era así como lo había hecho en el pasado. Ya se había cargado a un hombre, al último que habría querido violarla.

—Eva, baja el arma, nena…

La voz de Miller temblaba. Eva lo miró por un segundo y arrugó su frente. No entendía nada. En cuanto Flame entró, Miller lo detuvo.

—Yo lo hago, Flame.

—Pero…

—Eva, baja el arma.

«¿Acaso piensa que yo…»

Eva dejó de sostener el arma y la arrojó al suelo, sintiéndose como una tonta, tan pequeña e indefensa. Pero también se sintió humillada y la vergüenza también se hizo presente cuando Miller se acercó a ella con delicadeza y la levantó del suelo en sus brazos.

La llevó hasta su habitación, la que de ahora en adelante compartiría con él si ella estaba de acuerdo. La metió bajo las sábanas como a una enferma indefensa y Eva lo detuvo cuando quiso retirarse.

Él no podía verla a la cara. Estaba tan asustado como ella.

—Mírame, Miller.

Él no lo hizo y eso le dolió.

—¿Acaso pensabas que iba a…

—Eva—No dejó que terminara la frase porque escucharla en voz alta era una tortura.

—No iba a hacerlo. Miller no iba a hacer nada. Solamente la sostuve en mis manos.

Fue cuando la miró, buscando un poco de sinceridad en su mirada fue cuando la encontró.

—¿De verdad?

—Sí Miller. No iba a hacerlo, lo juro.

Miller se sentó a su lado. Intentando analizar lo que había ocurrido.

—Pero estabas, fuera de ti.

—Recordé cuando asesiné a aquel hombre con un arma—Le explicó—Recordaba lo que era tener una y no me gustó la sensación esta vez. La primera vez fue de poder, esta vez tuve…

—Miedo—Miller le ayudó a terminar—Yo también tuve miedo. Miedo de que cometieras una locura como la primera noche en que te conocí.

Una lágrima se asomó y se deslizó por las mejillas de Eva negando con la cabeza.

—Yo no haría algo así de nuevo. No te lo haría de nuevo, Miller.

Se acurrucó y se hizo un ovillo sobre la cama. Avergonzada de que él pudiera pensar algo así de ella. Peor ahora que su vida tenía sentido, él le daba el sentido a todo.

—Te amo.

La voz de Miller hizo que lo mirara por un segundo. Como si eso sirviera ella continuaba llorando.

—Me duele que pienses que quiero hacerme daño, primero el coche y ahora esto. Me juzgas demasiado pronto.

—Lo lamento, Eva. —Se acostó a su lado—Lo lamento tanto, mi ángel. No volverá a ocurrir. Simplemente pensé que te perdería.

—No vas a perderme nunca.

—Estoy de acuerdo—Se apretó más hacia ella. Sintiendo cómo su miembro crecía cada vez que el culo de Eva se frotaba con el de él. Sin miramientos Eva se deshizo de su sábana y le tomó las manos para colocarlas en sus pechos. Así de espaldas sentía el aliento de él quemarle de deseo el cuello. Quería besarlo, quería gritar su nombre y follar como dos animales. Pero estaba débil y tan cierto como el infierno Miller se negaría.

Así que lo intentó más y movió su culo hacia él. Miller gruñó en respuesta y sonrió. Le estaba provocando.

—Estás débil, Eva no quiero lastimarte.

—No lo harás si eres gentil.

Dejó salir un gran suspiro y le bajó los pantalones de chándal que andaba puestos. Miller liberó su miembro ya erecto y duro que buscaba su entrada. Así de espaldas Eva levantó un poco el culo y abrió un poco las piernas para que entrara poco a poco en ella. Miller se agarró de uno de sus pechos y la penetró de lleno, su culo sonaba en su estómago. Esa posición era gentil, romántica y delicada. Como Eva lo quería. Comenzó a penetrarle con más ritmo. Eva levantó más la pierna y ahora estaba un poco boca arriba siempre dándole la espalda. La otra mano de Miller dejó su pecho y buscó su clítoris para hacerla acabar.

Estaba tan empapada y deseosa por más. Pero de momento es lo único que podían tener hasta que ella se recuperara del todo.

Cuando no pudo soportarlo más gritó su nombre.

—¡Miller! —Cerró sus piernas y Miller la detuvo.

—Abre las piernas, joder. No he terminado contigo.

Con mucha lucha las volvió a abrir, su orgasmo se estaba acabando, estaba ahora más empapada y Miller cerca de terminar. Ahora faltaba él.

La penetró más veces de las que podía contar.

—¡Joder, Eva! No quiero lastimarte.

—No lo harás.

Le agarró los pechos con un solo brazo y mano y la penetró más fuerte de espaldas, así ambos acostados, abrazados follando sin verse a la cara como dos extraños.

Miller dejó salir un gran gruñido y la llenó por completo. Eva se quedó dormida abrazada a su brazo y Miller besando su espalda, hizo lo mismo olvidando lo que había pasado.

10



—¿QUÉ ESTABAS BUSCANDO?

Caminaban juntos por el jardín, el doctor le había recomendado que hiciera un poco de ejercicio para relajar los músculos del abdomen que habían sido salvajemente golpeados por Berlín. Así que temprano por la mañana ella y Miller daban un paseo por todo el jardín. Sin árboles. Solamente lleno de flores de todos colores.

—El cuadro que pintaste de mí.

—¿De verdad? Me hubieses preguntado primero.

—Lo sé, pero pensé que no estabas en casa.

Estaba hermosa esa mañana. Le había mandado a comprar vestidos floreados de algodón. Cómodos y perfectos para ella. Todos de diseñador. De vez en cuando se ponía una chaqueta, pero a Miller le gustaba verle los hombros y su espalda cuando se empuñaba todo el cabello en una coleta o un moño desordenado.

—Vamos—La tomó de la mano y regresaron al interior de la casa. Caminaron hasta su vieja habitación y ahí estaba. En la habitación de Miller. La oscura que parecía no tener vida ni color. Lo único lleno de vida y color era el cuadro que había pintado de ella que estaba por encima del cabecero de la cama.

—¿Por qué no dormimos aquí?

—Era mi habitación, pensé que te sentirías mejor en la otra.

Ella negó.

—Quiero que ésta sea nuestra habitación. Era la tuya y aquí dormimos juntos por primera vez.

—De acuerdo.

—Es hermoso lo que hiciste con ella—No le quitaba los ojos de encima—Es hermoso, Miller.

—Tú eres hermosa.

Ella le regaló una sonrisa en agradecimiento.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Le preguntó Miller. La hinchazón del rostro había bajado, con un poco de maquillaje nadie se daría cuenta que había sido golpeada. Sin mencionar los moretones del abdomen esos sí estaban de todos colores pero sanarían.

—Sé que ya no tengo trabajo—Ella puso los ojos en blanco —pero no hay excusa para terminar el año y el curso.

—¿Estás segura? Sabes que no tienes que ir si no quieres, tu título siempre lo obtendrás.

—Lo sé, y es por eso que quiero acabar. No quiero que me lo hagas todo fácil.

—¿Y a ti quién te dijo que te lo hacía fácil todo?

—¿Quieres una lista? —Se burló—Eres el señor que todo lo puede. Suficiente que tenga que vivir contigo como para estar ahora disfrutando de la comida y el jardín. Debes trabajar tú también.

—La verdad es que sí—La trajo hacia él y la besó—pero prefiero quedarme en casa contigo. Le pago bastante bien a la gente para que trabaje para mí.

—Miller—le advirtió—Eso no es justo. Tengo que salir de aquí.

—¿Ya no quieres vivir conmigo? —puso morritos.

—No he dicho eso, solamente dije que quiero sentirme útil y …

—Yo sé cómo puedes sentirte útil—Le tocó el culo.

—Eres un…

La calló con un beso. Su lengua acariciaba la suya y Eva se dejó hacer, llevando sus brazos hacia sus hombros y abrazándolo. Llevaba un traje color azul marino. Olía de maravilla, pero ese traje se vería mejor en un despacho que encerrados en casa. Al igual que el vestido que ella llevaba.

—De acuerdo. Te llevaré.

—Gracias.



Eva, Megan y Travis salían de una de sus clases. Le había sentado bien tener un día normal y pintar un poco.

—Sophia parece otra—dijo Travis—Después del robo creo que eso la humanizó más.

Un robo. Eso había sido la pantalla del intento de secuestro del Berlín. Megan no dijo nada aún estaba nerviosa pero Eva lo sabía disimular mejor. Decidieron no opinar sobre el comentario que hizo Travis y los tres tomaron caminos diferentes a sus siguientes clases. Cuando llegó la última jornada, Eva se encontró con una visita inesperada.

—Papá. ¿Qué haces aquí?

Claramente su padre estaba mejor después de su accidente.

—Yo debería hacer las preguntas aquí. Me he enterado de lo que ocurrió ¿Estás bien?

—Perfectamente. Si solo a eso has venido será mejor que tomes un vuelo de regreso.

—Eva necesitamos hablar. Por favor.

No había sabido mucho de Miller en todo el día. Tampoco era bueno irse a casa tan temprano y sin él. No tenía más remedio que escuchar lo que su padre tenía que decir así que salieron del campus hasta el café que quedaba de la otra calle, si Miller no la encontraba la vería ahí.

—Dos café, por favor.

La mesera les sirvió dos café afuera de la calle donde a Eva le gustaba tomarlo de vez en cuando. Cuando no tenía amigos y solamente pasaba pensando en el profesor misterioso de artes. Solamente con recordarlo se le iluminó el rostro. Las cosas ya no eran tan sencillas como antes.

—Lo que me dijiste la última vez me dejó muy mal, Eva.

Usaba un traje inmaculado. Siempre que lo miraba así desde niña pensaba que su papá era el mejor y que tenía el mejor de los trabajos por vestir de esa forma. Era un director de cine o al menos eso le había dicho. Pero entre más pasaban los años menos creía que a eso era a lo que realmente se dedicaba. Si no, ¿de qué otra manera había existido su amistad con Berlín?

—No hablaré más de eso contigo.

Era definitivo, hablarlo con él no servía de nada. Tampoco era una hija de puta que le gustaba torturar a su padre. Ya el daño estaba hecho y ella estaba curando sus heridas.

—Debes decírmelo. Decírmelo todo, Eva.

—¿Y qué harás al respecto? ¿Vas a decirme dónde está mamá? ¿Vas a borrar cada cosa que esos hombres me hicieron? Lo dudo mucho, papá. Ya no puedes hacer nada. Nunca has podido hacer nada.

Se levantó de su silla como alma que se la lleva el diablo pero su padre fue más astuto que ella. La tomó del brazo e impidió que saliera corriendo como siempre lo hacía.

—Vas a escucharme, Eva—La apretó fuerte mientras hablaba —Estoy cansado de que salgas huyendo. Que no se te olvide que soy padre y que si te pasaron todas esas cosas fue por culpa tuya, no mía. Eres grande para tomar tus decisiones y veo que te equivocaste y me culpas por ello. Sabías muy bien a qué me dedicaba no creo que a estas alturas te creas que aún soy director de cine. Eso ha sido una fachada para limpiar mi dinero. Y eso también lo sabía tú madre.

Eva no podía más con cada palabra. Estaba viendo el verdadero rostro de su padre. Siempre le había hablado de esa manera. Pero no iba a tolerar la mentira y que manchara el nombre de su madre o siquiera la nombrara.

—Tienes un segundo para soltarla.

La voz de Miller llamó la atención de los dos. El padre de Eva la soltó y ella sintió el brazo de Miller detrás de ella en sus hombros.

—¿Estás bien?

Eva no respondió.

Miró a su padre y le volvió a hacer la misma pregunta que le hacía siempre.

—¿Dónde está mi madre?

Él en cambio, tenía la mirada fría. Como si que le hablara de su madre lo ponía de mal humor. Pero la verdad era que, tenía un cargo de conciencia bastante grande.

—Terminó como tú, pero al menos tú estás viva.

—Cállate, Fallon—Le amenazó Miller. Podía sentir que cada pedazo de Eva se estaba destrozando.

Muerta. A eso se refería. Su madre había sido una puta y ahora estaba muerta. Siempre pensó que no la quería y que la había abandonado. Por culpa de él. Pero la realidad era otra. Era demasiado para asimilarlo. No tuvo más fuerzas para soportar su presencia o sus palabras. Se dejó caer en los brazos de Miller y todo así como era su vida, oscureció.

El desmayo de Eva ese día le había dejado algo claro a Miller y era que debían agregar algo más al plan. Es por eso que dos días después llegó Grave a la mansión. En cuanto conoció a Eva supo por qué su amigo se había distanciado un poco de los negocios y trazar un plan de venganza. Eva era hermosa y digna de vengar.

Eva no lo reconoció pero sabía que había estado aquella noche en el club. De inmediato congeniaron y se cayeron bien. Tan bien que Miller estaba ya celoso.

—Pueden dejar ya de hablar sobre ello—interrumpió el tema de que Miller era un amargado enamorado—Me está empezando a doler la cabeza.

—O la polla—Agregó Grave y Eva se echó a reír.

Miller lo fulminó con la mirada, pero se le pasó, al menos había hecho reír a Eva, algo que no hacía desde hacía dos días.

Megan entró al comedor donde disfrutaban del almuerzo cuando los ojos de Grave se fueron directamente hacia ella. Llevaba pantalones ajustados y una camisa de botones abierta que dejaba al descubierto sus pechos que solo los cubría una pequeña blusa color lila. Su cabello rizado le daba un toque sexy y además se había

maquillado un poco. De hecho se maquillaba a menudo ya que las horas eran aburridas y decidían maquillarse viendo algunos tutoriales.

—Hola.

—Hola, pequeña—la saludó Miller y Grave maldijo por lo bajo recordando que era su sobrina.

—Hola, Megan te presento a Grave el mejor amigo de tu tío.

Grave nervioso se puso de pie y le tendió la mano. Los grandes ojos de Megan se iluminaron al ver al hombre alto y de traje tan guapo frente a ella.

—H...Hola, Megan. Tanto tiempo.

—¿Sí? Porque yo no te recuerdo.

—¿Qué demonios te sucede?—Miller observó que estaba bastante nervioso—No conocías a mi sobrina antes y ya sabes por qué.

—¿Por qué?—Preguntaron al unísono los tres. Era claro que ahora Megan era una chica tímida pero hermosa. Además de llevar la sangre de Miller. Lo que la hacía intocable a ella y a su hermana mayor.

—Lo dice porque vivo en Australia.

—No, lo digo porque follas todo lo que se mueve.

—Miller—Lo reprendió Eva.

A Megan se le hizo gracioso verlo tan nervioso. Era obvio que se atraían en el instante en que se pusieron de frente uno con el otro. Pero como era de esperarse Megan no se lo haría fácil y mucho menos Grave caería en los rizos de una chica que apenas y conocía en foto.

Hubo un silencio después de las risas. Un silencio incómodo como aquel que te avisa que algo terrible está a punto de ocurrir y no era la excepción.

Una explosión se apoderó del techo de la mansión, a lo lejos unos hombres comenzaron a disparar. El instinto de Miller fue proteger a Eva con su cuerpo. Sacó su arma y al igual que Grave protegieron a ambas.

—¡Flame! —Gritó Miller. Flame ya estaba preparado con las armas junto a varios de sus hombres de seguridad.

—¡No son muchos! Los tenemos rodeados caerán fácil pero tiene que cuidarse las espaldas.

—Eva, quédate quieta. Megan no te alejes de ella.

Ambas dijeron que sí con la cabeza. Se escondieron debajo de la mesa y en cuanto los hombres entraron Grave y Miller comenzaron a dispararles a quema ropa. Eva no quitaba la mirada de Miller en la forma en cómo con maestría acababa con cada uno de ellos al igual que Grave que parecía gozar de aquello excitado y furioso al mismo tiempo. Mataron a cinco en menos de lo que podían imaginar y se quedaron esperando a por más.

Flame y los otros hombres cuidaban a los alrededores pero parecía que ya habían acabado con ellos.

—Esto fue una maldita advertencia— Le dijo Grave a Miller.

—Jodidamente lo sé.

11



Australia

MILLER HABÍA INSISTIDO EN QUE EVA SE FUESE con él mientras la casa era reparada. Pero era una excusa. Pues no regresarían nunca. Eva había suplicado en quedarse pero no tenía otra opción. Era un sí o un sí. Y mientras se ponía cómoda en la otra propiedad que Miller tenía ahí, también tenía curiosidad sobre su otro trabajo el que había abandonado tras la muerte de su familia.

—Me gustaría saber lo qué haces.

—No hay nada que ver. Es todo aburrido. Papeles y más.

—No importa tú insististe en que viniera así que ahora te toca aguantarme.

Miller no se encontraba de buen humor tras el ataque que habían recibido en Cambridge y ahora también en su casa. No sabía cómo Berlín había dado con su casa ahí.

—Estás extraño. Apenas y has tocado tu comida.

La había llevado a uno de los mejores restaurantes de la ciudad según le había dicho. Pero no había dicho nada más después de salir de casa. Estaba distante, distraído y de muy mal humor.

—Quiero hacerte un regalo—Le dijo Eva cuando venía del tocador. Miller no se había inmutado que ella había desaparecido por un momento de la mesa.

Eva se acercó a él sin esperárselo y le entregó sus bragas de encaje que él había comprado para ella. Quería levantarle el ánimo y qué mejor que de esa manera.

Los ojos de él brillaron en deseo.

«Misión cumplida»

Se llevó las bragas a la bolsa de su pantalón y pidió la cuenta.

—¿Ya nos vamos tan rápido?

—Eso debiste pensar antes de darme tu preciado regalo. Ahora necesito comer otra cosa.



Como lo había prometido. Ahora Miller estaba entre las piernas de Eva. Disfrutando de su placer.

—Eres una traviesa, Eva. ¿Qué voy a hacer contigo?

Ella pensó en algo mejor. Y en vez de hacerle él a ella quiso hacer lo contrario. Se colocó sobre él y comenzó a besarle los labios, bajó por el cuello pasando su duro pecho y ombligo hasta llegar a su dura erección. Era grande y una gota perlada deslizaba sobre él. Sin miramientos se lo llevó a sus labios y lamió la gota, seguido de ello con maestría deslizó poco a poco hacia adentro de su garganta para disfrutar de lo que era suyo.

Miller gruñó en agradecimiento. Le practicaba sexo oral y era exquisita haciéndolo.

—Dios, Eva... tienes una boca perfecta.

Aceleró de arriba abajo aún con los ojos llorosos. No dejaba de verlo. De verle la cara y sus labios entreabiertos por el placer que le estaba dando.

Apretaba con sus labios y con una mano sin perder el ritmo hasta que su mandíbula se cansara. Miller no lo pudo soportar más y se corrió en sus labios.

—¡Eva!

Ella se tragó hasta la última gota. Después eso, ahora sí le tocaba hacer el trabajo a él mientras se recuperaba y le daba rienda suelta a sus ganas de jugar.



El día pasaba algo lento. Por eso Eva no se despegaba de Miller en todo momento. Y como se lo había prometido. La había llevado a Industrias Preston.

—¿Y qué se supone qué haces aquí?

Le preguntó mientras ella se ponía cómoda en uno de sus sofás. Llevaba un traje de tres piezas negro. Pero la corbata era color lila, la había elegido Eva.

En cambio Miller le había comprado un vestido de diseñador como toda una mujer de negocios. Le pidió que se recogiera el cabello en un moño alto y se pintara los labios de color carne. Ahora lo que tenía frente a él era una de sus fantasías. Tener a su mujer frente a él provocándole mientras trabajaba y se ponía al día.

—Vendo material nuclear.

—Oh. —Expresó sin querer hacer más preguntas sobre ello. El nombre lo decía todo. Miller en el camino le había dicho que, había heredado la compañía de su esposa y la que era su familia.

—¿Nunca pensaste en vender o rechazarla?

—No. Es mi manera de estar agradecido con ellos. Además, la compañía ha crecido gracias a mí.

De todo lo demás no dijeron ni una sola palabra. Ya bastante tenía Eva con ser fuerte ante ese tema. Lo entendía y estaba orgullosa del hombre en que se había convertido.

—Lo comprendo ahora. Eres admirable, Miller deberías de saberlo.

—No. No lo soy, solo soy responsable.

Ella caminó hasta él y se sentó en su regazo. Le acarició la cara con mucha calma y le besó la mejilla. Le rompía el corazón que fuese tan duro con él mismo. Pero tampoco podía culparlo. Era normal que se comportara así después de haber sufrido tanto desde niño.

—Te amo, Miller. Y que tú me ames me hace sentir única y especial.

Cerró los ojos y sintió el amor que ella le daba taladrar su pecho. Sabía lo que hacía. Y ahora no podía negárselo porque la amaba de la misma forma. Era algo que ya no podía rechazar porque lo hacía sentir vivo. La necesitaba para vivir. Y el sentimiento era mutuo.

Su secretaria entró luego de tocar la puerta. Era una rubia alta vestida de forma elegante. Le sonrió a Eva y después a Miller. Eva se levantó de su regazo y regresó al sofá donde estaba.

—Miller, Tengo los contratos que me pediste—Se refirió a él sin ningún protocolo de superioridad y eso puso alerta a Eva.

Le dio los papeles que llevaba con ella y Miller los tomó. La rubia permaneció viéndolo frente a él y después miró a Eva. Le dedicó otra sonrisa y Eva le correspondió igual pero haciendo una mueca después.

—¿Cómo te va en América?—Le preguntó la rubia cuyo nombre no sabía Eva aún —Te hemos echado de menos. Deberíamos de ir a tomar algo y ponernos al día.

Eva carraspeó su garganta. Ahora estaba incómoda. Celosa y lo siguiente. Se atrevía a invitar a salir a Miller en sus narices.

Miller dejó de ver los papeles que tenía en sus manos y miró a Eva. Ella miraba un punto fijo en el suelo pero esa expresión en su cara era de vivo enfado.

—Me va muy bien, Raxhel gracias.—Llamó la atención de Eva cuando habló — Y lo de salir creo que pasaré. Eva y yo tenemos planes.

—Eva—Dijo con acento, Raxhel la miró suponiendo que de ella hablaba—Supongo que es tu novia.

—Supones bien.

Raxhel se dirigió a Eva y le tendió la mano.

—Es un placer conocerte, famosa Eva. Yo soy Raxhel y para aclarar soy su secretaria, asistente y Miller la última vez me habló de ti. Me alegro que hayas venido.

Eva no sabía qué decir. Claramente la chica tenía algún tipo de enamoramiento con Miller o eso pensaba. Típico de asistentes. Pero se equivocaba.

—Mucho gusto—Dijo ahora con mucha pena.

—Si te da dolores de cabeza me lo cuentas. Soy la encargada de acusarlo con su hermana.

Eso les hizo reír a ambas.

—Lo tendré en cuenta.

—Perfecto.

Miller observó a las dos mujeres que tenía enfrente y se deleitaba con la sonrisa de Eva.

—Gracias Raxhel, es todo. Ya puedes retirarte por el amor de Dios.

Raxhel se fue moviendo su trasero. Uno que solo Eva miraba, mientras que Miller estaba todavía viéndola a ella. Pensando muchas cosas que podría hacerle ahí mismo.

—Apuesto a que esa cabecita tuya pensó demasiado cuando Raxhel entró ¿O me equivoco?

Eva puso los ojos en blanco.

—Pues no te equivocas. Aunque no iba a enfadarme contigo a menos que coquetearas con ella frente a mí.

—Ven aquí.

Le ordenó que regresara a sentarse donde hace un momento estaba. Donde pertenecía.

Y ella con muchas ganas obedeció.

Se quedó así un momento. Él abrazando su cintura y ella recostada en su pecho. Sentía su erección debajo de la tela pero lo ignoró con mucha gracia.

—Raxhel es simpática.

—Sí.

—Y muy atractiva.

—¿Lo es? No lo había notado.

Le dio un codazo que le hizo reír.

—No te pases, Miller. ¿Por qué me llamó la famosa Eva?

Miller se removió debajo de ella para que sintiera más su erección. Pero ella insistía en que respondiera.

—La última vez que vine estaba enfadado por nuestra pelea.

—¿Cuál de todas?

Ahora él le dio un azote en el culo.

—No te pases, Eva—La imitó.

De nuevo la hizo reír y se quedó quieta.

—Lo siento. Por favor continúa.

—Estaba enfadado así que ella quiso ayudar. Me trajo el almuerzo y conversamos un poco. Le hablé sobre ti. Raxhel es mi mejor amiga después de mi hermana. Ellas también son mejores amigas. Por eso te dijo sobre acusarme con ella. Así que, queda descartado cualquier cosa que se te haya ocurrido en esa cabecita.

Eva asintió. Aunque no le había dado tiempo de pensar mucho en realidad. Cualquiera se hubiese sentido celosa si se dirigen a su pareja de ese modo y alguien tan atractivo como ella.

—De cualquier forma. Confío en ti, Miller. No me has dado motivos para ponerme celosa. Al menos no todavía.

Miller volvió a azotarle el culo. Pero más que dolerle la puso como motor.

Levantó la cabeza y buscó sus labios. Lo besó con muchas ganas y ahora las manos de Miller estaban en sus pechos. Apretándolos hasta sentir el pezón por encima de su blusa.

Eva pensó en algo mejor. Algo que no olvidaría nunca. Aunque no estaba seguro si otra mujer lo había hecho ya. Arrojó ese último pensamiento al fondo de su cabeza y continuó con su plan malvado.

Se colocó de rodillas frente a él y buscó la bragueta de su pantalón para liberar su erección. Una vez conseguido eso lo masajeó de arriba abajo viéndolo a él. Tenía la mirada fija en lo que hacía Eva. Con ojos lujuriosos y sumisos porque era él quien debía tener el control se lo cedió a ella de nuevo.

—Dime que soy la primera que hará esto aquí.

La sonrisa pícara de Miller le dijo lo contrario. Ella lo retó con la mirada y clavó sus grandes ojos en él de forma inquisitiva.

—Estás en problemas, Miller.

Una gota de sudor se asomaba en su frente. Se aflojó la corbata como si eso podía servir.

—Eres la primera, Eva. Siempre serás la primera.

Sin más que decir se llevó el pene a la boca y comenzó. A saborearlo. Miller maldijo y se agarró de su silla. Una mano fue a dar en el cabello de Eva guiándola pero no era necesario. Ella sabía lo que hacía y lo que quería.

Era perfecta.

Sintió mojarse y se llevó una mano debajo de su falda. Eso puso a Miller en mil y antes de que terminara en su boca de nuevo se levantó de su silla y la levantó a ella del suelo con maestría y la colocó en la mesa sin esperárselo.

—Te quiero follar. Dime qué puedo.

—Puedes.

—Dime que quieres.

—Te quiero. —Le subió toda la falda hasta la cintura. Pensó en hacerle las bragas a un lado pero hizo algo mejor. Las hizo pedazos y se las arrojó a ella. Eva se desabrochó la blusa y se levantó el sostén. Dejando expuestos sus pechos firmes frente a él.

—Eres jodidamente hermosa.

Le puso la mano en la boca y dibujó una sonrisa de placer en su rostro por lo que iba hacer. Se clavó en ella y Eva gritó. La penetró fuerte moviendo sus caderas de adelante hacia atrás. Estaba tan mojada que podía sentir su jugo llegar hasta los testículos. Estaba a punto de terminar pero quería jugar con ella un poco. De todas maneras ella había comenzado el juego primero.

—¿Me amas?

Cuando Miller le hizo la pregunta a ella se le hizo un nudo en el pecho. Él no solía preguntarlo. Quiso pensar que fue causa de estar excitado y follándola como le gustaba.

—Te amo demasiado, Miller Preston.

Miller gruñó en respuesta y continuó entrando y saliendo de ella. Eva no podía soportarlo más.

—Voy a correrme.

Le puso el pulgar en el clítoris y se burló de ella penetrándola esta vez más despacio.

Eva maldijo por lo bajo y él la escuchó.

—Joder, Miller.

Él la reprendió apretándole más el clítoris y ella calló en un maullido.

—Tienes una boca deliciosa, ángel. No deberías hablar así.

—Sí...

Le apretó de nuevo.

—¿Sí qué?

—Sí, señor.

Aceleró más sus movimientos esta vez.

—Dámelo todo, Eva.

Y se lo dio. Explotando y tirando todo a su alrededor. Se retorció como nunca y Miller terminó al segundo que lo hizo ella. Llenándola de su semilla. Y aferrándose a su vientre. La loca idea de un hijo juntos le removió el corazón. Precisamente en ese momento maldijo a su mente por ello. Quería disfrutar de ese momento tan caliente y lleno de placer. Pero su corazón se derritió cuando pronunció las palabras que juró no decirle a alguien nunca.

—Dame un bebé.

12



DESPUÉS DE LO QUE PASÓ EN SU OFICINA NO volvieron a decir nada. Cuando escuchó las palabras de Miller pidiéndole un bebé no supo qué decir. Y eso había roto el corazón de Miller.

Ella nunca se había imaginado o soñado con ser madre y solo la loca idea de pensarlo la ponía nerviosa. Sabía que lo había lastimado cuando no le respondió. Pero ahora no podía hacer nada.

Megan había llegado de visita a la casa de Miller en Australia. Y desde luego, Grave estaba ahí.

Ahora era Grave el nervioso mientras que a Megan le hacía gracia.

Después de ponerse al día con todo Megan decidió descansar por el viaje y Eva se fue de compras con Miller.

Tenía que tener una excusa para sacarlo de la casa. Que fueran una pareja normal que iba de compras. Además, nunca habían tenido una cita o un día tranquilo fuera de todo lo que estaba pasando.

—¿Qué quieres comprar?—Le preguntó sin verla a la cara.
Ella lo notó aún molesto así que decidió romper el hielo y recompensarlo.

—Siempre usas traje. ¿Y si compramos algo de ropa para ti y para mí y salimos esta noche con Megan y Grave?

La idea era agradable. Pero compartirla no estaba en sus planes. La quería para él solo.

—De acuerdo.



Ahora Miller había dejado el traje de tres piezas y lucia increíblemente sexy en un polo blanco que hacía resaltar sus músculos. Sobresalían sus tatuajes y su culo estaba perfecto en unos vaqueros azules.

A Eva se le caía la baba con verlo.

Ella había optado por un vestido ceñido corto y de noche. Mucho escote en su espalda y brillos por todos lados.

—¿No crees que es demasiado corto? —Miller la observa de arriba abajo. Tenía unas curvas perfectas y una piel acaramelada hermosa.

—Estaré contigo. Lo usaré para ti que no se te olvide.

—Pero los hombres te verán.

Eva miró a su alrededor.

—¿Y tú te has dado de todas las mujeres que te están mirando en este momento desde que entramos aquí?

Miller miró a su alrededor y en efecto. Todas las mujeres de diferentes edades se le quedaban mirando con disimulo pero otras con descaro.

—De acuerdo, tú ganas. Pero si me meto en problemas será tu culpa. Habrá mucha sangre.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Cuando se le metía el diablo entre ceja y ceja nadie o sacaba de ahí.

—No digas tonterías.

—Quedas avisada, señorita.

La forma en cómo le habló todo ese rato dejaba claro que aún había algo en el aire que debían discutir. Fueron por un café después de

las compras y apenas y dijo tres palabras. Se la pasó trabajando desde su celular. Al grado de que no se dio cuenta cuando Eva se levantó de su silla y entró a la tienda que estaba frente a ellos. Era una joyería.

—Quédate afuera. Así nos cuidarás a los dos.

Le dijo a Flame.

—De acuerdo, Señorita.

—¿Qué pasó con lo de llamarme por mi nombre?

Flame miró a Miller que seguía en su celular.

—A él no le gustó.

Eva suspiró enfadada.

—Increíble. Pero puedes llamarme Eva cuando solo estemos tú y yo.

Al entrar a la tienda lo primero que miró fue la sección de caballeros. Había unos gemelos hermosos y finos que podía Miller usar en uno de sus múltiples trajes caros.

—¿Buscaba algo en particular, señorita?

Eva no dejaba de ver un par de gemelos con piedra azul intenso. Le recordaba a los ojos de Miller.

—Quisiera comprar estos, por favor.

—Buena elección. ¿Lo quiere para regalo?

—Sí, por favor.

Salió de la tienda. Eran los mejores billetes pagados. Estaba encantada del regalo que le haría a Miller, aunque odiaba el hecho de que él estaba herido por ella. No todos los diamantes del mundo podían hacer que olvidara su rechazo. Pero lo intentaría y hablarían de ello después.

Cuando regresó a la mesa Miller estaba hablando por su móvil. Tenía el cejo fruncido y mal humorado.

Maldijo para sus adentros el día no podía acabar peor. Iba a darle su regalo ahí mismo y se disculparía pero ahora lo tendría que dejar para después.

—Eso no fue lo que acordamos... —Decía Miller—Ahora mismo no puedo... eso no te importa... No te pago para que seas incompetente... Hablaremos de eso después.

Cortó la llamada y la tensión se sentía en el aire. Eva tenía miedo de hablarle. Siempre que estaba enfadado no sabía con qué se iba a encontrar.



Eva, Miller, Megan y Grave entraban a uno de los club exclusivos de Australia, por suerte no era Miller el propietario de éste esta vez. Porque así lo quiso Eva, quería que fuese una noche normal y tranquila con cuatro amigos disfrutando de un momento fuera de la pesadilla que había sucedido hace un par de días a miles de kilómetros de ahí.

—Tu vestido es demasiado corto, Eva—Le susurró Miller al oído.

Era la quinta vez que se lo decía desde que salieron en el coche. Megan llevaba un vestido también, un poco sexy pero no tanto como el de Eva. Desde luego Megan estaba nerviosa por tener a Grave al lado de ella, pero Eva había convencido a Miller que, se comportara y no le jorobara más que a ella la noche y dejara a los adultos en paz.

—Es mi pequeña sobrina—Le había dicho.

—Y es una mujer que tiene todo el derecho de salir con quien quiera. No estoy diciendo que ellos vayan a salir, pero es cosa de Megan y Grave.

—Mataré a Grave si intenta tocar a mi pequeña.

—Exageras. Además no creo que sea su tipo.

—¿Tú crees? —Intentaba calmarlo.

—Pues no le gustan los mujeriegos. Pero eso no es asunto tuyo ni mío así que relájate por favor, Miller Preston.

—¿Y si vamos a bailar? —Propuso Megan.

Ninguno de los dos hombres tenían ganas de bailar por lo que parecía. Por lo que Eva tomó de la mano a Megan y sin ellos fueron a bailar a la pista de baile.

Se movieron al son de la canción de Dua Lipa y dejaron salir el ritmo en sus caderas.

One kiss is all it takes
Fallin' in love with me
Possibilities
I look like all you need
One kiss is all it takes
Fallin' in love with me

Mientras tanto Miller la observaba a lo lejos. La forma en cómo movía las caderas al bailar le recordó la forma en que las movía cuando le hacía el amor.

En cambio Grave, no podía ver a Megan como quería. Desde que la miró esa noche había dejado de ser la pequeña de Miller y convertirse en la mujer que era y dejarla salir por esa noche.

Desde que la había conocido había soñado con ella. En ser el primer hombre que la hiciera mujer. Sabía que era virgen por la forma en cómo se comportaba y lo miraba. Grave tenía un don y sabía detectarlo o era un hijo de puta con suerte. De cualquier manera eso lo diría el tiempo y no tenía prisa, aunque si se seguía comportando de esa manera, iría tras ella sin esperárselo o pedirle permiso a su amigo.

Bailaron tres canciones más y luego regresaron a la mesa donde sus acompañantes se deleitaban de verlas. Grave regresó a su cara de pocos amigos en disimulo y Megan estaba más rebelde que nunca. Lo poco que había tomado le había dado el valor necesario para sacarlo a bailar.

—¿No quieres bailar? —Eva tomó a Miller de la mano para que no dijera nada.

Grave miró a Miller si se lo impedía, pero al verlo que no protestó se levantó y se llevó a Megan con él a bailar.

Al quedar solos, Eva tenía algo que decirle a Miller, aunque éste estaba tomando ya demasiado en el poco tiempo que llevaban ahí.

—¿Estás bien? —Le preguntó Eva, tocó su rostro y eso lo hizo reaccionar.

—¿Te preocupas ahora por mí? —Dijo en tono seco— Estabas divirtiéndote hace un momento sin mí.

—Eso no es justo, si quieres vamos a bailar.

Le miró las piernas desnudas y firmes. Eso lo excitó y llenó de rabia a la vez.

—Ese vestido es demasiado corto. No me hiciste caso y ahora estoy enfadado contigo.

—No, no estás enfadado conmigo por eso y lo sabes bien.

Miller ignoró lo que dijo y se sirvió otro trago. Para terminar de joder la situación una mujer con poca clase y sin dejar nada a la imaginación con el diminuto vestido que andaba se acercó a Miller.

—¿Bailas guapo?

Miller la miró de pies a cabeza, como si aprobara lo que miraba. Y era como si se estuviese comportando como el viejo Miller que era después de haber quedado viudo. Unas copas y a follar.

—¿Tú qué crees? —Le dijo él de forma lasciva. —Creo que hago mucho más que eso.

Estaba provocando a Eva y ella no era tan infantil como él para caer en su juego. Se puso de pie y enfrentó a la mujer.

—Vete de aquí, zorra.

La mujer se le quedó mirando, ahora con mucha pena y miedo de que le arrancara los pelos falsos ahí mismo.

—Lo siento… pensé que…

—Pensaste mal. ¿Crees que un hombre como él está solo? Pues no, yo soy su novia. Así que saca tus tetas falsas de aquí sino quieres que lo haga yo.

La mujer se fue casi corriendo de ahí. Y ahora era Miller quien se echaba a reír a carcajadas. Eso enfureció a Eva y lo dejó ahí solo.

Se fue al tocador de damas y se refrescó un poco el cuello. Estaba tan enfadada con él que lo mejor era irse de ahí por un

momento.

Escuchó que la puerta se abrió y se cerró de una patada. En cuanto miró por el espejo tragó saliva y su entrepierna comenzó a doler.

—Me gusta cuando te pones celosa. Haces que quiera follarte hasta que te quede claro que tú eres mía y yo soy tuyo.

Miller comenzaba a desabrocharse el pantalón y hacer a un lado su ropa interior cuando miró a Eva subirse al frío mármol de los lavabos.

—Que sea rápido—Le ordenó ella—Necesito que bailes conmigo.



La canción perfecta en el fondo.

La mirada de Miller en todo su cuerpo y ella comenzando a mover sus caderas cerca de él al ritmo de Ciara.

Gotas de sudor caen por mi cuerpo,
estamos los dos en esta fiesta,
así que te acercas y me enseñas cómo te mueves.
Yo también tengo algunas cosas que enseñarte,
si quieres verlas... oh.
Dices que necesitas un trago de Henny.
entonces, estarás preparado.
Haz lo que necesites hacer
porque yo estaré esperando por ti,
La cosa está a punto de ponerse caliente e intensa.

Es realmente tarde,
tú te acercas
y las luces se apagan,
tu cuerpo está sincronizado con el latido de mi corazón,

y puedo sentir cómo se alza tu naturaleza,
mientras yo te envuelvo.

Vamos a bailar como si estuviéramos haciendo el amor...
Haciendo el amor.

La tomó de las caderas y la pegó a su cuerpo. Haciendo todo lo que la canción decía. Faltaba solamente que se desnudaran ahí mismo. La forma en que Miller movía sus caderas era tan caliente que de nuevo estaba mojada. Tragaba en seco, le lamía el sudor y todavía quería más de ella. Sabía que se podía mover dentro y fuera de la cama y le daba gusto.

—Me apasiona tu forma de bailar—Le susurró en el oído—Pero más me encanta que sea conmigo, mi ángel.

—Coincido. Eres todo un sexy bailarín, señor Preston.

En cuanto Miller se dio la vuelta observó que no eran los únicos que la estaban pasando bien. Y lo peor de todo era que no eran unos desconocidos.

La boca de Megan estaba pegada a la de Grave y eso bastó para que Miller enloqueciera. Sintió rabia y conociendo a Grave sabía que buscaba de una presa fácil. Se olvidó que estaba bajo el efecto del alcohol y corrió hasta ellos.

—¡Miller! —Eva se puso frente a él para calmarlo antes de que ellos se dieran cuenta de lo que trataba de hacer. Pero era tarde. Miller estaba de espaldas a ellos enfrentando a una Eva enfadada.

—Déjame Eva, no te metas.

—No hagas una escena aquí, has bebido demasiado, lo hablaremos en casa.

Miller se pasó la mano por el cabello. Exasperado de lo que estaba ocurriendo. No podía diferenciar de lo que estaba bien y mal. Tenía los nervios de punta, además de un corazón un poco roto. Pensaba que con el sexo que habían tenido en el tocador de mujeres se le pasaría, pero no era suficiente. Necesitaba sacarse el rechazo de encima como sea.

—No voy a permitir que Megan salga lastimada. Es un error.

—Eso lo sabrán ellos. —Lo tomó de la mano y lo quiso llevar lejos de ahí, pero la rechazó y gritó:

—¡Mierda! Para ti es fácil decir eso. No he sido el único hombre en tu vida. ¿Verdad?

Esta vez sus palabras habían llegado demasiado lejos. Eva no miró hacia el suelo esta vez. Miller se dio cuenta que había cometido un error, pero sus palabras ya habían sido lanzadas contra ella.

—Miller—La voz de Grave—Es mi culpa…

No lo escuchó. No dejaba de ver el rostro lleno de dolor de Eva. Era lo peor que le podía decir.

—Tienes razón Miller, no has sido el único. Pero al menos tu sobrina no está siendo forzada.

Se fue de ahí con el corazón en la mano. Pasando por la multitud que seguía en lo suyo.

—Lleva a Megan a casa—Le dijo a Grave—Hablaré contigo después.

Miller se fue tras ella. Esperaba que saliera corriendo lejos de él, huyendo pero no. Flame abrió la puerta del coche para ella y fue la primera en entrar. Después Miller. Se hizo el silencio una vez las puertas se cerraron. Pero no era infinito pues Miller tenía mucho que decir.

Tomó su mano y Eva no lo rechazó, aunque se lo merecía, no lo hizo.

—Perdóname, por favor—Se llevó su mano a la boca y la besó—Fui un idiota, no debí decir eso.

Ella no dijo nada.

Al llegar a casa Eva fue la primera en salir sin ayuda de nadie. Llegó hasta la habitación que compartía con Miller y se encerró en el cuarto de baño. Se despojó del maldito vestido corto famoso de la noche y se metió en la ducha. Al estar ahí y sentir el agua fría caer sobre su cuerpo sintió que revivía una vieja película a todo color.

—¿Te gusta así, puta?

—¡Mueve el culo ahora!

—¡No me toques!

—¡Golpéala más!

—Abre esa linda boca y chúpamela ahora.

Todo lo que la atormentaba la estaba acechando ahora. Pensaba que estaba a salvo de Berlín con Miller. Pero se había olvidado de los recuerdos. Esos matan a cualquiera que pueda encender un solo recuerdo.

El agua de la bañera se esparcía por todo el suelo. Los gritos de Miller no llegaban a los oídos de Eva quien estaba en trance a punto de volver a cortar sus venas con una navaja de afeitar.

—Es así como quiero que me recuerdes, mi putita—Berlín empujaba dentro de ella, haciéndola sangrar. Por más doloroso que fuese, Eva no sentía nada. Solo quería morir ahí mismo.

Sus manos estaban manchadas de sangre. Pero solo estaba en su mente. Le había disparado a aquel hombre y había huido. Hasta que llegó donde estaba Miller.

—Eres Hades—Susurró Eva.

Miller limpiaba su mano. Inspeccionando que no estuviese lastimada. Eva no soltaba la navaja de la otra mano y cualquier paso en falso lo dejaba esta vez en su garganta.

—Mi ángel… por favor, baja la navaja—Le pidió y ella parpadeó, dejando caer la navaja en el agua.

—¡Noooooooo! —Gritaba Eva recordando las manos sucias que tocaban su cuerpo*—¡No me toquen!*

Las violaciones en grupo eran las peores.

—Por favor, no.

—¡Eva reacciona! —La voz del hombre que amaba no llegaba del todo a sus sentidos. Había soltado el arma blanca pero aún no estaba con él.

—Sálvame, Miller.

—¡Eva! —Le gritó de nuevo. Golpeándole la mejilla lo suficiente para que lo mirara.

Sus ojos se quedaron con los de él. Hasta que un abrazo lleno de amor y auxilio los envolvió a los dos dentro de la bañera.

—Eva. Regresa conmigo.

Ella se aferraba más a él. Nunca antes había tenido un ataque de pánico hasta ahora. Pero no la culpaba a ella, se culpaba a sí mismo por haber sido el causante según él.

—Te amo, Miller. Por favor, duda de todo. Menos de eso.

—Mírame—Le tomó el rostro para que lo viera—Nunca he dudado de tu amor, Eva ¿Qué dices?

Le temblaba el mentón y quería llorar.

—Esos hombres…

No pudo continuar porque él la besó. Ese beso significaba algo más que un perdón. Quería recordarle de otra forma donde pertenecía. Pertenecía ahí, sana y salva con alguien que la amara. Nadie la amaba más que él.



—Lo siento, no sé qué me pasó.

Estaban acostados en el suelo del baño. Miller aún estaba empapado de agua junto a ella, pero no le importaba. Eva había entrado en sí y se había calmado.

Eva se levantó del suelo y fue hasta su bolso. Todavía llevaba el regalo que había comprado para él. Estaba esperando el momento perfecto para dárselo. Pero dejó de esperar por uno. Debía actuar cuando su corazón se lo dijese y escucharlo a él primero.

—Compré esto para ti—Se arrodilló desnuda frente a él que ahora se encontraba sentado siempre en el piso.

—¿Cuándo lo compraste? —Le preguntó. Ella no respondió y recordó el día, después de las compras donde por un segundo creyó que se había ido. Pero en realidad se fue. Lo que no sabía era que se había ido a comprarle algo no tan lejos.

—Ábrelo. Espero que te guste.

Miller observó la pequeña caja negra brillante que tenía en su mano. La abrió y no ocultó sorpresa alguna.

El par de gemelos llevaban una piedra especial. A Eva le recordaba el color de sus ojos. Pero a él le recordó los colores. Ella era como una paleta de colores que le daban vida y sentido a su vida.

—Los amo, Eva. Gracias.

—Me alegro que te guste—Lo abrazó. Aún había algo más que debían hablar y aún no sabía cómo empezar.

—Eva, ¿Qué está mal?

Se apartó de él por un segundo. Quería volver a enterrar su cara en su pecho y oler su aroma.

—Quiero disculparme por no haberte dicho nada sobre lo que... ya sabes.

—¿Sobre qué? Habla bien.

Hizo morritos. Cuando tenía que ser un grano en el culo lo era.

—Sobre bebés.

—Ah, eso.

Su expresión cambio de nuevo. Tomando la que ya antes andaba. Si había tiempo de culparse pues ella también tenía la culpa. Había causado la decepción en él y lo había arrojado a que tomara demasiado esa noche.

—Lo siento por no decirte nada en ese momento. Es solo que pensé que no los querías.

Le acarició el rostro. Y ahora Eva sí quería echarse a llorar. Él había perdido un hijo. ¿Quién era ella para decirle que no debía tenerlos ahora? Con solo el hecho de pensarlo se le desgarró el corazón.

—Nunca he aceptado lo que la vida me ha dado. Pero de ti lo quiero y lo acepto todo. Quizás me dejé llevar por el momento pero...

—Quiero darte todos los hijos que quieras, Miller Preston—Le dijo con lágrimas en los ojos—También quiero todo de ti. Te amo y sé que quizás es pronto pero quiero ser la madre de tus hijos. No solo por lo que te pasó, quiero dejarte en claro que nunca he sentido lástima por ti de ese modo y no haré nada actuando de esa forma. Pero te amo y ambos nos merecemos.

Le costaba respirar a Miller.

—Eva, no llores.

—Lo lamentó. Es inevitable. Eres la persona más maravillosa que he conocido. Y me duele el corazón por lo que te pasó. Lo siento, no puedo evitarlo. Que me pidas qué quieres un bebé conmigo es algo que no me esperaba y me hace feliz.

Miller también quería llorar. Pero no era el momento. Amaba ese momento de confesión entre ambos. Por un segundo se había sentido rechazado. Pero no recordaba que para ella era abrumador viniendo de él algo como eso.

La levantó del suelo y la llevó en sus brazos hasta la cama. Se despojó de toda su ropa húmeda y la miró con deseo.

—¿Qué haces?—Le pregunto, Eva. Observándolo llegar a ella y colocarse sobre su cuerpo. Se excitó enseguida con sentir el roce de su pene en su vientre.

—Vamos a hacer bebés.

Se abrió más para él. La punta de su pene se deslizaba con su humedad hacia dentro. No sabía que ya estaba preparada para él pero de todas formas siempre lo estaba.

La penetró poco a poco como si fuese su primera vez. Le besó la boca con mucho amor y le tocaba los pechos con delicadeza. Cuando por fin estuvo dentro de raíz Eva comenzó a moverse debajo de él. La sujetó de los brazos y se los llevó arriba de su cabeza. Los movimientos se aceleraban cada vez más y sus gemidos les hacían compañía. En ningún momento dejaban de besarse.

—Oh, Miller.

El sexo vainilla era especial entre los dos y si de esa forma pensaban hacer el bebé era perfecto. Pero eso lo sabrían con el tiempo.

Eva comenzaba a apretarse por dentro. Causando que Miller quisiera terminar antes. Pero quería disfrutarlo. Quería venerarla de todas las formas y posiciones posibles y lo hizo. Hasta que al final la llenó con su semilla. Dándose ambos todo para sí.

13



LAS COSAS SE HABÍAN CALMADO EN CAMBRIDGE, de momento. Por lo que Miller y Eva regresaron para la graduación de Artes en el Salis.

—¿Crees que sea buena idea? —Dudó Eva en preguntar—Ni siquiera tengo un vestido.

Miller la trajo hacia él para calmarla.

—Yo me ocuparé de ello—Le besó los labios—Ahora, quiero que sepas algo y por favor, no te enfades.

Eva reaccionó poniéndose más nerviosa todavía.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Nos iremos de nuevo?

—No, Eva, nada de eso, por favor tranquilízate.

—Bueno, si tengo que enfadarme es porque no es nada grave ¿O sí?

Miller no dijo nada. Más la tomó de las manos para bajar juntos a comer. Se habían trasladado hacia otra mansión, muy retirada a la que tenían antes. Esperando que, así Berlín no la encontrara y mucho menos a él con los pantalones abajo esta vez.

—Ese vestido se te ve increíble—La admiró de arriba abajo.

—Es gracias a mi novio. Tiene buenos gustos—Se burló.

Las sonrisas terminaron cuando Eva apretó la mano de Miller cuando miró quien estaba de pie al final de las escaleras.

—¿Qué está haciendo él aquí? —Miller la detuvo cuando quiso subir de nuevo.

—Eva, sé que no tiene sentido todavía. Sabes que no me agrada del todo, pero debes hablar con él.

Eva no podía creer que la estuviera traicionando de esa forma.

—¿Acaso no escuchaste lo que me dijo la última vez?

—Lo sé, Eva y sigo sin perdonárselo. Pero es tu padre. Berlín está detrás de él también. —Intentó razonar con ella—Es tu padre, intenta darle una última oportunidad y si no funciona te prometo que no dejaré que se te acerque de nuevo.

Tenía miedo de las palabras de su padre. Siempre tenía algo doloroso que decirle en cada encuentro que tenían. Pero le iba a dar el beneficio de la duda una última vez.

—Eva—La cara que tenía Fallon era de arrepentimiento. Aunque, a juzgar por su pasado. Siempre la tenía.

—Que sepas que no eres bienvenido, al menos para mí no.

—Lo sé. Y no me importa luchar hasta que me perdones, la última vez dije cosas que no debí decir. Te lo contaré todo, Eva.

—¿Todo?

—Sí, todo. Cuando estés preparada.

—Lo estoy ahora—Refutó.

—No, hija. No lo estás. Primero tenemos que ponerte a salvo. Ya Miller me ha dicho su plan.

Eva le echó un vistazo a Miller. Estaba calmado pero claramente se le notaba que hacía un gran esfuerzo porque Fallon estuviese en su casa cerca de Eva.

—¿Qué plan?

—Uno que es mejor que no lo sepas—Le acarició la mejilla —Concéntrate en tu graduación. Yo estaré en primera fila, mi ángel.



El vestido negro Chanel que llevaba había sido un regalo de Miller para ella. También había comprado uno para Megan. Y habían pasado toda la tarde con los mejores estilistas que Miller había contratado para que las prepararan.

Eva y Megan llegaron en una limosina a la ceremonia. Donde ya Miller estaba con un traje oscuro de tres piezas. Lo primero que Eva notó fue que usaba los gemelos que le había regalado. Combinaban perfecto con su corbata. Se había afeitado y se miraba más guapo que nunca.

La ceremonia fue breve, expusieron las mejores obras de todo el año y muchas de ellas eran de Eva. Miller se sintió orgulloso y recordó que él tenía toda una artista para él solo.

Al terminar la noche, Megan se despidió de Eva y Miller la atrapó por detrás.

—Ya puede saber el mundo que eres mía—Le dijo al oído—Aunque para eso tendrías que ser la señora Preston.

Se le aceleró el corazón pensando en que iba a proponérselo ahí mismo delante de toda la gente.

—Tranquila—Le dijo como si leyera sus pensamientos—Tengo algo especial para cuando ese día llegue.

—Menos mal—Se burló—Porque en este momento te diría que no. Sigo enfadada contigo por haber traído a mi padre también al fin de curso.

—Eva.

—No Miller, no vamos a discutir. Mejor llévame a casa. Necesito estar en la cama ahora mismo… contigo.



La espalda de Miller resbaladiza.

La boca de ambos trabajando como una perfecta melodía a sus lenguas. Gemidos mezclados llenos de placer y deseo porque nada de eso acabase. Bombeándola con presión, penetrándola como le gustaba. Esta vez contra la pared. Su ropa yacía en el suelo.

Empujando contra la pared mientras sus piernas se acoplaban en su cadera en la medida perfecta. Mientras Eva besaba sus labios, Miller solamente pensaba en una cosa.

En hacer bebés y darle placer a la mujer que amaba.

Su pene deslizándose de adentro hacia afuera con una dureza y suavidad al mismo tiempo. Allegándola más a la liberación.

—Oh, Miller—La hizo gemir con desesperación.

Era un hombre grande en todos los aspectos pero nunca había sido un problema. Siempre se acoplaba a él, a su mirada, a su tacto, a su miembro dentro de ella. Encajando a la perfección.

Lo tierno y cuidadoso que era ahora era todo lo que Eva necesitaba en ese momento.

Miller mordió su labio suavemente y se alejó, arrastrando el labio con él en sus dientes.

—Te amo—Dijo, tomando sus manos y llevándolas arriba de su cabeza.

Eva gimió del placer. Se sintió tan bien y tan profundo en esa posición que pronto acabaría con ella.

—¿Sientes eso, Eva? —Le preguntó con dureza.

Eva sin poder hablar por el placer que le daba, asintió con la cabeza.

—Este soy yo, amándote—Penetró una vez más—recordándote—Y otra—Protegiéndote—Y otra vez—Haciéndote mía,

mi ángel.

Acelerando más sus penetraciones, Eva echó su cabeza hacia atrás gritando del placer.

—¡Miller!

Hundió las uñas en su espalda y él rugió en su cuello, empujando y golpeando dentro de ella.

—¡Diosss!

La tomó fuerte y ella cayó en su cuello, la llevó hasta la ducha y se quedó con ella en sus brazos mientras el agua se resbalaba en todo su cuerpo. El sollozo de Eva se lo dijo todo.

El miedo de que todo podía terminar.

—Te amo, Eva Kerr. Por favor, nunca olvides eso.

—Nunca—Respondió ella viéndolo al rostro y buscando sus labios para cerrar el momento en un tierno beso.

14



—¿Y ES TUYO? —DIJO MEGAN CUANDO SE subió al nuevo coche de Eva.

—Tu tío insiste en que use uno, aún no me acostumbro pero ya está. Nos iremos de compras.

Esa mañana Megan le había dicho que necesitaba cambiar todo su guardarropa. Por lo que Eva aprovechó para salir de la casa y de las miradas de su padre. No estaba lista para hablar con él todavía.

—¿Qué tienes pensado?

—No lo sé. Estaba pensando en algo más femenino.

—¿Femenino? —La intención era otra—¿Y Grave está de acuerdo?

Los ojos de Megan se salieron de sus orbitas.

—¿Lo sabe mi tío?

—Me imagino que sí, pero esa conversación la tendrá con Grave, no contigo. Sea lo que sea que estén comenzando, por favor dile que lo mataré si te lastima.

Ella sonrió tímidamente.

—Se lo diré.



Mientras terminaban de meter las bolsas de compras en el maletero del coche, una camioneta todoterreno derrapó al lado de ellas. La falta de seguridad que Eva llevaba ese día junto a su amiga había sido una mala decisión que le iba a costar muy caro.

—¡Eva!

Unos hombres se bajaron del coche y la tomaron sin que Megan pudiera hacer algo.

—¡No! —Gritó Megan, uno de ellos le apuntó con el arma y sin importarle luchó contra ellos. Hasta que la cacha del arma la golpeó fuertemente en la cabeza.

Dejándola inconsciente.

Metieron a Eva dentro del auto con una capucha en su cabeza.

—¡Suéltenme!

Viendo que no podían controlarla le quitaron la capucha del rostro e intentaron golpearla en el rostro para que se quedara quieta.

—¡Quieta! —Le amenazó uno de los hombres que llevaban una capucha negra sobre la cabeza.

Habían tres y otro conducía. Mientras que el otro recibía órdenes por el celular.

—Ya veo porqué le gusta al jefe, es una fiera la maldita perra.

Se reían de ella. Mientras el coche iba en marcha saltándose todos los semáforos en rojo. A Eva no le importó que tuvieran un arma, sabía que quien la había mandado a raptar era Berlín y la quería viva.

Así que decidió pelear esta vez por su vida, porque si se dejaba atrapar, sería su fin. Aquellas pesadillas se harían realidad y jamás volvería a ver a Miller o a Megan.

Pensar en lo primero fue lo único que necesitó para lanzarse contra uno de ellos que tenía el arma. Lo golpeó fuerte en la cabeza, le aruñó el rostro hasta sangrar y el arma cayó al suelo.

—¡Mierda!

Como pudo la tomó y disparó a lo que se le atravesara en el camino. Pero no contaba con que el arma dispararía primero al conductor. La camioneta perdió el control y se estrellaron en la calle próxima, volcando así el todoterreno.

Eva sintió que su cuerpo se disparaba por toda la camioneta. No se escuchaban gritos de los hombres que iban con ella. Cuando la camioneta terminó de rodar, se inspeccionó que pudiera caminar o salir fuera.

Si tenía suerte, llegaría donde Megan, no habían subido muchas calles y por suerte lograría salir de esa.

Los demás autos y personas se dispersaron cuando escucharon más disparos que provenían de otras dos camionetas derrapar cerca. Eva estaba atascada con el cuerpo de uno de ellos encima. No sabía si estaba vivo o el impacto le había causado la muerte.

—¡EVAA! —Escuchó el gritó de un hombre llamándola.

—¡¿Miller?! —La espera de que fuese él la llenó de esperanza. —¡Estoy aquí!

La puerta se abrió hecha pedazos y solamente miró una mano que conocía a la perfección y la forma en cómo la tocaba.

Era Miller.

Con mucho cuidado Eva logró deslizarse fuera del cuerpo del hombre y tomó la mano de Miller, aferrándose a ella hasta que pudo salir de ahí a rastras. Miller la tomó en brazos y corrió hasta la camioneta sin decir una sola palabra, la metió dentro.

—Vete con ella—Le ordenó a Flame.

Sin tiempo que perder, Flame arrancó el coche y aceleró lejos de ahí.

—¡Miller! —Le gritó a través de la ventana pero solamente miró cuando Miller sacaba su arma y disparaba dentro de la camioneta volcada. Lo demás oscureció ante sus ojos.

La otra camioneta se quedó cuidando de él. No tenía cabeza para cerciorarse de que estuviese bien y no herida. Lo único que quería era acabar con la vida de los culpables de su secuestró fallido.

Disparaba dentro del vehículo pero el conductor seguía vivo. Rodeó la camioneta siendo custodiado por sus hombres que cuidaban la zona.

—¿Berlín está aquí? —Le agarró la cabeza para que respondiera. El hombre escupía sangre. Pero pudo asentir con la cabeza.

Miller le sonrió con mucho fuego y muerte en sus ojos.

—De nada—Le dio el disparo de gracia en la frente para que dejara de sufrir y ahogarse en su propia sangre.

Guardó su arma detrás de su cintura y regresó a la camioneta.

—A la oficina.

—Sí señor.



Eva estaba en la cama. Se había dado una ducha y un médico la había revisado. Le dio un calmante y se quedó profundamente dormida.

Al despertar sintió la cama fría. Se encontraba sola todavía.

Salió de la cama y se colocó una bata de noche para salir a tomar un poco de aire, o mejor, buscar a Miller.

No tenía el valor de llamarlo al móvil. Sería más fácil si se lo encontraba en su despacho o su jardín.

Pero bastaba con salir a la puerta para encontrarlo sentado ahí, como si cuidara la puerta o a ella.

—Miller—Dijo ella con sorpresa —¿Cuánto llevas ahí?

Él no respondió. Recordó lo que había pasado hace algunas horas. La forma en cómo él se hizo cargo de todo no le sorprendió pero sí en su reacción con ella. La había arrojado a una camioneta y la había abandonado toda la noche. Le dolió en el alma verlo de esa manera, pero también lo podía entender. No podían tener una vida normal mientras Berlín estuviese vivo.

Es por eso que la había dejado sola. Se sentía culpable y ella se resintió que pensara que era tan débil para no cuidar de sí misma.

Miller se puso de pie. Tenía la mirada perdida que ni siquiera la había mirado a la cara. Eva entendió todo.

Pasó frente a él pero la detuvo del brazo fuerte. Tan fuerte que se quejó del dolor.

—Miller, me estás lastimando.

Siguió sin verla o escucharla.

—Te dije que no te fueras sola—Masculló arrastrando las palabras.—Te dije que aún no era seguro andar por ahí. Y aun así hiciste lo que se te dio la puta gana.

—Miller.

—¡Te iban a llevar! —Le gritó haciéndola retroceder. —¡Siempre terminas haciendo lo opuesto a lo que te ordeno! ¡¿Acaso eres estúpida?!

Eva levantó el brazo y la palma de su mano fue a dar directo a su mejilla. Le volteó la cara con el golpe y eso lo sorprendió.

—Yo lo lamento mucho... lamento mucho lo qué pasó pero no tienes derecho a tratarme de esa manera. ¿Acaso sabes quién volcó la camioneta?

Miller dijo que no con la cabeza.

—Fui yo. Yo provoqué el accidente. Yo luché por mi vida y al final tú llegaste a mi rescate como siempre lo sabes hacer. Pero no puedes culparte de todo lo qué pasa. Tú y yo sabemos cómo terminar esto. Tú y yo sabemos quién lo empezó.

Sin nada más que decir. Miller se acercó a ella como si su vida dependiera de ello y la abrazó.

—Lo lamento.

—Deja de lamentarte, Miller. Estoy cansada de que siempre te disculpes.

Como si su tacto lo quemara la soltó y se alejó de ella. Eva se quedó ahí de pie con la cabeza en blanco y por primera vez no quiso ir detrás de él.

15



HABÍA PASADO UNA SEMANA DESDE EL intento de secuestro de Eva. Una semana donde apenas y cruzaban una palabra y desde luego a la hora de dormir ni uno ni el otro daban su brazo a torcer. Una semana en la que la tensión en el aire se podía cortar con un cuchillo.

Pero eso iba a acabar pronto.

Miller había planeado una cena especial para ella. Desde luego si era especial no iba a hacer nada sencilla ni mucho menos.

Le había dejado sobre la cama el mejor vestido de diseñador antes de salir al mercado.

Sería la primera en usarlo esa noche. Era rojo ceñido y lleno de diminutos diamantes en la parte de arriba. Tenía un par de tacones negros que hacían juego con una cartera de mano con diamantes incrustados también. Pero con la inicial E de su nombre en ella.

En el pie de la cama había una nota en una perfecta caligrafía negra que Miller había dejado ahí.

Te espero esta noche en el vestíbulo.
A las 9:00
No faltes

Tuyo, xxx

M.

Le sacó una sonrisa que casi la hizo saltar de la emoción. Era lo que les hacía falta. Una salida de casa. La semana había sido demasiado controlada por él con tal de mantenerla a salvo.

Faltaban cinco minutos de la hora en la que debía estar en el vestíbulo de la mansión donde vivían.

Había terminado su maquillaje pronto y había arreglado su cabello en tiempo récord. Todo por ser puntual. Bajaba por las escaleras cuando miró a Miller esperando por ella al pie de las escaleras.

Llevaba como siempre, un traje de tres piezas y una corbata a juego con el color de su vestido.

Un gran suspiro salió de su boca al ver a Eva cuando llegaba hacia él. Quería ir corriendo hacia ella y darle un beso en la boca. O algo más.

La extrañaba, la echaba mucho de menos y odiaba haber discutido con ella.

—Eres perfecta, mi ángel.

Ella le dedicó una mirada insaciable. De esas que solo las mujeres enamoradas pueden dar.

—Y tú estás muy guapo.

Le tomó la mano y se la llevó a la boca para darle un beso.

Le ofreció su brazo y juntos caminaron hasta la entrada principal donde la camioneta esperaba por ellos.

En el camino disfrutaron de una copa de champán. Miller no dejaba de babear y Eva no esperaba sentirse como si esa era su primera cita con su príncipe azul.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

En el mundo de Miller Preston nada que llevara como sorpresa sería algo pequeño.

El auto se detuvo y al bajar los esperaba un jet privado.

—Desde luego es una sorpresa—le dijo con una gran sonrisa.

Su destino ahora. Sería el mejor de toda su vida. Y en la mente de ellos esperaban que no fuese la última.



El jet había aterrizado en la ciudad de París. Casi seis horas de vuelo fue suficiente para darse cuenta que no podían quitarse los ojos de encima. Sus conversaciones fueron de los más normales como si dos adultos disfrutaban de una noche de citas.

Un papel que a ambos les gustó jugar. Por no decir de las provocaciones que Eva le daba al pobre Miller. Una semana de abstinencia era casi una tortura.

Llegaron al restaurante que Miller había reservado para ambos. Había poca gente, pero de todas formas la terraza estaba despejada solo para ellos.

—Son casi las tres de la madrugada.

—Estamos en París, Eva. La ciudad que no duerme. Es demasiado hermosa. Pero no tanto como tú.

La cena fue servida. Y comieron dedicándose miradas de amor y deseo.

—Tengo ganas de ti—Miller la dejó sin aliento.

—Y yo de ti. Odio discutir.

—Me lo merezco.

Ella sonrió.

—Salud por eso. No pensé que lo aceptarías.

—Puedo aceptar cuando me equivoco, Eva. Y aunque no lo creas. Me lo has enseñado tú. Antes no me importaba cometer errores. Ahora pago un precio grande por ellos.

—¿Y cuál es ese?

—Verte llorar. Es algo que no soporto. Pero ahora le has agregado la ley del hielo.

—Bueno. Creo que ambos hemos sigo castigados lo suficiente.

Brindaron al ritmo de la música. Y después se dispusieron a bailar bajo las estrellas. Miller tarareaba la canción en su oído y besaba su cuello.

Una semana sin sexo era como un motor a punto de estallar. Cualquier cosa que hiciese los ponía en mil a los dos.

—¿A qué hora tenemos que llegar a casa?

La pregunta de Eva lo hizo verla a la cara con extrañeza.

—¿Por qué ya quieres regresar?

—No—Eva le tocó el culo y lo apretó.—Es para que me hagas el amor. Quiero que me hagas todo lo que no me has hecho en una semana.

Y sin más abandonaron el lugar y le dieron rienda suelta a su picardía romántica parisina.



Regresaron a casa cerca del mediodía. Lo extraño fue que al llegar no había nadie. Ni siquiera el padre de Eva con quien pocas veces se cruzó con ella estando ahí.

—¿Dónde están todos?

La sensación del silencio no era nada bueno. Y tampoco una buena señal.

—Quédate conmigo, Eva.

La tomó de la mano y sacó su arma para inspeccionar el lugar.

—Flame, comunícate con los demás.

Flame los llamó por el auricular pero no hubo respuesta por parte de ellos.

En cuanto llegaron al salón principal la mandíbula de Eva cayó al suelo. Se aferró a la mano de Miller y él apuntó con el arma junto con Flame a su oponente.

—Déjalo ir— le ordenó.

—¿Han tenido un buen vuelo?

Berlín estaba ahí. Tenía la mirada llena de venganza y su arma apuntando en la cabeza del padre de Eva. Lo tenía como rehén, y Fallon parecía de lo más tranquilo.

—¿Quieres cambiar de lugar, putita?

Miller no la soltó por nada del mundo. Y Berlín rio a carcajadas.

—No lo hagas, Eva—Le imploró su padre—Yo estaré bien.

—Papá —Sollozó.

Lo que causó que Berlín continuara riéndose de ellos.

Berlín había llegado hasta ellos de nuevo y Miller se pregunta cómo.

—¿Cómo nos encontraste, maldito hijo de puta?

Cambió de posición el arma pero Fallon apenas y podía moverse. Le había dado una paliza primero. Y además lo tenía esposado listo para ser ejecutado ahí frente a todos.

—Verás, Miller. Tienes que elegir bien tu personal. Siempre has tenido un soplón dentro. Pero no te preocupes, los he matado a todos. Desde la cocinera hasta el jardinero. Aunque no te sientas mal, mi pequeña putita tampoco sabe tomar buenas decisiones ¿O no, putita?

Eva no sabía de qué estaba hablando. Pero de lo que sí estaba segura era que Berlín era incapaz de decir mentiras de ese tipo.

—Baja la puta arma sino quieres que le saque los sesos a este hijo de puta—Le amenazó.

Miller al ver a Eva implorar con sus lágrimas la vida de su padre. Lo hizo. Aunque no se lo mereciera. Tampoco merecía morir ahí frente a ella.

—Así me gusta. Ahora, ¿Por dónde empezamos?

—Voy a matarte con mis propias manos. Y no quedará nada de ti. Voy a borrar esa maldita sonrisa de tu rostro.

Berlín no se dejaba provocar. Tenía algo claro en su mente en ese momento y era decir toda la verdad. Toda la que Eva no sabía.

—Porque mejor no le dices la verdad a mi putita.

Eva le rogó con la mirada a Miller. Lo notó cabizbajo con lo que Berlín le amenazaba. Se trataba de otra cosa. Algo personal y que tenía que ver con ella. Lo podía sentir por la forma en cómo de repente se tornó nervioso.

—¿De qué está hablando, Miller ?

—De nada. No lo escuches.

Un disparo al aire de Berlín la hizo brincar en impulso. Seguía tomada de la mano de él y podía sentir que estaba mintiendo.

—Bien. Será muy placentero decírselo yo mismo.

Miller le apuntó de nuevo con el arma. No lo iba a dejar hablar. Pero también corría con la mala suerte de que matara al padre de Eva.

—Miller...

—Si disparas se muere—Le recordó —Ya que no hablarás lo haré yo. Vamos a ver qué tan grande es el amor que se tienen.

—Cállate la puta boca, Berlín. —Está vez fue el padre de Eva quien habló.

Las fosas nasales de Berlín se agrandaron antes de recordarle quien tenía el control. Le propinó un golpe con el arma pero no lo dejó inconsciente más sí hizo que se callara.

—Es verdad, tú también le guardas secretos a tu hija. Comenzaremos por ahí, mi pequeña putita. ¿Recuerdas cuando me pediste que te ayudara a buscar a tu madre?

Eva no respondió pero recordó ese día. Le había pedido trabajo y que le ayudara a buscar a su madre. Pero esa historia ya se sabe cómo acabó.

—Tu padre conoció a tu madre en uno de mis burdeles—La verdad era dolorosa tanto que ya no quedaba una sola lágrima por derramar—Se casaron. Pero tu padre me la regresó cuando tú todavía eras una niña.

—Eso es mentira—Eva declinó —Papá, dime que está mintiendo.

Fallon se limitó a llorar ahí mismo como un niño.

—No estoy mintiendo, putita. Como tampoco te miento cuando te digo que tú querido Miller pagó también por ti.

—¿Qué?

Miller la observó con ojos de arrepentimiento.

—Miller, dime que no es cierto.

—Eva.

Le soltó la mano como si le quemara. Era tan doloroso todo aquello que su corazón dolía y cada parte de su cuerpo.

—Fue la noche en la que huiste, Eva—La voz de Miller era casi un susurro. Su voz ronca y fuerte la hacía sentir pequeña ante su confesión. —Yo no sabía que eras tú. Pero sabía que eras especial por eso quise cobrar venganza y robarte para matarte. Pero tú llegaste sola a mi infierno. Tú sabes lo que pasó ahí y después. Debes creerme que yo no sabía que eras tú hasta que Grave me lo dijo pero tú ya te habías marchado.

Marchado. Era a lo que se refería con su intento de suicidio.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No pude hacerlo. No me ibas a creer.

De nuevo la carcajada malévola de Berlín los interrumpió.

—Pobre putita. Es una lástima que los dos hombres de tu vida tengan ese tipo de secretos para ti.

—Deja ir a mi padre. Es a mí a quien quieres.

Eso puso en alerta a Miller. Ahora Eva sintiéndose traicionada y dolida podía cometer una estupidez y no iba a permitirlo.

—No esta vez, putita. Me llevaré a tu padre conmigo. Tenemos cuentas que saldar.

—¡No!—Eva gritó y Miller se lanzó hacia ella para protegerla de los disparos que provenían de afuera. Eran los hombres de Miller y de Berlín. Flame había mandado una alerta de apoyo mientras hablaban. Eva tumbada en el suelo junto con Miller esta vez no le importaba morir ahí mismo. Los dos hombres que amaba le habían mentido y su traición era tan grande como la vida misma.

—Eva, mírame.

Miller le tocaba la cara y revisaba todo su cuerpo para asegurarse de que estaba bien. Pero las heridas las llevaba dentro. Al igual que él.

Los disparos cesaron y otro silencio se apoderó de los dos.

El silencio de enfrentar la realidad.

Miller la tomó en brazos y la colocó en uno de los sofás. Sacó su teléfono móvil y habló.

—Se han llevado al padre de Eva. Quiero que formes un operativo de rescate. A ese hijo de puta lo mato yo.

16



NO COMÍA.

No hablaba.

No salía de la cama.

Llevaba así una semana. Miller cada noche lloraba a su lado pidiéndole perdón. Pidiéndole que no perdiera la fe. Le juraba que rescataría a su padre.

—Por favor, dime algo, mi ángel.

Pero de nuevo. No dijo nada y cerró sus ojos para caer en un sueño profundo lleno de pesadillas.



En la madrugada abrió los ojos de un tirón cuando escuchó el murmullo de alguien. Se dio cuenta que se trataba de Miller. Estaba teniendo una pesadilla.

—Por favor... mátame.

Eso le destrozó el alma. Nunca lo había visto de esa forma. La que siempre tenía pesadillas era ella.

—Por favor, no.

—Miller—Le tocó el rostro. Estaba empapado de sudor y temblaba. Estaba herida pero por nada del mundo deseaba aquello para él. Claramente estaba teniendo la peor pesadilla para rogar que lo matasen.

—Mátame a mí.

El roce del pensamiento de que Miller estuviese dispuesto a dar su vida por ella la llenó de temor.

—Miller, despierta— se subió sobre él para golpear su pecho y hacer que despertara.

—¡No!

—¡Miller! —Le gritó y Miller abrió sus ojos.

Le tomó las muñecas y la hizo rodar hasta que su espalda tocó el colchón. Se quedaron mirando a los ojos como dos desconocidos.

—Fóllame—Le imploró Eva—Por favor.

Casi nunca le pedía que le hiciera el amor de esa manera. Pero se dio cuenta que lo que necesitaba no era amor ni compasión. Sino hacerla fuerte y recordarle de qué estaba hecha. Les gustaba el sexo rudo. El sexo duro y fuerte que solo ambos podían entender.

Miller le rompió la ropa interior y el pequeño camisón que llevaba. Se despojó de lo único que llevaba encima y eran sus calzoncillos y sacó su pene ya erecto para introducirlo en su sexo de un solo golpe.

—¡Miller!

La excitación se hizo inmensa. Comenzó a bombearla fuerte y estrujándole los pechos como le gustaba. Eva lo recibía con resentimiento y placer al mismo tiempo. Y en ningún momento se besaban o dejaban de verse a los ojos.

Pero él no lo soportó.

Rápidamente la tumbó boca abajo e hizo puño su cabello con una mano para entrar de nuevo de lleno en ella. Le halaba el cabello fuerte lo que provocaba que Eva se excitara más.

—Perdóname, Eva. —gruñó —Perdóname mi *Perséfone*.

Eva se echaba de adelante hacia atrás con maestría para llegar al máximo placer. En cuanto a Miller, verla de esa manera lo

cegaba la lujuria de querer hacerle más daño y follársela más duro.

Así que sin soltarle el cabello, con la otra mano comenzó a azotarle el culo con mucha fuerza.

Eva gritaba del placer y del dolor al mismo tiempo. Miller gruñía con cada embestida que le daba hasta que sintió que no podían más.

—¡Más duro!—Le ordenó Eva.

Como un motor a punto de estallar y escuchar su orden. La azotó más fuerte y penetró con más rapidez hasta quedar sin aliento. Escuchó cuando se corría.

—¡Dios, Miller!

Le soltó el cabello y la abrazó por detrás cuando era su turno de terminar.

Ambos cayeron de ambos lados de la cama y miraron hacia el techo de la habitación.

—Dime que no te he lastimado—Le rogó.

Eva lo miró por primera vez en muchos días.

—Nunca lo permitirías.



Una noche llena de sexo rudo y vainilla fue la medicina para calmar sus heridas. Al menos un poco. Eva no dejaba de pensar en su padre. No merecía su perdón pero tampoco que muriera en manos de Berlín. Por eso estaba dispuesta a todo para que volviera a casa.

Su móvil sonó mientras estaba sola en la habitación.

En cuanto miró la palabra desconocido supo que era momento de negociar.

—¿Sí?

—Tú a cambio de tu padre. Si no lo mataré y después sigue Miller.

Eva iba a decir algo cuando él continuó hablando.

—Las instrucciones están en tu joyero.

Cortó la llamada sin decir más.

Berlín tenía todo planeado y cada instrucción era delicada y meticulosa. Sabía que no podía decirle a Miller nada.

Esa mañana desayunaron como una pareja enamorada.

Salieron a caminar por el jardín y hasta vieron una película en el teatro de cine de la mansión.

Necesitaba tenerlo seguro y calmado de que todo estaba bien entre los dos.

Al llegar la madrugada. Luego de hacer el amor por última vez, Eva salió de la cama.

Se cambió de ropa sin hacer ruido y salió por la puerta trasera de la cocina. Corrió hasta el jardín sin ser vista y dos hombres ya esperaban por ella en el otro lado del muro.

Le ayudaron a saltarlo y cuando entró a un coche que parecía abandonado, sintió el pinchazo en su cuello.



Eva era llevada en helicóptero militar hasta las afueras de Estados Unidos con destino a la casa de Berlín donde la estaba esperando.

La mansión era más bien una fortaleza donde no podrían rescatarlos nunca.

Para esas alturas ya Miller se había dado cuenta de que Eva no estaba.

—¡EVAAAAAAA!—gritaba Miller destruyendo todo a su paso.

—La hemos buscado por toda la mansión y no hay señal de que haya salido en algún coche. Le avisó Flame.

Miller se recompuso, recordando las palabras de Berlín y de ella.

—Va a cambiar de lugar con su padre.

—Mierda—Dijo Flame.

—Prepara todo para irnos.

Con Miller en camino y una Eva adolorida y desnuda el día corría lento.

Miró a Berlín que se ponía la ropa de nuevo. Eva comenzó a gritar del dolor, pues había abusado de ella mientras estaba inconsciente.

—Sigues teniendo un buen coño.

La rabia que miraba en sus ojos lo excitó de nuevo. Pero decidió divertirse con algo más. Torturando a su padre delante de ella.

Esposada y ya vestida bajó de la habitación. La casa era inmensa y repleta de droga y dinero. Eva logró ver cómo sacaban a su padre y lo tiraban hacia el piso. Estaba con la cara desfigurada y débil.

—Déjalo ir—Le rogó —Ya me tienes. Ahora déjalo ir.

—No.

Eva abrió sus ojos como platos y comenzó a golpearlo como podía. Pero Berlín era más fuerte así que le regresó el golpe tumbándola en el suelo.

—¡Déjala, hijo de puta! ¡Es mi hija!

Berlín caminó hasta él. Olía a humo y sudor. Siempre había sido un hombre desagradable cuando se lo proponía. Todo de él a Eva le causaba asco. Y ahora más que nunca quería morir porque de nuevo había abusado de ella.

Eva no lo soportó más. Por más que quería mantenerse despierta. El dolor era insoportable y solamente pensaba en Miller, en que él no pudiera salvarla. Pero sabía que en el fondo él tarde o temprano llegaría por ella.

Nunca había dejado de creer en él. En la fe de esperar hasta que algo bueno les ocurriese y que pronto toda la pesadilla terminaría.



Una explosión la hizo despertar. Se escuchaban disparos y autos derrapar a lo lejos. Lo único que podía hacer era mantenerse a salvo y cubrir sus oídos con ambas manos.

Pero la idea de que pudiera ser Miller le ayudó a ponerse de pie y buscar ayuda. Si Berlín regresaba podía volver a huir con ella y no lo iba a permitir.

En el salón no había nadie más que su padre y ella. Pero no sabía si estaba con vida todavía.

Se arrastró al cuerpo de él y le habló.

—Papá, despierta. —Se le nubló la vista a causa de las lágrimas sin derramar.

Su padre abrió los ojos con mucha dificultad.

—Eva...

—Papá hay que irnos—Le tomó la mano e intentó levantarlo. Pero él no lo hizo.

—No, Eva. Vete tú, yo distraeré a Berlín si regresa.

—No, papá ven conmigo tenemos que irnos.

Otro estruendo y ola de balas se escucharon.

—¿Qué está pasando?

—Creo que es Miller. Ha venido por nosotros. Por favor, papá. Levántate.

Le ayudó a ponerse de pie y ambos intentaron caminar hasta un lugar seguro. La puerta se abrió de golpe y muchos hombres enmascarados entraron. Comenzaron a disparar detrás de ellos. Venían por ellos.

Uno de ellos se quitó la máscara que llevaba y era Miller. Eva cayó. De rodillas estaba demasiado débil y su padre también pero aún se mantenía de pie.

—Eva—Miller cayó de rodillas junto con ella y la abrazó. Eva no lo hacía, pues se sentía sucia para él.

Al ver su rostro Miller supo de inmediato lo que había pasado. Quiso tocarla pero ella lo esquivó. Los ojos se le inyectaron de sangre al recordar esa mirada perdida de ella.

—Lo lamento—Sollozó Eva—Lo lamento tanto.

Miller tragó en seco. No la tocó pero pegó su frente en la de ella y la miró fijamente.

—Sigues siendo mía. Te sigo amando más que ayer.... ¿Tú?... —Le costaba formar las palabras por las lágrimas que derramaba—¿Tú me sigues amando?

Eva sonrió a medias y le agarró la cara para darle un beso en la boca.

—Siempre.

Se besaron de nuevo y esta vez fueron interrumpidos.

—Lamento mucho interrumpir tan apasionado momento —Berlín entró con un chaleco antibalas y un arma más grande esta vez.

—¡Voy a matarte, hijo de puta!

Miller se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo. El arma cayó al suelo junto con el arma de Miller. Lo golpeaba como si su vida dependiera de ello, Berlín comenzó a sangrar y reía a carcajadas.

Era un hijo de puta psicópata que disfrutaba del dolor.

Un disparo en el aire los hizo que se detuvieran.

—Papá...

Fallon tenía prisionera e inmóvil a Eva con un brazo y un arma apuntándole en la cabeza.

Miller tras aquello sintió que la vida se le iba en un segundo. Un paso en falso y la perdería.

—Quietos los dos—Amenazó.

Por fin hubo algo que sorprendió a Berlín y era ver a su viejo amigo dispuesto a matar a su propia hija con tal de conseguir la libertad.

—¿Vas a matarla?—Le preguntó —Es así como maté a tu esposa. Me la recuerdas en estos momentos y me siento nostálgico.

—Cállate la puta boca—Fallon recordó ese día como su peor tormento—Había sido Eva si no te la hubiera dado. Y ella estaba de acuerdo. Pero no contaba con que la matarías.

Berlín no mostró sentimiento alguno.

—Ese es el precio por llevarte a mis mujeres. Cometiste el error de enamorarte de ella. Tenía que ser ella o Eva. Pero después Eva vino solita a mí y él mismo ciclo se repite.

—Papá...

—Sí vas a matarla hazlo rápido y si no lo haces la mataré frente a los dos. Y después los mataré a ustedes.

La mano no le temblaba. Estaba dispuesto a dispararle en la cabeza ahí mismo. Pero algo dentro de Miller no coincidía.

—Tú —Fallon ordenó a Miller—Ven aquí.

Miller levantó las manos en rendición rogando por la vida de Eva.

—No lo hagas, Fallon. Es tu hija.

—¡Cállate la pura boca y ven aquí!

Poco a poco cuando Miller estuvo cerca de él fue cuando lo entendió todo.

—Mantenla a salvo—Susurró.

Todo sucedió rápido y lento a la vez. Fallon arrojó a Eva a los brazos de Miller y con ella en brazos corrió hasta la salida que estaba a pocos pasos de ahí. Berlín comenzó a disparar y cuando Miller y Eva estaban afuera, Miller buscó el interruptor en su traje. Pero no lo encontró.

Lo único que pudo hacer fue cubrirla con su cuerpo mientras un estruendo se apoderó de todos sus sentidos y vidrios salieron disparados por todo el lugar a causa de la explosión.

—¡PAPÁÁÁÁÁ!

Miller la apretó contra él mientras todos los escombros caían sobre ellos. Se aferró a su pecho y cerró sus ojos hasta que todo por fin terminó y solamente se escuchaban las llamas en el interior de la casa.

Más camionetas llegaron al lugar. Pudo lograr ver a Flame que se acercaba donde ellos. Eva estaba demasiado débil para hablarle. Pero lo único que podía hacer es sentir a Miller sobre ella. Tenía los ojos cerrados pero respiraba. Se lo decía su

corazón que latía al mismo tiempo que el de ella en su pecho. Y con ello, cerró sus ojos. Por fin la pesadilla había terminado.

EPÍLOGO



Miller

SIGO RECORDANDO ESE DÍA COMO SI FUESE AYER. Estoy cerca. Apenas han pasado un par de meses desde que Berlín murió y el padre de Eva también.

Pude recuperar los restos del cuerpo de la madre de Eva donde Berlín se había desecho del cuerpo y le dimos una digna sepultura.

Eva no me hizo ni una sola pregunta. Ni yo a ella. Decidimos no hablar más del tema, pues todo por fin había terminado.

Berlín había comprado una nueva casa. Pero no contaba que los compradores eran míos y que tampoco la fortaleza estaba llena de explosivos. No podía hacerlo mientras no estuviera seguro de que él estaba ahí. Y con su padre dentro tampoco podía hacerlo. Fallon sabía del plan.

Él me ayudó a retenerlo el mayor tiempo posible. Pero no sabía que tenía planeado morir ahí mismo antes de que mi ángel intentara salvarlo.

Cuando estaba peleando con Berlín no solamente mi arma cayó al suelo. También el interruptor de los explosivos. Fue cuando Fallon lo tomó junto con el arma y planeó ser el malo de la película en ese momento.

Había salvado a su hija y salvándola a ella me estaba salvando a mí.

—¿En qué piensas?—Eva me trae a la realidad cuando pasa su mano sobre la mía.—¿Puedo verlo ya?

—No.

Continué pintando. Pero en realidad ya había terminado. La estaba esperando a ella.

Estábamos desnudos en el estudio de nuestra nueva casa en Sídney. Pintábamos casi todas las tardes. Pero este era un día especial.

Había planeado hacerlo cientos de veces. Pero tenía que ser jodidamente perfecto.

Aún recuerdo la primera vez que la vi pintando. Algo de ella había llamado mi atención pero no sabía qué. En ese entonces era demasiado frío para darme cuenta que era la mujer de mi vida a la que estaba viendo y la que siempre llegaba tarde a clases.

Con solo recordarlo me saca una sonrisa.

A veces las pesadillas se hacen presentes. Pero siempre estoy ahí a su lado para calmarla y ella hace exactamente lo mismo conmigo. Mis pesadillas no tienen que ver con Berlín. Siempre han sido con perderla.

En mis sueños veo a mi ex esposa jugar con mi hijo Silas. Me ven con Eva y sonríen de felicidad mientras yo lloro.

—No llores—Me habla Silas—Mamá y yo estamos felices de que tengas a alguien.

La veo a ella, recordando cada momento que vivimos juntos y me sonríe.

—Quédate con lo bueno y vive. Ella lo merece igual que tú.

Mi corazón se sintió menos pesado y el alma regresaba a mí. Podía ser feliz con Eva también. La había salvado y ahora nada ni nadie nos podrían separar.

La mierda romántica era todo lo que quería.

—Terminé—Dice Eva estirando su cuello y dejando el pincel a un lado. Me observa y me sonríe. Cuando me sonríe de esa forma no sé si quiere besarme o que hagamos bebés. Yo creo que ambas cosas.

Veo por última vez la pintura y sonrío para mis adentros. Me separo del cuatro y camino hasta ella. Le doy un beso en la boca y tomó su mano para que juntos miremos lo que he pintado para ella.

Al estar frente a él los ojos se le llenan de lágrimas y por más que intento disimularlo estoy nervioso.

El anillo es perfecto. El diamante también. Si le gusta la pintura estoy seguro que le gustará el real.

—Miller...

La he dejado sin palabras. Es mi momento para alejarme un poco. Voy al cajón donde he guardado la caja negra que contienen anillo y regreso a ella.

Me colocó de rodillas frente a Eva. Se ve preciosa desnuda y con algunas manchas de pintura sobre sus pechos. Logró concentrarme antes de que mi erección me traicione y termine haciéndole el amor antes de que me dé la respuesta que quiero.

—¿Te casarías conmigo, mi ángel?

Eva dice que sí con la cabeza. No puede dejar de llorar y ya estoy preocupándome.

—¿Eva? Quiero escucharlo.

—Sí... sí, ¡Sí! Sí quiero casarme contigo.

Le coloco el anillo. Es exactamente como lo dibujé y en su mano ahora parece una joya de verdad.

Nos abrazamos y me da un beso largo y húmedo. Lo que no ayuda con las ganas que le tengo en estos momentos. Parece disfrutarlo, pero entonces me recuerda que yo aún no he visto la pintura que dibujó para mí.

Camino hasta ponerme de frente donde hace unos minutos estaba ella.

Mi corazón deja de latir por un segundo por lo que ven mis ojos. Escucho que Eva solloza y ahora entiendo por qué.

Yo también estoy llorando y no puedo evitarlo. Lloro de la felicidad. Lloro de sentirme vivo. Lloro por lo perfecto que es.

Cada trazo, cada color y la forma suave de lo que ha dibujado.

Unas huellas de piecitos de bebé.

Voy a ser padre.

Al fin.

—¿Te gusta?

Mi futura esposa me toma mi mano y yo me aferro a ella para saber si esto es solo un sueño. Porque si lo es, no quisiera despertar nunca de él.

—Es... es maravilloso.

La veo con lágrimas en el rostro y se las limpio. Ese brillo que dicen que tienen las mujeres embarazadas es real. Pensé que era otra cosa pero ahora me doy cuenta que al fin hemos hecho un bebé.

—Te amo tanto, Miller. Me has protegido siempre y ahora sé que lo harás también con nuestro bebé. Serás el mejor padre.

—Nací para ti, Eva.

—Me has aceptado con todos mis demonios y yo con los tuyos.

Caigo de rodillas y buscó su vientre. Lo abrazó y lloro en silencio. Sintiendo las lágrimas caer hasta sus pies.

—Aniquilaría por ti... dejaré de luchar con mis demonios para vencer los tuyos, mi ángel. Siempre.

—Siempre—Responde ella.

Vuelvo a estar de pie frente a ella. Ahora seremos una familia. Una familia de verdad.

La abrazo y me quedo pegado a su pecho. Escuchando su corazón. Al ritmo del mío siempre ha sido y será así.

No puede haber un momento más perfecto que este.

Lo juro.

FIN

SOBRE LA AUTORA



Todo comenzó con:

Todo comenzó cuando era muy joven y descubrió que le resultaba más entretenido contar la historia de los villanos que la de los príncipes azules o las damiselas en apuros.

A menudo, la historia de los villanos está mal narrada, y ¿qué mejor idea que crear mis propios libros con mujeres fuertes y valientes que se enamoran y salvan sus propias almas?

Si estás buscando historias encantadoras, no las encontrarás en mis libros. Aunque prometen un final feliz, primero debes cuestionarte si te gusta todo lo que escribo. Podría seguir hablando de mí durante horas, lo cual detesto; por eso, te recomiendo que mejor leas mis libros.

¿Quién es Kris?

Kris es una autora internacional de bestsellers, ocupando el primer puesto en Amazon con sus trilogías "Quédate Conmigo" y "La Profesional", entre otros éxitos.

Actualmente, ha publicado más de cuarenta historias.

Sus obras giran en torno a villanos, amor y mentiras, siempre culminando en finales felices. En sus libros, te sumergirás en cautivadores tropos como la mafia, antihéroes, multimillonarios y otros elementos que te llevarán al mundo del dark romance.

Reside en el Reino Unido y constantemente está maquinando la próxima historia que cautivará a sus fieles lectores.

FUI AUTORA ROMÁNTICA DEL MES EN KOBO EN EL MES DE ENERO DEL 2019.
EL LIBRO ENGEL CATALOGADO COMO MEJOR ENTREGA DE ÉXITO EN EL 2021.
LAS TRILOGÍAS LA PROFESIONAL Y QUÉDATE CONMIGO #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
C DE CENICIENTA #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
LA MANSIÓN #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

Sígueme en Instagram y suscríbete en mi página web para acceder a libros gratis

www.krisbuendiabooks.com